



Aviso Legal

Revista

Título de la obra:

Cuadernos Americanos

Director:

Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar:

Cuadernos Americanos.
Primera época (1942-1985).
México. [https://
rilzea.cialc.unam.mx/jspui/](https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/)

Datos de la revista:

Año III, Vol. XVII, Núm. 5 (septiembre-octubre de 1944).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

5

CUADERNOS
AMERICANOS
(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Av. Rep. de Guatemala No 42
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE:
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO:
JUAN LARREA

AÑO III

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE

1 9 4 4

INDICE

Pág. V



J A L A P A :

ESTA HERMOSA CIUDAD CON SU ESPECIAL TOPOGRAFIA Y SU TEMPERATURA IDEAL, TIENE EL DON DE ENAMORAR AL QUE LA VISITA, DESDE LA PRIMERA VEZ.

SU SUELO PRODIGIOSO HACE BROTA LAS MAS ESPLENDIDAS Y PERFUMADAS FLORES QUE COBRAN FAMA EN LEJANOS PAISES.

SUS CALLES TORCIDAS QUE SUBEN Y BAJAN, MOSTRANDO SUS ROJIZOS TEJADOS BESADOS POR LAS NEBLINAS Y A LOS QUE SE ACOGEN LAS PARLERAS GOLONDRINAS, INVITAN A TRANSITARLAS PARA EMBRIAGARSE DE PERFUMES, PORQUE TODA LA CIUDAD ES UN JARDIN CON RINCONES DE EMBELESO Y DONDE LA VIDA PASA SIN SENTIR.

CON RAZON HA SIDO CUNA DE POETAS; CON RAZON MONSEÑOR PAGAZA ESCRIBIO SUS EGLOGAS LLENAS DE INSPIRACION.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

NO TENGA UD. SU DINERO OCIOSO

NACIONAL FINANCIERA,
S. A.

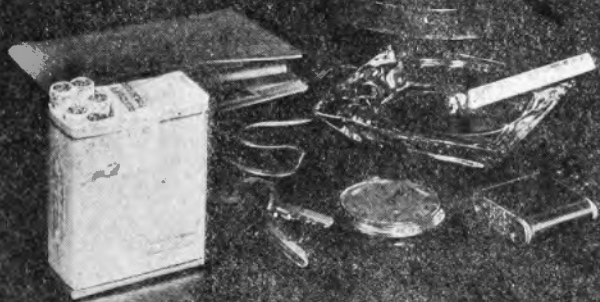
Le ofrece magníficas
oportunidades de inver-
tirlo con el máximo de
seguridad y rendimien-
to. Tendremos mucho
gusto en atenderlo.

VENUSTIANO CARRANZA No. 45
MEXICO, D. F.

Tel. Eric. 18-11-60 Tel. Mex. J-49-07
o Servicio por nombre

Indispensable

BELMONT selecta
mixtura de genuinos
tabacos Virginia, Burley
y Turco



PARA LOS FUMADORES DIFICILES

ULTIMAS OBRAS

Wilhelm Dilthey
INTRODUCCION A LAS CIENCIAS
DEL ESPIRITU
\$ 12.00

George C. Vaillant
LA CIVILIZACION AZTECA
\$ 9.00

Max Weber
ECONOMIA Y SOCIEDAD
Vols. I y II \$ 25.00

Samuel Flagg Bemis
LA DIPLOMACIA DE ESTADOS UNIDOS
EN LA AMERICA LATINA
\$ 13.00

Son obras de *Fondo de Cultura Económica*

★

Adquiéralas de su librero o por correo reembolso
(C. O. D.) en

Fondo de Cultura Económica

PANUCO 63.

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5 Septiembre - Octubre de 1944 Vol. XVII

INDICE

	Pags.
NUESTRO TIEMPO	
JULES ROMAINS. París liberado	7
ALFONSO REYES. La Liberación de París .	9
JESÚS SILVA HERZOG. Crisis humana y post-guerra	14
VICENTE SÁENZ. Pasado, presente y futuro de Centroamérica	32
BRUNO FREI. Montañas y guerrillas	49
<i>Mi adiós a Don Enrique Díez-Canedo</i> , por ANDRÉS IDUARTE	59
AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
NEWTON FREITAS. Los ríos del Brasil	69
JOSÉ FERRATER MORA. Del intelectual y de su relación con el político	84
MESA RODANTE: <i>¿Independencia? ¿Comunidad social?</i>	
Intervienen: José Gaos, Juan Larrea, Mariano Picón-Salas, Alfonso Reyes, José Medina Echavarría y Jesús Silva Herzog.	97
PRESENCIA DEL PASADO	
SAMUEL RAMOS. Influencia de la cultura francesa en México	140

LOS MAS RECIENTES LIBROS MEXICANOS DISTRIBUIDOS POR U. D. E.

ORGANIZACION Y FINANCIAMIENTO DE EMPRESAS

El Lic. **Antonio Manero**, autor de esta obra, es una de las personalidades más destacadas de la Universidad de México. Director de varias negociaciones industriales, auna a un conocimiento jurídico profundo del tema una experiencia mercantil poco común.

Los principales temas de la obra son los siguientes: Orígenes y evolución de las empresas.—Su clasificación general y jurídica.—Promoción.—Sus métodos.—Formas jurídicas de organización.—Sociedades colectivas, comanditas, anónimas y limitadas.—Capitalización de las empresas.—Capital propio y capital prestado a corto y largo término.—Acciones y bonos.—Su clasificación y usos.—Financiamiento de las empresas.—Capital de trabajo.—Utilidades, reservas y dividendos.—Inversiones.—Presupuestos.—Combinaciones y Reorganización de las empresas.

24 x 17, 395 páginas \$ 15.00

DERECHO PENAL MILITAR

Esta obra ha sido editada bajo los auspicios de la Universidad Nacional de México, Facultad de Derecho.—Su autor, el Lic. **Ricardo Calderón Serrano**, es profesor de la Universidad y Tte. Coronel del Ejército. Es la primera obra que se edita en español sobre la materia y está prologada por el prestigiado penalista Lic. **Emilio Pardo Anpe**.

24 x 17.5, 435 páginas \$ 15.00

SPRANGER Y LAS CIENCIAS DEL ESPIRITU

Editada a iniciativa del Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional de México bajo la dirección del Dr. **E. García Mañez**, es indispensable a todos los estudiosos de las corrientes filosóficas contemporáneas. Su autor, el profesor de la Universidad de México **Juan Ronra Parella**, fué discípulo de Spranger y refleja fielmente el carácter total y unitario de la obra y pensamiento del gran filósofo alemán.

24 x 17.5, 273 páginas \$ 10.00

CONSECUENCIAS ECONOMICAS DE LA SEGUNDA

GUERRA MUNDIAL

El autor, **Lewis L. Lorwin**, es uno de los economistas americanos contemporáneos más valiosos.

Obra que resalta las más variadas apreciaciones sobre los problemas de la post.guerra y cuya lectura evita a los estudiosos de estos temas el tener que adentrarse en el farrago de literatura inútil publicada al respecto.

24 x 18, 425 páginas \$ 10.00

TEMPERAMENTO Y PERSONALIDAD

El autor, **Dr. Maurice Perlot**, es uno de los más eminentes psicólogos franceses.

Esta obra, que ha sido traducida a varios idiomas encierra el más formidable y completo estudio que se ha hecho sobre el hombre —el hombre actual— con todas sus grandezas y servidumbres. La primera versión en lengua castellana que ofrecemos al público es debida al notable escritor **Benjamín Jarnés**.

17 x 23.5, 450 páginas \$ 10.00

EL GRECO

El más formidable ensayo sobre el gran pintor salido de la pluma del gran crítico de arte **Juan de la Encina**.

23.5 x 17.5, 231 páginas, 33 ilustraciones, pasta \$ 20.00

De venta en todas las librerías Al por mayor exclusivamente

UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES, S. DE R. L.

Av. Hidalgo No. 11. Apartado 2915. Eric. 12-27-13 Mex. J-56-88

Una contribución importante a la vida literaria
de América

TENTATIVAS Y ORIENTACIONES

Por el Lic. Alfonso Reyes

TENTATIVAS Y ORIENTACIONES es un libro de ensayos que recoge gran parte de las meditaciones del autor en el periodo que va desde 1931 a 1943. Seguir la mente privilegiada de Alfonso Reyes a lo largo de su recorrido por estos años llenos de problemas cruciales, constituye, no sólo un deleite para el espíritu, sino una fuente de sugerencias y brillantes aportaciones en las que resplandece la altura de concepción y la profundidad de juicio que son tan propias de Alfonso Reyes, uno de los mejores estilistas de América.

Discurso por Virgilio, Atenea Política, Homilía por la Cultura, Doctrina de Paz, Ante la Asociación Cultural de Acción Social, Esta Hora del Mundo, Posición de América, El Hombre y su Morada, Discurso por la Lengua y Un Mundo Organizado son los trabajos recopilados en el libro. A través de ellos vemos afianzarse el concepto de la cultura como fuerza unificadora, directiva, impulsora en estos momentos en que tantos valores parecen quebrarse definitivamente y naufragar. Aparecerá el 30 de agosto.

\$6.00 en todas las librerías

o por correo reembolso de la

EDITORIAL NUEVO MUNDO

CALLE DE LOPEZ 43. MEXICO, D. F.

COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$30.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina,

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



Domicilio Social

y

Oficina General de Ventas:

BALDERAS N° 68.

Apartado 1336.

MEXICO, D. F.

FABRICAS

en

MONTERREY, N. L.

Apartado 206.



EN TODAS LAS OCASIONES
ES MEJOR!
PEPSI



PIDALA SIEMPRE

PROP. D.S.P. N° 9948

PEPSI-COLA COMPANY DE MEXICO, S.A.

D. MEXICO
SALSA

Cuando se sienta fatigado tome un vaso de cerveza. La cerveza es bebida ligeramente tónica y saludable.

En la composición de la cerveza entran cereales escogidos, de excelentes propiedades nutritivas. Por esta razón la cerveza es una bebida no solamente muy agradable, sino positivamente beneficiosa para el organismo humano.



*Asociación Nacional de
Fabricantes de Cerveza*

En el frente de la Victoria

Mayor producción, escasos de materiales, restricciones de importaciones...

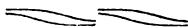
Dentro de este programa, la conquista de la Victoria hace jugar a nuestro lubricante MEXOLUB un papel de trascendencia en la industria y los transportes de México.

MEXOLUB se prepara mezclando "Bright Stock" obtenido de crudos americanos, con el mejor aceite neutro obtenible de crudos seleccionados del país. Soporta en todas las virtudes y cualidades que un aceite fino para motor debe tener: alta resistencia a la evaporación, bajo contenido de carbón libre, resistencia al efecto adelgazador del calor y fluidez a bajas temperaturas.

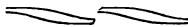
PETROLEOS MEXICANOS



Mexolub



RESERVADO PARA LA
UNION NACIONAL
DE PRODUCTORES
DE AZUCAR



ARTE LITERATURA HISTORIA



LA OBRA MÁS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS

La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI ha sido considerada ya por el público como la OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS... Lo es por la gigantesca labor intelectual realizada por su autor y por el enorme esfuerzo editorial que supone su publicación.

La HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA rebasa los limites de cuantas obras haya podido conocer el lector hasta ahora. Es la primera ¡Y LA ÚNICA! que presenta al público de lengua española el más extenso y documentado estudio de todas las culturas. En sus trece volúmenes se recoge la HISTORIA, el ARTE y la LITERATURA de cada época.

La obra monumental de SANTIAGO PRAMPOLINI constituye, por si sola, una verdadera biblioteca. En la que han intervenido bajo la sabia e ilustre dirección de JOSE PIJOAN, las figuras más preclaras de la intelectualidad Hispano Americana. Usted no puede privarse de ella, para deleite de su propio espíritu, ni puede privar tampoco al resto de sus familiares.

Envíenos ¡HOY MISMO! el cupón que aparece en este anuncio y recibirá un Lujoso FOLLETO DESCRIPTIVO

EXPOSICION PERMANENTE DE LA OBRA EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 8. - APDO. 140 Hls. MEXICO, D. F.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AVENIDA INDEPENDENCIA 8.
APDO. 140 Hls. MEXICO, D. F.

Tengo verdadero interés en recibir, sin compromiso alguno, el folleto descriptivo de la HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA y amplios informes sobre facilidades de pago.

Nombre y apellidos

Profesión y ocupación

Dirección



DELICIAS DE LA PAZ

Los turistas que movidos por la atracción de México, se decidan a gozar de las delicias que la inminente paz nos brinda, pasando unos días de vacaciones en nuestra tierra, no han de verse en modo alguno defraudados.

A los extraordinarios atractivos naturales e históricos de nuestro país, a sus prestigios de leyenda, viene a sumarse hoy día, realizándolos, la comodidad que al viajero ofrece una organización turística cada vez más desarrollada y alerta.

La comodidad—en todos sus órdenes—del visitante, su derecho al bienestar e incluso al halago, se encuentran en México garantizados por la circunstancia de que, para equilibrar su balanza exterior, cuando la paz disminuya la actual fiebre exportadora, nuestro país necesita las entradas de turismo. Así lo ha hecho notar con suma perspicacia le prensa norteamericana y lo han recogido nuestros periódicos.

Los encargados de regir los destinos de nuestra patria se dan cabal cuenta de que el turismo es una de las industrias necesarias para la salud del país en la gran época que se inicia, y que la prosperidad de esa industria depende en primer lugar de la satisfacción que experimente en nuestro territorio el forastero.

De aquí que se estén tomando hace ya algún tiempo las medidas conducentes a la mejor presentación de nuestros tesoros turísticos. De aquí que se proteja y favorezca cuanto en comunicaciones, hoteles, espectáculos, artes populares, redunde en beneficio de quienes vienen a honrarnos con su presencia. De aquí que se procure con especial cuidado evitar cuanto pueda ser para el visitante causa de fastidio, cortando de raíz todas las tentativas de abuso propias de los períodos agitados como ha de ser este de la post-guerra.

Puede estar seguro quien nos visite de que México aprecia el valor de su sonrisa.

F. L. S.

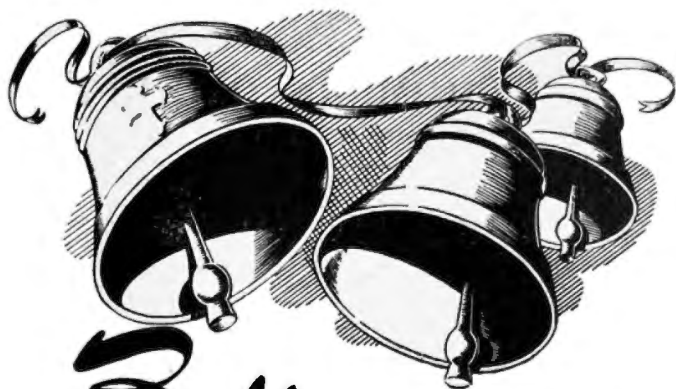
Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero diríjase a:

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO
AVENIDA JUAREZ 76
MEXICO, D. F.



3 llamados

LE HACE CADA SEMANA
LA FORTUNA:

Lunes, \$ 25,000.00

Miércoles, \$ 60,000.00

Viernes, \$ 100,000.00

o MAS!!

NO LOS DESOIGA...

UNO DE ELLOS PUEDE TRAERLE
LA SOLUCION DE SUS PROBLEMAS

Lotería Nacional

Acaba de aparecer EL HOMBRE DEL BUHO

MISTERIO DE UNA VOCACION

Por Enrique González Martínez

¿Cómo una vida predestinada aparentemente a la ciencia y al ejercicio de la medicina dió lugar a un poeta de primera magnitud? Para desentrañar este enigma de sus orígenes, Enrique González Martínez ha hecho un alto en sus actividades líricas y puéstore a recordar sus juveniles años. Lo paradójico del caso es que la peripécia crítica que resolvió definitivamente su destino, es decir, aquella que poéticamente le dió vida, fué la noticia de su propia muerte. El príncipe de nuestros poetas tuvo, como tal, el privilegio de presenciar sus propios funerales. Las repercusiones íntimas de la falsa noticia de su fallecimiento, anunciado por la prensa, decidieron sobre su vida ulterior. Tal vez a la naturaleza grave de este incidente se deben siquiera en parte, las simpatías que la obra de González Martínez muestra por el ave sapiente de Minerva dejando a un lado las voluptuosidades entonces triunfantes del "gloria a ti, Leda".

Esta y otras muchas cosas relativas a la infancia y juventud de nuestro poeta que esclarecen y ejemplifican, en una personalidad señera y predestinada, el trabajo sutilísimo de la vida en cuanto forjadora de destinos, conocerá el lector de estas hermosas páginas. Y gustará el ambiente de la provincia mexicana de hace medio siglo así como el de nuestra capital cuando una fiebre renovadora conmovía al continente y fulguraban aquellos chispazos que dieron nacimiento en nuestro medio a la Revista Moderna. Nuestra historia literaria desenvuelve apaciblemente en este libro algunos de sus meandros por los que desfilan las figuras del "viejecito" Urbina, de Nervo y de Justo Sierra junto a las de otros dioses mayores y menores, verdadera crónica imprescindible no sólo para conocer el destino particular del poeta sino, dado lo representativo de su personalidad, para que México en primer término e Hispanoamérica después, vayan llevando a cabo la tarea creadora de conocerse a si mismas.

EDICIONES CUADERNOS AMERICANOS

PRECIO DE ESTE VOLUMEN:

MEXICO	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.20 dólares

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO III

VOL. XVII

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE

1944

MÉXICO, 1^o DE SEPTIEMBRE DE 1944

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, Rector de la Universidad Nacional de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General de Fondo de Cultura
Económica;

Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-
xico;

Eugenio IMAZ, escritor.

Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de
Madrid;

Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;

Manuel MARTINEZ BAEZ, Presidente de la Academia de Medicina
de México;

Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;

Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.

Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Eco-
nomía, de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG.

Secretario
JUAN LARREA.

Se prohíbe reproducir los artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Jules Romains* París liberado.
Alfonso Reyes Liberación de París.
Jesús Silva Herzog Crisis humana y post-guerra.
Vicente Sáenz Pasado, presente y porvenir de
Centroamérica.
Bruno Frei Montañas y guerrillas.

Nota, por Andrés Iduarte.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Newton Freitas* Los ríos del Brasil.
José Ferrater Mora Del intelectual y de su relación
con el político.

MESA RODANTE: *¿Independencia? ¿Comunión social?*

Intervienen: José Gaos, Juan Larrea, Mariano Picón-Salas,
Alfonso Reyes, José Medina Echavarría y Jesús Silva Herzog.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Héctor Pérez Martínez* Aguila que descende.
Samuel Ramos La cultura francesa en México.
Renato de Mendoça Tres prosistas del Brasil.

Nota, por Luis E. Valcárcel.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

POETAS ESPAÑOLES EN AMÉRICA:

Juan Ramón Jiménez,
León-Felipe, José Moreno Villa,
Pedro Salinas, Jorge Guillén,
Pedro Garfias, Juan José Domenchina,
Emilio Prados, Manuel Altolaguirre,

P O E M A S .

- Juan Larrea* El surrealismo entre Viejo y
Nuevo Mundo (III).

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Ocaso en los alpes bávaros	56
BRUEGHEL. La alegre danza junto a la horca. <i>Oleo</i> . (Museo de Darmstad)	57
Cuahtémoc	128
Tormento de Cuahtémoc. (Del monumento elevado en su honor en la ciudad de México)	129
Phuyu-Pata-Marka. La ciudad encima de las nubes. Al fondo el pico de Salcantay	174
Phuyu-Pata-Marka. Escalera y nichos	"
Intipata. Situación y andenes	"
Sayac-Marka. La ciudad inaccesible. Edificio culminante	175
PRIETO. La divina tragedia	185
" Pueblo en llamas	186
MORENO VILLA. <i>Oleo</i>	192
" " <i>Oleo</i>	193
LUNA. Disparate español	208
" Fragmento	209
SOUTO. Figura	218
" Paisaje mexicano	219
CLIMENT. Retrato	224
" Bodegón	225
FRANCES. <i>Oleo</i>	234
" "	235
PICASSO. Dibujo. 13 junio 1938.—Rincón de su taller. (Grabado sobre fotgrabado)	247
LIPCHITZ. Bronces. Hoja de álbum.—Eclósión	248

Nuestro Tiempo

PARIS LIBERADO

Por Jules ROMAINS

UN FRANCÉS está menos calificado que un amigo de Francia para hablar de la liberación de París como acontecimiento internacional. ¿Qué podría decir, además, que no se imponga con evidencia a la conciencia de todos? La caída de París en junio del 40 se reveló en seguida como una de las mayores desgracias registradas por la humanidad desde hace siglos. El significado de esa desgracia rebasa con mucho los intereses de un pueblo. De haber quedado sin reparación, ningún restablecimiento del orden hubiese sido posible; o no hubiera sido duradero. Con un París cautivo, tan sólo una tregua hubiera sido la paz del mundo. Y aun si la liberación de París hubiese acaecido sin victoria militar, como simple consecuencia de un tratado de paz, la herida moral recibida por el mundo a través de Francia no hubiera tenido cura.

La victoria militar se ha llevado a efecto. La liberación de París, lejos de sobrevenir a rastras de la victoria, habrá sido su signo y su anuncio. Estoy persuadido de que andando el tiempo, los historiadores verán en ella la peripecia decisiva de esta guerra, a raíz de la que, como en un drama, tenía que desplegarse la majestad inevitable y rápida del desenlace.

Pero lo que un francés puede decir de manera especial, es que la liberación de París se ha realizado en condiciones que la convierten para Francia misma en un acontecimiento de virtud extraordinaria. Por una vez los hados y las buenas voluntades, que tan a menudo han desatendido la causa de nuestro pueblo, se han prestado a servirle. Sólo aquellos que conocen Francia y París íntimamente, en su pasado, en sus tradiciones, en su espíritu secular, pueden medir hasta qué punto serán siempre benéficas estas

jornadas del 19 al 22 de agosto. Poseen la fragancia y el estremecimiento de nuestra historia vetusta. Son la continuación directa de Santa Genoveva, de las Comunas o villas libres, de Juana de Arco, y de los días de la Revolución. Dan testimonio de un pueblo indomable. Se hallan cruzadas por el rugido y la racha enfurecida del arrabal. Hemos visto reaparecer, en una nueva llamarada de la leyenda, esos sitios ilustres por herencia y por vocación que se llaman la Puerta de San Dionisio, el Boulevard de la Buena Nueva, la Plaza de la Bastilla, el Arrabal de San Antonio, la Puerta de Italia, la Barrera de Infierno . . .

Porque, claro está, se ha convertido en leyenda desde el primer momento. El primer disparo del primer fusil ametrallador en la primera barricada ha sido incautado al punto por la leyenda. Y la leyenda, como es su cometido, seguirá amplificando, simplificando, depurando. Es este uno de los pocos casos en que la verdad científica ha de tener la cordura sonriente de inclinarse ante la verdad poética. ¿Por qué? Porque la verdad poética se encuentra aquí tocando al corazón de las cosas. Porque está construyendo un símbolo bienhechor del que habrá de nutrirse el alma del pueblo durante generaciones y siglos. Y porque la fuerza de la leyenda obraba ya como un explosivo en el seno mismo del acontecimiento.

Muy cierto es que, sin el avance victorioso de los aliados, París no hubiera podido liberarse por sí solo. Es muy posible que esta explosión de París haya venido a trastornar un tanto los cálculos de los estrategas. Es razonable admitir que la ayuda prestada por las tropas regulares entre el 22 y 25 ha sido algo más que bienvenida.

Mas nada de ello quita para que París haya explotado por su propio esfuerzo. Y al final todos han de salir ganando: París, Francia, los Aliados, la victoria, el espíritu de la victoria, el espíritu de la paz, el mundo.

LA LIBERACION DE PARIS

Por Alfonso REYES

I. FRANCIA PARA EL MUNDO

LA liberación de París nos da ocasión de meditar otra vez en Francia, en sus destinos, en lo que ella ha representado y representa para el mundo, para América, para México y para cada uno de nosotros.

Cada vez las palabras se van gastando y van pareciendo más ociosas. ¡Tanto se ha pensado, tanto se ha dicho sobre Francia! Nosotros mismos, constantemente solicitados al caso, sentimos a veces la fatiga de volver sobre las mismas declaraciones. Pero el amor y la verdad repiten siempre la misma cosa. Tal es la santidad de los lugares comunes, sitios de todos frecuentados al igual de la fuente pública en que todos abrevan.

Todos están convencidos de la eminente e incomparable contribución de Francia al desarrollo del espíritu humano, en los diversos órdenes de la libertad y la cultura, dos ideas que casi se confunden. Cuando se ha nombrado a la antigua Grecia y a la moderna Francia, se han reconocido las deudas más importantes de la civilización occidental, la cual cada día se convierte más en la civilización sin distingo alguno.

Después del pensamiento griego, en efecto, nada se parece tanto a los ideales del hombre como el pensamiento francés. Siempre estuvo presente donde la humanidad se engrandece. Siempre sirvió de contraste y de criterio para apreciar la belleza o la fecundidad de una forma artística o de una idea, de una ley o de una conducta.

Claro está que también otras naciones modernas han participado en la obra de modelar al hombre de acuerdo con su figura ideal. Hay que reconocer a cada uno lo suyo.

La materna España nos ha dado un tipo ético que no podemos olvidar, y que está enraizado en el subsuelo de la conciencia americana. En la Italia del Renacimiento lució hace siglos la aurora del pensamiento nuevo. Otras naciones han figurado tipos menos universales, menos transportables a toda la tierra. Se han quedado en aquella etapa previa de la especialidad, cuyos productos no llegan a adquirir, como los de Francia, el valor de saldos y conclusiones inmediatamente aprovechables para el servicio general de los hombres. Las independencias americanas nacieron a inspiración de las ideas de Francia.

Después de la catástrofe que hoy aflige al hombre, a la hora de reorganizar el mundo, hará falta el toque del genio francés para dar a las instituciones esa coherencia que nunca pierde de vista el anhelo teórico, antes lo enlaza graciosamente con las posibilidades prácticas. Sin la presencia catalítica del espíritu francés, testigo de mayor excepción, tememos que el mundo pierda algo. Porque Francia ha sido "la maestra de dibujo entre las naciones".

Hay exacerbación de planes y proyectos para el día de mañana. El dibujo francés, transflorado a modo de calco, puede todavía dar normas de viabilidad o de conveniencia.

Esperamos, pues, la salvación de Francia por ella misma y por nosotros. Confiamos en la victoria final, cuyos destellos rompen ya la cerrazón del horizonte, para que no se pierda, en la historia, una de las realizaciones más altas y fascinadoras de la especie; mas también para que Francia siga inspirando, con su mente, nuestro camino vacilante.

Innegable el valor de la firmeza británica para la salvación del mundo. Innegable el acceso de los Estados Unidos y de Rusia hasta la primera fila de las naciones. Innegable el derecho que tienen a la gratitud universal y a que se escuche su noble voz en los futuros conciertos, así como la de aquella China patética, "enorme y delicada". Pero acontece que cuanto hay de duradero en estos nuevos acentos es la prolongación natural—la prolongación dialéctica, diremos en lenguaje más a la moda—de la canción que, hace siglo y medio, Francia ha entonado para el mundo.

II. FRANCIA PARA NOSOTROS

EN las postrimerías del régimen colonial, toda infiltración de personas e ideas francesas era vigilada y perseguida en la Nueva España como lo han sido después, en los países conservadores, los contagios del radicalismo llamado "exótico". Las constancias obran en el Archivo de Indias, de Sevilla. De Francia venían las tentaciones, incubadas en el espíritu de la Enciclopedia y en el ejemplo patético de la Revolución Francesa. Hidalgo, el Padre de la Patria, aficionado a las letras francesas y traductor de Corneille, recibió de sus contemporáneos el apodo de "afrancesado". Conscientemente o no, los caudillos insurgentes eran todos afrancesados. La antorcha de Francia ilumina nuestra independencia.

El grande espíritu de Francia educó el pensamiento de las nacientes repúblicas americanas, guiándolas en sus primeros pasos por el camino democrático; inspiró su nueva cultura, penetró su filosofía y sus campañas de educación liberal; produjo la aparición de nuestras literaturas ya emancipadas, en el inolvidable desperezo del Modernismo. La eterna Francia ayudó a formarse nuestro ser nacional, enriqueciendo provechosamente la tradición hispánica, cuando precisamente ésta necesitaba un abono, al fin como tierra muy laborada, para seguir dando, en el Nuevo Mundo, provechos y beneficios.

Hubo un día en que México sufrió desmanes e invasiones, no del pueblo ni del espíritu francés, sino de los ejércitos profesionales al servicio de las ambiciones imperiales de Europa. El entonces joven Clemenceau, que se encontraba a la sazón en los Estados Unidos, dirigía una carta a sus amigos de Francia en que condenaba sin ambages la intervención militar en México. La condenó Víctor Hugo; la condenó el ministro Ollivier. La condenaron todas las voces de la Francia eterna, que también padecía bajo Napoleón el Pequeño. Muchos oficiales franceses, que se trasladaron a nuestro país en cumplimiento del arduo deber, fácilmente se aclimataron aquí, se casaron en México, fundaron familias mexicanas y se quedaron entre nosotros. Lo sabemos bien los descendientes de los liberales de entonces, que más de una vez vimos juntos, en torno a

la mesa familiar, a los enemigos de un instante departir amigablemente entre sí como verdaderos hermanos de armas, en quienes la simpatía humana domina, absorbe, transforma y purifica el recuerdo de los lances pasados. ¡Sentimiento de deporte caballeresco que aún consentía la guerra de entonces, tan diferente de las carnicerías sin gloria que hoy padecen los pueblos! El prestigio de la Francia eterna pudo resistir aquella prueba, por lo mismo que la afrenta nos era común: a ellos y a nosotros igualmente nos ofendía.

A fines del siglo XVIII, y cuando la Nueva España vivía aún en régimen de puertos cerrados, viajaba por nuestro país un botánico francés, Thiery de Menonville, que, como el barón de Humboldt—este Goethe transportado a América—, se interesó por la cochinilla mexicana, tan característica de nuestro campo y que sirve para elaborar un tinte más firme y estimado que la púrpura y el múrice de Tiro. Thiery de Menonville publicó en 1787 una obra sobre *El cultivo del nopal y la educación de la cochinilla en las colonias francesas de América*. Con grandes esfuerzos, logró llevar algunos ejemplares hasta su jardín de Santo Domingo. El caso es simbólico: nuestra cochinilla sirvió para teñir el gajo encarnado del primer pabellón que enarboló la Convención Francesa y, más tarde, el uniforme del Primer Cónsul. La marca roja de México queda para siempre estampada en la carta de amistad que une a nuestros pueblos. Piensen los franceses libres, al ver ondear su lienzo con la cruz de Lorena, en la gotita de sangre brotada entre los nopales de Anáhuac.

III. FRANCIA ETERNA

¡EN puede la liberación de París ser asunto de meras consideraciones políticas e impersonales. Primer paso de trascendencia simbólica hacia la reconquista de Francia, segundo—después de Roma—hacia la recuperación de Europa, señala gloriosamente el camino de la victoria, anuncia el día de nuestra esperanza, deja el campo abierto a la presencia—indispensable—del pensamiento francés en torno a la mesa de la paz.

Si alguien tiene derecho a reclamar la edificación de una patria universal y humana —purgada de opresiones de clases, que son origen de las guerras internas; purgada de opresiones internacionales, que son origen de las guerras externas; purgada de injusticias y de obediencias fanáticas, que son origen de la barbarie interna y externa— es seguramente ese puñado de patriotas, que para eso ha sido capaz de fundar, entre los martirios y en la oscuridad de las nuevas catacumbas, algo como una patria subterránea. En cuanto a los tráfugas y demás descarriados, callemos por ahora.

Pero he aquí que el nombre de Francia está unido a la historia de las libertades, a los fastos de nuestras eemancipaciones, a las conquistas modernas del pensamiento, a las más dulces y más halagüeñas figuras de la humana sensibilidad, por modo tan íntimo y profundo, que es imposible no convertir la hazaña de París —hazaña de sus propios hijos denodados, quienes se alzaron en la hora oportuna, mientras las fuerzas aliadas formaban en torno a la ciudad un recinto férreo, trágico y expectante—, en un regocijo propio, en un desahogo sentimental, en un alarido de gozo, dejando para mejor ocasión las sesudas consideraciones de la estrategia o la política. Resuena otra vez la Marsellesa, que un día hizo temblar de emoción al poeta Goethe, revelándole con sus solos acordes el nacimiento de un nuevo orden humano.

Siempre se está cerca de París, aunque se esté lejos. En-vuelta en sus turbantes de niebla o temblorosa en el sol cernido por sus frondas, lanza desde la cara de sus monumentos aquellos inconfundibles reflejos de plata y de carbón, y nos acaricia en su aire tónico que tanto se parece al alma. ¡Oh patria común, tierra de todos! Se la ama como a una mujer, con las lágrimas en los ojos, con las sienes sobresaltadas. ¿Qué decía nuestro Gutiérrez Nájera?

*Francia, Francia: la urna transparente
en que el humano espíritu se agita;
eco que al grito del dolor responde;
inmenso, eterno corazón en donde
toda la vida universal palpita!*

CRISIS HUMANA Y POST-GUERRA

Por *Jesús SILVA HERZOG*

El Mundo de la Seguridad

STEFAN ZWEIG llamó en uno de los últimos libros que escribiera, el mundo de la seguridad al período que comprende las dos o tres últimas décadas del pasado siglo y los primeros trece años del presente. En efecto, Zweig tiene razón: de la guerra Franco-Prusiana a la Primera Guerra Mundial, hay un lapso de alrededor de cuarenta años, en el que la fe en el progreso y el más firme optimismo en los destinos humanos dominan en el espíritu de las clases acomodadas. Se nos vienen a la memoria algunas de las páginas de Ernesto Renán, el admirable historiador y estilista francés, y las de otros escritores europeos que reflejan su confianza en las nuevas conquistas realizadas en los varios campos de la existencia colectiva. Se creía entonces que todo marchaba maravillosamente, que sólo hacía falta ajustar unas cuantas piezas del mecanismo social; en fin, que el hombre se hallaba a punto de convertir en realidad el sueño hermoso de Francisco Bacon. La Nueva Atlántida iba a ser para siempre la morada alegre, amable y perfecta de las inmediatas generaciones.

Se hablaba del adelanto logrado en las ciencias, sobre todo en las aplicadas como la química, que hacía ya varios lustros había descubierto los medios para modificar las características naturales de los suelos. La máquina de coser aliviaba el trabajo de las mujeres laboriosas; el teléfono podía llevar la palabra humana a distancias enormes; las redes geográficas ceñían cada vez mayor número de zonas geográficas, y las cintas de acero de los ferrocarriles cruzaban las llanuras inmensas, violaban las selvas y trepaban audaces por las más escarpadas montañas. La fá-

brica moderna se agrandaba y producía año tras año cantidades crecientes de mercancías a precios más baratos; y empezaban a aparecer los grandes capitanes de la industria, los reyes del petróleo o del acero, nuevos personajes en la historia económica que reunían rápidamente fortunas inmensas, cual jamás pensaron acumular los reyes más poderosos en los más ricos imperios de los pasados siglos.

En la vida social también se realizaban notables conquistas: las escuelas se iban multiplicando, la cultura se generalizaba, aparecía el seguro social como medio para atenuar la violencia de la lucha de clases, se hacían concesiones, por supuesto mínimas, a los trabajadores en Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania; y, el Papa León XIII, hombre de su tiempo, publicaba su célebre encíclica *Rerum Novarum*.

A principios del siglo las grandes capitales europeas como París, Viena, Berlín y Londres, se embellecían con hermosos edificios, anchas avenidas que sombreaban hileras paralelas de árboles copudos y frondosos, extensos parques zoológicos, bosques y jardines en que era posible hallar soledad y breve reposo en el mismo corazón de las ciudades populosas. Los museos se enriquecían con nuevas obras de arte. La exposición de París de 1900 fué la demostración objetiva del progreso alcanzado en los últimos años del siglo que moría. Un viaje a Europa, y sobre todo vivir en París, era el sueño de oro, el ideal con más intenso amor acariciado por los sabios y artistas de los países latinoamericanos.

Nuestros padres y abuelos vivieron alegres y confiados. Sólo de tarde en tarde turbaba su existencia apacible las noticias de los periódicos sobre algún crimen truculento, cometido en cualquier rincón del mundo, o los informes de la erupción volcánica en alguna isla lejana en el Mar Caribe. Como lo hace notar el mismo Zweig, creían primero en el progreso y después en la Biblia. No sospechaban que el huracán se hallaba cerca y que barrería con furia incontenible su mundo orgulloso, construído sobre la arena movediza de un anhelo imposible; no pudieron imaginar que muchos de sus hijos y de sus nietos iban a ser

víctimas en una tragedia con perfiles dantescos; no sospechaban que el mundo de la seguridad se transformaría de un solo golpe, verticalmente, en el mundo de la inseguridad.

En México también tuvimos nuestro mundo de la seguridad. El largo período de Gobierno del General Díaz tiene características muy semejantes a las que imprimieron fisonomía particular a la Europa del mismo momento histórico. La misma fe en el progreso; la misma confianza en las excelencias de la organización económica, social y política; la misma tendencia a hermostrar las grandes ciudades; la misma ignorancia de la realidad. Es curioso comparar "El Mundo de Ayer", de Stefan Zweig, que se refiere a Europa, y "El Hombre del Búho", del poeta Enrique González Martínez, que trata sobre México. Ambos libros, un tanto autobiográficos, describen la misma época en dos continentes distintos, siendo notables los puntos de coincidencia. Se nos ocurre pensar que la obra del porfirismo no fué tan solo producto de la habilidad administrativa del célebre estadista mexicano, sino en buena parte el resultado de idénticas fuerzas históricas que, en un momento dado, fijaron parecidos rumbos a los países de cultura occidental o influenciados por esa cultura.

Tienen razón los ancianos que en México recuerdan nostálgicamente los buenos tiempos de don Porfirio, de igual manera que la tienen los viejos franceses que añoran la Francia dichosa de principios del siglo. Unos y otros no pueden olvidar el mundo grato en que vivieron los mejores años de su vida: el mundo de la seguridad.

Contradicciones sociales

AQUELLAS generaciones no advirtieron las fuerzas contrarias que chocaban en la atmósfera social; y no advirtieron la importancia de la lucha del proletariado en contra de la burguesía, la lucha derivada de la competencia comercial dentro de los límites de cada país y entre los países; no advirtieron los intereses en pugna de las naciones industrializadas y los pueblos coloniales, ni tampoco

las contradicciones irreductibles entre la civilización cristiana y la civilización mercantil.

El comerciante enriquecido practicaba los domingos los ritos de la religión de Cristo, sin perjuicio de que los demás días de la semana adorase a Mercurio, dios latino, protector de los mercaderes y ladrones.

Desde la revolución industrial aparecen al mismo tiempo que los economistas que defienden las bases y principios de la sociedad capitalista, la cual llega a su plenitud en el curso de la segunda mitad del siglo XIX, los escritores en desacuerdo con esos principios y esas bases, a quienes hiera la desigualdad y la injusticia sociales. Ellos, al levantar su protesta enérgica, critican la organización fabril y los métodos de distribución de los bienes materiales, a la par que diseñan hermosas ciudades de utopía, con noble terquedad. Nos referimos, principalmente, a San Simón, Owen y Fourier. Poco más tarde Carlos Marx y Federico Engels fundan el socialismo científico, dando al proletariado su doctrina y táctica de lucha en contra de la sociedad burguesa.

Ahora bien, independientemente del socialismo y de los socialistas utópicos o científicos, cristianos o reformistas, es un hecho incontrovertible la antinomia que ha existido y existe entre la concepción de la vida que predicara Jesús y los cimientos ideológicos del sistema capitalista. A la pobreza como ideal de vida se opone el ideal de la acumulación de bienes de fortuna; a la concordia, la guerra; al amor al prójimo, la lucha por la existencia; y a la paz como suprema aspiración del hombre, el aforismo de que ser es pelear y vivir es vencer. Al niño, al joven o al adulto se les repetía a menudo que eran cristianos y se recordaba el Sermón de la Montaña; pero bien pronto descubrían en su misma vida hogareña, en la escuela, en el taller, en la oficina y en los establecimientos comerciales, que todo era egoísmo, ventaja y codicia sin freno; que no había relación alguna entre el cristianismo y la vida diaria, que todo era mentira e hipocresía y que los fariseos y los mercaderes se habían adueñado de lo mejor de la tierra.

Así, el hombre, ante tan amargo contraste, ante el divorcio entre las reglas de conducta que le habían enseñado sus mayores y la dura convivencia con sus semejantes, siente nacer poco a poco del fondo de su conciencia la más dolorosa desilusión; y ya sin principios éticos que lo guíen en su camino, sin normas estrictas de vida, marcha sin rumbo y sin brújula cual viajero que se pierde al caer la noche, en una selva espesa y azotada por la tempestad.

Ya lo hemos dicho en otra ocasión y ahora es bueno repetirlo: novelistas y poetas ilustres observan y hacen notar las contradicciones existentes, al mismo tiempo que con la piqueta de sus críticas acerbas socavan los cimientos del edificio en que se aloja la burguesía. Recuerde el lector esa empresa titánica de Honorato Balzac que se llama "La Comedia Humana"; recuerde algunos capítulos de "Los Miserables", de Víctor Hugo; las novelas de Dostoyewsky, tan genial como desventurado; al Conde León Tolstoy, que aspiró a crear algo así como un nuevo cristianismo; recuerde los libros de nuestro Benito Pérez Galdós; la obra demoledora del exquisito ironista Anatole France; y, más recientemente, los relatos vivos y descarnados de Máximo Gorki. Muchas de las obras de estos autores y las de algunos más que sería prolijo enumerar, contribuyeron a destacar los vicios de la sociedad mercantil y a sembrar dudas e inconformidades entre miles de hombres y mujeres de Europa, de América y de otros espacios geográficos.

Y poco antes de 1914 empiezan a aparecer síntomas nefíticos de desorientación en el ámbito de las ideas y una crisis profunda de carácter moral. Ambos síntomas se reflejan mejor que en ninguna otra manifestación intelectual, en la poesía, en la novela, en la escultura, en la música y en la obra pictórica.

Imperialismo y guerra

LA política internacional en la Edad Moderna se ha basado en el equilibrio de fuerzas entre las grandes naciones, equilibrio imposible de mantener en un mundo diná-

mico, sujeto a la ley fundamental del cambio perpetuo. De aquí que con cierta frecuencia al romperse el equilibrio han estallado guerras enconadas y sangrientas para restablecerlo. Así una y muchas veces en cada siglo, sin que los gobernantes hayan aprendido las lecciones repetidas de la experiencia. Lucha constante por la supremacía económica en los países más fuertes y adelantados de Europa, con sacrificio de vidas y bienes materiales. Ténganse presentes las guerras entre España e Inglaterra, entre Francia y Holanda y entre Inglaterra y Francia en los siglos XVI, XVII y XVIII. Un poco después Rusia y Alemania, al adquirir poder económico y militar, participan también en ese juego peligroso. Los Estados Unidos y el Japón llegan todavía más tarde a la mesa de las grandes ambiciones internacionales, complicándose más y más, de esta manera, el ya muy intrincado escenario político mundial.

La competencia entre las empresas y el desarrollo de la técnica acentuaron el fenómeno de la concentración industrial, creándose así grandes unidades económicas monopolísticas con un poder financiero y político sin precedente en la evolución de los pueblos. Algunas de estas grandes unidades económicas rebasaron las fronteras de sus respectivos países en busca de nuevos mercados y de materias primas. Este hecho que arranca de la última década del siglo pasado, cuya significación histórica no se percibió de inmediato, fué el principal factor determinante de la Primera Guerra Mundial. Los grandes "trusts" de cada gran potencia necesitaban, para no detener su crecimiento, nuevas plazas donde vender sus mercancías y mayor volumen de materias primas para incrementar su producción; pero como las plazas comerciales no son ilimitadas ni tampoco lo son los territorios productores de materias primas, vino inevitablemente la lucha, por ejemplo, entre un gran "trust" inglés y un gran "trust" alemán; y al no encontrar solución por medio de convenios pacíficos dentro del mecanismo internacional del equilibrio de fuerzas, la guerra tuvo que estallar en 1914. En el fondo, por las mismas causas que originaron las guerras de Luis XIV en contra del Reino de Holanda en el siglo

XVII, es decir, por rivalidades comerciales y la ambición de alcanzar la supremacía mundial. Por supuesto que no se ignora que pueden citarse numerosos casos análogos, cada uno con matices diversos, de conformidad con las diferencias inevitables de tiempo y de lugar.

La Primera Guerra Mundial, como es bien sabido, duró algo más de cuatro años. Su saldo trágico fué de más de diez millones de muertos, de millares de mutilados, de millares y millares de viudas y huérfanos; mas cabe preguntar: ¿No fueron útiles al progreso humano esos millones de muertos, esos millares de mutilados, de viudas y huérfanos? ¿Acaso los combatientes que quedaron para siempre tendidos bajo la tierra removida por la metralla, no fecundaron con su sangre la simiente de la libertad y del bien entre los hombres? ¿Cuál fué la ganancia, cuáles fueron las ventajas que obtuvieron los trabajadores de Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos con tamaño sacrificio? No sabemos lo que hubieran respondido o lo que respondan los financieros y estadistas que provocaron la conflagración. Nosotros tenemos estas categóricas respuestas que no necesitan demostración sino recordación: el saldo es negativo, completamente negativo; los trabajadores de Alemania y Austria, de Francia, Bélgica e Italia, de Inglaterra y Estados Unidos nada ganaron con la guerra, y el dolor y la muerte fueron infecundos para el bien y la libertad del género humano; lo que la Guerra de 1914-18 produjo fué un fruto maldito: la guerra que comenzó el 1º de septiembre de 1939 y que no sabemos todavía cuándo terminará.

La guerra de 1914-18 fué provocada por el mercader. Mientras éste, en el despacho de su fábrica o en su oficina de la presidencia de alguna institución de crédito, leía con avidez los periódicos—digamos a las once de la mañana de un hermoso día primaveral en 1917—para enterarse de los episodios de la cruenta lucha, del resultado y consecuencia de los últimos combates a fin de calcular si sus acciones iban a subir o bajar, allá en los campos de la Francia gloriosa centenares de hombres sanos y útiles se batían entre el lodo en las trincheras, con los rostros ennegrecidos por la pólvora, para morir atravesados por

balas enemigas con la creencia de que morían por un ideal sagrado y por su patria. Ignoraban, piadosa creencia, que no eran sino autómatas que movían los hilos invisibles de los banqueros y sus congéneres los industriales y comerciantes, quienes como excelentes padres de familia y buenos y además infieles esposos, vivían contentos y sosegados en sus palacetes de cualquier gran ciudad europea o norteamericana.

Pero en octubre de 1917 ocurrió un hecho inesperado que produjo sorpresa y temor a los reyes y príncipes de la economía del mundo. Lenin y sus bolcheviques iniciaron en San Petersburgo la Revolución Social. Entonces, el fantasma del comunismo de que hablaron Carlos Marx y Federico Engels en 1848, volvió a pasear por la conciencia sombría del mercader, cuyo corazón egoísta, impasible y frío, tembló por vez primera ante el crepúsculo rojo que anunciaba la nueva y triple tiranía: la tiranía de la Justicia, de la Razón y de la Verdad.

Tratados y crisis

DESPUÉS del armisticio vinieron el Tratado de Versalles y la fundación de la Liga de las Naciones. El Senado norteamericano se negó a que Estados Unidos formara parte del novedoso y flamante organismo internacional. Esta negativa significó, a la vez que una amarga derrota para Wilson, el fracaso a la larga del cuerpo ginebrino. Se celebraron más tarde una serie de reuniones internacionales, una serie de convenios sobre armamentos entre las grandes potencias, todo basado en el viejo sistema del equilibrio de fuerzas. Mientras tanto, iban apareciendo libros de propaganda en contra de la guerra, tales como "El Fuego", de Barbusse, y "Sin Novedad en el Frente", de Remarque, libros que por las escenas angustiosas y crueles que describían, hirieron la imaginación y la sensibilidad de cientos de miles de lectores. Estos creían con la más profunda de las convicciones que una nueva guerra sería imposible y el más grande de los absurdos.

Por otra parte, no tuvieron éxito las expediciones punitivas en Rusia en contra del régimen soviético, ni tam-

poco los pronósticos de fracaso de ese régimen que anunciaban a menudo los grandes rotativos de las grandes ciudades; y el miedo al comunismo se acentuaba y extendía en los centros burgueses por todos los ámbitos del planeta.

El miedo al comunismo influyó, seguramente, en el movimiento fascista italiano encabezado por Mussolini. Ante el temor de que triunfaran en Italia las ideas que en Rusia habían triunfado, la burguesía italiana tuvo que retirarse a nuevas trincheras, ceder algunos de sus privilegios y aceptar de buena o mala gana las limitaciones impuestas por el régimen corporativo. Existía la amenaza de perder la libertad económica y la propiedad, y prefirieron sacrificar una parte de esa libertad. Lo importante para la burguesía era mantener el monopolio de los bienes de producción y producir para el mercado, no con la finalidad de satisfacer necesidades sociales, sino con el propósito de lucro para incrementar sus riquezas.

Pasaron unos cuantos años y el mundo parecía que se había recobrado de las consecuencias de la guerra. En 1927, en 1928 y los primeros nueve meses de 1929, el optimismo y la fe en el progreso volvían a llenar la atmósfera social, recomfortando el corazón de la minoría privilegiada. Y es que la facultad de olvidar la tristeza de ayer y el dolor de la tragedia hace poco tiempo vivida, es uno de los más preciados dones del hombre. La fe en el progreso y el optimismo privaban, especialmente, en los Estados Unidos de Norteamérica; los negocios se hallaban en auge, el dinero abundaba en todas partes, los millonarios se hacían más millonarios, los ricos que no llegaban a tanto se hacían más ricos, los obreros calificados eran dueños de una casa modesta, de una victrola y un automóvil. En los grandes periódicos estadounidenses aparecían, día tras día, anuncios de planas enteras como éste: ¿No tiene usted automóvil? ¿Y no le da vergüenza confesarlo? Adquiera uno, nosotros le damos crédito. En medio, una sugestiva fotografía de un hermoso coche Ford, Chevrolet o Dodge y abajo la firma de una prestigiada casa vendedora. Así se iban endeudando millares de familias modestas y la inflación monetaria crecía peligrosamente. En

el mes de octubre de 1929, en forma inesperada para la inmensa mayoría de los habitantes del mundo, apareció con violencias de huracán en la Bolsa de Nueva York la crisis más grave en toda la historia del capitalismo, crisis que rápidamente se extendió por todos los países, afectando su economía con mayor o menor intensidad, en razón directa con el mayor o menor grado de industrialización. Muchos bancos quebraron, dejando de la noche a la mañana en la pobreza a familias acaudaladas; la producción industrial tuvo que reducirse en forma drástica y multitud de obreros sin trabajo, andrajosos, hambrientos y llenos de desesperación pasearon su miseria con sus mujeres y sus hijos desnutridos por los barrios bajos y centros comerciales de las ciudades populosas. Lógicamente la crisis no afectó a la Unión Soviética, la cual se hallaba en la etapa de la dictadura del proletariado y de la construcción de un régimen socialista.

Hitler y la guerra

LA crisis aparece bien pronto y con gran virulencia en Alemania, provocando terrible depresión y el desempleo de algunos millones de trabajadores. La clase obrera se hallaba dividida y el partido comunista, que contaba con más de un millón de miembros, cometió numerosos errores de táctica política. Hitler, el antiguo cabo de la Primera Guerra Mundial, aprovechó hábilmente la situación y se adueñó del poder, con sorpresa para quienes nunca antes lo habían tomado en serio y que habían sonreído, burlones y desdeñosos, al escuchar o leer sus apopléticos discursos.

Hitler y sus cómplices apoyaron sus doctrinas en el odio al comunismo, a los judíos, a la democracia y a la libertad. Opusieron al principio de la lucha de clases la tesis de la superioridad racial. Ellos, los alemanes puros, descendían de los arios y formaban un grupo biológico preeminente, a quienes una deidad misteriosa les había encargado de dirigir los destinos del mundo. De este modo se trató de que el cargador de los muelles de Hambur-

go, la mesera de los cafés pobres de Berlín o el barrendero de las calles de Dresden, se consolaran de su escaso jornal creyendo que pertenecían a la raza humana dotada de las más altas virtudes. Así se levantó una cortina de humo espeso entre la ficción y la dura realidad; así se cometieron actos de crueldad en contra de los judíos, sin distinción de edad ni sexo y aun cuando se tratase de personas cuyos antepasados desde hacía varios siglos se habían establecido en el territorio alemán. Los crímenes del nazismo en contra de los descendientes del pueblo, que originariamente habitó en Palestina, no tienen precedente en la historia por su refinada sistematización subhumana; tales actos avergonzarían al hombre de las cavernas.

También se inventó la teoría del espacio vital para justificar, cuando fuese necesario, la invasión militar de territorios ajenos. Haushofer, general en la guerra 1914-1918 y desde que ésta terminó profesor en la Universidad de Munich, creó la geopolítica, nueva ciencia o pseudociencia muy en boga entre ciertos políticos y geógrafos amantes de las cosas novedosas. La geopolítica tiene sus inmediatos antecedentes en las obras del alemán Ratzel y en el libro ahora famoso del inglés Mackinder; pero es indudable que su verdadero creador es Haushofer, puesto que él fué, como diría el sociólogo español Adolfo Posada, quien la incorporó a la historia dramática. Se cuenta que el profesor de Munich influyó diabólicamente en las ideas de Hitler, estimulando sus sueños y ambiciones de predominio universal. En la obra titulada "Geopolítica", de Hans W. Weigert, se dice lo siguiente: "Cuando las definiciones de la "geopolítica" fueron legión, los editores de la Revista de Geopolítica de Haushofer se reunieron en conciliábulo y dieron una definición "oficial": "Geopolítica es la ciencia que trata de la dependencia de los hechos políticos con relación al suelo. Se basa sobre los amplios cimientos de la geografía, en especial de la geografía política, doctrina de la estructura espacial de los organismos políticos... La geopolítica aspira a proporcionar las armas para la acción política, y los principios que sirvan de guía en la vida política... La geopolítica debe convertirse en la conciencia geográfica del

estado". Por último, para citar una definición dada por el mismo Haushofer: "Geopolítica es la base científica del arte de la actuación política en la lucha a vida o muerte de los organismos estatales por el espacio vital (Lebensraum)".

Pero dejemos a un lado la geopolítica y pasemos a otra cuestión bien diferente. Un grupo de militares españoles, ayudados por las fuerzas más reaccionarias de su país, se rebelaron en contra del gobierno legítimo de España: el Gobierno Republicano. Tarea relativamente fácil hubiera sido vencer y castigar a la soldadesca desleal, si no hubiese sido por el apoyo moral y material que desde luego les prestaron Hitler y Mussolini. Al principio de la contienda creyeron los sectores progresistas de Europa y América que los republicanos recibirían a su vez ayuda de Inglaterra, Francia y las demás democracias; mas estaban equivocados, completamente equivocados; lo que se hizo por iniciativa de Francia e Inglaterra fué formar en Londres el Comité de No-Intervención. Esto animó a Italia de igual manera que a Alemania a redoblar su apoyo al General Francisco Franco, lo cual fué decisivo para que triunfara sobre el valiente y generoso pueblo español. El Comité de No-Intervención no sólo debe considerarse como un crimen, sino además como un error de la diplomacia Franco-Inglesa, error y crimen que han costado demasiado caros y que los historiadores del porvenir señalarán con acusadora precisión. Hay que recordar también el caso de Abisinia. La Liga no se atrevió a imponer a Italia, la agresora, las sanciones que ordenaba su Estatuto; la invasión de Austria, contra todo derecho, por las fuerzas de Hitler, y el silencio con sabor de complicidad de los países democráticos. Únicamente Rusia y México auxiliaron con armas y parque a los republicanos españoles; y en la violación de la soberanía austríaca sólo se escuchó en Ginebra la voz de protesta, enérgica y limpia, del pueblo mexicano. Es que la decencia internacional se hallaba en México, encarnada en la figura austera del Presidente Lázaro Cárdenas.

Mientras esos penosos acontecimientos llenaban de inquietud a los observadores inteligentes del panorama po-

lítico mundial, Hitler construía su máquina de guerra. Los banqueros de las democracias le habían abierto créditos para que fabricara aviones de combate, tanques y cañones gigantes, ametralladoras y fusiles. La Standard Oil Company de New Jersey vendía a Alemania petróleo crudo, lubricantes y gasolina. En un número de la Revista "Fortune", publicado a mediados de 1940, la poderosa empresa petrolera se quejaba de haber perdido un mercado tan lucrativo. Se dice que las grandes democracias ayudaban a Hitler con toda clase de elementos, creyendo que sus hábiles diplomáticos lo lanzarían contra la Unión Soviética. ¡Lamentable equivocación! El dinero y el petróleo de las democracias sirvió para que los ejércitos de Hitler combatieran a las democracias, y asesinaran en los campos de Bélgica y de Francia a los soldados de las democracias, desprevenidas e impotentes para luchar con ventaja, entre otras razones, por la inferioridad de sus armas.

Por último, vino la vergüenza de Múnich. El señor Chamberlain selló con un nuevo error los errores anteriores. Hitler se hinchó de soberbia, sus ambiciones de predominio ya no tuvieron límite y la guerra estalló fatalmente. Las victorias fáciles y rápidas siguieron una tras otra. Ya Hitler era dueño de la mayor parte de Europa, pero con sus triunfos creció su codicia insaciable de poder y arrojó sus ejércitos sobre Rusia, inmenso corazón del Continente. Al fin en Leningrado comenzó a declinar el sol de ese torvo personaje, de seguro el más trágico en la historia de todas las edades.

Crisis humana y postguerra

EL periodo comprendido entre las dos guerras se caracteriza por una creciente descomposición de la sociedad capitalista. Se pierde la fe en el progreso, se pierde la fe en los viejos valores humanos que nacieron en Grecia, Judea y Roma, y que supieron rejuvenecer en el siglo XVI Juan Colet, Erasmo, Tomás Moro y Juan Luis Vives. Se pierde la fe que se tuvo en la ciencia en el siglo XIX y el cris-

tianismo influye cada vez menos en la conducta de las masas; conservan el rito, pero se alejan de la esencia ética de la doctrina.

Hay una ola de cieno que invade lentamente los diversos sectores de la vida social. Son pocos los que logran salvarse. Todo se revisa y mucho se cambia con el fin de descubrir fórmulas nuevas de convivencia humana. Los síntomas son bien claros: en la URSS se inicia uno de los experimentos sociales más importantes, si no es que el más importante de la historia moderna; en Italia se establece el fascismo, y el nacionalsocialismo en Alemania; Roosevelt, en los Estados Unidos, inaugura una política social y económica indiscutiblemente novedosa y hasta con cierto matiz revolucionario, rompiendo en varios sectores las tradiciones del pueblo norteamericano.

Todos esos acontecimientos contradictorios influyen en las ideas y organización de las demás naciones, tanto en el hombre de la calle como en los gobernantes, filósofos, sabios y artistas, produciendo una honda inquietud que se amasa con el anhelo impreciso de encontrar la salida del laberinto en que se halla la presente generación. Al decir lo anterior pensamos en las rarezas y extravagancias del arte contemporáneo; pensamos en el dadaísmo europeo y en el estridentismo mexicano; pensamos en el cubismo, en el surrealismo, tanto en la pintura como en la poesía; pensamos sobre todo en la obra de Picasso, obra dislocada y genial que refleja con pasmosa fidelidad para quien sabe verla y analizarla, la imagen de un mundo descoyuntado y amorfo que lucha por encontrar su centro de gravedad y su forma futura. Se piensa además en dos libros distintos el uno del otro: "La Decadencia de Occidente", de Spengler, obra de filósofo, y "La Incógnita del Hombre", por Alejandro Carrel, médico sabio y celeberrimo. Se citan estos dos libros porque aquél aparece al finalizar la Primera Guerra Mundial y éste muy pocos años antes de que comenzara la Segunda, así como también porque ambos son bien conocidos y ofrecen desde distintos ángulos la pintura apasionante y dramática de una sociedad en plena crisis.

Y en estas condiciones se acerca ya la etapa de la Post-guerra; se acerca entre la ola de cieno, en medio de una desorientación ideológica y de una corrupción moral profundas, que sólo tienen paralelo en las últimas décadas anteriores al fin del Imperio Romano.

Los sitiales más prominentes alrededor de la mesa de la paz serán ocupados por el Presidente Roosevelt, quien de seguro defenderá con firmeza sus principios democráticos, sus ideales humanos y la Carta del Atlántico; Winston Churchill, que firmó ese documento justiciero y noble, pero que no ha mucho ha declarado que no se lucha por ideales, sino por la integridad del Imperio Británico e intereses económicos; el Mariscal Stalin, cuyos propósitos cabe sintetizar en una inmensa interrogación; el General Chiang Kai-shek, quien obviamente se esforzará por sacar a flote los derechos sagrados de su pueblo, tan incomprendido e injustamente tratado por las grandes potencias occidentales; se sentarán, por último, alrededor de esa mesa, los representantes de las potencias menores, cuya voz es posible que sea escuchada en las cuestiones secundarias. Pero, ¿y no llegará al recinto de la Paz la opinión de los pueblos deshechos por la guerra sangrienta y asesina? ¿No llegará a ese recinto el eco del inmenso dolor de tantas víctimas? En ello ciframos nuestra esperanza. Tal vez los proyectos de los estadistas y los planos de los técnicos sean inesperadamente modificados por la protesta enérgica y la acción avasalladora de los que han sufrido en carne viva el horror apocalíptico de la catástrofe. Recuérdese que no se trata de una guerra internacional, sino de la Revolución más grande de todos los tiempos.

¿Y qué es, sea cual el caso fuere, lo que al fin saldrá de esas conferencias medulares para el porvenir inmediato del hombre? A juicio nuestro sólo hay dos soluciones: o se establece la paz sobre la base del equilibrio político de fuerzas, a sabiendas de que en veinte o treinta años azotará de nuevo al mundo otra guerra implacable, o la paz se establece rebasando los marcos del capitalismo para organizar una democracia socialista, en la cual imperen la libertad de pensamiento y una justa distribución de las

riquezas. Claro está que al hablar de socialismo sería absurdo creer que se pretende que haya identidad en la organización de todos los países; debe ser sí, la norma general, mas cada pueblo se vaciará en sus propios moldes de conformidad con la tradición histórica, la evolución económica, los factores geográficos y su particular idiosincrasia colectiva. Lo esencial estriba en substituir el reino de los mercaderes por el imperio de los hombres sabios y bondadosos de que nos habla Campanella en "La Ciudad del Sol".

México y la paz

AL autor de este trabajo le importa, más que decir cosas nuevas, decir las cosas que importa decir. Por eso se darán aquí puntos de vista que ya se han dado y se expresarán ideas que no tienen el prestigio de la originalidad. Sin embargo, no debe desanimarse el lector porque tal vez con las ideas y hechos viejos se mezclen una que otra idea y uno que otro hecho que no lo sean.

Por otra parte, creemos que lo que va a decirse acerca de México puede aplicarse en varios aspectos a buen número de países latinoamericanos. Es obvio que México, al igual que otras repúblicas del mismo hemisferio y del mismo origen, no desempeñarán un papel predominante en las discusiones sobre la paz; su papel podrá ser significativo, pero no decisivo en las resoluciones fundamentales que se acuerden. Decir esto no halaga nuestra vanidad; empero, tiene la ventaja de hallarse en consonancia con un útil y sano realismo.

Lo primero que hay que tomar en cuenta para planear la paz en México es la geografía. México es un país débil y pobre al lado del país más fuerte y rico de la tierra. El poder económico de los Estados Unidos es enorme y ya es muy grande su poder militar. El Presidente Roosevelt es, como ya antes se expuso, un demócrata sincero y un amigo leal de las otras naciones del Continente; pero Roosevelt no será siempre Presidente de los Estados Unidos y no todos los que en Estados Unidos tienen in-

fluencia política por su fuerza económica, piensan lo mismo que Roosevelt. Hay en ese país minorías culturalmente selectas, grupos de hombres sinceros, de ideas liberales, con simpatía hacia los habitantes de los territorios que se extienden al sur del Río Bravo; sin embargo, hay también allá grandes banqueros, grandes industriales, grandes comerciantes que suelen influir en la dirección de los negocios internacionales y que no nos tienen simpatía; que nos miran con malos ojos; que no nos tratan, injustificadamente, de señor a señor, sino de señor a vasallo, de arriba a abajo, orgullosos de sus fortunas fabulosas. Estos —no nos hagamos ilusiones— son los mismos insolentes de ayer, son los mismos imperialistas de siempre y es necesario estar alerta a la hora del alba y a la hora del crepúsculo, de día y de noche; siempre alerta para defendernos de su perversidad y de sus asechanzas.

Y que esa verdad se clave con hondura en la conciencia de todo latinoamericano.

México está haciendo esfuerzos para industrializarse, está haciendo esfuerzos para pasar de su economía semicolonial a una economía industrial. En los Estados Unidos hay gentes de lejana visión económica que saben que si México se industrializa se elevará el nivel de vida de sus habitantes y ciertas industrias norteamericanas contarán con mejores mercados; mas, tampoco en este caso existe unidad de pensamiento entre nuestros vecinos, porque hay entre ellos quienes a su vez creen que lo ventajoso para la economía norteamericana es que México sea siempre país exportador de materias primas y no competidor en el campo de la producción de mercancías acabadas. Se asegura que estas dos tendencias opuestas se hallan actualmente en lucha y que hay, en ocasiones, motivos para temer que la tendencia número dos pueda imponerse y triunfar.

Nuestra defensa no está en la fuerza material sino en nuestra fuerza moral. Lo que necesitamos es tener nuestra casa limpia y en orden y que cada ciudadano se sienta responsable del porvenir de su patria; lo que necesitamos es castigar a los que prevariquen y traicionen; y, sobre todo, que los gobiernos se hallen integrados por hombres

probos, austeros y capaces. Así nos haremos respetar de propios y extraños; así, y sólo así, podremos mantener nuestra independencia política y convertir en realidad el hermoso sueño de nuestra independencia económica. Estas son las ideas matrices para la planeación de la paz en México y en las demás repúblicas hermanas de América.

En las guerras hay Estados Mayores encargados de formular los planes de campaña. La paz se acerca, la paz está a punto de estallar. Hay que crear los Estados Mayores de la paz. Es preciso, no que se reúnan unos cuantos señores, aun cuando estén cargados de sabiduría y experiencia, a conversar acerca de los problemas del mundo una o dos veces por semana durante una o dos horas; sino que esos Estados Mayores de la paz, al igual que los Estados Mayores en la guerra, trabajen incansablemente diez o doce horas al día para reunir los materiales dispersos que sirvan al mejor conocimiento de cada nación, discutiendo a fondo, en conjunto y separadamente, los asuntos económicos, sociales y políticos que mayor atención reclamen. De este modo saldrán, de esa labor inteligente y honrada, los proyectos y las ideas constructivas que aseguren un destino fulgurante a nuestros pueblos tan infortunados y tan merecedores de una existencia mejor.

Parece que el mundo sufre intenso dolor de alumbraimiento. Parece que la obscuridad de una larga noche se desvanece por la luz del alba que se aproxima.

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR DE CENTRO AMERICA

Por *Vicente SAENZ*

No encuentro título mejor para este trabajo que el del encabezamiento. Porque eso es, en resumen y en forma muy sintética, lo que creo más oportuno ofrecer a los lectores: una reseña del pasado, el presente y el porvenir de Centro América, explicando tan sencillamente como sea posible, basado en realidades, lo que otros suelen confundir por la obsesión de buscar "interpretaciones", más o menos aceptables o más o menos retorcidas, a la luz o a la sombra de ésta o de aquella doctrina filosófica.

Mala cara pondría sin duda don Carlos Marx —si de pronto se encontrase de nuevo en este valle de lágrimas para unos, y de placeres para otros— al ver y oír tantas cosas como se dicen y se hacen en su nombre.

Exclamaría, por lo menos, que le está sucediendo lo mismo que a la democracia. Después de mucho predicarla, la ponen en trance de naufragar aquellos que se valen de doctrina tan dignificadora para otros fines que no han de ser, precisamente, los que conduzcan a una transformación política, social y económica de honda raigambre democrática, en el más amplio sentido de la palabra.

Comprenderán los lectores que muy bien podría emplear en este caso, al hablar de transformación económica y política, vocablos de factura o de manufactura "técnica", que por lo traídos y lo llevados han venido a ser comunes: infraestructura, superestructura, dialéctica hegeliana, tesis, antítesis, síntesis, etc.

¡Bien cabría todo eso! Pero ya voy entrando en disquisiciones, y aun imaginándome el fruncido ceño del fundador del socialismo científico, al ver el estado en que lo dejan quienes acostumbran apearse más a la teoría —a

lo que hoy toma la misteriosa calificación de "tácticas"—, que a los hechos claros y precisos; a la Historia, en suma, que es la vida de los pueblos.

Dejo por consiguiente el preámbulo, y me acojo, sin más demora, a realidades concretas desde el punto de vista histórico.

Alborea la independencia americana en el siglo XIX

HE sostenido en mis cátedras de Historia de América que la lucha pro independencia y libertad, quedó planteada en nuestro continente a poco de iniciarse la conquista.

Y no porque la gran masa indígena, vencida por las armas o catequizada por la fe, sumisa, víctima de la servidumbre, desmoralizada, desposeída, se enfrentase a los estamentos directores de la sociedad en la época de la Colonia.

No. La lucha se entabló desde un principio entre las mismas clases poseedoras. Contra la autoridad real, contra el Estado, contra la metrópoli; contra la burocracia peninsular de virreyes, capitanes generales, jueces, visitadores, tesoreros de la Corona, audiencias, oidores, factores y demás funcionarios; incluso contra las misericordiosas Leyes de Indias —que sólo en mínima parte se cumplieron— inspiradas por dominicos y franciscanos, empezaron su oposición los conquistadores, los encomenderos los *hombres de garra*, que se habían ido posesionando de la tierra, de los indios y sus familiares como esclavos, de las minas, de todo lo que significaba dominio económico.

De modo que las raíces de la independencia —asegura dentro de la misma tesis Jorge García Granados— "no se encuentran en el período inmediatamente anterior a ella, sino que el conflicto duró *en potencia* tres centurias". Y agrega:

"Desde los primeros tiempos se suceden los asesinatos, se multiplican las conspiraciones y aun se llega a la guerra civil, como en el Perú. Colón regresa de su tercer viaje cargado de cadenas; Cortés muere en desgracia; Núñez de Balboa y Gonzalo Pizarro, hermano de don Francisco,

acaban en el cadalso; los hermanos Contreras en el desastre de una sublevación obscura; nadie está libre de un proceso ni de la muerte, porque las denuncias llevan todos los días, al rey y a sus consejos, grande alarma respecto a los planes de los conquistadores.

“El hecho escueto es que los españoles avecindados en las colonias, aspiran a formar una aristocracia dominadora, considerando injusto y tiránico cuanto se oponga a sus aspiraciones. Nuevos intereses económicos los hacen apartarse de la metrópoli y sentirse individuos de otra colectividad.

“Continúan siendo españoles, pero españoles de América, ya no de España. Su enemigo natural es precisamente el español peninsular —el “europeo”— que por merced del monarca, y sin conocer siquiera el país en que vive el criollo americano, le disputa la hegemonía de lo que él considera su patria, le arrebató las prebendas y legisla a su favor sobre la propiedad de los encomenderos, sobre las minas y demás fuentes de riqueza”.

Esta era, pues, la situación de nuestra América, durante sus tres largos siglos de colonización, hasta que corrientes ideológicas mundiales y acontecimientos políticos determinados vinieron a propiciar, en el momento oportuno, la ruptura de los lazos que ligaban a las colonias con la metrópoli.

¿Y cuál fué ese momento oportuno? ¿Cómo y cuándo pudo madurar el movimiento hispanoamericano de liberación?

La respuesta es bien sencilla: cuando las minorías intelectual y moralmente selectas de nuestros países captan y pregonan el ideario de libertad del viejo mundo, sobre todo el de los enciclopedistas franceses, quienes durante el siglo XVIII reaccionaban, con decisión extraordinaria, contra las desigualdades y las injusticias del antiguo régimen. Estaban ellos proporcionando a los pueblos europeos —¡y también a los de América, desde el otro lado del mar!— la doctrina democrática que fué la base de la revolución francesa.

Llegaba la propaganda —libertad, igualdad, fraternidad— en los mismos barcos que traían productos manufac-

turados de la metrópoli, a *precios altos de monopolio*, en tanto que se llevaban nuestras materias primas *al bajo precio* que les quisieran fijar las compañías concesionarias españolas.

Abusos semejantes provocaron la independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica, que junto con la revolución del 89 contra el absolutismo de los Borbones, formaron un "clima", una "psicosis" mundial que negaba el derecho divino de los reyes, que proclamaba la igualdad entre los hombres y que ya no quería tolerar el formidable poder económico del clero.

Ese "clima", en mayor o menor grado, alcanzó al imperio colonial de España, como reflejo de lo que ocurría en Europa y en los Estados Unidos, no obstante el analfabetismo de las grandes masas de indígenas, de mulatos, de zambos y de "pardos" de un extremo al otro de la América española.

¿Valdría la pena entrar aquí en consideraciones sobre lo que debe entenderse por analfabetismo? ¿Será necesario recordar cómo insignes letrados de nuestras pobres repúblicas han sido los más grandes enemigos de la dignidad humana, en pugna con analfabetos que no sabían leer los signos gráficos del pensamiento, pero que sí entendían y sentían el modo de pensar de los libertadores?

Este último es el caso de los húsares de Junín, de los mexicanos que seguían a Hidalgo y a Morelos, de los gauchos argentinos, de los llaneros tropicales, de toda nuestra heroica pléyade de soldados *poco leídos*, pero que saltaban victoriosos de cumbre en cumbre, recorrían llanos, bajaban a los abismos y salían por doquier al paso de los realistas, hasta dar su golpe definitivo, en Ayacucho, a la dominación de la España imperial en nuestro medio.

Adviértase que ese gran movimiento continental, contra Bonaparte como pretexto y después contra la monstruosidad y la traición personificadas en Fernando VII, se hizo simultáneamente, de norte a sur y de este a oeste, en todas las colonias que explotaba España en el hemisferio occidental.

Ya se ha dicho que se había formado un "clima" psicológico que nos llegó de Europa, pudiendo dar su fruto

tanto en México como en Venezuela, en Chile como en la Argentina, sin que Hidalgo se hubiese puesto de acuerdo con Miranda o San Martín, ni Morelos con Bolívar o con O'Higgins.

Épocas o períodos caóticos

DESPUÉS, las épocas caóticas. No triunfaron los pueblos. No triunfaron las grandes mayorías desposeídas. La victoria fué de los criollos, del clero rico (no de los humildes sacerdotes proletarios), de los latifundistas, de las clases dominantes, en fin, que deseaban el poder político, y que lograron obtenerlo con la independencia.

Los verdaderos insurgentes, los que sí pensaban abatir o por lo menos frenar un poco al poseedor, tomando como ejemplo el caso de México, fueron fusilados y posteriormente aprovechados o engañados en nombre de la independencia —Guerrero con el Plan de Iguala—, en más de una década de incesante lucha. Aquellos grandes y gloriosos rebeldes, tuvieron entonces que dejar su sitio a quienes en las primeras batallas habían sido los más crueles y sanguinarios defensores de la monarquía peninsular.

Sacrificado Hidalgo, sacrificado Allende, sacrificado Morelos, sacrificado Mina, convertida en humo la Constitución de Apatzingán, nos encontramos con una independencia ultimada por el realista Iturbide, merced al dicho Plan de Iguala y a los Tratados de Córdoba.

Hábilmente se confeccionó *el nuevo orden* en las reuniones de la Profesa, donde canónigos y algunas mitras; comerciantes peninsulares con grandes intereses que defender; aristócratas criollos, que seguían siendo partidarios de Fernando VII o de cualquier otro absolutismo; nobles de ultramar llegados a estas tierras en servicio de la Corona; tantos otros enemigos poderosos, resumiendo, de los únicos que merecían el calificativo de revolucionarios, se sintieron de pronto conmovidos por ansias de reivindicación autonomista: es decir, la suya, que no era ni mucho menos la del pueblo.

Todo eso dió origen al imperio iturbidista y al período caótico que habría de seguir a tan flamante régimen. Nó-

tese, como experiencia digna de estudiarse en nuestros días, que la consumación de la independencia mexicana por Iturbide, con su Plan y los convenios de Córdoba, no fué sino el resultado de lo que ahora se llamaría *unidad*.

Con esta simple palabra, a la que no pocos partidarios de la "táctica" le dan poderes mágicos o sobrenaturales, se pretende echar en un mismo costal a monárquicos de pies a cabeza; a fascistas redomados de hace pocos meses; a poderosos industriales; a obispos y arzobispos de los que en España firmaron la Carta Pastoral en favor de la matanza del pueblo *católico* peninsular, que andaba mosquetón al hombro defendiéndose de falangistas y traidores; a todos los que quieran unirse a ciertos grupos mal llamados izquierdistas —je izquierdistas de hueso al rojo vivo!—, con objeto de librar descomunal batalla contra las fuerzas totalitarias de Berlín, de Tokio y de otras capitales.

También, si ello es posible —¡Washington y Londres apoyan al Madrid de Franco!—, contra el ya referido vaticanista indulgiado, "con voluntad de imperio", a pesar de que lo siguen bendiciendo y ensalzando los reaccionarios de todos los matices, a quienes "tácticamente" pretenden atraerse los del pueril extremismo colorado.

Cae de su peso que no quieren sacar experiencia de la Historia quienes predicán cosa tan absurda. Y para demostrarlo insisto en el caso de México, por lo que esta generosa república significa para Centro América, y por moverse aquí algunas de las citadas agrupaciones que al hablar de "perspicacia política", guiñando el ojo, dan la impresión de no comprender que los del bando contrario —¡los cavernarios invitados a unificarse!— también saben guiñarlo, puesto que debe presumirse, salvo mejor opinión, que los que tanto han medrado y explotado al prójimo, no pueden ser, ayer ni hogaño, inocentes bobalicones sin pizca de entendimiento.

Pues bien, arriba quedó expuesto lo que vino a suceder con la *unidad* en torno de Iturbide, y con la derrota consiguiente de las aspiraciones populares: el imperio, de primera entrada; y a poco andar un caos de tal naturaleza que le hizo perder a México la mitad de su territorio, después de la separación de Texas, viéndose por otra parte

sometido nuestro heroico hermano mayor, por una u otra causa, a intervenciones extranjeras que nunca fué posible dilucidar a la luz —*generalmente opacada*— de la Doctrina de Monroe.

Pero hay todavía otro ejemplo, a propósito de tan singular clase de *unidad*. ¿Ignoran acaso los teorizantes de 1944 que el mejor apoyo al porfirismo, en lo que tuvo de paso atrás: desde la tolerancia en lo que atañe a las leyes de reforma hasta la entrega del país al capital monopolista extranjero; ignoran que todo eso se construyó con argamasa de *unidad*?

¡Junto a liberales moderados y a liberales extremistas o jacobinos, entraron a cooperar en la administración nada menos que el Regente del imperio de Maximiliano, el famoso arzobispo don Pelagio Labastida y Dávalos, en la muy grata compañía del obispo de San Luis Potosí, Monseñor Ignacio Montes de Oca, y de éste o aquél delegado en la Comisión conservadora que ofreció al archiduque austríaco la corona imperial!

Témanle a esa clase de contubernios —tan contrarios a los frentes populares, que si eran capaces de cohesionar a los partidos efectivamente progresistas, en lucha decisiva contra la caverna interior e internacional—; témanle a esa clase de *unidad* los demócratas sinceros, que no van por caminos equivocados o tortuosos.

¡A la unidad con Halifaxes, Darlancs o Badoglios —estilo Naciones Unidas—, al confucionismo, al apaciguamiento en cualquiera de sus formas, a tanta complicidad o incompreensión que, por otra parte, cohibe a mentes generosas para enfrentarse a los tiranos de por estas latitudes, con sus leguleyos cómplices del imperialismo extranjero, con sus machetes y levitas, que de Pearl Harbor a la fecha se han convertido en defensores de la democracia en nuestro continente! . . .

Témanle, que ya don Porfirio —de alta talla si se le compara con los mediocres personajes del viejo mundo en descomposición— pudo demostrar que semejante forma de *unidad* bien habría de servirle para sus treinta largos años de dictadura. ¡Tal vino a ser el remate del período caótico

iniciado en la Profesa, que azotó a los mexicanos durante más de cuarenta años!

Entra en escena un nuevo factor

HABRÁ quienes afirmen que los períodos caóticos del siglo pasado y en lo que va de esta centuria, desde México hasta la Patagonia, pasando por lo que fué la gran federación bolivariana, no se deben a la *unidad* sino a todo lo contrario; es decir, a que esa *unidad se hubiese roto*.

Sean servidos de observar los que tengan tal opinión, que con mantenerse unidos los criollos, los "europeos", el clero en su carácter de institución capitalista, los terratenientes y las demás castas privilegiadas de la sociedad, *sí es probable* que se hubiera evitado tanto caos; *pero es seguro*, en cambio, que tan maravilloso "orden" en favor de los de arriba y en perjuicio de los de abajo, sólo se habría podido lograr a costa de la más horrenda servidumbre y de la más infamante esclavitud de las grandes mayorías hispanoamericanas.

Afortunadamente la Historia no se hace con "lo que hubiera podido suceder", sino con lo que ha ocurrido, con lo que está sucediendo ahora mismo. Y como se había formado en nuestra América el "clima" de libertad a que antes creí necesario referirme, fué un tercer factor, en el sur, en el centro y en el norte, el que no permitió que la aristocracia criolla disfrutara impunemente, ni durante tiempo indefinido, de sus privilegios y de sus prebendas.

Podrá llamarse a este factor clase media de vanguardia; intelectuales avanzados; profesionales ávidos de destacarse; sacerdotes sin esperanza de vestir nunca con el morado de los monseñores; hombres del pueblo, que tomaron las armas tras la esperanza de una vida mejor; artesanos que comprendían no haber salido gananciosos, poco ni mucho, con que el bastón de mando lo hubiesen pasado, los españoles de Europa, a los españoles-criollos de América.

Todos estos elementos, no hay duda, formaron el tercer factor; pero impelidos por algo que llevaban en lo más hondo de su conciencia: el ser "pardos", el ser mulatos, el ser zambos, el ser mestizos, el haber peleado como

nadie lo había hecho en el nuevo mundo por la libertad, y seguir siendo a la postre lo que fueron durante la colonia.

Y empezó entonces la era de los levantamientos, de los cuartelazos, de ese caos continental arriba mencionado, consecuencia lógica de que no hubieran vencido los Morelos sino los Iturbides, con el respaldo de la Profesa; de que el venezolano Páez y lo que él representaba, a pesar de la intervención siempre noble y oportuna de Bolívar, no hubiera podido entenderse con el colombiano de prosapia, Francisco de Paula Santander; de que los criollos —aristocracia y plutocracia— se creyeran herederos legítimos de virreyes, capitanes generales, de toda la gama burocrática peninsular, reuniendo al fin en sus manos el poder político y gran parte del poder económico de las antiguas colonias; en muy pocas palabras, *de que no hubiese cuajado la revolución al mismo tiempo que la independencia.*

Mas contra los cavernarios, teóricos, orgullosos, sin arraigo popular, enemigos jurados de la "chusma", se fueron preparando especialmente los mestizos, inquietos, batalladores, impetuosos, dirigidos por caudillos mal o bien llamados fuertes, generalmente brutales, que en diversas repúblicas de la América española lograron dominar a la plutoaristocracia directora, hasta conseguir su aniquilamiento —en parte al menos— como casta privilegiada.

Escrito lo anterior a grandes rasgos, en forma panorámica, sólo restaría decir que Centro América presentaba un cuadro semejante. Allí la autonomía nos llegó como regalo de los gloriosos libertadores del resto del continente, fecundada esa conquista con la sangre de mexicanos y de sudamericanos, sin que nuestros tatarabuelos tuviesen necesidad de derramar la suya.

A título gratuito obtuvimos pues la independencia. Sin oposición del Capitán General de Guatemala, don Gabino Gaínza, quien antes bien estuvo de acuerdo en contribuir a ella. Sin ejércitos realistas, oponiéndose a la voluntad de los cabildos. Sin el más leve asomo de violencia, puesto que era nuestra emancipación —parece indispensable repetirlo— como un reflejo de la enorme epopeya realizada en el sur y en el norte.

Pero teníamos también en aquella tierra de volcanes, de lagos y de istmos para futuras empresas canaleras, nuestra aristocracia criolla, nuestro círculo dominador, el núcleo clerical aprovechado, los españolistas fernandinos, de donde saldrían los *cachurecos* o conservadores más retardatarios.

Y teníamos, a la vez, el movimiento arriba mencionado de los mestizos; y aun de blancos eminentes por su sabiduría, próceras figuras que los reaccionarios apreciaban como suyas; y el dinamismo de una clase media, ávida de poseer y de saber.

De este último núcleo surgieron nuestros partidos liberales, a los que llamaban *rojos* o *fiebres* las cultas y piadosas gentes del otro lado. Dichos partidos liberales eran afines de los que se formaban simultáneamente en la América del Sur con ese nombre, y de los grupos federalistas mexicanos en pugna con los centralistas.

A cien años de distancia se oye más fuerte la voz de Morazán

DE los liberales genuinos era el hondureño Francisco Morazán, tan austero, empeñoso y decidido en el poder, como don Valentín Gómez Farías; o como el doctor Mora, Rodríguez Puebla y Gorostiza; o como demostraron serlo posteriormente aquellos ilustres mexicanos que forjaron la Constitución de 1857; e incluso como el Benemérito inmortal de las Américas, licenciado don Benito Juárez.

Nació Morazán el 3 de octubre de 1792, en lo que era y sigue siendo Tegucigalpa. Muy joven todavía comenzó a destacarse en la vida pública hondureña, habiendo ocupado la posición de Secretario General del Gobierno cuando apenas había cumplido 32 años, y la de Presidente del Consejo Representativo de su Estado natal, a la edad de 34.

Ya para esa fecha comenzaba en Centro América la lucha feroz de los de abajo contra los de arriba, o sea contra los criollos y aristócratas de diversos matices, encabezados en Guatemala por el Presidente de la Federación, Manuel José Arce, adversario de la Carta Fundamental de 1824.

Deseoso de imponer su centralismo —por impuestos de más o de menos que hubieran podido arreglarse—, el más alto funcionario federal, el primer gobernante de Centro América, se lanzó en 1827 sobre Comayagua, entonces capital de Honduras, y tomó presos al jefe de ese Estado y al de la propia Guatemala.

En tales emergencias la figura de Morazán adquiere sus más altos relieves, tanto en lo civil frente a complicados problemas, como en lo militar, librando memorables y siempre victoriosas batallas, hasta sitiar y dominar a Guatemala en 1829, lo que dió lugar a la caída del Presidente Arce.

Sería imposible esbozar en este trabajo, forzosamente resumido, una relación detallada de lo que hizo y de lo que no pudo hacer este valor auténtico de nuestra América. Lo interesante es darse cuenta de su modo de pensar, de su afán de progreso, del espíritu que lo animaba para enfrentarse a tantas incomprendiones y a enemigos, de tal manera poderosos, como los que obstaculizaban su labor.

Baste decir que a la sazón prevalecía en nuestro medio, con los episcopales y los criollos en el poder de la antigua Capitanía General, el odio al humanismo, la política de los privilegios y de las encomiendas, la más rabiosa oposición de las derechas para educar y enaltecer a la irreudenta masa de color bronceado.

Pugnaba entretanto nuestra máxima figura liberal por darle fin a lo escolástico, sosteniendo que "sólo la instrucción pública destruye los errores y prepara el triunfo de la razón y de la libertad. Nada omitiré para que se propague bajo los principios que la ley establezca. No hablo aquí de la educación culta y esmerada que exige grandes establecimientos literarios, sino de la sencilla educación popular, que es el alma de las naciones libres".

Consecuente con sus ideas a este respecto, ya como Jefe del Estado de Honduras, o como Jefe del Estado de El Salvador, o como Presidente de la Federación, dió Morazán poderoso impulso a la enseñanza, estructurándola en un sentido francamente democrático. Decretos como los suyos sobre instrucción pública, todavía en esta época y en países más avanzados, siguen siendo discutidos por las de-

rechas reaccionarias, que quisieran devolver la educación del pueblo al cuidado de la teología.

Pero esto no quiere decir que fuese Morazán hombre sectario, porque decretaba al mismo tiempo —¡y hacía que se respetase!— la libertad absoluta de pensamiento y de conciencia. Deseaba que sus conciudadanos pudieran opinar en todo instante, de palabra y por escrito; pero el clero y los conservadores o *serviles*, valiéndose precisamente de la libertad, hacían todo lo posible por acabar con ella y sembrar el desconcierto.

¿Ley del matrimonio civil y del divorcio? Ni el arzobispo Casaus y Torres, ni el fatídico marqués de Aycinena, ni la pudibunda aristocracia de la vieja capital, podían tolerar semejante escándalo. ¡Y quedó bautizada esa legislación con el apodo denigrante de “la ley del perro”!

¿Peste del cólera morbus? ¡Culpa de los herejes o *fielbres*, “castigo de Dios” por lo que el pueblo estaba tolerando! Y como el arzobispo y el marqués estaban dispuestos a servirse incluso de las grandes masas indígenas, ignorantes y fanatizadas, para que fracasara el pensamiento morazánico y se derrumbase la Federación, divulgaron entonces la noticia de que una monja, hermana de Aycinena, “estaba en relaciones íntimas con el Supremo Hacedor”.

“Para vencer a los indígenas de que tales relaciones eran ciertas —escribí en mi “Elogio de Francisco Morazán”, México, D. F., 1942— “se sacaban y se distribuían copias de la correspondencia que Nuestro Señor y la monja se cruzaban, a fecha fija, incitando al pueblo a la revuelta; pero aparte de comprobarse la complicidad de aquellos personajes —marqués y arzobispo— en tan extraordinaria forma de propaganda, vino también a resultar que ni Dios ni la tumultuosa santa de Aycinena, a juzgar por la correspondencia que cayó en poder de las autoridades, se preocupaban poco ni mucho por emplear las reglas más elementales de la ortografía”.

Y agregué más adelante en ese mismo ensayo: “Era mucho, sin embargo, era demasiado lo que Morazán pugnaba por hacer en Centro América.

“No solamente abolía la recaudación de diezmos, dejaba en suspenso el pago de primicias y ordenaba la desamortización de los bienes eclesiásticos.

“No solamente legislaba, al mismo tiempo, en el sentido de que los dueños de la riqueza contribuyeran, en forma adecuada, a los egresos de la administración pública y al mejoramiento de las grandes mayorías desposeídas.

“No solamente luchaba, pues, contra los hijos de la Catedral, enemigos de la República, contra los conservadores y los “nuevos ricos”, sino que también tenía que haberse-las con los odios y con las pasiones de sus propios partidarios; con el rompimiento a muerte de sus mejores amigos y colaboradores —Molina, Gálvez, Barrundia—; con la rivalidad de las ciudades; con los rencores, en fin, de unos Estados contra otros, y de criollos contra mestizos”.

Había comenzado para Centro América su largo período caótico, del que se aprovechaban nuestras clases parasitarias, a la sombra de lujosos palios bordados por virtuosísimas beatas rezadoras.

Al ritmo majestuoso de los *tedeuums*, con mucho olor de incienso y de pecaminosos perfumes entre sedas y encajes.

A la consigna de cantar el *paternoster*, para que Dios ayudara a las hordas desaforadas del jefe indígena de Mataquescuintla, Rafael Carrera, el bárbaro chacal en quien encontraron su más idóneo instrumento los altos jefes de la reacción.

Al repique ensordecedor de muy viejas pero sonoras campanas, cada vez que el carnicero ganaba distancia, de pueblo en pueblo, para llegar a Guatemala.

Morazán, entretanto, en un esfuerzo supremo para unir a los hombres de vanguardia, para fortalecer a los partidos liberales, los llamaba a la cohesión, haciendo ver la urgencia “de acabar con el mezquino interés privado, con la innoble avaricia de los que no ven, de los que no quieren ver en el orden actual de cosas, sino la ruina y el exterminio de sus antiguos e inmoderados privilegios”.

PERO ya no puede el gran caudillo, en 1839, con las fuerzas cada vez mayores que se oponen a su obra. La situación se agrava pavorosamente en Guatemala, donde Gálvez y Barrundia, inconscientes del peligro que les ro-

dea, no hacen otra cosa que fortalecer, con sus polémicas y con sus divisiones, a la muchedumbre aborigen dirigida por "el jefe" Carrera.

¡Vivan el arzobispo y los jesuitas! ¡Que se derogue la "ley del perro"! ¡Que se persiga sin merced a los herejes! ¡Abajo Morazán!, a quien el "ingenio" de los *cachurecos* le aplicaba el mote de Chico Ganzúa.

Tales son los gritos y los postulados de los facciosos (en México se les llamaría cristeros o sinarquistas), que operan y se multiplican en Mataquescuintla, en Santa Rosa, en otros pueblos del oriente guatemalteco.

¡Y triunfaron a la postre los *serviles*, los privilegiados, los aristócratas, los criollos y el arzobispo, con el degollador Carrera, indulgenciado y convertido en benemérito, a la cabeza del Gobierno!

¡Piadosas damas, con grande apremio y con la aprobación de sus maridos y familiares, le habían bordado a "Su Excelencia" diversas clases de cojines y de almohadones, para que al "Instrumento de Dios" no le pareciese en exceso dura la silla presidencial de la época de la colonia!

Desde ese momento Morazán estaba perdido. Su lucha militar, siempre victoriosa, se había prolongado durante casi doce años. Mas con el triunfo final de los "cachurecos"; con el derrumbamiento de la Federación, subdividida por tropicales odios, ambiciones y rencillas en cinco pequeñas parcelas —países que actualmente se recorren en media hora de aeroplano—; apoyado únicamente por el pueblo salvadoreño, ya no pudo más aquella luminosa figura, y prefirió tomar el camino de la expatriación.

En abril de 1840 salió de El Salvador y embarcó hacia el sur, estableciéndose con su familia y con algunos de sus más fieles partidarios en David; pero nunca olvidó sus deberes ni su responsabilidad hacia la patria. Siguió labrando por rehacer la Unión de Centro América. Estuvo en el Perú con ese fin. Y cuando le llamaron de Costa Rica para que fuese a derrocar al dictador Carrillo, allí se presentó sin dilación, venció al tirano patriarcal y lo eligieron Presidente (15 de julio de 1842), dándole además los diputados, por unanimidad de votos, el título de Libertador de Costa Rica.

Ocho semanas escasas habían transcurrido, cuando el 15 de septiembre, aniversario de nuestra fácil independencia centroamericana, fusilaban los enemigos del progreso, en la capital costarricense, al prócer humano y humanista que pudo haber evitado, uniendo de nuevo y forjando a Centro América en una sola nación, gran parte de los males que en el curso de cien años hemos tenido que sufrir.

Murió como tenía que entrar en la inmortalidad un hombre de su talla: estoica y valerosamente, "sin permitir que le vendaran los ojos, dando él mismo las órdenes de mando a los soldados que lo fusilaron".

Sin embargo, el espíritu de Morazán brilla con luz más poderosa cada día, a pesar de nuestras luchas civiles, y de las pasiones desatadas, y de la fuerza que han tenido en sus manos, en diversas épocas de nuestra Historia, los incapaces, los mediocres y ciertos "eminentes juriconsultos" al servicio de Wall Street, debajo de cuyas chisteras o bombines "el talento es peste".

Poco antes de que lo mataran se dirigió el prócer a la juventud, a las generaciones venideras, a los hombres justos que pudieran y quisieran ver con claridad el destino común de los cinco pueblos que forman la gran patria centroamericana.

Su voz, a cien años de distancia, se oye como más clara, como más profunda, mucho más fuerte.

Es el suyo un grito de alerta para que abramos los ojos frente al peligro de dominación extranjera, enemiga de nuestra nacionalidad unificada.

Es como una imprecación contra los políticos irresponsables, llenos de ambición y de soberbia, que bien desearían seguir medrando, con la riqueza material y con la dignidad de Centro América, en calidad de amos y señores de sus explotadas y escarnecidas parroquias.

Sus últimas palabras de fe y de optimismo, cuando ya se encontraba al borde del sepulcro; su ideario avanzado, como el de otros varones de aquella época, entre ellos el sabio José Cecilio del Valle; lo que hicieron o escribieron hombres como Gálvez, Barrundia, Cabañas, Jerez, Juan Rafael Mora y demás personajes, en el transcurso de varias generaciones, con su indiscutible gran altura moral e

intelectual; todo eso que podría figurar en esta época entre los postulados de la Carta del Atlántico; y las altas y bajas que no pudieron evitarse, y la sangre derramada, es la contribución de Centro América a la causa democrática mundial, pero también a la suya propia, sin tiranías ni despotismos, que sólo subsisten en aquellos pueblos por la presión que allí continúa ejerciendo el capital monopolista de las grandes potencias.

Nos legó Morazán la herencia de su ideología, de su sacrificio, de su afán de progreso, de su desinterés y de su bondad emocionantes. Repitamos que su voz, y la de los hombres que le rodeaban, es hoy más fuerte que hace un siglo.

Y mucho más fuerte con la experiencia adquirida, con la radio, con los servicios cablegráficos de publicidad, con los aviones, con lo que dicen Mr. Roosevelt y Mr. Wallace.

¡Más fuerte, además, esa repetición o ampliación del pensamiento de nuestros libertadores, que el pensamiento filosófico de los enciclopedistas, cuando únicamente surcaban el océano los barcos de vela!

Tocante a Morazán, hecho su cuerpo polvo en la tierra, pero luz de faro su inmensa labor de mártir y de apóstol, pareciera que lo estamos viendo y que lo estamos escuchando. Y oímos también la protesta de aquellos que siempre hablan de la "falta de preparación del pueblo" para regir sus destinos y para mejorar su condición social y económica.

¡No se equivoquen los que no han querido darse cuenta de esta nueva "psicosis" de transformación mundial!

¡No se equivoquen los que subestiman tantos sufrimientos y dolores, tantas vidas cercenadas, tanta lucha por la libertad y por la democracia!

Eso ha formado una conciencia. Eso ha robustecido el "clima" de los primeros años del siglo XIX. Eso explica, en parte, lo que ocurre contra el despotismo en aquellos pequeños países centroamericanos, a pesar de lo que digan y proclamen quienes, por darle mayor importancia al "pensamiento puro" que a la realidad histórica, acusan a nuestros compatriotas de no estar preparados.

¿Preparados? No conocerá pueblo la humanidad antigua o la moderna, alfabeto o analfabeto, del cual pueda

decirse que anda cojo de preparación, para que le traten los de arriba con honradez y con justicia.

Los que no están preparados son los otros: los enemigos natos de la democracia; las castas privilegiadas, que desean conservar *su libertad* para explotar al prójimo; los *vaticanistas anticristianos*; los militares y los déspotas, que confunden su oficio con el de asaltar la ley, fusilando por parejo a quien se les ponga por delante. Los pueblos, entretanto, tan calumniados y tan difamados, pecan más bien de nobles y de generosos.

Así ocurrió en España al caer la monarquía. Así también con el triunfo del Frente Popular en 1936. ¡Júbilo, celebraciones, piedad y perdón para el vencido! Mas en breve plazo la reacción y la traición, los que no saben ni quieren vivir la democracia, dieron al traste con ella y ahogaron en sangre a un pueblo al que Hitler, Mussolini, Su Santidad y el Mikado señalaban como *rojo* y disolvente.

Lo mismo acaece también en Centro América en estos mismos días (agosto de 1944): la caverna de militares, los políticos inescrupulosos y parte de las clases poseedoras de Guatemala y El Salvador, en connivencia con el gran capital monopolista extranjero, empiezan a provocar con sus ametralladoras, su fuerza económica y su poder político, a los partidos populares. Estos sólo piden, sin rencores ni violencias, libertad efectiva para que puedan triunfar sus candidatos; es decir, para que la civilización y la cultura tomen el sitio de la incapacidad, del crimen y de la barbarie.

¿Triunfarán las minorías parasitarias, o se impondrán al fin los pueblos en esos dos países? De lo que allí suceda depende el porvenir de Honduras, de Nicaragua y aun de la democracia en Costa Rica, *constantemente amenazada por los que le tienen miedo al comunismo*.

Pero ya se ha repetido que el mundo está en "psicosis" de transformación social. Y en esas condiciones, sin nuevas formas de apaciguamiento, luchando decididamente, los hijos del *demos* saldrán a la postre victoriosos de tanto dolor y de tanta iniquidad.

La conclusión de este trabajo aparecerá en el número próximo de CUADERNOS AMERICANOS.

MONTAÑAS Y GUERRILLAS

Por Bruno FREI

“**E**N las montañas reside la libertad”, pero no es la libertad política la que ensalza el coro en *La desposada de Mesina*, sino notablemente más, aquella “libertad inteligible” que Schiller, siguiendo las huellas de Kant, sitúa allende la experiencia, en la Naturaleza extrahumana. El decepcionado contemporáneo de la Revolución Francesa, que con alma ardiente había anhelado la gran regeneración de Alemania, halla su asilo en la contraposición romántica de la Naturaleza y de la Historia, de las montañas y de las ciudades, de la libertad y de la coerción.

“En las montañas reside la libertad,
el aliento de los sepulcros
no asciende a la pureza de los aires;
El mundo es perfecto por doquier
donde el hombre no llega con sus miserias”.

Rousseau había influido en el joven Schiller con el concepto de que la Naturaleza es el orden ideal de las relaciones humanas. Schiller, que comenzara su carrera poética con la divisa “in tyrannis”, sabía sobradamente dónde radicaba el mal. Mas, en la realidad de la miseria alemana continuaba siendo simple fantasía el sueño de la libertad. Kant colocaba el anhelo de libertad allende la experiencia, en lo trascendental; el Schiller de comienzo del siglo XIX lo situaba en el reino natural de las montañas, antes de cualquier experiencia histórica. Fatigado por la espera de la justicia y probidad sociales, Schiller elevó la Naturaleza a reino de la libertad. La Naturaleza —según su concepción de entonces— es eternamente

justa, sólo ella es honrada, mientras que el reino de los hombres rebosa de maldad y falsedad.

Pero ya la próxima y postrer obra del poeta —un año después de *La desposada de Mesina*— testimonia la superación de la crisis moral. En el *Guillermo Tell*, Schiller ha alcanzado el concepto de la libertad política. La libertad, en nombre de la cual conjuran los confederados, es la libertad patria, la libertad de este mundo de aquende, asequible, ciudadana, amenazada por la dominación extranjera y la arbitrariedad de los tiranos. En el *Guillermo Tell*, la amante Berta es la única que ensalza como “isla sagrada” el mundo de las montañas, como el “país de la inocencia en el que vive hogareñamente la vieja lealtad, en el que aún no se ha encontrado la falsía”.

Para el héroe, por cuya boca habla el poeta, los montes ya no son únicamente el idílico reino natural, que se opone al reino humano como modelo ideal, sino que es el refugio natural de la libertad cívica y nacional, superior en fuerza al castillo opresor de los tiranos.

“Déjame ver cuántas de esas madrigueras de topos
Es preciso apilar para que de ellas
Resulte una montaña como la más pequeña de Uri”,

mófase así uno de los albañiles que, acuciados por el capataz, erigen los muros del castillo de Uri. Tell, que aparece en ese momento, señala las montañas y grita al pusilánime maestro de la obra:

“Las manos pueden destruir lo que las manos construyen.
La fortaleza de la libertad, es Dios quien nos la fundó”.¹

Cuando Schiller, meses antes de su muerte, escribió este cantar de los cantares de la libertad, tenía 24 años de edad el general prusiano Carlos von Clausewitz. Entre los manuscritos que legara se encontró una voluminosa obra que trataba de las campañas de 1799 en Italia y en Suiza. A Clausewitz le ocupaba el problema, desde el punto de vista militar, de si Dios había creado las monta-

¹ Siendo la traducción de esta estrofa por Eduardo de Mier (Obras dramáticas de Schiller, Madrid 1904) inexacta, el traductor de este ensayo presenta su propia versión.

ñas como “la fortaleza de la libertad”. El Directorio de París había ordenado a los ejércitos del general Massena que penetraran en Suiza. Peter Ochs, primer maestro de los gremios de Basilea, había recomendado la transformación de Suiza en República unitaria, de acuerdo con el modelo francés. También se realizó sobre las puntas de las bayonetas galas. En 1813 fueron los austríacos los violadores de la neutralidad suiza. En ambas ocasiones se rebelaron los habitantes del pequeño país montañoso. Las guerrillas suizas atacaron a los franceses en Graubünden, en 1799, lo que transitoriamente favoreció a los austríacos; en 1813 lucharon los sublevados contra los invasores austríacos, lo que motivó que el Congreso de Viena asegurase neutralidad perpetua al intrépido pueblo montañoso, que defendió en aquella gran guerra europea su independencia contra todas las grandes potencias.

La Naturaleza vino en auxilio de los suizos, amantes de la libertad. Clausewitz aprovecha la oportunidad para asentar algo fundamental respecto a la guerra en las montañas: “El país montañoso”, dice el clásico de la ciencia de la guerra, “es favorable a toda resistencia relativa, es decir, a toda resistencia que sólo debe durar cierto período de tiempo, porque en sí misma no comporta la decisión, sino que se vincula con la decisión que radica en cualquiera otra parte”. Si la resistencia se propone ganar tiempo es, consecuentemente más venturosa en las montañas que en la llanura y cuesta más sangre al agresor. Por último, cualquier destacamento es infinitamente más fuerte en las montañas que en la planicie, ya que jamás puede ser rebasado. “Todas estas circunstancias”—y de esta suerte remata Clausewitz sus consideraciones—“determinan el hecho que destacamentos débiles hallen en la guerra de montañas libre desarrollo, pues no sólo pueden resistir durante mayor tiempo, sino que osan enfrentarse a un enemigo mucho más fuerte, que aquel con que se atreverían a enfrentarse en la llanura”.

Esta adecuación de las montañas para la resistencia de pequeños grupos la han conocido y utilizado los suizos desde hace 700 años. Si el Guillermo Tell de Uri vivió, tal y como lo describe la leyenda, o si el certero tirador

que liberta a la patria de los tiranos extranjeros sólo surgió como fábula en el siglo XVI, en una época en que de nuevo el pueblo torturado por los señores insolentes imploraba un salvador milagroso y un héroe valiente, es asunto que compete resolver a los eruditos. El "pacto perpetuo" de las comunidades de los Cuatro Bosques y la de Uri "en que, considerando la perfidia de la época se establece un compromiso de mutuo respaldo y ayuda, toda clase de consejos y favores, con cuerpo y hacienda, dentro y fuera de los valles, con toda la fuerza y potencia, contra todos y cada uno que les infieran violencia e injusticia", es algo sellado por la carta de alianza de 1291. Este acontecimiento no está exento de significación política universal. Acababa de establecerse la comunicación más corta entre norte y sur, a través del Gotardo. El Kaiser había concedido a los Municipios montañoses la autonomía, habida cuenta de que éstos dominaban el paso de los Alpes. Pero la joven monarquía de los Habsburgos no estaba dispuesta a ceder voluntariamente, sin lucha. Los confederados resolvieron defender su autonomía garantizada por el Kaiser contra los señores de la Casa de Habsburgo, derrotaron en Morgarten (1315) al excelentemente equipado ejército de Leopoldo, hermano de Federico de Austria, y probaron así, por vez primera, la justeza de las enseñanzas de Clausewitz en el sentido de que en la montaña los grupos pequeños son superiores a un adversario más fuerte, si existe la voluntad de aprovechar las ventajas naturales del terreno. En la defensa de su fortaleza montañosa contra los ejércitos de los Habsburgos fueron los confederados el primer pueblo europeo que consiguió desligarse del poderío totalitario de los señores feudales y en un tiempo en que aun no había nacido la idea de la libertad burguesa. Al crearse esta democracia campesina en armas, comenzó la historia de los suizos, desvinculada de la de los alemanes, austríacos e italianos. Hablan los suizos tres lenguas y tienen una patria que han defendido con éxito contra los Habsburgos, los franceses, los duques de Borgoña y los ejércitos del Kaiser. El fusil propio en el hogar es para el suizo un atributo de su derecho ciudadano. Si realmente Hitler, preso del pánico de la hora final, intenta convertir

a Suiza en un escenario guerrero, el decreto de movilización del Gobierno de Berna ha mostrado que la voluntad multiseccular de la incondicional defensa propia de la República alpina sigue alentando hoy . . .

En el trayecto montañoso de los Alpes, de Génova a Viena, en sus 1,200 kilómetros de extensión, la historia de Suiza constituye el más sobresaliente, si no el único ejemplo de que la libertad tiene su derecho de residencia en las montañas. En ninguna otra parte repercutió tan persistentemente la guerra de los campesinos, que en los inicios del siglo XVI abarcó todo el sur y el occidente de Alemania, como en el Tirol y en las comarcas de Vorarlberg. Acaudillados por el incansable Geismaier los campesinos de Tirol derrotaron en Etschtal al archiduque Fernando, que vióse obligado a pedir el armisticio y tuvo que consentir la convocatoria de la Dieta del Tirol. El alzamiento se había extendido a todas las comarcas alpinas de Austria; en Salzburgo los mineros se unieron a los campesinos y cuando el obispo violó las promesas dadas a regañadientes, Geismaier acudió en ayuda de los insurrectos de Salzburgo y al frente de sus campesinos tiroleses, derrotó en varias batallas al jefe lansquenete Georg von Frundsberg, llamado por el obispo, asedió Radstatt y siguió combatiendo contra fuerzas superiores por múltiples conceptos mientras, por doquier, los príncipes se entregaban a la tarea de vengarse a sangre y fuego de los campesinos. Finalmente, Geismaier condujo a los restos de su ejército campesino hasta Venecia, a través de los Alpes; pero incluso en la emigración no cesó de forjar nuevos planes militares, sucumbiendo en 1527 a manos de un asesino a sueldo.

En el Tirol la guerra de los campesinos ha dejado como secuela imborrables recuerdos. Desde entonces los campesinos tiroleses sienten que son libres, que tienen derecho a armas y que nadie se atreverá jamás a arrebatarlas. Al igual que los suizos se rebelaron cuando Lefévre, el general de Napoleón, penetró en su territorio. Tres veces liberó Andreas Hofer, el general campesino, la capital del país, Innsbruck, en dos ocasiones presentó audaz batalla en el Monte Isel contra las fuerzas superiores del enemigo, venciendo. La guerra popular de los campesinos tiroleses

contra el dominio extranjero de Napoleón se realizó en franca contradicción con la camarilla palatina de Viena. En la paz de Viena —14 de octubre de 1809— el Kaiser había abandonado el Tirol al enemigo, pero el 12 de noviembre Andreas Hofer llamó por tercera vez a sus hombres para una resistencia intrépida. En Mantua, ante el pelotón de ejecución, no era el “leal” Hofer, un servidor de su señor el Kaiser, como los historiadores de los Habsburgos solían mentirnos, a nosotros, colegas aburridos, sino un héroe popular y revolucionario que, aconsejado por el dirigente de la Liga secreta de los patriotas tiroleses —Johann Simon Haspinger— no quería doblegarse ni ante el conquistador extranjero ni ante el Kaiser capitulador; pues sin libertad las montañas ya no eran para él la Patria del Tirol.

En los valles de los Alpes viven cuatro millones de hombres de habla germana, otros tantos de lengua latina, así como un millón de eslavos. La tradición de la libertad se ha desarrollado en todos ellos en igual medida. Montesquieu y Herder habían subrayado ya la influencia del mundo geográfico circundante sobre el carácter popular; Hegel hacía responsables a las condiciones naturales de la autobiografía del espíritu mundial. El historiador inglés Henry Thomas Buckle había desarrollado en este campo, mediado el siglo XIX, la teoría del “medio”; la Historia es un producto del clima, del terreno y de la alimentación. Contra el sentido unilateral de la concepción naturalista de la Historia, que convertía a los factores codeterminantes en decisivos, Engels señaló enérgicamente el papel de los hombres, que reaccionan sobre la Naturaleza y modifican sus condiciones (“Dialéctica y Naturaleza”). Las montañas no crean el designio de la libertad, sino ofrecen, como muestra Clausewitz, condiciones favorables para afirmarla contra la supremacía del enemigo.

La historia de los pueblos alpinos nos indica que ellos, sea cual fuera la lengua que hablen, saben aprovechar las montañas como la “fortaleza de la libertad”. Los hugonotes (nombre derivado de “Eidgenossen” que significa confederados), tenían en Borgoña fuertes puntos de apoyo. En los Alpes de Bérgamo actuaron los hijos más fieles

del Risorgimiento italiano. Cuando después de la catástrofe de Sedan organizó el republicano Léon Gambetta la guerra popular en Francia, Giuseppe Garibaldi, desde 1856 campeón de la unidad de Italia, se apresuró a acudir a su lado con sus dos hijos y organizó en los Alpes de Borgoña y Savoya las célebres legiones de voluntarios que como "garibaldinos" se convirtieron en concepto histórico arquetípico.

Los eslavos del sur, que en la séptima centuria ocupaban los Alpes Dináricos y las vertientes del Karst, llevaron consigo, de su balcánica patria de origen, la tradición combativa montañesa. Comitatchis y Chetniks realizaron en sus montañas durante centenares de años, una campaña guerrillera contra los turcos, y en el siglo XVII luchó de igual modo la tribu servia de los Uskok contra Venecia. Cuando en 1917 la primera guerra mundial se aproximaba a su término, los desertores eslavos y austríacos se acogieron a las montañas y formaron los "batallones verdes", ejército de guerrilleros que participó activamente en la lucha final contra la Monarquía de los Habsburgos.

Cuando posteriormente las naciones europeas fueron invadidas por los ejércitos blindados y las columnas asesinas del nazifascismo —así informarán los historiadores del mañana— se puso de relieve que las montañas seguían siendo albergue de la libertad.

Los valles, rocas y desfiladeros de los Alpes prestan, al final de la segunda guerra mundial, seguridad y defensa a cuatro ejércitos nacionales de guerrilleros. Se han formado independientemente el uno del otro en los Alpes orientales están en contacto a través de los pasos de los Alpes Carneses y Julianos, así como en la cordillera de los Karawanken, los guerrilleros eslovenos de Tito, las guerrillas de la Carintia austríaca, y los patriotas italianos que operan en la provincia de Venecia; en los Alpes occidentales colaboran los "maquis" franceses con las guerrillas italianas acogidas al Paso de San Bernardo. Con entera espontaneidad, sin una dirección centralizada de las operaciones, se ha desarrollado en todas las guerrillas alpinas la táctica de Clausewitz de la "resistencia relativa": destrucción de las líneas de comunicaciones enemigas, asaltos a guarniciones,

castigo de los colaboracionistas, captura de armas y provisiones, voladura de depósitos de municiones y ataques a instalaciones militares.

Todas estas operaciones de "pequeños grupos" no pueden reportar ninguna decisión; tienen por misión preparar la decisiva invasión general. Todas las guerrillas alpinas actúan en la retaguardia de los caminos estratégicamente más importantes hacia la fortaleza interior de Hitler. Las operaciones de los "maquis" constituyen, regularmente, parte integrante de los partes aliados de guerra. Los guerrilleros franceses, ya hoy alistados en el ejército galo y armados por los aliados, al llegar la noticia del desembarco de los ejércitos de liberación salieron de su fortaleza montañosa y sus expediciones punitivas en el sur y el centro de Francia despiertan en los nazis sobresalto y temor, entusiasmo y esperanza en los franceses. Su campo de operaciones es, en la medida más amplia, la retaguardia de un ejército aliado de invasión que, partiendo de la costa mediterránea formará la segunda pinza de la tenaza del frente del Canal. La red de comunicaciones del valle del Ródano, de vital importancia para los nazis, se ha hallado en constante peligro de ser cortada desde los Alpes; para asegurarla el Alto Mando alemán se vió obligado a inmovilizar hombres y pertrechos hasta que ha ocurrido la invasión del sur.

Los patriotas eslovenos y austríacos amagan el estratégico centro nervioso entre Zagreb y Villach, retaguardia de importancia vital para el frente meridional germano contra un ejército aliado avanzando desde los Balcanes y contra los veteranos del Octavo Ejército inglés y del Quinto Ejército americano, que empujan hacia el norte de la Península Apenina, de modo lento pero constante. Los luchadores de la libertad en Carintia, provincia meridional de Austria, armados por Tito, conjuntamente con los guerrilleros eslovenos, no sólo han destruído las comunicaciones en Tarvis, sino también las minas de plomo, interrumpiendo así su producción. Las guerrillas italianas, que operan en la provincia de Venecia, al norte de Udine, al igual que en los alpes piemonteses, nietos heroicos de los voluntarios de Garibaldi, amenazan los pasos y túneles



Ocaso en los Alpes bávaros.



BRUEGHEL L. La alegre danza junto a la horca.

de los Alpes, de cuyo libre tránsito depende la existencia de los ejércitos alemanes en Italia.

El activo frente alpino de los guerrilleros, hoy aún una serie débilmente enlazada de actos aislados, abre amplia perspectiva para las luchas venideras por la entrada interior de la fortaleza nazi. Pues también Alemania está implicada en la cadena de los Alpes y son alemanes asimismo los que pueden compartir el honor de abrir la cerradura del bastión hitleriano.

Tan importante como su papel militar, posiblemente más, es el papel político de los guerrilleros de los Alpes; no son solamente avanzadillas militares de los aliados, sino, al propio tiempo, vanguardia de la lucha nacional de liberación de sus pueblos. Son las fuerzas armadas de los nuevos gobiernos democráticos, que, con excepción de Austria, existen ya y han sido reconocidos por los aliados, en grado mayor o menor. Constituyen el firme elemento medular del alzamiento nacional que limpiará la patria de extranjeros y Quislings. Ellos garantizan el renacimiento de sus pueblos en la libertad y en la dignidad.

¡Para entonces también habrá que purificar las montañas! Pues los nazis no sólo han falseado la Historia de los pueblos, robado sus canciones, profanado sus costumbres, pervertido sus tradiciones libertarias. Han manchado las cumbres montañosas con la odiosa cruz gammada. Han llevado a las praderas bañadas por el sol, a los plácidos lagos de las montañas, a los albos ventisqueros, el odio a los hombres, la venenosa locura de la sangre que da a los seres de rubio pelambre el derecho de matar a los de cabello moreno y que debe hacer amos del mundo a los que hablan alemán. Pero la inmensidad del mundo de las montañas es el paisaje más universal de la Naturaleza; desde los tiempos de los romanos viven en los Alpes, armoniosamente unas junto a otras, las tres familias idiomáticas europeas y no conocen el odio entre los pueblos, aunque tuvieran que intervenir en guerras dinásticas.

El odio lo llevó Hitler; él vive en la cima de una montaña, encarcelado en la fortaleza de su odio a los hombres. Desde su castillo "Berghof", cerca de Berchtesgaden, en los Alpes bávaros, dejó errar su fría mirada por la alegre cam-

piña austríaca, ante la que se sentía substancialmente extraño desde que lo repeliera a él, el postergado. Del "Berghof" partió la campaña de expoliación que había de someter a toda Europa, convertir en vasallos del imperialismo alemán a todos los pueblos.

Y cuando hoy —al empezar a disolverse su imperio de violencia y engaño ante los golpes de la justicia vengadora— los nazis lanzan bravatas de que formarán guerrillas en las montañas, no hacen sino huír de su desesperada realidad, hacia el reino de los sueños. La fortaleza guerrillera de "Berghof" es tan sólo una decoración del wagneriano *Ocaso de los dioses*, puesto en escena por Adolfo Hitler. En la verdadera realidad alemana un imponente monumento expiatorio se erigirá sobre este monte descastado. Su inscripción prevendrá a las generaciones venideras: No sólo en las montañas reside la libertad . . .

Las montañas han cumplido su misión. Ofrecieron abrigo y defensa, en los tiempos más difíciles, a los luchadores de la libertad, hasta que llegasen los libertadores con sus poderosos ejércitos. Y sacarán a la libertad de su albergue montañoso y la llevarán a todos los pueblos como legado inalienable de millones de víctimas y mártires. Si el pueblo alemán participa con sus propias fuerzas en la histórica lucha final de nuestros días, un Schiller alemán del futuro no trasladará más la libertad al reino de los sueños y de las cumbres alpestres, sino que ensalzará la libertad que lleva la dicha a los pueblos y multiplica sus fuerzas, ya vivan en los valles de las montañas o habiten en la feraz llanura.

ADIOS A DON ENRIQUE DIEZ-CANEDO

EN Madrid vi varias veces a Don Enrique Díez-Canedo y con verdadero gusto le oí el día de su recepción en la Academia de la Lengua, el primero de diciembre de 1935, su "Variedad y unidad en las letras hispanas". Estuvimos juntos en el acto el Licenciado Bassols—de paso hacia Londres, adonde iba como Ministro de México—y nuestras familias, esparcidos en un gran salón cuajado de caras y nombres conocidos. A la salida nos encontramos con Don Pedro de Alba y con Don Juan Urquidi. Se veían muchos hispanoamericanos, viejos y jóvenes, en comisión diplomática o—como nosotros—por simple interés en el hombre y en su obra. Era, mezclado, el homenaje oficial y cordial de América al crítico español que siempre quiso entenderla, que la estimó de veras, que tan leal le fué en el verdadero y puro sentido del término: conocimiento y reconocimiento de sus cosas, sin reconcomios ni paternalismos imperiales y a la vez sin fermentados halagos de banquete de 12 de octubre.

Más tarde, ya en la guerra que la barbaric nazifascista y la alcahuetería internacional desencadenaron sobre España, tuve ocasión de conversar dos veces con él. Y de la mejor manera: por casualidad, o sea por simple coincidencia en un sitio, que es la única forma digna y jugosa de tratar a quienes estimamos intelectualmente, sin visita acalambadora, ni artificial contacto diplomático, ni plétores de Peña Literaria. En la comida que a Nicolás Guillén se le dió en el restaurant "La Cala" de Barcelona, la primera vez: recuerdo que, entre otras cosas, hablamos ese día del término "campechano", que sin duda parte de la llaneza de las gentes tan cordiales de nuestro Campeche mexicano. Esta impresión mía quedó como tal porque ni él ni Don Tomás Navarro Tomás, a quien llevamos allí mismo la consulta, pudieron señalar desde qué tiempos andaba la palabra a modo de calificativo en nuestra lengua. Y me tocó charlar con él una segunda vez en una "tasca" de la calle de Muntaner, si no me falla la memoria, a la que fui con un grupo de amigos horas antes de salir para Francia, y donde él cenaba también. A mi vieja estimación literaria y a mi afecto hispanoamericano se agregaba, para hacer el encuentro más agradable, aquella fraternidad que a todos nos unía bajo el puro cielo de Cataluña dominado por la piratería extranjera, en una tierra querida e inerme,

junto a un pueblo tradicionalmente valiente y abnegado al que le tocaba la suerte de Cristo: abandonado, ensangrentado y befado por quienes después tuvieron su expiación y por el doble juego traidor de los que la tendrán mañana por la mañana. Más se me afincó el recuerdo en el pecho por el escenario popular y sencillo, y la gracia malagueña de Emilio Prados, y la dulzura infantil de Manolito Altolaguirre, y la estampa viva y nerviosa de Pedro Garfias, y el calor de amistad de otros cuyo nombre todavía hay que callar porque siguen sufriendo bajo la bota del afortunado Franco, el Gran Cómplice de todas las fuerzas oscuras y sucias—tanto de las bárbaras como de las tortuosas, de las violentas como de las escurridizas—que retardan la hora de la justicia.

Díez-Canedo era por fuera como lo imaginábamos a través de sus letras. Me asalta a veces la duda de si ya lo había yo visto en México o en Francia antes de mi vida en España; o si es que la lectura de su obra me había permitido—como expresión tan sincera que fué—adivinarlo fino, cortés, suave en los modales, en la voz y en las palabras, más bien menudo de cuerpo, en todo sobrio y medido, sin grito ni atropello en un medio en que son frecuentes, con su sonrisa de hombre bueno y un ligero filo en la mirada: sus reservas y sus banderillas de crítico sin maldad pero honrado y firme se asomaban a ella.

Trazo aquí mi recuerdo cariñoso y respetuoso de Díez-Canedo; pero si hubiera tiempo escribiría otra cosa: el ensayo de que todo hispanoamericano le es deudor. Vale Díez-Canedo por haber hecho una crítica honrada, sincera, inteligente y afirmativa, siempre para beneficio de las letras españolas; por la atención que puso en las extranjeras, trayendo a España, juzgado y filtrado, lo bueno que había en ellas; por haber combatido la patriotería literaria comodona, la vulgar vanidad lugareña; por ser de los primeros que puso estudio, estimación y cuidado en las literaturas regionales ibéricas quizá sobre todo en la catalana, vista de reojo por los necios mutiladores del arco iris español; por sus ensayos certeros, como aquel "Retablo de Santa Teresa" que es modelo de fineza y buen gusto, y muestra de que estaba en la entraña de su gran patria española, o el que dedicó a Baudelaire, o aquel otro donde disecó al pobre de Rostand, reveladores de que medía tan bien lo ajeno como lo propio. Basta recorrer de prisa sus muchos artículos volanderos para hallar a cada momento el acierto excepcional, la previsión extraordinaria sobre cosas de su España y de fuera de ella: la significación de Don Benito Pérez Galdós colocada en la cúspide que le corresponde, la defensa de Darío cuando a la hora de su muerte muchos ponían en duda su grandeza, y Salvador Rueda

quería en un tímido suelto periodístico discutir su jerarquía, y aun la sacudida universal de la Revolución Rusa. En junio de 1918, cuando se la atacaba rabiosamente en todas partes, Díez-Canedo afirmó en un artículo sobre la supuesta muerte de Gorki: "No puede ser un fuego devastador, ciego y brutal. Más bien parece que en sus entrañas se está fundiendo una estatua del porvenir...".

No sólo vale Díez-Canedo, pues, por haber sido un crítico literario conocedor de su materia, digno de su cometido, sino por sus valores humanos: es parte de la España nueva y del mundo nuevo. No fué un político, ni creo que la lucha social le interesara en primer plano, e indudablemente no le faltaron vacilaciones y perplejidades naturales y comunes a los españoles de su medio y de su tiempo; pero nunca hubo en él indecisión entre el mal y el bien, entre la justicia social y el crimen político internacional, llamárase fascista o nazi en el mundo, o franquista en España. No sólo eso: Díez-Canedo no fué de los intelectuales, de los escritores, de los profesores que se guarecen en su profesión o en su arte para eludir esenciales responsabilidades humanas y para silenciar por conveniencia o cobardía el atropello. El crítico, el español y el hombre dejan la vida con la conciencia pura del bien buscado y del deber servido.

No conocí íntimamente a Díez-Canedo, ni puedo ahora—tras de leer a la carrera varios de sus libros—desmenuzar su actitud; pero deduzco o sospecho que la batalla social tenía para él rojos y negros que herían su retina y distendían sus nervios sensibles. No veo en esto razón para los violentos reproches que se le hicieron en Montevideo o en Buenos Aires cuando, antes y después de la guerra, estuvo allí como representante diplomático de la República. Por lo contrario creo que Díez-Canedo sabía cuáles eran los terrenos donde debía pisar, y cuáles los que no estaban hechos para él. Aceptó cargos en la diplomacia, es verdad, en momentos en que en nombre de la justicia y de la patria había que propagar ardientemente la verdad e incluso contestar con golpes de maza los arteros del enemigo. Pero no cabe duda que a ellos lo llevó su deber, y que en ellos estaba su deber aunque sus facultades para enfrentarse a los infames, y azotarlos y desbaratarlos, no fueran de primera. Véase bien cómo no pretendió jamás, ni permitió que se le diera, un papel político dirigente. Mantuvo celosamente su papel de intelectual honrado y atento no sólo a la belleza sino al bien, sin resbalar a planos que no le correspondían y a los que sí llegaron, por ambición o por vanidad o por ceguera, tantos otros a quienes faltaba la angélica fe que requiere la defensa de la justicia y la pasión y el vigor arcangélicos que impone el combate abierto contra

la injusticia. No se puso, pues, en el brete de verse rebasado o traicionado por sus propias ideas; no tuvo que arredrarse de los brujos pintados alrededor de sí mismo; no entonó la palinodia que tanto place y beneficia al adversario; no pretendió encaramar las virtudes estáticas de su retiro de no combatiente sobre las dinámicas y luminosas de los que arriesgaban la vida, que son los primeros de todos; no tendió puentes endebles o sucios hacia el enemigo; en suma: tuvo la honestidad y la sabiduría de vivir y de morir en el sitio, en la función, en el puesto que le correspondía. Por no haber allanado en ningún sentido campos que le eran ajenos, vivió y murió en su mayor plenitud. ¡Qué inferiores a él son tantos de sus contemporáneos, tantos de sus colegas!

Fueron esas, además de otras muchas, las excelencias de Díez-Canedo; pero a nosotros nos interesan de manera particular las que le da su comprensión de América. Nos toca más de cerca y, ante todo, era tarea esencial para su España. Díez-Canedo fué uno de los primeros que sintieron que España sin América en el corazón y en las letras es una entidad mutilada y amargada. La mutilación la había visto ya, con su prodigiosa sabiduría, el ilustre Menéndez y Pelayo; pero la amargura rezumaba de su concepto anacrónico en cuanto a religión y a política, que está vivo aún en tantos intelectuales españoles y en no pocos hispanoamericanos. En toda la obra de Don Marcelino hay una actitud parcial, partidarista, limitadora a pesar de su talento y su cultura abarcadores, que arroja a un lado, a menudo con violencia y desdén, la trascendencia del pasado indígena de América; que no puede ocultar su dolido resquemor por la Independencia, suceso inevitable, necesario y aun conveniente para la misma España; que a cada paso insiste en los lazos que unen a América con España, mencionándolos casi siempre más como ataduras y dependencias que como fraternidad y unidad salvadoras. Su *Antología* y su *Historia de la poesía hispanoamericana*, siendo dos monumentales cimientos de los que nadie puede ni podrá prescindir para el estudio de las letras de América, a menudo restan y a veces enconan. Lo mismo puede decirse de Don Juan Valera, que a pesar de su bonhomía comprensiva lanzaba los más duros dicterios o las más incisivas burlas cuando se trataba del separatismo de los cubanos, y a quien escocía que a Bolívar se le llamara el Libertador. Hubo guerra, sin duda, entre España y América hasta el último año del siglo XIX, y aun sus mejores hombres—digámoslo con el conocido refrán—mascaban pero no tragaban la media naranja completadora.

La pérdida de las Antillas y de Filipinas marca una línea divisoria, en la que asoma en primer término el nombre de Unamuno: bastaría su artículo sobre "Don Quijote Bolívar" y los que dedicó al "superespañol" —este concepto es uno de sus mejores hallazgos— para probar cómo la rectificación de los ofuscamientos políticos, literarios y lingüísticos empezaba a imponerse. Sólo Pío Baroja sigue lanzando injurias a América —"el Continente estúpido" la llamaba—; pero tienen poca significación, a pesar de la literaria de quien las firmaba, por su conocida afición a lo atrabiliario y por su profesión u oficio de insolente.

América por su parte, entregada en el siglo XIX a rechazar lo que de española tenía, había ya reaccionado y producido a sus dos mejores libertadores —Martí y Darío—, símbolos de americanismo troncal sin suicida desenraizamiento hispánico.

Los primeros hombres de España— todos dentro del examen de conciencia que la guerra de Cuba produjo y sobre la estela literaria que marcó el gran nicaragüense —despiertan a lo americano. Todavía hay el desperezamiento que sigue al insomnio y a la pesadilla, apresuramiento en la información, y más adivinación que conocimiento. Un poco en el aire está el americanismo de don Ramón del Valle Inclán. Es más lo que dice de América que lo que sabe. Pero es tal la voluntad de entender que sus invenciones sobre la psicología y el lenguaje hispanoamericanos están dentro del alma de los nuevos pueblos que pueden ser, si no son, parte de ella. Su *Tirano Banderas* está hecho de geniales caprichos esperpénticoamericanos.

A los hombres que vienen inmediatamente después de estos va a tocar, en vez de mutilar, de amargar, de restar, de enconar, de inventar y de adivinar, la edificación desde abajo. No sé si olvido a alguien, pero me parece que en primer término tiene que citarse a Don Federico de Onís y a Don Enrique Díez-Canedo. Onís viene a América, y en ella se queda: desde su observatorio de la Universidad de Columbia de Nueva York, a igual distancia —o mejor dicho, a la misma cercanía— de México y de la Argentina, de Venezuela y de Cuba y de Chile, con la gran oportunidad física de convivir con Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, con Pedro Henríquez Ureña y Jorge Mañach, de ver a Rómulo Gallegos y a Gabriela Mistral, y a todos los hispanoamericanos que pasan por el gran puerto, y con el arsenal de primera que le ofrecen las grandes bibliotecas de los Estados Unidos y las publicaciones de todo el Continente que llegan a su Instituto Hispánico, siente y conoce las letras americanas y las junta armónica y certeramente en su *Antología*, que Alfonso Reyes califica de "espléndida". Su

traslado a América le dió las facilidades y los materiales; pero las raíces de su traslado existen quizá desde Unamuno, desde su contacto con Unamuno y con el momento español que el gran vizcaíno representó. Don Enrique Díez-Canedo tiene otros matices: visita la América española, recoge en sus *Epigramas* sus impresiones americanas, la vive por temporadas, y vuelve a España para hacer dentro de ella y desde ella lo que nadie había hecho: estudiar con orden lo hispanoamericano y escribir sobre sus letras sin hieles pero sin mieles, sin emoción polémica ni en uno ni en otro sentido. Vió a América como él pedía que se la viese, "con absoluta limpieza de corazón. . . libre, llegada a la mayor edad y en posesión de todos sus derechos de ciudadanía en el mundo".

En su tumba recordaba Don Enrique González Martínez cómo su nombre sonó en España por primera vez hace treinta y cinco, en labios —precisamente— de Díez-Canedo; en *Pasado inmediato* nos contaba Alfonso Reyes que a poco de su llegada a Madrid en 1914, a proposición de Díez-Canedo, la editorial "La Lectura" le encomendó la preparación del teatro de Ruiz de Alarcón; fué Díez-Canedo —junto con Ricardo Baeza— quien señaló el mérito de una novela venezolana, *Doña Bárbara*, llamada después a fama y fortuna, y uno de los pocos que sabían que en Madrid vivía, en digno y modestísimo aislamiento, Rómulo Gallegos (de 1930, si no me equivoco, a enero o febrero de 1936); y él fué, cuando restos de paternalismo empinado se erizaron contra Gabriela Mistral, quien puso los puntos sobre las íes y recordó el valor sustancial de la gran americana tan española, precisamente tan española porque le conoce a España los escondrijos del alma como cosa propia y puede hablar de ella con todo el derecho y la autoridad que le da el pertenecer en primera fila a su genial familia. Los contemporáneos de Díez-Canedo podrán recordar, sin duda, otros hitos capitales que yo ignoro u olvido.

Está situado, pues, en la bisagra de la armonización de lo hispánico universal, en el juntamiento de los dos polos dispersos, en la cicatrización natural y sólida de los dos bordes de la herida. Después de él vienen épocas mejores, más vitales y —exactamente por ser trágicas— más felices. Los españoles pelean en 1936 por mucho de lo que América peleó en 1810 y 1895, y desde luego contra todo lo que ella combatió; muchos hispanoamericanos luchan en España como voluntarios, al lado de la República, y mueren; y de España pasan a América en 1939 miles de hombres, vencidos momentáneamente por la confabulación de las fuerzas negras del mundo con la España vieja —no se retuerzan los términos *tradición* y *tradicional*—,

paralítica, carcomida y humeante de Félix María Calleja, Weyler y Franco. Entre ellos están los que ya habían venido al Nuevo Mundo y ya llevaban en sí el fervor vigorante de un mundo separado que se reanuda: León-Felipe, Juan Larrea; los que descubren a España en América: me viene como ejemplo el recuerdo de un libro gracioso y agudo de Moreno Villa; todo el tropel de los jóvenes que volverán con la madurez americana a España, a la hora de la reconquista; más los niños españoles que crecen en México, y los que allí nacen. Pero insistamos en que en la bisagra cerrada por el éxodo simbólico está el nombre de Díez-Canedo.

También a él le tocó venir a morir al continente que tanto quería. Sus huesos cayeron en la tierra nueva de Mina y de Martí. Lejos de Extremadura y de su Castilla, pero dentro de ellas. Un noble "pastor de la muerte" y de la poesía, González Martínez, le dijo —recabada emoción y acento mexicanos— el mejor adiós. Como Don Enrique Díez-Canedo lo previó en sus versos suaves y pulcros, no estaba desterrado, no estaba lejos de su España, ni lo estaría aun muerto:

Nadie podrá desterrarte;
tierra fuiste, tierra fértil,
y serás tierra y más tierra
cuando te entierren.
No desterrado, enterrado
serás tierra, polvo y germen.

Polvo de siempre y germen de mañana son los huesos de este español tan americano que no yacen fuera de su España, sino en su riñón, en la España nueva de la América nueva.

Andrés IDUARTE.

Aventura del Pensamiento

LOS RIOS DEL BRASIL

SU INFLUENCIA EN LA FORMACION NACIONAL

Por Newton FREITAS

ES UNA VERDAD tan repetida que ya llega a parecer audacia querer afirmar de nuevo que los ríos son la fuerza y alma de cada nación. Entretanto me parece que esta verdad no está suficientemente esclarecida, y queda mucho que decir sobre este tema, al mismo tiempo encantador y poético.

Las naciones sólo adquieren conciencia de sí mismas cuando conquistan y navegan sus ríos. Los mares atraen a los hombres hacia afuera de sus horizontes nacionales; por ellos se hacen las conquistas, se abren rutas, se descubren nuevos mundos . . . Los pueblos navegantes por excelencia (Portugal y España entre ellos) crearon nuevos mundos merced a su lanzamiento a los océanos, pero se debilitaron nacionalmente, hasta el punto que, cumplido su ciclo navegante, estancaron su progreso, hasta convertirse en la sombra de lo que antes eran, y vivir de pasadas glorias. La misma Grecia entra en su decadencia después de la mayor expansión navegante, antes de haber concentrado la fuerza de sus entrañas en la propia tierra. Y, excluyendo en el siglo XIX el ejemplo de Holanda, y en el siglo XX el del Japón, ningún pueblo navegante pudo mantener su integridad nacional sin integrarse en la propia esencia de la tierra, antes de buscar los largos caminos del mar.

El poder creador de los grandes ríos, capaces de desenvolver en sus márgenes una verdadera civilización, es bastante relativo, si consideramos que el mismo progreso busca apartarse del curso de los ríos, cuyo poder está, por lo tanto, condicionado únicamente a una fase de la histo-

ria. El Nilo fué un río nacional, tuvo en sus márgenes todo un ciclo histórico, pero solamente en cierta época de la civilización. El Volga, el Mississipi, el Plata o el Amazonas, también tuvieron en su tiempo esa importancia absorbente. Hoy la máquina y el progreso industrial mataron el poder de los grandes ríos. Su fuerza pertenece a la época premecánica, en que la necesidad de alimentos, la búsqueda de caminos de transporte, las defensas, en fin, todo lo que limitaba la vida del hombre de aquella época, estaba sujeto a los ríos.

La vida del hombre de hoy ya no puede estar presa a la subida o descenso de las aguas de un río, como en los tiempos bíblicos al Nilo, o en los tiempos precapitalistas al Volga de los Zares. Estos ríos determinaron rumbos de civilización, sirvieron de base, de esqueleto a las naciones, de hilo conductor de grupos de seres que marchaban hacia tierra dentro, porque los ríos, por su fatalidad geográfica, caminan casi siempre desde el interior al exterior, antes de lanzarse a los mares. En sus márgenes se levantaron ciudades y si el progreso hizo relativo su valor actual, éste fué decisivo en la aurora del mundo, en cualquier parte que ésta se remontara: en Egipto, en Asia o en América.

Mientras tanto, si la dependencia del hombre, de las aguas, es cada vez menor en proporción al andar de la Historia, la gracia y el poder poético de los ríos pequeños es siempre el mismo, y siempre está presente . . .

Un río —atrévome a decirlo en una definición que nada tiene de geográfica, pero no por eso menos verdadera para mí— es sólo una corriente de agua que une dos márgenes visibles. Los grandes ríos, esos que a veces tienen desembocaduras de leguas, son corrientes de mar dulce; nunca ríos . . .

¿Qué sugestión, por ejemplo, pueden ofrecer esas enormes gargantas del Amazonas y del Plata? ¿Qué ligazón puede existir entre dos márgenes que no se ven, entre criaturas que no se dividen por esas corrientes líquidas? ¡Y qué gracia tiene, en cambio cierto trecho del Río Negro, sugestión que ninguna corriente de agua de la cuenca del Nilo puede ofrecer!

Los ríos pequeños son para mí los ríos de verdad; aquellos que el hombre puede surcarlos con cierta superioridad; dominarlos, por lo tanto, individualmente. De ahí nace la unión del hombre con el agua, el gusto . . . el placer de superar una fuerza de la Naturaleza. Frente a un volumen mayor, el drama es de dependencia, de sujeción; es semejante al que se siente ante el mar.

Siempre hay una humildad, una reverencia útil de disimular en la admiración del hombre al mar. La grandeza aplasta, sumerge. Y aunque se ama al mar, se lo ama como se ama a las fuerzas desconocidas, con misticismo que raya en las fronteras divinas . . .

El amor del hombre a un río pequeño, dócil y suave a su contacto, es distinto: tiene algo de amor humano, algo de amor verdadero, casi son dos fuerzas paralelas que se enlazan, y el hombre tiene para los riachos, los arroyos, las cascadas pequeñas, los hilos de agua cristalina, palabras, versos, poemas, que nunca inspiró un río mayor. La gracia del Danubio envuelve en sus ondas azules todo un ciclo poético y musical. Y los ríos pequeños, impersonales, arrancan páginas de gracia y de poesía a los corazones más sensibles, bastante distintos de aquellos casi épicos, dolorosos, fatídicos, que sugieren las ondas del Mississippi caudaloso, o del Volga helado. No hay sitio en estos caudales para versos suaves, personales; sólo hay para dramas colectivos, indistintos. El folklore del Volga es de una sonoridad enervante y profunda como lo son los cantos de los negros esclavos, que los entonaron descendiendo las barrancas del Mississippi.

.....

El sistema fluvial brasileño, complejo y vasto, asemejase por su contextura a un verdadero sistema arterial. Miremos un instante el mapa del Brasil y comprenderemos los rumbos, los desvíos, los errores y los aciertos de su marcha civilizadora.

Aquí, se destacan sus tres mayores cuencas fluviales: la del Amazonas y la de los ríos formadores del Plata y el San Francisco. Las otras menores: la del Dulce, la del Paranaíba . . .

El intrincado sistema venoso, como dije, explica en realidad al Brasil. El litoral inmenso, liso, sin fondeaderos de fácil acceso, hacían de Brasil un país de civilización superficial. Esas

“mil doscientas seis leguas de costas
de árboles y arboledas revestidas” . . .

invitaban a quedarse allí.

Portugal, plantando pequeñas fortalezas en algunos fondeaderos, pudo con relativa facilidad defender una conquista que representó para la Metrópoli sangre, savia para la agotada capital. Esa misma lisura de las costas dificultó el ataque de enemigos más atrevidos: holandeses, franceses e ingleses afloraron aquí y allí, pero la lucha por la posesión se reducía únicamente a luchas aisladas, sin profundidad ni consistencia, por la dificultad de aportar o de descubrir nuevos ancladeros. Portugal se quedó en la nueva tierra. . . y los mismos portugueses, refiriéndose al carácter litoral y por lo tanto superficial de la civilización que se iba formando en la nueva tierra, decían que eran cangrejos que arañaban la costa.

Los ríos, en tanto, estaban abiertos, pidiendo casi que los surcaran, que los descubriesen. . . Y mientras los dueños legítimos del suelo, los indígenas, bajaban por ellos al interior de la tierra conquistada, los portugueses se aferraban como cangrejos al litoral.

Sin embargo, fué el sistema fluvial de pequeños ríos el que primero indicó a los colonizadores el producto que en breve plazo sería la mayor riqueza de Brasil: la caña de azúcar.

“Eran enormes masas de agua descubierta. Daban arrogancia a la tierra, cubierta de espeso matorral. Pero eran grandezas sin posibilidades económicas para la técnica y los conocimientos de la época. Sólo en parte estos ríos y cascadas se prestaban a las funciones civilizadoras de comunicaciones regulares y de dinamismo útil.

Un río grande, de aquellos que en tiempo de lluvia se desbordaba, inundándolo todo, cubriendo los cañaverales, matando el ganado y la gente. Agricultura y Ganadería eran casi imposibles en sus márgenes, porque las inundaciones diezaban las manadas y pudrían los pastos”.

Sin equilibrio en el volumen, sin regularidad en los cursos, sin condiciones estables de navegabilidad, los grandes ríos fueron siempre colaboradores traicioneros del hombre en la formación económica y social de Brasil. Pero el Brasil agrario mucho debe a los ríos pequeños, porque ellos se prestaron dulcemente a moler las cañas, a regar los valles, a enverdecer los cañaverales, a transportar el azúcar, la madera y más tarde el café, sirviendo siempre a los intereses de las poblaciones fijas, humanas y animales instaladas en sus márgenes . . .

La caña de azúcar brotó como por artes mágicas en todo el nordeste, y dió lugar al primer cultivo estable en el país. En torno de los cañaverales se fijó la primera población agraria. Brasil, a partir del cultivo de la caña de azúcar, deja de ser el país de las especias, de las riquezas extractivas; pasa definitivamente a ser país de agricultura.

Fueron los ríos como el Capeberibe, el Maranguape, el Pitanga, el Paranamirin, el Serinhaen, el Tieté, el Iguassú, los que alentaron la ambición del colonizador, ayudándole a hacer del país una tierra de agricultura fija. Valiosos elementos auxiliares del hombre, los ríos pequeños, regulares, ofrecieron sus márgenes para que se plantaran en ellas las bases de la sociedad nacional.

Los ciclos económicos más señalados de nuestra Historia, el de la caña de azúcar, el del café, el del oro y la minería fueron posibles gracias al curso fácil de los ríos de penetración.

Del Parahiba, río pequeño que baña a San Paulo y el Estado de Rio, Alberto Rangel asegura que en la época de la esclavitud fué "el río paradisíaco, Eufrates de senzalas con Taubaté por Metrópolis" y Gilberto Freire, de quien me he valido, reclama para estos ríos una literatura que ya han merecido los ríos grandes y las cascadas voluminosas, de nuestros escritores y poetas.

Cierto es que el mayor poeta nacional, Castro Alves, cantó a la Cascada de Paulo Afonso, y que nuestros mayores literatos no han podido esquivar la seducción del Amazonas legendario, a pesar de que es el más nuevo de la Tierra, según los naturalistas. Pero esos ríos fabulosos como la misma Cascada de Paulo Afonso, tienen hasta hoy

para nosotros un sentido puramente estético, por no decir escenográfico. Y por esto mismo se explica la elección del tema por nuestro máximo poeta "condoreiro", romántico exaltado a la manera de Hugo, y que siempre buscaba para sus imágenes las comparaciones de las causas intangibles, majestuosas.

Castro Alves, estuvo siempre prendido a las estrellas, al calor de los arreboles gigantescos, al infinito, y cuando bajaba a la tierra veía sólo, y ya era mucho, el dolor social, inmenso. . . Por eso hay que buscar en el dolor esclavo el "leif motiv" de su poesía social. El medio físico fué siempre para él un elemento suplementario. Servía apenas para establecer la proporción. Y la proporción para tamaña desventura sólo podía encontrarse en las alturas de los Andes, en los mares infinitos, en las masas líquidas que se despeñan de Paulo Afonso.

Jamás podría Castro Alves, con sus arrobamientos de gigante, cantar un río claro y pequeño como el Tiete, el Caperibe . . . Estos quedaron para los románticos líricos, para los que veían lloviznas, caricias suaves en las nubes pequeñas, dulzura en el canto de los niños. Las páginas de nuestra literatura poética de la fase precondereira están llenas de estos cantos a las fuentes, a los riachos cristalinos, a las pequeñas cascadas; y se semejan a los antiguos cantos de los griegos, pues el tema es eterno en estas venas de agua, y nada tiene que ver con la tierra americana, tórrida y selvática.

Por ejemplo: la importancia literaria de nuestro joven Amazonas es completamente diversa al lirismo por los arroyos pequeños. . . No es para ese río un canto apasionado, humano. . . Está lleno de duendes, de mitos malignos, de Buey Tatás, de Cobras Noratos, que atraen, corrompen, que matan a los marineros apasionados, como las sirenas a los marineros en alta mar.

Está el Amazonas poblado de leyendas, tan espesas y caprichosas como su selva. Sus mitos de agua son casi los mismos de la antigua Grecia, del tiempo de las epopeyas troyanas.

Su bibliografía es hoy inmensa. Desde el padre Acuña hasta Eustacio de Rivera, desde Jiménez de la Espada

a Euclides da Cunha, pasando por Humbolt, Saint Hilaire, Tavares Bastos, Ferreira de Castro . . . Pero es toda una literatura castigada por el terror o por la admiración absorbente; el Paraíso o Infierno verde . . . Nada poético de la realidad humana.

La inmensidad de mosquitos, la flora exuberante, el clima amortecedor, la belleza aplastante, las lluvias y bajantes violentas que provocan los fenómenos de las tierras, caídas, todo justifica los conceptos de Paraíso o de Infierno.

Las tierras caídas . . . Yo vi esas caídas: sobre una isla flotante río abajo, una choza que el caboclo no tuvo tiempo de dejar. Y cuántas veces el morador despierta en estas islas desprendidas navegando en aguas fangosas, sin más tiempo que para tomar su canoa e internar, vencer al canal.

“Es que el Amazonas en ese construir de su verdadero delta, traduce de hecho la imagen desconocida de un territorio en marcha. Las facultades creadoras del río surgen imprevisiblemente en la isla que se genera “creciendo y articulándose a nuestra vista, apuntalada por pilones, que se alargan y retuercen en la superficie, a manera de tentáculos de un prodigioso organismo”, como dijera Euclides da Cunha.

Así se erigió la isla de Cururú, con dos mil kilómetros de área; y así se formaron todas las islas del canal de Breves, “pero formándose para destruirse o desplazarse incesantemente. Las islas, trabajadas por las mismas corrientes que las generaron, se desbarrancan, derivando hacia río abajo, como monstruos desmantelados, de proas abatidas y popas altas, y navegan día y noche con velocidad insensible. Por fin se desgastan y mueren . . .”

La isla de Urucurituba, por ejemplo, duró diez años, de 1840 a 1850, gracias a su superficie vastísima. Una noche, la del 26 de julio de 1866, otras tierras caídas de la margen izquierda del Amazonas se desmoronaron en una línea continua de más de cincuenta leguas. Ese es el río. Esa es su historia . . .

Unase a esto el calor absorbente, mucho aunque las lluvias sean frecuentes y regulares, y se comprenderá lo que es el Paraíso Verde.

La evaporación continua, sin montañas que detengan los vientos, provoca la regularidad curiosa de las lluvias amazónicas. En Belén de Pará se dice comúnmente; antes o después de la lluvia, pues ella cae diariamente alrededor del mediodía, y dura de 20 a 80 minutos. Tal es así que los habitantes de esa región fijan, sus entrevistas para antes o después de las lluvias. Los comerciantes, los políticos, las prefieren antes, pero los enamorados las señalan siempre para después. Es natural: después de la lluvia el aire está menos cargado.

Uno de los mayores panegiristas del Río Mar fué el padre Acuña, quien lo recorrió en 1640. Pero el relato laudatorio del gran Río de las Amazonas, según su propia designación, se comprende, porque él era el primer español que surcaba las aguas, desde la provincia de Quito, en el virreinato de Perú, hasta la ciudad de Belén de Pará, casi en la desembocadura del Amazonas. Estando en esa época Portugal bajo dominio español, Acuña entregaba al Rey de España el descubrimiento que hiciera. Y como ocurre hasta hoy, siempre que se trata de un regalo, el obsequiante trata de enaltecer sus cualidades. Además, habiendo encontrado él tantos millares de almas sin Dios, le pareció que el Edén debía ser poblado de cristianos, y tejió loas a la bondad de los indios, para inducir a España a colonizar el valle del Gran Río, a fin de llevar la religión a aquellas almas. Y va diciendo en su lenguaje pintoresco:

“Veintiséis leguas de la Isla del Sol, debajo de la línea Equinocial, explayándose en ochenta y cuatro de boca, teniendo por la banda del Sud al Zapará y por la contraria al Cabo del Norte, desagua en el Océano el mayor piélago de aguas dulce que hay en lo descubierto, el más caudaloso río de todo el Orbe, el Fénix de los ríos, el verdadero Marañón, tan suspirado y nunca alcanzado por los del Perú, el Orellana antiguo, y, para decirlo en una vez, el gran Río de las Amazonas”.

“Este es, en suma, el nuevo descubrimiento de este gran río, que encerrando en sí grandiosos tesoros, a nadie excluye; convida más bien a todo género de gente a que se aproveche de ellos. Al pobre ofrece sustento, al rico ma-

yores ganancias; al noble, honores; al poderoso, estados, y al mismo rey un nuevo Imperio”.

Esto decía el padre Acuña a mediados del siglo xvi. Trescientos años pasaron sobre estas palabras sin que las profecías del sacerdote español se confirmasen, sin que el Amazonas y sus valles llegasen a constituir el verdadero El Dorado. Continúa siendo, socialmente, la zona de densidad demográfica menos favorecida de Brasil. Estas profecías parecían haber adquirido visos de verdad cuando el ciclo del caucho, pero éste fué de corta duración, y las ilusiones se desvanecieron, sin que la Tierra Infante, la Tierra en ser, la última página que el génesis escribió, en el decir de Euclides, constituya para Brasil zona de progreso o de importancia económica. Aparte de la ciudad de Belén, con 350,000 habitantes, y Manaos, con 100,000, existen pocos núcleos humanos de importancia.

Hay hoy la perspectiva de que los países formados en la cuenca amazónica: Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela, envíen sus productos a Europa y América (Atlántico sur) a través del Amazonas, esto es por Belén. Para ello sería necesario que se construyesen vías férreas auxiliares, vías complementarias de los brazos del río. Sin esto, a pesar de la navegabilidad del Río Mar, los navíos salen de Pará y van al Callao pasando por el Canal de Panamá. El viaje es más largo, casi el doble, pero el movimiento de cargas lo compensa, ya que en el litoral norte de Suramérica hay más ciudades, más comercio, más industria, más gente, en fin. . . Por el contrario, las márgenes del Gran Río, en una extensión mayor que Francia y Alemania juntas, no poseen más de tres millones de habitantes.

QUEDA establecido, en consecuencia, que el caudaloso río Amazonas, que es como el Plata, un río estructuralmente americano, tuvo para el desenvolvimiento histórico de Brasil una importancia bastante relativa.

En cambio, mientras los dos ríos mayores del país vienen de tierras extranjeras, el San Francisco nace y muere en tierra brasileña.

Capistrano de Abreu, en "Capítulos da Hitoria Colonial" dijo: "las montañas preparan y los ríos esculpen en el altiplano brasileño cuatro regiones distintas".

Y me parece verdad.

Las montañas y los ríos recortan el altiplano brasileño en cuatro regiones distintas: la llanura amazónica, que va del Guaporé al Tocantins; la Parnahiba, la del San Francisco y la del Paraguay-Uruguay, entre la Sierra del Mar y las montañas del Goyaz.

El río Amazonas riega una cuenca de siete millones de kilómetros cuadrados, la mayor del globo. El volumen de las aguas de este Río Mar es a veces tan grande que represa las aguas de los tributarios, arrastrándolas hasta muchos kilómetros más allá de la desembocadura.

La bajada del río Paraguay, unida a la depresión de las tierras del Alto Amazonas, separa de los Andes las tierras altas del Brasil, que la pendiente amazónica, al norte, separa del altiplano de las Guayanas.

Al contrario del Amazonas, la cuenca del Plata, formada por los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay, todos nacidos en el Brasil, ofrece un clima moderado y un suelo fértil para el cultivo y para la cría de ganado. Más al Norte, ya en zona tórrida, presenta esta cuenca tierras de pastaje natural y excelentes para la caña de azúcar y el algodón.

El altiplano brasileño está limitado al Norte, desde el río Uruguay, por la Sierra del Mar, divisoria de las aguas de los ríos que buscan directamente el océano y de los que se destinan al Plata.

De la Sierra del Mar se desprende la de Mantiqueira, que va desde el Estado de Paraná hasta Minas Gerais. Después viene la Sierra del Espinazo, que acompaña al curso del San Francisco, por el lado derecho, hasta ser cortada por la gran curva que describe el río antes de lanzarse al Atlántico.

Ambas sierras desempeñan el papel de divisorias de aguas: la de Mantiqueira entre el Parahiba del Sur y el Alto Paraná, la del Espinazo entre el San Francisco y el Dulce, y el Gequitinhonha, el Contas, el Pardo y el Paraguassú.

De las alturas de Barbacena, la sierra desprende una loma transversal, que queda como la mayor divisoria de aguas dentro del altiplano: la Sierra de las Vertientes, nombre con que la bautizó Eschewege, considerando el papel que ella representa. De un lado, las aguas que vierten en el Paraguay, como en el Uruguay, van a terminar su curso en tierras extranjeras; del otro corren los tributarios del Amazonas: el Tapajoz, el Xingú, el Araguaia, el Tocantins; el Parnahiba y el San Francisco.

Las pendientes amazónica y paraguaya se aproximan mucho al Oeste; entre el Aguapehú (afluente del Yaurú, tributario del Paraguay) y el Alegre (afluente del Guaporé, uno de los formadores del Madeira), existen algunos kilómetros de distancia. La unión de estos dos ríos por un canal comunicaría la cuenca del Amazonas con la del Plata, formando el mayor cinturón de agua del mundo, según la opinión del ingeniero Octavio de Abreu Botelho.

En realidad, fueron la vasta red fluvial y el intrincado sistema orográfico los que determinaron los rumbos de la historia brasileña. Las tres grandes cuencas fluviales: la del San Francisco, la del Amazonas y la de los ríos formadores del Plata, recorriendo todo el organismo brasileño, irrigando todas las zonas del país, cortándolo en todas las direcciones, facilitando el comercio interno y las migraciones de las masas nordestinas, indicando los rumbos de penetración, ofreciendo el vehículo natural al transporte de ganado, uniendo la civilización de los grupos dispersos, constituyeron la gran base física de la unidad nacional.

Las cadenas de montañas dieron carácter especial a cada una de las regiones brasileñas, aislándolas y diferenciándolas por las dificultades, y consiguieron también compensar la pobreza de accidentes costaneros con la diversidad de variedad de sus innumerables lagos, golfos e islas fluviales.

Entretanto, de los accidentes geográficos, por la importancia en la formación de la historia de Brasil, merece especial atención el río San Francisco.

Hablaré solamente del río San Francisco, porque la Sierra del Mar escapa a la naturaleza de este trabajo.

EL SAN FRANCISCO

AISLADAMENTE considerado, el San Francisco es, por sí mismo, un río complejo. Primero por su original dirección, que ofrece una mutación inesperada, con esa inflexión brusca a la costa, después de haber recorrido varias leguas en sentido paralelo. Además, por la diversidad de valles, la transición de zonas, dando lugar, con su falta de homogeneidad, para que en la evolución de nuestra historia surgiera un fenómeno tan interesante como el de Canudos.

El San Francisco es particular y único, y "excluyendo el mar, camino de todas las civilizaciones, el gran camino de la civilización brasileña fué el San Francisco". De sus orígenes parte el impulso de las minas y ondula la expansión bandeirante, que marcha siempre hacia el Oeste. De sus ondulaciones extremas, desde San Pablo (unido a Minas) hasta Piauhý (ligado a Pernambuco) abrazan lo que hoy podría llamarse Brasil brasileño, según el concepto de Juan Ribeiro. Fué el río nacional por excelencia, el que nace y muere en territorio brasileño, el gran condensador de poblaciones en sus valles fértiles, representante de todos los matices de la policroma población de nuestra tierra.

"Abriendo a los exploradores dos entradas únicas, el nacimiento y la desembocadura, llevando los hombres del Sur al encuentro de los del Norte, el gran río se erigió desde el principio como un unificador étnico, largo trazo de unión entre dos sociedades que no se conocían".

Sólo, aisladamente de las poblaciones nacionales, que la enorme cadena de la Sierra del Mar provocó y que únicamente los brazos del río pudieron en parte neutralizar, nace el choque de dos tendencias opuestas en la lucha que desputa en la campaña de Canudos.

Fué aún en el valle de San Francisco que los brasileños del litoral y los del desierto, fijados aisladamente en siglo de colonización, en enfrentaron, extraños como si no fuesen hijos de la misma tierra.

De los sertones de un trecho del San Francisco, extrajo Euclides da Cunha un libro formidable y más aún nuevas energías para empresas no menores. "Los sertonejos for-

jaron el drama violento de los sertones de Canudos. Canudos exigió un libro: el libro fijó después un estilo brasileño”.

“Los Sertones”, de Euclides da Cunha, puede ser considerado el libro máximo de la cultura brasileña, en lo que ella puede dar de más genuino y más elevado.

Enviado como corresponsal de un periódico al interior del Brasil, donde los fanáticos acaudillados por Antonio Conselheiro, desafiaron las embestidas del ejército nacional, Euclides trató de profundizar las causas de aquel drama, que desangraba los dos grupos de un mismo pueblo.

Euclides da Cunha fué como simple espectador a la campaña de Canudo, y se rebela cuando llega a la comprensión de las causas de aquella lucha confusa de fanáticos de una región perdida del sertón bahiano. Ve en Canudos, no una campaña de sertanejos contra el gobierno de la República, sino toda la epopeya de una patria que se despedaza en un choque fratricida de dos fuerzas en oposición. Ve la Tierra, ve al Hombre. La Tierra contra el Hombre y éste contra aquélla.

Su espíritu libre y culto insurge contra todo aquello que él anatematiza llamándolo “el crimen de Canudos”.

Y lleno de horror ante tanta incomprensión e ignorancia, resuelve escribir un libro en el que denunciase —éste es el término justo—al mundo, sin secundarias preocupaciones, los crímenes practicados contra los verdaderos héroes de aquella lucha: los sertanejos bahianos.

En su carpa de campaña, en contacto directo con el torvo medio ambiente, estructura genialmente el más grande de los libros brasileños, sin perder nunca el amor de aquella tierra inhospitalaria y bárbara, que era la tierra de sus padres, y la suya también.

“Los Sertones” está escrito con todo el rencor desbordado del sertanejo que se siente dueño de su propia tierra y ve llegar al invasor. Es rebelión y es apego al terruño.

Ronald de Carvalho, analizando la historia de la literatura brasileña, dice que pueden dividirse las expresiones literarias de Brasil en dos grupos distintos: las del litoral y las de los sertones. El primero tiene, según él, su represen-

tante más característico en Joaquín Nabuco, y el segundo en Euclides da Cunha.

Mientras tanto, la obra de este último, bien analizada, revela antes que nada el contraste violento, la ausencia de tintes sfumados, la falta de equilibrio y tranquilidad. El hinterland brasileño no podía, en su movimiento continuo, darle esta homogeneidad. La obra de Euclides da Cunha es demasiado dinámica para ser explicada así nomás. Es el resultado de luchas, fusión de contrastes, reacciones, repulsas y atracción de dos mentalidades opuestas en el seno del Brasil en formación.

Y fué aun ese San Francisco quien evitó la disgregación del coloso brasileño, que asistió a la tragedia de aquellos millares de sertanejos, luchando por derechos confusos, pero no por esto menos legítimos.

El ambiente dramático de sus valles da nacimiento pues a la obra considerada la más típicamente brasileña, en su sentido positivo.

El ambiente del gran río unificador, verdadero esqueleto líquido que liga el inmenso territorio nacional, proporciona elemento a los escritores brasileños, ávidos de una realidad más profunda.

Y si el gran río es científicamente poco tratado y poco explicado, literariamente tiene todo un ciclo folklórico, como el Amazonas, como los otros ríos nacionales.

De las novelas brasileñas que más fuertemente están impregnadas del ambiente dramático que brinda el valle de San Francisco, se destaca, sin duda alguna, la de Lucio Cardoso, "Maleita".

Este joven novelista supo, como nadie lograra hacerlo, extraer de las márgenes movedizas del San Francisco elementos para los paisajes densos de su libro. Como ningún otro escritor comprendió la dureza de la vida en aquel medio, entre inundaciones y sequías, entre fieras y supersticiones.

El hombre tosco, servilmente doblegado por su miseria física, sin fuerzas para comprender sus propios sufrimientos, sin fuerzas para luchar contra la humillación humana, de ser lo que apenas es: un apéndice de aquel río inmenso, encuentra en Lucio Cardoso su gran intérprete.

El hombre pasivo ante el paludismo implacable, el "caboclo" cruel, valiente y sensual, hallan en Lucio Cardoso su verdadero poeta.

En torno de sus aguas y de sus valles, de sus crecientes que empiezan en marzo; en torno de esta oscilación periódica, muévase toda una población ribereña. Las crecientes y bajantes son el único calendario conocido por las poblaciones establecidas en sus márgenes, o en las ciudades florecientes nacidas bajo su influencia.

Los vastísimos territorios que él fertiliza sirven de pastaje a inmensos rebaños. Cuéntanse hoy más de cuatro millones de caprinos, mulares y porcinos, viviendo en sus orillas. . .

Contra las diversidades étnicas, sociales, económicas y aun geográficas de importancia relevante, sólo la firmeza del río patriótico y brasileño, sólo él cimentó la unidad nacional. La base de la unidad del Imperio brasileño, tantas veces exaltada por los políticos de la época, atribuyéndola al tirocinio político de algunos genios administrativos, "el milagro de la unidad" debe buscarse en este valle, poblado por gentes del Norte y del Sur, gentes anónimas: bandeirantes, paulistas, bahianos, vaqueros que establecieron los eslabones indisolubles de los futuros brasileños.

Caminos y corrales, dos elementos básicos para la solución del problema social en la época de la colonización, el San Francisco les ofreció con la fertilidad de sus valles. La riqueza pastoril, consecuencia de la colonización del San Francisco, fué la llave del problema social brasileño. El ganado, siguiendo el curso del río, y exigiendo más tarde, cuando la cría se apartó del litoral, caminos para las tropillas, proporcionó los elementos básicos para la formación de las primeras poblaciones rurales brasileñas.

Fertilizando campos, aproximando poblaciones distantes, transportando la vida para los que se embreñaban en el sertón, avivando el comercio interno, caldeando elementos que formarían más tarde el tipo antropológico brasileño, al San Francisco cabe, verdaderamente, el nombre de río de la unidad nacional, que le dieron los más eminentes historiadores.

DEL INTELLECTUAL Y DE SU RELACION CON EL POLITICO *

Por José FERRATER MORA

SI treinta años ha se hubiese insinuado que algún día el ejercicio intelectual sería considerado, hasta cierto punto, como indecoroso, voces airadas se habrían levantado unánimes. Con escasas excepciones, la esfera intelectual era considerada a la sazón como una superior cualidad de la naturaleza humana, como una virtud que honraba y dignificaba a la especie. Esto no quiere decir, naturalmente, que no hubiese ya entonces malos intelectuales o falsos intelectuales, gente que pretendía ser intelectual para encubrir menos delicadas tareas. Pero mientras el intelectual permaneciese fiel a su misión, o mientras el hombre, fuera quien fuese, ejerciese actividades intelectuales, el respeto de los contemporáneos le nimbaba. Acaso había en esta actitud cierta cantidad de ilegítima idolatría racionalista. Pero había, además de esto, el reconocimiento de que gran parte de lo que el hombre había llegado a ser, el fragmento más voluminoso y noble de su civilización, se debían al intelectual.

No es menester fatigarse mucho los ojos para advertir que está ocurriendo ahora cosa bien distinta. Cualquiera que sea su particular dedicación —artista, filósofo, científico—, el intelectual ha visto tan mermada la consideración ajena que, si exceptuamos la menos intelectual de las actividades intelectuales, la función técnica, es mirado con suspicacia, con recelo y hasta con odio. Las causas de

* Este artículo, enviado espontáneamente por su autor desde Chile, mucho antes de que llegaran allí noticias de nuestra "mesa rodante" *Lealtad del intelectual* publicada en el número de mayo-junio últimos y prolongada en la presente entrega, es prueba evidente de la mucha actualidad del tema y del interés que suscita entre las más alertas conciencias contemporáneas.

esta inversión de valores son, sin duda, complejas, y su examen a fondo equivaldría al mismo tiempo a un diagnóstico de la época contemporánea. Pero el hecho es evidente: el intelectual, y precisamente el mejor intelectual, el que sirve con sacrificio la causa de la inteligencia, ha sido vencido, arrinconado, aniquilado. El hombre habitual no quiere saber nada de los intelectuales. Para unos se trata de un ser inútil; para otros, de un sujeto peligroso; para todos, de un ente menospreciable. No exagero más que en la medida en que lo requiere la comprensión de mi tesis. Quien sea intelectual en el auténtico sentido del vocablo sabe que éste es el juicio que rezuma la mayor parte de los hombres con quienes debe mantener relación continua. Porque el buen intelectual es el que trata con todos y procura entender a todos, inclusive a sus enemigos. El rasgo esencial del intelectual es comprender inclusive la actitud de quien lo combate y menosprecia. El intelectual auténtico es el hombre que no se irrita ante quienes quieren excluirlo de la sociedad, el que llega a proporcionarles las armas con las cuales ha de ser combatido.

No será, pues, ocioso, que, aun comprendiendo por qué respetables causas un considerable fragmento del mundo actual la emprende contra los intelectuales, éstos procuran poner las cosas en su punto y consignar que, en rigor, bien pocas cosas puede hacer el mundo sin su auxilio y concurso. El intelectual ha pasado su vida justificando a los demás, a quienes no son intelectuales. ¿Pide demasiado si intenta justificarse alguna vez a sí mismo? Sobre todo habida cuenta de que ni siquiera pretende que tal justificación sea atendida. El intelectual tiene fama de hombre egoísta cuando es, por lo menos públicamente, uno de los ejemplares humanos menos atacados por tal vicio. Cualquiera de las cosas nefandas que hace el intelectual, la más pequeña de sus traiciones, es repetida por millares de congéneres no intelectuales. Ciertamente es que el intelectual tiene deberes que los demás no tienen; debe someterse a sacrificios que los demás no comparten. Pero estos deberes y estos sacrificios suponen la existencia de algunos derechos. Al justificarse a sí mismo, el intelectual pretende simplemente ponerlos de manifiesto. Pues el intelectual habla

con frecuencia de los deberes del intelectual. De ahí que los no intelectuales y cuantos raramente hacen referencia a sus deberes estimen que el intelectual no tiene sino éstos. Por eso sus derechos son siempre mínimos, casi invisibles, superlativamente modestos. No por ello, sin embargo, menos existentes. Ahora bien, ¿qué puede decir para justificarse? ¿qué puede alegar para recobrar sus derechos el intelectual?

Conviene pedir poco: señalemos, pues, sólo dos derechos bien precisos. Acaso no deba poseer otros; acaso no conviene que los posea. Pero éstos cuando menos no deben serle arrebatados. En virtud de estos dos derechos, el intelectual renuncia a todas las demás cosas; renuncia, por ejemplo —o tiene que renunciar— a una serie de prebendas que los no intelectuales que tienen iguales posibilidades de realizar su ambición reclaman constantemente: a mandar, a vivir con holgura. No quiere esto decir que el intelectual no pueda en algunas ocasiones mandar o en muchos casos vivir con mediana decencia; quiere decir sólo que se trata de derechos que le serán otorgados por añadidura y cuya pérdida no puede ser jamás motivo de lamentaciones. No prejuizo, por lo tanto, que el intelectual deba o no asumir el mando de la sociedad. Esta es otra cuestión que nos llevaría demasiado lejos y que, como la de las causas por las cuales el mundo de hoy menosprecia al intelectual, implicaría un examen del sentido de nuestra época que acaso sea ahora absolutamente impracticable. Lo que quiero anunciar es simplemente esto: que, haya o no de mandar, el intelectual no puede reclamar este derecho. Sus derechos son de otra especie, tan elementales que, más que derechos son condiciones de existencia. He aquí el primero: el derecho de existir.

Cuando el no intelectual combate al intelectual, no lo hace, en efecto, en nombre de los muchos y hasta innumerables defectos que éste pueda tener: no le retrae su debilidad, su vanidad, su afán de mando. ¿Cómo podría hacerlo? Estos defectos son comunes a todos; no son específicos del intelectual, sino que pululan por doquier, nivelando como un enérgico rasero a los hombres. Lo que molesta al no intelectual no son estos vicios. Todo lo con-

trario: siente cierta complacencia cuando el intelectual los despliega en grado superlativo y entonces llega casi a perdonarlo. No es casual que los únicos intelectuales que floten satisfechos en medio de ese general naufragio sean justamente los que más coinciden con el antiintelectual y mayor laxitud manifiestan en su conducta. Al ponerse al servicio de un grupo no como sería legítimo, por el entusiasmo y la fe, sino, como ocurre con mayor frecuencia, por el interés y el egoísmo, al querer mandar en nombre de un grupo, el intelectual llega a hacerse perdonar el pecado de ser intelectual. No se salva por ser intelectual, sino al revés: se le permite ser intelectual, porque así puede justificar aquello que, visto con óptica fina, no podría jamás justificarse. La lucha contra el intelectual no es, pues, nunca una lucha contra el intelectual a medias; es una lucha contra el que se obstina en no ser más que intelectual, contra el que, en virtud de esa obstinación, ha renunciado a la comodidad, al favor, al mundo. Este es el intelectual a quien el antiintelectual difícilmente soporta, a quien se pretende aniquilar y confundir. Parece como si el intelectual tuviera que hacer todo lo posible para hacerse perdonar el pecado de serlo, para aproximarse lo más posible a su contrafigura, para dejar de ser lo que auténticamente y con tanto esfuerzo ha logrado ser.

Y, no obstante, si el no intelectual fuese capaz de aprender a dominar esa molestia casi física que siente a veces ante la presencia de la figura o de la obra del intelectual, advertiría que en este aparente aislamiento radica la máxima eficacia. Porque el caso es que nadie ha trabajado tanto como el intelectual para que la existencia del no intelectual fuese un poco menos sórdida, para que su vida fuese un poco menos vacía. No me refiero sólo a las técnicas: esto llega a reconocerlo inclusive el no intelectual cuando la omnímoda presencia de los recursos que la ciencia pone cada día en sus manos le obliga a reparar cuando menos en la existencia de unos hombres que los están creando y perfeccionando. Me refiero más bien y sobre todo a las realidades de que pocos se dan cuenta, pero de las que se está haciendo uso continuo y a veces abusivo: a las ideas, a los sentimientos, a los valores. Alguien me replicará que el

intelectual se pone con frecuencia al servicio de ideas erróneas, de sentimientos mezquinos, de valores falsos. Es absolutamente cierto. Pero es precisamente entonces cuando el intelectual deja de serlo. Porque no hay duda: cuando la inteligencia trabaja honradamente, no descubre jamás realidades torpes. Podrá equivocarse, pero la misma honradez que revela en el error hará que su descubrimiento sea siempre valioso. Porque el auténtico intelectual es siempre humilde, ante las cosas y las ideas, aunque a veces sea desenfadadamente orgulloso ante ciertas personas, que no son precisamente las que poseen escasas luces, sino las que se creen con el derecho de proyectar sombra sobre todas las luces. En última instancia, el que pervierte las ideas que el intelectual descubre, es el no intelectual que se las apropia. Al tomarlas a su cargo, el no intelectual las impone al mundo, y como su mente es a veces un tanto angosta, llega a creer que son las únicas ideas existentes. El verdadero intelectual sabe, en cambio, que toda idea implica siempre su contraria y que su misión no es imponerlas, sino descubrirlas y averiguar sus límites. El intelectual es el hombre que encuentra constantemente límites, porque es incapaz de casarse con una sola idea, porque es todo lo contrario del hombre de una sola idea y de un solo libro.

Aunque sólo fuera por este increíble enriquecimiento del mundo, por esta lección de humildad ante las cosas que examina y ante las ideas que descubre, el intelectual merecería existir junto a los que no son intelectuales. Su derecho es, pues, ese mínimo derecho a la existencia. Si desapareciera, se extinguiría una forma de vida cuya utilidad sólo se comprende bien cuando está ausente. Porque el mundo, que parece querer suprimir al intelectual, no puede vivir sin él. Cuando ha intentado hacerlo, se ha encontrado con un universo vacío de sentido. El intelectual ha insistido en su propia inutilidad, ha intentado mostrar que justamente en la inutilidad inmediata de su función reside la nobleza de su existencia. Pero como ahora se le están pidiendo credenciales, el intelectual, colocado en el mismo terreno que sus detractores, se ve obligado a sostener que, juzgada la cuestión desde el punto de vista de lo efectivo y

útil, él es también, y tanto como cualquier otro, de una utilidad ejemplar.

Pero, claro está, para que su función sea útil es menester que sea escuchado. He aquí su segundo derecho. Y el no intelectual que le pide al intelectual para qué sirve, tendrá si de veras quiere que sirva para algo, que poner el oído atento a sus palabras. Esto lo hace, claro está, sin saberlo, porque el no intelectual pide de continuo préstamos al intelectual sin creerse obligado a devolverlos y aun creyéndose con el derecho de desperdiciar su hacienda. Pero le escucha siempre a medias, recoge de sus ideas las que le convienen y atropella las que le irritan. Y como lo que recoge es una fracción minúscula, cree que no han sido arrebatadas y que han brotado de su propia cabeza. El examen atento de este hecho nos pondría de relieve algunos de los secretos más jugosos de nuestra época. Porque muchas veces se culpa al intelectual de casi todos los males, sin advertir que el intelectual ha dicho muchas otras cosas además de las que se le copian y acaso ha dejado de anunciar algunas de las que se le atribuyen. Esta interpretación de los males o de los errores es, por otro lado, propia del no intelectual. En vez de indagar cuidadosamente todas las circunstancias y otorgar a cada una de ellas lo que le corresponde, el no intelectual que sólo quiere ser no intelectual desencadena su ira sobre la primera con que topa. De ahí ha nacido la extraña idea —si puede llamarse idea— de que la mayor parte de las desgracias de este mundo se deben a la funesta intervención de los intelectuales. Y cierto es que los intelectuales son *también* culpables. Pero como, si de veras sirven la causa de la inteligencia, son los primeros en reconocer tal culpabilidad, quien escucha a medias sus palabras tiende inmediatamente a concluir que todo infortunio procede de su existencia. Esta ha sido, por ejemplo, la manera habitual de interpretar las lamentaciones de Julien Benda sobre la traición de los intelectuales. Al proclamar un intelectual que los intelectuales han traicionado su causa y, con ella, la causa de la verdad, ha parecido que sólo ellos fueran los traidores. Así, el no intelectual ha visto confirmadas sus pruebas por la misma confesión del intelectual.

El intelectual erraría si quisiera insistir demasiado en su justificación, si quisiera reclamar con demasiada insistencia sus derechos mínimos. Pero conviene que lo haga de vez en cuando y que, una vez anunciados discretamente, regrese a su fecundo silencio. Porque la misión del intelectual es no hacer demasiado caso de las alevosas zancadillas: está demasiado ocupado, demasiado preocupado en perseguir tenazmente, a costa de sí mismo, de su salud, de su bienestar, de su vida, lo que es más difícil de conseguir en este mundo: la verdad.

CUANDO se quiere entrar un poco a fondo en la extraña e irritante existencia del intelectual, resulta sobremanera instructivo compararla con la del político. La cosa no parece, desde luego, nada fácil. Y es muy comprensible. Entre las figuras que el intelectual adopta, sobre todo cuando el mundo parece no necesitar de los intelectuales, se halla en primer término la del político. Y viceversa: el político se presenta muchas veces como un intelectual, y no satisfecho con ejercer la delicada y comprometida operación del mando, se pone a juzgar con desconcertante aplomo sobre los no menos delicados y comprometidos negocios de la inteligencia. Así, uno y otro se esfuerzan en presentar un rostro que no les corresponde, y como el enmascaramiento suele ser una de las cosas que el hombre consigue practicar con éxito casi absoluto, la distinción entre el intelectual y el político parece imposible. Y, sin embargo, no ocurre así.

La aparición del intelectual bajo la máscara del político y la de éste bajo la máscara del intelectual, no tienen nada que ver con el hecho, muy loable, de que cada uno de ellos se interese por las actividades del otro. Nada más deseable, en efecto, que el intelectual siga con atención y aun con apasionamiento la labor del político. Porque el intelectual, precisamente por ser intelectual, está obligado a no vivir en la luna, a permanecer al pie del cañón justamente en aquellos instantes en que tal postura es más incómoda. Pero esto no significa ni mucho menos que su actividad haya de interferirse y confundirse con la del

político. Y viceversa: sería una pura estupidez sostener que el político debe ser un hombre obtuso. Por el contrario, nadie como él debiera poseer una mente bien afilada, capaz de penetrar en las entrañas de los hechos y de nimbarlas de claridades. El político debe ser, además de muchas otras cosas, un hombre perfectamente inteligente. Mas el interés político del intelectual y la inteligencia del político son muy distintos de ese otro hecho por el cual el político resulta un intelectual enmascarado y el intelectual un pretendido político. Como es en extremo conveniente, en esta época tan propensa a las confusiones, poner las cosas en su punto, me voy a permitir disentir de la opinión común según la cual el intelectual debe hacer política y el político debe discurrir sobre lo que usualmente no entiende. Cada uno de ellos puede interesarse por lo otro, debe interesarse por lo otro; cada uno de ellos debe, sin embargo, hacer lo suyo. Y hacer cada cual lo suyo es suficientemente trabajo para que se le pueda exigir todo lo demás.

Aquí voy a tratar, no del intelectual puro o del político puro —términos bastante sospechosos—, sino de lo que podría llamarse el buen intelectual y el buen político. No hace falta decir que semejantes ejemplares son hoy día sumamente raros. No obstante, representan la promesa de que un día podrá entrar de nuevo en vigor una separación por la cual los mejores hombres vienen luchando desde hace ya muchos siglos: la separación entre el poder temporal y el poder del espíritu. Por poco que se piense sobre el asunto, se advertirá que esta separación constituye la condición indispensable de la libertad humana. Porque la libertad no es un mero tópico para llenar las columnas de los periódicos, sino que es una entidad muy respetable, muy concreta, bastante más susceptible de definición de lo que parece a primera vista. Ahora bien, ninguna libertad es posible sin que exista una previa delimitación de jurisdicciones, una auténtica separación de poderes. El mayor enemigo de la libertad no es la autoridad ni el poder ni el mando, sino precisamente la confusión.

Esta confusión comienza hoy por revelarse en ese doble enmascaramiento del intelectual y del político. De ahí surgen consecuencias extraordinariamente graves. Al usurpar

la función intelectual, al pretender dominarla, el político suprime la posibilidad de una auténtica crítica. Porque el intelectual puede muy bien pasarse la vida ocupado sólo de política, hablando y escribiendo sólo de política, sin dejar por ello de ser intelectual. La separación entre uno y otro consiste en la manera de hacerlo. El buen intelectual no tiene ninguna necesidad de limitarse a su particular disciplina para cumplir la misión que le ha sido confiada. Lo que importa para el caso es la forma como trata los negocios que al político incumben. Y, naturalmente, el político no deja de ser un buen político por el hecho de ocuparse de las cosas de la inteligencia. Su deber, entre otros, es precisamente ocuparse de ellas. Mas lo que le caracteriza como buen político es asimismo la forma como las trata. Así, extremando la fórmula, y para que se me entienda bien, diría que la principal diferencia entre el intelectual y el político no consiste en las cosas mismas de que se ocupan, sino en la manera de ocuparse de ellas. Sólo así podrá existir entre el intelectual y el político, entre el poder temporal y el poder del espíritu, una separación fecunda y una auténtica libertad.

Para no referirme sino a lo más evidente, comenzaré por llamar la atención sobre la actitud que uno y otro asumen ante ese hecho impreciso, mas no por ello menos real que es la opinión pública, el conjunto de los deseos, de las aspiraciones, de las ideas y de la falta de ideas que constituyen la opinión pública. Resulta casi ocioso advertir que la actitud del político frente al público debe consistir menos en la crítica de sus vagas aspiraciones que en el esfuerzo para aclararlas, concretarlas, y, cuando es posible, realizarlas. Cuando el político, sea de la clase que sea, se empeña en ir contra la corriente, fracasa sin remedio y corre el peligro de verse aniquilado. Esto no quiere decir ni mucho menos que el político deba ser un demagogo. Tiene que ser todo lo contrario. El demagogo no hace, en suma, más que confundir lo que ya es de por sí bastante confuso, excitar lo que está ya por su propia naturaleza bastante excitado. Seguir la corriente no quiere decir, por lo tanto, hacer todo lo posible para que marche todavía con mayor impetuosidad y amenace con desbordar todas

las riberas. El político es, en cierta manera, el cauce de esta corriente, el que sin negarla y aun sin desviarla le propone un lecho por el cual pueda deslizarse de más sosegada manera. Sin embargo, por importante que sea esta función encauzadora, por empeño que ponga en resistir a la corriente, en aclarar sus turbias aguas, en afirmarla y concretarla, la corriente de la opinión pública seguirá siendo lo principal, y cualquiera que sea su particular deseo no tendrá más remedio que flotar con ella y remontarse por encima de su ola. De esta inevitable actitud del político se deducen ya toda una serie de actos que, como luego veremos, le son profundamente extraños y aun repulsivos al buen intelectual. Pues la obligación de seguir la corriente y de estar continuamente mezclado con ella, fuerza al político a cometer acciones que, juzgadas con cierto rigor, tienen un carácter bastante sospechoso. El político, aun el más escrupuloso, tiene a veces que hacer gala de una notable falta de escrúpulos. Esto no quiere decir que deba ser forzosamente inmoral. Quienes sostienen en nombre del "realismo" y de no sé cuántas fáciles doctrinas, que el político *debe* ser inmoral, no hacen sino dar una prima, bien pronto ganada, a la inmoralidad. Pero su escasa escrupulosidad en ciertas ocasiones no puede ser tampoco motivo para una precipitada condena. La obligación de sostenerse, de bracear desesperadamente por encima del tumulto de la corriente pública, le da pocas oportunidades para mantenerse fiel a un acrisolado puritanismo.

De no ocurrir así, no se comprendería cómo puede un político "subir". Este vocablo nos proporciona ya la clave para comprenderlo. Pues subir no es posible sin ser en cierto modo liviano, sin dejarse arrastrar y soltar lastre a cada instante. De ahí que el político produzca casi siempre el efecto de un hombre un poco ligero de cascos. Podrá tener el puño bien cerrado, el corazón bien tenso, pero no podrá mantener siempre firme la cabeza. La famosa volubilidad del político, su inconsistencia, su fragilidad, se deben a las condiciones mismas en que tiene que vivir, a la misma inestabilidad de la corriente sobre la cual se ve forzado a sostenerse. Sería, sin duda, muy grave que ello le impidiera en absoluto tener ningún lastre. Por el con-

trario, debe acumular todo el que pueda. Pero el político es siempre de alguna manera hijo de los acontecimientos, de las corrientes, de las coyunturas. Es decir, precisamente todo lo contrario de lo que es o de lo que debería ser un buen intelectual.

Para este último, menos atento a subir y a flotar que a mantenerse, lo decisivo es servir a la verdad, y la verdad puede a veces oponerse a las corrientes impetuosas de su época. Se me entenderá bastante mal si con ello se pretende sostener que el intelectual debe remar sin descanso contra la corriente. Tan insensato como afirmar que la corriente de la opinión pública es siempre certera consiste en sostener que está siempre equivocada. Como el intelectual tiene que ser todo lo contrario del hombre que llega perpetuamente de las Batuecas, hará bien en auscultar a su época, en seguir con atención todos los movimientos espontáneos, aun los que parecen más descabellados. Casi me atrevería a decir que ésta es una de sus principales misiones. Pero auscultar no quiere decir, por lo pronto, ni pegar al enfermo ni dar rienda suelta a sus posibles fantasías. Cualquiera de estas dos cosas sería aceptable si el intelectual, en vez de ser intelectual fuera un fanático. El fanático es lo inverso del intelectual, como es lo inverso del político, porque es, podríamos decir, un híbrido producto de estos dos seres. El fanatismo surge cuando se confunden sin medida dos seres tan distintos y tan igualmente necesarios a la sociedad siempre que sepan atender a su propia vocación y consigan, por su misma respetuosa distancia mutua, llegar a una colaboración fecunda. El fanático no hace más que seguir absolutamente la corriente u oponerse absolutamente a ella; no comprende ni su verdad ni su error; no le importa más que su idea fija, su monomanía, su dogma. Por eso el buen intelectual y el buen político, con ser tan dispares, coinciden en contraponerse, cada uno por su lado, al fanatismo. El último, porque es demasiado ligero; el primero, porque es demasiado grave. La ligereza del político y la gravedad del intelectual constituyen el contrapeso que hace posible marchar el mundo sin estancarse y sin estrellarse.

Por su falta de ligereza, por su gravedad jamás opuesta a la agudeza, el intelectual, después de haber marchado

al unísono con el político en una buena cantidad de cosas, se separa netamente de él por lo menos en otras tantas. Aunque hijo de su época, el intelectual está siempre un poco al margen de toda época. Esto no significa que sea un utopista. Desde hace algún tiempo se suele llamar utopía a todo lo que no concuerde con cualquier triste realidad, a todo lo que no convenga a ese "realismo político" capaz de dar al traste con la misma realidad que defiende. El intelectual no tiene, repito, que marchar forzosamente contra la corriente. La corriente de la opinión pública —para dar este nombre a la ola inestable que anda siempre un poco a la deriva— no es obligatoriamente falsa. Por el contrario: el público tiene una certera intuición en casi todos los asuntos decisivos. El hecho de que esta intuición certera esté en algunas ocasiones pervertida se debe casi siempre más a la intervención del que pretende dirigirla que a ella misma. Lo único que ocurre es que, naturalmente, es poco amiga de que no la consideren como algo absoluta, es poco partidaria de ser juzgada. Esta labor de juez —de juez sin brazo secular— es justamente una de las muchas desagradables misiones del buen intelectual. Por eso el intelectual nada de continuo bajo corriente, unas veces porque la corriente lo ha ahogado, y otras porque voluntariamente se ha sumergido en ella y está buscando en su abismo no se sabe qué admirables entrañas. El intelectual es, por principio, el hombre que se resiste, que necesita tiempo para mirar a su alrededor y que por esta razón parece desplazado, como si en vez de atender a lo apremiante y perentorio estuviera afanado en buscar lo inútil y lo ocioso. No hace falta decir que esto es un completo espejismo. El triunfador parece ser por el momento el político, el que ha conseguido situarse a caballo de la ola del tiempo y con mayor o menor habilidad se aferra a ella. El mal intelectual, el falso intelectual, el que busca meramente el éxito, el poder, el mando, la lisonja, se desespera, y como no puede practicar ese enorme sacrificio consistente en dar tiempo al tiempo, se esfuerza por situarse también en el primer plano, por meterse dentro del político y hacer como quien está gobernando. No quiero decir que el intelectual no deba mandar nunca; quiero decir só-

lo que no le es lícito azacarse por el mando, y que antes de trepar a la cresta de la ola debe reflexionar un poco sobre lo que tendrá que hacer una vez montado en ella. Que será todo lo contrario de lo que haría si hubiese seguido siendo intelectual. Porque entonces tendrá que defender lo indefendible, justificar lo injustificable, sustituir la reposada visión por la turbulenta intriga. Y cuando no pueda hacerlo y pretenda seguir siendo intelectual a toda costa, se hundirá hasta el fondo o proclamará su dictadura. La cual no será acaso mejor ni peor que todas las demás dictaduras, pero habrá acabado con la posibilidad de toda libertad, pues se habrá desvanecido con él la misión y la influencia del poder espiritual.

Se pueden decir bastantes cosas más acerca del intelectual y de su relación con el político. Pero creo que no debería terminar sin hacer constar por lo menos una de ellas. Y es la siguiente: el intelectual y el político no se estorban jamás mutuamente cuando cada uno de ellos sabe atenerse a lo que debe atenerse. Y en una época como la nuestra, tan amiga de confusiones de toda clase, la separación limpia, que no significa ni mucho menos el aislamiento, es casi casi una obra de misericordia.

MESA RODANTE

¿INDEPENDENCIA? ¿COMUNION SOCIAL?

Intervienen: *José Gaos, Juan Larrea,
Mariano Picón-Salas, Alfonso Reyes,
José Medina Echavarría y Jesús Silva Herzog.*

JOSÉ GAOS:

QUERIDO Larrea:

En el resumen, provisional de nuestra *mesa rodante* que viene a ser su intervención de Ud. en ella, propone Ud. otra mesa rodante dedicada a considerar el tema de la renuncia al poder por parte del intelectual apuntado por mí. Tan expresa mención no me permite dejar de responder a ella. Por mi parte no tengo inconveniente en que se eche a rodar la mesa que Ud. propone, ni en contribuir a que ruede, pero el examen del tema llevaría con seguridad a otros tales —la “teoría” pura, desinteresada, como esencia de la vida intelectual— que quizá fuera mejor hacer antes otra cosa. Nuestra mesa rodante ha servido, muy bien por cierto a mi modo de ver, para esto: para mostrar entre los participantes una coincidencia, no sólo en ciertos problemas, sino incluso en ciertas direcciones hacia la solución. ¿No sería bueno dar una segunda vuelta a la misma mesa, para ver si los demás están conformes en lo que acabo de decir y voy a precisar algo más, y para que intervengan algunos otros, desde luego nuestro Alfonso Reyes, con quien se contó en primer término desde el primer momento, pero no pudo tomar parte en la mesa por el enojoso impedimento insinuado por Ud. en su intervención, hoy dichosamente superado?

A mí me parece que quienes intervenimos en la mesa coincidimos, por debajo de las diferencias en la manera de desarrollar el tema y expresar las ideas, en reconocer la existencia actual de un problema del intelectual y en concebir su solución como sigue. Por lo que se pudiera decir *formalmente*, en una independencia del intelectual que sería a la vez su renuncia a ciertas cosas —al poder, principalmente,

para mí— y la garantía de su eficiencia en cuanto intelectual. En punto a lo que se pudiera llamar la *orientación*, el *contenido material* de su actividad, en algo que puede parecer en contra-sentido con la independencia anterior, pero que en el fondo no lo estaría. Todos parece que estamos de acuerdo en que el inmediato futuro va a continuar bajo el signo de la prevalencia de lo social sobre lo individual, de un cierto "socialismo" de una cierta "comunidad" o "comunidad". Pues bien, todos parece que estamos también de acuerdo en que el intelectual debe ser un órgano al servicio del advenimiento de esta comunidad o comunión —pero no por presión, por opresión de ella, de nadie, de nada, sino por espontánea, convencida, entusiasta dedicación a tal servicio: algo así como la libre entrega a una persona a quien se ama. ¿Por qué no echa Ud. a rodar el par de insinuaciones que acabo de estampar, entre los compañeros de mesa, a ver si realmente están conformes con la conformidad que les atribuyo, a ver, incluso, si precisan más los términos de esta conformidad, ese "socialismo", esa "comunidad" o "comunidad" —y entre los nuevos compañeros sugeridos, a ver si se adhieren también a la conformidad y qué añaden en general? Llegado de nuevo mi turno no sentiría empacho en cooperar a la precisión de dichos términos. Por lo demás, es muy probable que si la mesa vuelve a rodar, sigue rodando, acabe por pasar al tema para el que propongo Ud. otra.

JUAN LARREA:

POR lo que me toca, convengo con José Gaos en la procedencia de reanudar nuestro debate en la dirección que propone.

El primero de sus supuestos, referente a lo que llama el aspecto *formal* de la cuestión y que se traduce en la independencia del intelectual —y del artista—, no me parece que requiera de mí ampliación alguna. Apenas advertir cómo la distinción entre el intelectual y el político planteada en nuestra primera *mesa*, equivale en el fondo a una elucidación de conceptos que se prestan a confusiones peligrosas para los valores a nuestro juicio primordiales. Casi no hicimos en esa ocasión sino decidírnos a llamar hispánicamente pan al pan y vino al vino para escándalo de quienes no discernen entre dos clases efectivas de conciencia: una la subjetiva y estrechamente social y otra de mayor alcance, acaso cósmica, a cuyos ojos lo social es objeto y, en

cierto modo, instrumento. El resultado más apetecible de la presente consulta consistiría, a mi entender, en aclarar dicha distinción hasta aquel grado que tornara admisible para algunos la posibilidad de abarcar el panorama del hombre desde una cima más enhiesta y a través de un aparato más complejo, favoreciendo como resultado útil la erección, por fin, de la auténtica ciudad del Ser humano.

En cuanto al segundo punto, creo, sobre las apariencias, en la comunión espiritual y material de los hombres dentro del organismo autocreador de la universalidad. Se puede tener conciencia de esa comunión o no, a lo que corresponden dos actitudes y dos sistemas de vida diferentes. Mas esa solidaridad por lo profundo, esa comunidad orgánica de destinos me parece tan consustancial al ser humano—y por idéntica razón—como el lenguaje, principio de orden colectivo y universal. Más aún, la conciencia de dicha comunión, con sus complementarias proyecciones sociales, se me aparece para días no muy remotos como absoluta y felizmente necesaria.

El mundo nuevo hacia donde por natural impulso de crecimiento nuestra especie se dirige y en el que ha de realizarse, a lo que entiendo, lo que anteriores generaciones intuyeron bajo el nombre metafórico de "comunión de los santos", se diferencia tanto del sistema individualista en que hemos nacido como de los férreos sistemas estatales de masas que constituyen su espontánea y transitoria antítesis. Estoy convencido, por otra parte, ya lo he expresado muchas veces, que el campo donde habrá de iniciarse la construcción del sistema nuevo en el que, por fin, necesidad y libertad se confundan al amor de la conciencia, es esta tierra americana que pisamos.

La mediación de la conciencia me parece esencial. Una cosa es comprender la necesidad y perfecciones de dicha comunión, su realidad, y otra la aglutinación de la masa en torno de aquellos agentes que, en trances de ruptura, polarizan ciegamente las tendencias particulares de un conjunto de temperamentos e intereses en antagonismo de fuerza con otros opuestos temperamentos e intereses.

Entender esa *necesidad* en sus múltiples aspectos y matices y esclarecerla en los dominios del lenguaje hasta reducirla a trasmisibilidad, hasta convertirla en algo deseable *libremente* como cosa óptima, es tarea de la inteligencia creadora y por tanto del intelectual. He aquí su comunión viva con la esencia humana y, por tanto, con los demás hombres, por la que ha de renunciar, a mi juicio, al poder y a cuantos otros apetitos, propios del sistema contrario, le distraigan gravemente de su precioso cometido. Otras veces he sugerido la analogía que existe entre los sistemas religioso-sociales en que se ha visto envuelta

y moldeada la individualidad y ciertos estados neuróticos que aquejan a los individuos. Pues bien, esas neurosis y criterios sistemáticos sólo son combatibles por intervención de la conciencia. Es imprescindible conocer el porqué, el paraqué y el cómo, subir a claridad el mundo subconsciente en que radican si el nudo neurótico ha de conocer desenlace y la absolución en lo universal producirse. Esta es la magia creadora obediente a nuestros conscientes impulsos. Desvirtuar aquellas circunstancias que actúan como diques represores y conforman la personalidad del individuo y de las culturas, equivale a trastocar el equilibrio fundado en la inconsciencia, a derrocar los muros de nuestro estancamiento y, como consecuencia ineludible, a dar entrada al dinamismo transfigurador que acabará por realizar el verdadero estado de naturaleza en el ser humano, estado que sólo por espejismo puede ubicarse, como se ha hecho secularmente, en tiempos pretéritos. Para ilustrar lo dicho considérese la transformación que en colaboración orgánica con los demás hechos históricos y pese a sus limitaciones e insuficiencias, ha operado en el mundo la comprensión de ciertas realidades económicas llevada a cabo por Carlos Marx.

He aquí, a mi juicio, la incumbencia trascendente de la intelectualidad en esta aurora que despunta. El nuevo mundo, llámesele así o de cualquier otro modo, se encuentra asociado e históricamente subordinado a la exaltación de la conciencia que, como su nombre lo indica, no es saber individual sino colectivo. A su punto de culminación, donde reina la universalidad, no puede llegarse de golpe por fulminación súbita—siempre efímera—de la lobreguez inconsciente, sino por la paulatina estabilización de unos cada vez más decisivos grados de luz. Esa conciencia que, generalizada, imposibilitará la formación de cataclismos tan odiosos y tremendos como los que hoy se padecen, ha de ser, en la universalidad, una para todos, comunal como lo es la facultad del lenguaje o el sentido de la vista, como lo es la tierra y la luz del sol mediante la que los ojos comulgan a diario con el mundo que los circunda. Algo así, en el fuero del espíritu como la atmósfera penetrable y transparente en la que, de lejos o de cerca, nuestros cuerpos dialogan entre sí o con los demás objetos. A esos apetecibles niveles sólo puede arribarse por la ilimitada comprensión de los aspectos esenciales de la vida. Por la conciencia o comunión amorosa que aniquile las hoy todopoderosas potencias del odio. No sólo creo con José Gaos que el intelectual se halla afecto técnicamente al advenimiento de esa comunidad humana, espiritual y material, integral, sino que ese advenimiento no se me antoja factible sino por la más alta, pura y desinteresada intelectualidad. Sí, desinteresada. ¿No

es obvio acaso que a lo sustancialmente comunal no cabe llegarse por la exaltación de las formas ínfimas del individualismo? Lo que no quita para que el intelectual, identificado con el bien genérico, sea libre de laborar por su advenimiento según le plazca: diferenciadamente, puesto que diferenciarse con esas miras constituye la primera de sus obligaciones.

En cuanto a la estructuración del cuerpo social, tan absurdo fuera, en mi opinión, renunciar a servirse a fondo de las máquinas en el campo de la industria como privarse de los beneficios insustituibles del socialismo en el de la organización económica. Son discutibles el grado y la modalidad de aplicación con el designio de que los hombres, en vez de ser víctimas y esclavos de ese socialismo, como lo son actualmente de las máquinas industriales y estatales de guerra, lo domene y someta al servicio de su amor y de su paz. Lo que no parece discutible es el principio. Estimo por mi parte, que la producción generalizada o en serie, si se consiente la expresión, de los estados humanos superiores que hoy apenas pueden nacer de un concurso de circunstancias excepcionales y de una crisis muy profunda, depende de la previa creación, gracias a las luces que emanan a través de esas conciencias diferenciadas, del medio que produzca individuos en estado, por fin, de naturaleza. No entes sociales, no obreros ni soldados ni funcionarios ni maestros, no chinos ni rusos ni españoles, no hombres ni mujeres, sino seres humanos. Esto es, la universal y universalmente deseada ciudad del Hombre, proyección de la unidad genérica patentizada en el lenguaje o Verbo, por la que los intelectuales somos —si lo somos.

MARIANO PICÓN-SALAS:

COINCIDIENDO en muchos puntos con Gaos y Larrea y especialmente en aquellas diferencias que el Padre Nieemberg llamaba de "lo temporal y lo eterno", no puedo prescindir en este debate de una consideración de historia inmediata. El "cómo debe ser" kantiano, y en este caso, gaosiano, no necesita oponerse a la pregunta del instante: y ahora ¿qué vamos a hacer? Lo serio de los días que se nos vienen es que no son enteramente previsibles. La experiencia histórica de la humanidad no sirve sino a medias al contemplador de hoy porque nuestro tiempo ha visto emerger y está forjando formas e instrumentos

históricos de que apenas encontramos antecedentes en otros lejanos periodos. Todavía Gibbons o Montesquieu y más cercanamente, Mommsen o Burckhardt, podían acudir a Roma para pedirle una moraleja de aplicación contemporánea y sentían que el marco de lo humano —como en las tragedias de la edad clásica— no había cambiado mucho desde la época de los historiadores antiguos. Pero es un lugar común repetir que los instrumentos que en nuestros días ha creado el hombre, casi han llegado a ser en los conflictos actuales, más importantes que el hombre mismo. Y a la realidad de la tragedia —al ciclo de los Atridas— se justapone hoy esta realidad maquinista, técnica (como quiera llamársele) que coloca frente al mundo de nuestra tradición humanista, un nuevo mundo de monstruos no clasificados por ninguna Mitología. Esto marca, también, de otra dimensión y otra exigencia, al problema de los intelectuales. ¿Nos iremos a un claustro —como los monjes de la Edad Media— a conservar de la infección política y el roce callejero, lo que consideramos el legado eterno de la cultura? La Historia no se repite, y si el claustro pudo ser una de las expresiones más importantes de la vida medioeval, la “vuelta al claustro”, a ese ambiente de aséptica pureza en que las ideas habrían de conservarse como plantas de invernadero, tendría apenas el significado romántico e individualista de todos los retornos: “la recherche du temps perdu”.

Creo —y me parece el aspecto más importante del problema en discusión— que la Cultura, como todas las formas históricas de este tiempo de crisis, también necesita un reajuste para que quepan en ella creaciones y apetencias de presente que no fueron previstas por Platón ni por Erasmo ni por Voltaire. Cuando la Física y la Mecánica se mantuvieron como en el siglo XVIII en la curiosa experiencia de laboratorio, en el terreno de lo “recreativo”, el intelectual pudo ver aquellos artefactos con un gesto de desdén, Acaso podía considerar que un poema épico o un tratado teológico tenían más valor o jerarquía espiritual que el extraño instrumento inventado en Bélgica u Holanda por cierto Dr. Fausto, barbudo, solitario e insomne. Cuando la máquina se ha trocado en una realidad condicionante del mundo, contemporáneo y origina todo un estilo de producción y hasta de convivencia social, no podemos permanecer indiferentes ante la nueva problemática humana que ella suscita. Y acaso el problema del intelectual radica en este esfuerzo de adaptación a nuevos fenómenos ambientales; a la manera como se le pide que coopere en la distinta sociedad que está naciendo, y que es ya bastante diversa de la de aque-

llas pequeñas cortes alemanas en que vivía Goethe y de las solemnes ceremonias de la "Académie Française".

Me parece un error pensar que esa "ciudad del espíritu" en que todos soñamos pueda realizarse en el aislamiento aristocrático, en el claustro medioeval o el colegio de mandarines con que muchos intelectuales esquivan su época. A la inversa, creo que es de una mayor comunicación humana, de la flexibilidad, y casi diría de la modestia del intelectual para acercarse a los demás hombres y para aceptar las responsabilidades que le impone su tiempo, de donde vendrá la concordia que estamos buscando. De lo contrario nuestros viejos valores espirituales quedarían arrasados como ocurrió en Roma cuando la petrificación y el formalismo en que cayó la cultura pagana desde el siglo II, no supo comprender ni dirigir la angustia de aquellas masas que, desengañadas, abrazaban el cristianismo y las religiones asiáticas y oponían a la elegancia escéptica de los retóricos, su tremenda fe. En esta civilización complicadísima, crecientemente dividida en funciones, que se perfila, yo no separaría orgullosamente el problema de los intelectuales del de los demás hombres. Nos vuelve a interesar en todo individuo—como decía Montaigne—la "forma misma de la humana condición". Y no sé hasta qué punto ese "monaquismo" laico que recomiendan algunos de los colegas que han participado en este debate, lograría la conservación de la Cultura. Concretamente, en nuestro mundo particular hispano-americano, esta abstención política de que habla Gaos, acaso sólo aseguraría el triunfo de jefezuelos bárbaros. Eso sí que si el intelectual va a la política y pasa del plano del pensamiento al de la acción, cumple sencillamente un deber cívico y no tiene que reclamar por ello especial preeminencia. ¡Qué amable y necesario resulta que en muchos actos de la vida civil—o de la vida, sin adjetivo—el intelectual deje de serlo y resulte enteramente semejante a los otros hombres!

ALFONSO REYES:

Lo que voy a decir no es una respuesta más o menos impaciente ante los últimos sucesos del mundo. De años atrás esta actitud se ha producido sola en la mente de algunos que piensan como yo, por vivir las mismas experiencias. Voy, pues, a repetir lo que conta ya en mis páginas publicadas. Algunas datan de más de dos lustros.

Por 1932, llegaba a los intelectuales de todo el mundo un llamamiento lanzado, ante el Comité Permanente de Letras y Artes de la Sociedad de las Naciones, por dos ilustres maestros—el poeta Paul Valéry y el historiador del arte Henri Focillon—, llamamiento que se ha encargado de distribuir el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, también dependiente de la Sociedad de las Naciones. E insisto en el carácter de este acto: no se trataba de manifiestos descabellados o de una gritería de bohemios irresponsables, sino de problemas seriamente propuestos a la consideración de los hombres competentes por el instituto que reunía la mayor suma de representación de los gobiernos del mundo. Este llamamiento venía a decir que sin una sociedad de los espíritus no hay sociedad de las naciones; que en la época actual, cuando la magnitud y el prestigio de los problemas técnicos amenazan perturbar las conciencias y provocan graves inquietudes sobre el porvenir de la civilización, importa dar al cambio de pensamientos mayor energía, mejor organización y más constancia. Se contemplaba ya la posibilidad de provocar una correspondencia, un trueque epistolar, entre los más calificados representantes de la alta actividad intelectual, correspondencia semejante a la que existió siempre entre los duques del pensamiento en las épocas renacentes de la vida europea. Se hablaba de publicar metódicamente esta correspondencia, cuyos temas serían tan varios y graves como el desconcierto mismo de la humanidad contemporánea. Y se atacaba desde luego el primer problema, sometiéndolo al examen de los intelectuales. He aquí el primer problema, cuyo enunciado es ya patético.

—¿Cuál es, cuál debe ser, en el estado actual del mundo, la función del orden intelectual? ¿Qué une, qué separa al orden intelectual y al orden político? Este orden intelectual no implica en manera alguna la odiosa y anticuada noción de clase, de casta o secta de iniciados. Hay intereses más generales e imperiosos que los intereses corporativos, hasta entonces materia exhaustiva de la Sociedad de las Naciones. Por sobre los intereses de clases, de partidos y de países, están los intereses supremos del hombre, y son éstos los que quedan a cargo del orden intelectual. No contestar a esta cita de honor o convertir la discusión del tema en mero juego académico tanto sería como hacer dejación y abandono de la civilización en manos de la casualidad; equivaldría a confesar el antagonismo entre dos humanidades: la una que viviría conforme al espíritu y alejada de todo negocio como planta estéril, y la otra que viviría conforme al instinto, erigiendo arbitrariamente en doctrinas los apetitos más groseros.

Me ha tocado la honra de figurar entre los emplazados por esta generosa demanda, y me apresuré a contestar que en América, en toda nuestra América, había unos cuantos millones de hombres dispuestos a evitar, cada día con más empeño, que la casualidad nos maneje. Que, por suerte, la inteligencia no ha tenido tiempo entre nosotros de romper con los estímulos de la acción, como acontece en los países agotados por viejas civilizaciones, donde pueden edificarse torres de marfil y teorías estrafalarias conforme a las cuales el hombre de pensamiento que participe en la vida de su siglo viene a ser un "clérigo traidor". (Julien Benda, intelectual poseído del espíritu de justicia, no tiene la culpa de que su tesis haya sido con frecuencia tergiversada, unas veces por ignorancia y otras por dolo). Que, entre nosotros, los sabios tienen todavía que ser hombres públicos, y que de esta circunstancia, que pudo sernos desfavorable en otro momento de la historia (y sin duda lo es en el orden puro del espíritu), esperamos una ventaja. No para hoy ni para mañana en la tarde; estas evoluciones son largas. Aquí se trata de un proceso de maduración que no puede ser apresurado —¡casi digo que por desgracia!— con ayuda de la violencia. No: lo que en este proceso importa es la dirección adquirida, y esta dirección comienza ya a precisarse. Y la ventaja que esperamos será el que los hombres de disciplina espiritual, de cultura y de técnica —desde el filósofo hasta el artesano—, los que se han castigado a sí mismos para adquirir un conocimiento o un adiestramiento verdaderos, los que han dado en consecuencia sus pruebas morales suficientes, empuñen algún día decididamente las riendas de la sociedad, para que el hombre americano sea más feliz y encuentre un orden plenamente responsable a quien acudir en su eterna brega. Porque sólo hay responsabilidad plena donde hay plena conciencia.

Entendámonos: un optimismo candoroso no pasa de ser una cobardía. Lo mejor para el intelectual absoluto, lo mejor para la inteligencia es conservarse en un término moderado respecto a la acción, y sólo participar en ella lo indispensable, reservándose un sitio de orientación y consejo. Pero, a la hora de los naufragios, también el capitán presta mano al timón, las bombas y las cuerdas. Habrá una o varias generaciones de intelectuales sacrificados en el servicio de la nueva sociedad. Esperemos que se conceda a unos cuantos el privilegio —privilegio precioso a la humanidad— de aislarse un poco y conservar el tesoro de la cultura adquirida, salvándolo íntegro para las generaciones de mañana. Aun allá, en aquella Rusia que se sacude en transformaciones que todo lo invaden y penetran, se deja sin embargo al investigador Pavlov bien guarecido contra la tempestad que a todos

azota, para que siga, en beneficio de la futura ciencia, estudiando durante largos años un solo fenómeno de la fisiología: el reflejo de la salivación en los perros. Los demás, los que no sean Pavlov, que saquen de necesidad virtud y se echen a media calle. Quiero decir, que se abracen decididamente con la inquietud social de su época, y aporten sus luces y su voluntad, su teoría y también su práctica. No dejen que sólo el rencor, que sólo la desesperación dibujen los contornos de la sociedad de mañana. Abrase paso la inteligencia: reclame su sitio en la primera trinchera. Y los que sólo tengan costumbre de tratar con ideas y no sepan tratar con hombres, éstos, que aceptan su dolor. Aquí traigo el aforismo de Goethe: "No basta saber: hay que aplicar. No basta querer: hay que obrar".

Se ha dicho con razón que todo el hombre es vida social. Los esfuerzos teóricos para concebirlo en aislamiento sólo tienen un valor de acertijo y son una prueba "apagógica" o por reducción al absurdo. Así, el Robinsón infantil no hace más que esforzarse por sustituir el alimento social de que se ve privado, demostrando por la negativa lo indispensable, lo precioso de semejante alimento. Y los Robinsones metafísicos, desde Aben-Tofail a Gracián y sus imitaciones, no son más que ejemplos fecundos de cómo el solitario camina, a tientas, hacia la meta de la vida social. Como el tema del río es el mar, el tema de Robinsón es la sociedad, en la que se afana por desembocar algún día.

Si todo el hombre es vida social, la ciencia social comprende el registro de todas las posibles disciplinas humanas, y en ella todas se confunden. La economía del espíritu la obliga, sin embargo, a recortar tan imperiales fronteras, reduciendo convenientemente sus técnicas a lo que pudiéramos llamar el delta del río, y dejando para otras ciencias las peripecias anteriores de la corriente. Después de todo, la realidad es continua y todas las cosas y todos los conocimientos se entrecruzan: viven de su mutua fertilización. Pero como la inteligencia humana no alcanza los ensanches angélicos, procede según el *Discurso del Método*, reparte en proporciones la dificultad, y encomienda a sendos oficiales el cultivo de cada región determinada.

¡Pero ay de la ciencia que olvida la integración de sus destinos humanos, y particularmente si ella es la ciencia social! Esta integración se llama ética. El especialista —y hoy todos lo somos, por la multiplicación de los conocimientos y las técnicas— nunca debe abandonar los universales, a riesgo de engendrar monstruos y dar pábulo a los crímenes. La cultura de la antigüedad jamás perdió de vista sus destinos sociales. La tarea de edificar y conservar la Polis —la "defensa de los muros" que decían los líricos y los filósofos— era su

punto de imantación. Produjo las más portentosas obras de arte, al grado que muchas veces se ha pretendido interpretarla conforme al criterio puro del estetismo, y casi de la sensualidad. Pero a la hora de juzgarse a sí misma, la Antigüedad sólo aplicó tablas de valores religiosos, éticos y políticos. Por eso era una cultura; es decir, una integración. La cultura de la Edad Media, en su intensa referencia a Dios, no dejaba resquicio por donde se fugaran las energías de su sistema, y transportaba derechamente al hombre en sus brazos, por la cuesta de la salvación. La cultura moderna se nos fué volviendo un mosaico, por falta de nexo, por enmohecimiento de la brújula. Cada pieza nos aparece mucho mejor trabajada en sí misma que los ladrillos, algo toscos, de la época anterior. Pero ya las piezas no encajan fácilmente en el rompecabezas, por falta de un plan de conjunto. Digamos en honor de Comte, que se afanó por sustituir el antiguo misticismo por un misticismo del servicio humano. Pero las desatadas corrientes científicas y filosóficas asaltaron por mil partes su improvisada ciudadela hasta que nos la hicieron pedazos. Dígase lo mismo para los sueños de los llamados "socialistas utópicos". Y hoy por hoy ¿qué es esta crisis que padecemos, sino un disparate de la especialización que ha perdido el norte de la ética? En vano el inventor sueco quiere demostrarnos que la dinamita se fraguó para servir a la industria, al bienestar de los hombres. En vano deja el testimonio de su filantropía instituyendo premios a las ciencias y a las artes. El especialista sin universo, usa de la dinamita para matar hombres. ¡Triste destino el de nuestros descubridores contemporáneos! Yo estaba en Río de Janeiro cuando, una mañana, Santos Dumont apareció colgado en su casa. Y no se ha repetido frecuentemente que aquel precursor del hombre aéreo dejó escrita una carta en que pedía perdón a los hombres por haber lanzado al mundo una máquina que resultaba ser, por excelencia, el arma de todas las destrucciones. ¿Queréis una rápida caricatura de la enfermedad que hoy padecemos? Pues imaginad al fisiólogo que sólo piensa y obra en fisiólogo, y abre las entrañas de su hijo para estudiar sus palpitaciones secretas; imaginad —contemplad mejor— un Estado que mata a sus hijos para sólo alimentarse con ellos, porque sólo piensa en fines abstractos, y ha olvidado que nació para servir al hombre. Estamos enfermos de una dolencia extraña: se ha vuelto loco aquel recóndito pulso del alma en que reside el sentido de la orientación. Estamos heridos en el rumbo, estamos cercenados del norte.

El problema político es el problema de la convivencia del hombre con el hombre, camino de su felicidad. Problema de tal magnitud rebasa con mucho las posibilidades de los hombres aquí reunidos por

muy eminentes que sean, puesto que no podríamos abarcar en esta mesa rodante la humanidad entera. Pero, como Goethe decía, si cada uno barre el frente de su casa, entre todos habremos limpiado toda la ciudad. El problema, por otra parte, ante la inminencia de los actuales peligros, parece que incumbe más bien al despacho de los gobernantes que no al laboratorio de los sabios.

Pero no lo creemos así: Los gobernantes, por educación, por deber y por oficio, no pueden considerar las cuestiones en esos cuadros panorámicos que llamamos campos científicos. Los distrae el incidente diario, que exige su diaria resolución. Por mucho que hagan, por mucho que se desvelen, está en la naturaleza de las cosas el que los árboles mismos les estorben para ver el bosque. No sucede así con los hombres de ciencia o inteligencia, libres de todo compromiso administrativo y de todo apremio burocrático, y adiestrados ya en esta contemplación a larga vista, que es la esencia de los estudios históricos. Y ha llegado la hora de que los trabajadores del espíritu fueren la puerta de los gobernantes y se hagan oír. Al fin y al cabo ellos no piden prebendas ni disputan puestos; sólo reclaman la función de consejeros que por derecho les corresponde, y que ya Platón les asignaba en una célebre carta, desde el momento, decía, en que no puede realizarse el sueño de que los filósofos sean monarcas. La humanidad está ya cansada de que la dirijan la casualidad y la improvisación, que son los inevitables caminos por donde se ve obligado a marchar el que tiene que proponer, para los males de cada día, panaceas de efecto instantáneo. Si los gobiernos quieren cumplir su difícil, su tremenda misión, en esta hora aciaga del mundo, tienen que escuchar a la ciencia. Si los hombres de ciencia no quieren pasar por monstruos aberrantes, talladores de cabezas de alfiler sin respeto para las cabezas de los hombres, tienen la obligación de hacerse escuchar por los directores políticos.

Armados de este criterio, acerquémonos ahora a nuestro mundo americano. De tiempo atrás, América venía dando señales de inquietud ante la descomposición de Europa, que primero ensayó en España la virulencia de sus armas, para luego entregarse abiertamente a su deporte hoy favorito: el destruir todo lo que construye.

Maestra civilizadora de larga proyección imperial, he aquí que Europa vacila y pierde el pic. Los americanos, siempre acusados de inquietos y hasta de sanguinarios, han visto con estupefacción que sus mismas revoluciones endémicas aniquilan menos vidas en dos lustros que las asonadas europeas en una semana, para no hablar de los combates.

Dígame si se quiere que ello es efecto de las formidables máquinas de guerra de que por acá no "disfrutamos". Pero los hechos son los hechos: junto a aquellos crímenes colectivos, las últimas reyertas americanas resultan torneos caballerescos, donde los caudillos se citan al lance en campo abierto, lejos de mujeres y niños. Hasta es conocido el rasgo, santamente cómico y más en este siglo xx, de cierto sublevado que renunció al éxito y se detuvo a las puertas de alguna ciudad sudamericana "a petición de las familias", o el rasgo no menos expresivo de una provincia alzada contra la capital que prefirió rendirse —como decía el parte de guerra— "para salvar el patrimonio" de la región.

Ahora, ante el desastre de Europa, se da el caso patético de un Continente que quiere defenderse con un cordón sanitario. Nada hay más terrible en la Historia. Hay que remontar hasta la Mitología, donde encontramos a Gea, hembra recelosa, escondiendo a sus crías en el seno, para sustraerlas a la demencia devoradora del padre Cronos.

América puede enorgullecerse de una tradición jurídica de ciertos continentales, que se han mantenido desde hace cincuenta años, lo que nunca ha alcanzado Europa. No importan los errores, las deficiencias, los tropiezos: el gran ideal se ha conservado y ha ido rindiendo algunos frutos. Más de un conflicto bélico ha podido atajarse por medios pacíficos. Y cuando una guerra ha estallado, la conciencia americana la consideró como un dolor inevitable, no como un motivo de orgullo. En este acento de intención se funda toda la dignidad ética del espíritu público.

Dígame si se quiere, que todo esto pudo lograrse gracias al común denominador ibérico de nuestras naciones, que íntimamente las acerca a la comprensión hasta por ese vehículo intuitivo de las hablas afines. Pero los hechos son los hechos, afortunados efectos de la circunstancia que hacen posible una orientación de concordia, al menos como resultante, como último saldo.

El espíritu internacional, la educación internacional han podido prosperar con relativo éxito donde las fronteras aparecen como convenciones políticas, sobre las cuales el hombre lanza una mirada familiar al otro territorio.

Y cuando en el Norte se habla de panamericanismo —desprendiendo la palabra de todas sus adherencias oficiales y generalizándola como noción pura— debe tenerse muy en cuenta que tal armonía reconoce por fundamento la homogeneidad iberoamericana; la cual, siendo tan vasta en sus ensanches, acaba por desbordar hasta las fronteras étnicas, que parecían más infranqueables.

Así se pudo crear un sentido continental en el que importa insistir por decoro del Nuevo Mundo, sin abdicar por eso de los muchos respetos elementales: antes, al contrario, se funda en ellos. Pues si por desgracia, la menor ambición imperial empañara en algo tales respetos, al instante todo el edificio se vendría abajo. Entonces repetiríamos aquí el lamentable cuadro de Europa, con la desventaja de que aquí interpretaríamos "a la criolla" ciertos procedimientos que, si por allá causan estragos, por acá los causarían peores.

Ahora bien: política defensiva, precauciones armamentales, cordón sanitario (de lo que muchos países no hemos salido en la realidad, a pesar de beligerancias teóricas), son arbitrios de la contingencia, pero no son soluciones científicas. Benditos sean tales arbitrios si siquiera nos ayudan a parar el golpe inmediato. Después de todo, primero es ser que filosofar, como dice el proloquio clásico, y ante la ofensa inmediata se opone la defensa inmediata. Pero éstos no pasan de ser recursos desesperados, para atajar de momento un mal, sembrando al paso nuevos males futuros. Mientras los gobiernos se mantienen en guardia en la primer trinchera, la inteligencia debe trabajar denodadamente en la segunda trinchera, preparando alivios más trascendentales. A los gobiernos americanos, que se juntan una y otra vez para afrontar como quiera algunos remedios urgentes, no podemos pedirles que planteen las cuestiones en toda su integridad científica. Agradecemosles en buena hora que se sientan inspirados en el grande ideal de un Continente que, desde su aparición en la historia, siempre ha anhelado ser el teatro donde se ensaye una humanidad más justa y feliz. Agradecemosles que abran crédito y confianza a los fugitivos de Europa y sepan decirles: "Hombres de Europa, traed a nosotros, como Wilhelm Meister, vuestros ímpetus para las empresas del bien; no traigáis acá vuestros rencores". Pero, entretanto, ayudemos a nuestros gobiernos, desde la retaguardia, para evitar que la nueva paz, o lo que resulte del actual conflicto, encuentre a nuestra América, último reducto humano, en el lamentable estado de impreparación en que la paz de Versalles sorprendió al mundo, estado de impreparación cuyas consecuencias todavía estamos purgando.

Las soluciones a larga vista, la preparación para el mundo nuevo con que pronto hemos de enfrentarnos—pues no se puede esperar que el pasado se reproduzca, porque la vida no es reversible—incumbe a la ciencia. La educación, última instancia de la función política, tiene que inculcar pacientemente los nuevos hábitos mentales que hagan posible la existencia a la juventud y la conservación del decoro humano. Y la ciencia social tiene que investigar este caos en que ahora nos

debatimos, abrir veredas, jardinar la maleza, y dictar así los preceptos en que ha de fundarse la educación.

Confundido entre las narraciones egipcias, perdido entre las mitologías de la Atlántida, entrevisto por Séneca en su última Tule, vislumbrado en las constelaciones que fulguran en la *Divina Comedia*, previsto ya por aquellos navegantes portugueses e italianos que eran a un tiempo humanistas y descubridores, el Continente americano, antes de ser una región geográfica reconocida, era ya un anhelo apremiante y casi una necesidad poética de las gentes. Se le ha llamado con todos los nombres de la fábula y aun se esperó volver a recobrar aquí el paraíso perdido. Siempre fué algún sitio quimérico y atrayente donde fundar los cimientos de alguna república perfecta. Operada un día la conjunción entre la creadora tenacidad de Italia y el inspirado furor ibérico, América saca la cabeza de las aguas para insuflar los sueños políticos de todos los utopistas europeos. Ved cómo, a medida que se agranda América, se alza Montaigne a un nivel más alto para dominar el panorama de razas y civilizaciones. Ved cómo la sola aparición de América parece fertilizar la mente de los más agudos pensadores. Campanella, Tomás Moro, Bacon y tantos otros se atreven a pensar por su cuenta—sólo porque América está a la vista—en las condiciones ideales de la ciudad, de la agrupación humana, de la legislación y los hábitos. Desde entonces América ha recibido su bautizo, y con razón se ha dicho que América es el nombre de una esperanza humana. Fué el escape de la aventura o del ensueño, del afán místico o del simple afán de poder, que es como una forma primaria de virtud y como la roca en que la conducta habrá de tallar sus esculturas. Fué el refugio de la libertad de conciencia. Fué el semillero de los anhelos republicanos. Fué, es y será el sueño de Bolívar. Las vicisitudes históricas nunca igualan el ideal. Vivimos muy por debajo de nuestra esperanza. Pero, contestaba Rodó, hay un orgulloso: "¡No importa!" que surge del fondo de la vida. El destino de América está en seguir amparando los intentos por el mejoramiento humano, y en seguir sirviendo de teatro a las aventuras del bien. O éste es el sentido del americanismo (esfuerzo para armonizar un continente, en servicio de la humanidad) o estamos de sobra en el mundo.

Casi es increíble que haga falta predicar cosa tan obvia como el deber social de los grupos intelectuales. Ello sólo revela una grave enfermedad de nuestra época o de nuestro medio, a la que tenemos el deber de acudir. Tal es el sentido de esta mesa rodante: no es ella más que un acto simbólico, un aviso de incendio, pero no es ya la labor positiva que queda encomendada a la conducta y a la acción de cada

uno. No creamos que arreglamos nada con juntarnos de tiempo en tiempo a discutir. Todo eso quitamos a la verdadera obra constructiva. Aquí sólo se trata de pasar lista de presentes. Y, como decía Pericles después de su oración a los atenienses: "Ahora, volved a vuestras casas". Cada uno a lo suyo, que allí es donde está el campo de acción. Pues no debemos confundir nunca el deber político, a todos común y más apremiante para los más responsables—los trabajadores del espíritu—, con ese comadreo estéril o funesto que suele llamarse "hacer política" y que es la más excelsa entre las mil y una maneras de no hacer nada o, lo que es peor, de hacer el mal.

JOSÉ GAOS:

QUERIDO Larrea: Puesto que quieren ustedes que intervenga de nuevo, sea. Pero sea también esta mi última intervención. Me es grato dejar a otros la última palabra.

El propósito de mi intervención anterior era el de inducir a los compañeros de mesa a asentir a la afirmación de que había ciertas coincidencias entre todos y a precisar más estas coincidencias.

Primera: "una independencia del intelectual que sería a su vez la renuncia a ciertas cosas". El único que resultó plena, expresa, inequívocamente de acuerdo es usted. Reyes parece pensar lo mismo con su "lo mejor para el intelectual absoluto..." su "función de consejeros", su final "no creamos que arreglamos nada con juntarnos de tiempo en tiempo a discutir. Todo eso quitamos a la verdadera obra constructiva", pero también habla de que "entre nosotros, los sabios tienen todavía que ser hombres públicos", de "la hora de los naufragios..." Puede tratarse de un ideal al que habría que renunciar más o menos en ciertas circunstancias, pero parece que el problema sólo lo plantean realmente éstas. En todo caso, Picón-Salas rechaza con gran energía, bajo su cortés suavidad, el "monaquismo laico". Como no acabo de reconocer en él lo que pienso exactamente, tengo que decirme que no acerté a expresarme bien en mis dos primeras intervenciones. Lo que pienso es que el intelectual en cuanto tal—no se deje nunca este apéndice que no es un resabio del lenguaje filosófico sino la enunciación expresa del meollo mismo de la cuestión—no debe intervenir en política mas que como... intelectual: suministrando ideas o como "consejero", en la terminología de Reyes; pero como tal, debe intervenir

en política, es decir *debe hacerse y suministrarse ideas acerca de los temas de la circunstancia, no sólo de los intemporales y utópicos*. La acción y el poder que ella requiere debe dejarlos a los políticos. Pero a políticos que lo sean verdaderamente. Picón Salas insinúa este dilema: en Hispano-América, o intelectuales... o generales. A las primeras me impresionó. Después de reflexionar, no me parece tan dilemático; si no generales, tampoco forzosamente intelectuales; políticos, verdaderos políticos. A la posible réplica "realista": como estos no los hay, el abogar por ellos equivale de hecho a abogar por los generales, no parece infundado ni impertinente reponer: quizá no sea más difícil real y verdaderamente hacer porque llegue a haber semejantes políticos que lograr que los generales dejen gobernar a los intelectuales.

Segunda afirmada coincidencia: una "comunidad". Sólo usted, también, se pronuncia acerca de este punto. Y para resumir una concepción, muy suya, con la que quizá ni siquiera yo coincida del todo. Para usted se trata de una comunidad universal, ni individualista, ni estatal de masas, maquinista en lo material (en lo que coincide usted con Picón), socialista en lo económico, americana (en lo que coincidiría con usted Reyes). Para mí se trata de una organización de la vida europea, que parece haber de ser socialista en lo material y que sin duda ha menester de una nueva fe en lo espiritual (la ética que pide Reyes) a la que en ambos aspectos apunta la oposición, que será histórica... y terrible, de la organización y la fe misma de los Estados Unidos—y ante la cual oposición ¿qué van a hacer, que deben hacer estos países americanos de lenguas ibéricas?

JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA:

1. —Mis afirmaciones en la charla anterior fueron sólo una declaración de independencia del intelectual frente a corrupciones políticas al uso. No la afirmación de un desinterés político. *Radicalmente* lo contrario: la posibilidad de afrontar los juicios de tal carácter por cuenta propia y no al dictado. Esta declaración tomaba pie de lamentable anécdota, mas para elevar a ésta enseguida al valor de categoría: lo que yo llamaba el empleo instrumental de los intelectuales por *interesados* políticos. La presencia de tal cosa en los momentos presentes lo tomaba como síntoma agudo de un desprestigio, del que fueron cabalmente causantes sus propias víctimas. Pues esa causa se

encuentra en la pretensión de distancia y neutralidad ante los hechos político-sociales mantenidos por sectores importantes de la "inteligencia" en estas últimas décadas bajo la capa de una objetividad científica falsamente interpretada.

2.—Sin embargo, la distancia y neutralidad del intelectual frente a lo político, ha sido un hecho histórico. Abarca un trozo bien considerable del siglo XIX. Conviene, pues, preguntarse por sus supuestos. Los sociales están en la estructura misma de la vida en la fase del capitalismo liberal, los intelectuales en la concepción del racionalismo entonces dominante. La primera hizo posible una posición social envidiable del vocado a la dedicación espiritual. La segunda determinó una concepción de la ciencia que, en las sociales, fomentaba con el especialismo una idea estricta de la objetividad. En sus circunstancias peculiares no fué ello ningún disparate. Su posterior carácter arbitrario sólo se nos muestra hoy porque sabemos que las circunstancias cambiaron y en qué sentido además. De esta manera el postulado de la "objetividad" concretamente, se manifiesta como una paradoja en una época posterior de profundas tendencias nihilistas. La "objetividad" en un momento de relativismo se convierte en efecto en evasión, pero no es esto necesario en toda circunstancia. La historia de la "inteligencia" alemana —la universitaria singularmente— en los años que preceden a la catástrofe nazi, es a este respecto en extremo clara y aleccionadora.

Hoy nos encontramos con supuestos completamente distintos de los que dominaban hace 50 años. Las tendencias reales de la estructura social hacen imposible una vida distante de sus consecuencias. Y esas mismas consecuencias no sólo han invalidado la anterior posición personal del intelectual, sino su modo peculiar de enfocar la realidad. En lo que aquí más nos interesa: han arruinado por completo la concepción misma hasta ahora predominante de la ciencia social. A su vez, los supuestos intelectuales no son idénticos porque la disolución del *racionalismo absoluto* a través de tormentosos relativismos, obligan ahora, de modo necesario, a volver a él, pero con una conciencia muy estricta de sus limitaciones. Sin embargo, la situación del intelectual en estos momentos es sumamente grave, en virtud de lo que son exigencias contradictorias. No puedo declararme en este punto optimista. Por una parte los tremendos antagonismos colectivos tienden fatalmente al uso *instrumental* de los intelectuales. Por otra, la conciencia de esos antagonismos fuerza en ellos su propia responsabilidad de conocimiento y conducta: saben ahora, después de la prueba ofrecida por el desencadenamiento de las fuerzas irracionales, que no está precisa-

mente en ellas la salida de la crisis. Pero en su afirmación de valores perdurables y en primer término del de "verdad" se encuentran expuestos a ser pisoteados por la pasión miope de las banderías. Yo, que en modo alguno afirmé, como deseable, la actitud "monacal" de la "inteligencia", veo ahora el peculiar matiz del ascetismo que se le impone. Es un ascetismo "intra-mundano" como aquel que fué el fundamento espiritual no querido de los creadores del capitalismo. En vista de los peligros inminentes que la amenazan ¿en qué fe puede apoyarse ese ascetismo que no sea la de la inteligencia misma y la de los valores que ha sacado a luz en un largo y doloroso parto histórico? La fe de la inteligencia ha de ser cabalmente una fe sin catecismo, en una época de catecismos.

3.—Estimo muy equívoco, sin embargo, hablar de una renuncia al poder. Puede ser una hipocresía, es válido sólo para sus manifestaciones secundarias, pero en su fondo incluye una percepción falsa. La renuncia al poder es por parte del intelectual una garantía de que no será utilizado en forma instrumental; si yo renuncio a ser director general, recabo sin duda mi independencia de crítica respecto al dispensador en ese instante—persona o colectividad—de semejante posición. O sea la independencia de mi propia responsabilidad política, pero no por eso renuncio en absoluto y en principio al poder, ni es posible en este mundo una distinción *a priori* entre el intelectual y el político. La irrenunciabilidad al poder consiste por un lado en que todo pensamiento racional sobre hechos sociales—la ciencia social si se quiere—es en su raíz auténtica expresión de una necesidad política o dicho en otra forma, resultado de la necesidad de orientar nuestra acción en una situación *determinada*. (En el olvido de esto está la razón del anquilosamiento de la ciencia social contemporánea). Ahora, sucede por necesidad que toda orientación con éxito, es decir, toda solución de la situación problemática significa un *apoderamiento* de ella en la medida en que la transforma y modifica. Las ideas son siempre instrumentos potenciales de poder. Por otro lado, ante el poder no deben hacerse gestos puritanos; en la vida social nada fructifica sin él, porque es el centro mismo de la estructura. Es más, para el mismo conocimiento de lo social, el contacto con las realidades del poder es decisivo. La renuncia total al poder es un valor religioso sin duda, pero un pecado sociológico. En puridad la distinción entre el intelectual (político) y el político (inteligente) sólo puede consistir en una determinada acentuación de sus actitudes. Con todos los inconvenientes de la fórmula: el político puede sacrificar temporalmente el valor de verdad al valor de eficacia, el intelectual ni se atreve ni

puede cometer ese sacrificio. ¿Pero hasta qué punto se trata de notas caracterológicas absolutas e incompatibles? Con todo esto y la carencia por lo general, de una voluntad de poderío directo—no indirecto o sustituto—aconsejan la abstención del intelectual de posiciones de mando. Carece en ellas de valor. Por eso conviene preguntarse si no le venimos a exigir ahora un tipo de valor muy superior.

El conocimiento político que es el campo del intelectual—ofrecer ideas políticas—descansa en el postulado de verdad. Su moral de responsabilidad le obliga a atenerse a tal verdad (dentro de la conciencia de sus límites) y a proclamarla. Pues bien, sepamos todas las consecuencias de lo que pedimos: independencia de las facciones políticas en méritos de la verdad política; negativa a ser un instrumento para recabar la propia responsabilidad. Perfectamente, pero no nos ocultemos que la exigencia se muerde la cola. Y vuelvo con ello a los peligros antes apuntados. ¿Se ofrecen hoy los supuestos *sociales* que hacen posible esa posición? Sin duda alguna no. Y sin embargo, ¿como renunciar a esforzarse por conseguirlo? En situaciones sociales inestables, en sociedades sin norma a causa de la velocidad de su transición, es menos peligrosa la adscripción a un bando que la devoción a la verdad: sólo puede ser uno fusilado por el bando contrario. Mas sin pensar en tales extremos, lo cierto es que entonces el intelectual practica el arte poco agradable de quedarse solo. ¿Cómo romper esa soledad?

4.—Me aterra el empleo del término "comunidad". Si con él se entienden la necesidad de que los hombres convivan sostenidos por un conjunto de convicciones, por una lealtad duradera frente a un núcleo mínimo de valores comunes, reclamar una nueva comunidad equivale a pedir una nueva sociedad. Es un principio básico del conocimiento social que la sociedad no es más que participación en cosas comunes (comunicación, comunidad, "comunidad"). Toda sociedad estable no ha sido otra cosa. Y hoy el problema último, profundo, es cabalmente ese: hacer de nuevo viable *la sociedad*, que es algo más que tales o cuales de sus elementos o factores. Dicho en otra forma, la convivencia efectiva del hombre en cuanto tal hombre y en esa su cualidad primaria de persona.

Pero el término comunidad tiene en la actualidad connotaciones irracionales en extremo peligrosas. La posibilidad de fundaciones carismáticas es muy escasa en una época de objetivaciones racionales ya definitivamente incorporadas en nuestra vida. Sólo es posible como régimen emocional de masas. Pero lo que esto significa, sobre todo cuando se convierte en instrumento de una minoría, de refinada racionalidad perversa, es una experiencia de todos.

¿Entrega a una comunión, a lo colectivo? *Trabison des clerics*. El problema está en si es posible la construcción de una nueva sociedad sino es por la entrega a cosas que la trasciendan y en las que habíamos dejado de creer. Entre otras en el valor de la razón misma.

5.—Ciertas líneas generales de la transformación gigantesca que estamos viviendo creo que son lo suficientemente claras para dibujar el cuadro frente al que no es posible escamotear una toma de posición. Procediendo de prisa, es preferible a la caracterización abstracta la presentación de hechos notorios y significativos. En este sentido, el hecho de más bulto de nuestro tiempo es sin disputa el experimento ruso, por lo que es en sí y por sus derivaciones directas e indirectas. Entre las cuales una de las que me parecen más importantes es la crisis del pensamiento de "izquierda", que ha provocado y de la que no hemos salido en modo alguno; pues ha invalidado no sólo formas de acción sino toda la fraseología vigente hasta hace poco.

Pues bien, el experimento ruso al cabo de los años muestra ya bien al desnudo al análisis intelectual las ruinas de todo utopismo, de todo racionalismo abstracto. La prueba de *facto* definitivamente adquirida de que es posible una estructura económica sin el incentivo personal del beneficio implica la ruina del utopismo y del determinismo encerrado en el racionalismo individualista del pasado siglo. Pero la prueba de *facto* de la tenaz resistencia o de la resurrección de profundas motivaciones humanas o de lo que son elementos estructurales de toda sociedad posible, supone asimismo la ruina de aspectos ingenuos del intelectualismo utópico del marxismo ortodoxo, hijo legítimo también del XIX.

En este sentido una toma de posición frente al experimento ruso es algo más que una declaración política de alcance inmediato. Pocos se atreven ya a intentar con un Misses, por ejemplo, la defensa sin atenuaciones, de la economía liberal, pues son demasiado perceptibles las tendencias reales de la estructura económica para forzar aun a los más remisos. La más honesta declaración es en este punto, la de Shumpeter, cuando al mostrar posible, como cuestión teórica, la persistencia del "capitalismo" reconoce que su ruina depende en todo caso de la pérdida de una adhesión moral. Lo que viene a significar la percepción de que son las *convicciones* sociales dominantes las que dan la vida y la muerte a las instituciones. Ahora bien, no siendo economistas profesionales, la existencia y el sentido de esas convicciones nuevas es lo que más nos puede interesar. El acuerdo no deja así de ser unánime cuando por todos, con más o menos confusión, se vislumbra a la nueva edad como marcadamente colectivista.

Sin embargo, la existencia de "tendencias reales" descubiertas por el análisis científico más riguroso, no supone en modo alguno que su contenido de valor tenga que coincidir necesariamente con los valores "nuestros" que defendemos como más caros. Saliendo como estamos de la fase determinista que nos antecede, se perfila una interpretación de la causación histórica en donde algo le quepa a la acción libre del hombre. La existencia de tendencias reales sólo significa que hemos de contar forzosamente con ellas como condiciones de nuestra acción pero no que, totalmente inermes, no se pueda intentar darles aquella orientación que juzguemos es preferible a otra. No es posible admitir, por eso, que las tendencias colectivistas de la edad se desarrollan ciegas y por sí mismas. Iríamos en su término a ese "extrañamiento" del hombre que rechazábamos como el pecado más grave de la sociedad que se extingue.

Por otro lado, el examen de los costos de una revolución y la comprobación de que tras ella retornan, en virtud de la tremenda tenacidad de todo lo histórico, no sólo cosas demasiado alegremente condenadas a extinción, sino otras incluso que son obstáculos reales en el camino del continuo "trascender" del hombre, hace que el pensamiento político en nuestros días se encuentre en los tanteos de un nuevo giro. En esto confluye la profunda transformación que se está operando en la teoría misma y la alteración de los supuestos de la actividad espiritual que ha estado a punto de perecer en la corriente sin término del nihilismo.

La visión crítica es siempre más fácil que la constructiva y hoy empiezan por faltarnos las palabras con que expresar una experiencia todavía no acabada. Con todo, si pasamos por alto la torpeza actual de nuestros vocablos, ya hace tiempo que se perfilan los lemas de nuestra inmediata tarea: la superación del nihilismo y el esfuerzo por mantener en las nuevas formas colectivas de existencia aquellos principios de nuestra cultura que podemos mostrar como revalidados por la historia. Hasta qué punto la "inteligencia" para la que hay que resucitar el falsamente desacreditado título de "progresista" se encuentra ya en la brecha, puede comprobar cualquiera que espigue su producción más reciente y en campos muy diversos. Y no deja de ser significativo que dentro de ella se distinga la que más ha sufrido, la intelectualidad más selecta de Europa, a quien ya se había negado un poco puerilmente la capacidad creadora. El consenso inicial es de tal índole, que muchos se atreverían a suscribir las proposiciones euclidianas de la nueva política que formuló J. Huxley en "*On living in a Revolution*" y que cito ahora sin más razón que la de su reciente lectura. Que todo esto

es programático, que los eslabones intermediarios y precisos en el planteamiento intelectual están por encontrar, y que se ofrecen en la realidad oposiciones muy tenaces, es cosa innegable. Si a esto añadimos que el ámbito de experiencia de que hay que partir ha roto los límites heredados de las culturas nacionales y que hemos llegado a una ineludible universalidad de hecho, hay que reconocer que la tarea es ciertamente muy pesada, pero a su vez el mejor desafío que puede ofrecerse al impulso creador de todos los *clerics* que no pretendan en la evasión ser infieles a sí mismos. De estos *clerics* que, "tienen la responsabilidad política de salvar la cultura de los bárbaros y la responsabilidad cultural de salvar la política de los brutos" (Nash).

JESÚS SILVA HERZOG.

A mí me parece que estas discusiones son útiles y fecundas, porque obligan a pensar, a revisar ideas para precisarlas y ponerse de acuerdo si no con los amigos, por lo menos con uno mismo. Pero esta Mesa Rodante ha rodado tal vez más de la cuenta y mi tarea consiste en ponerle punto final, no sin antes decir unas cuantas palabras sobre el tema o los temas a debate.

Creo que lo primero que hay que hacer es decir lo que entiendo por intelectual y lo que entiendo por Poder. Un intelectual es una persona dedicada al cultivo de la filosofía, de las ciencias o de las letras, con el fin de buscar la verdad o la belleza, según el caso; y para mí el Poder —y pienso en estos momentos en América— está en quien gobierna una República, un Estado o Provincia, o un Municipio. Los demás, es decir, los Secretarios de los Presidentes, los Secretarios de los Gobernadores y de los Presidentes Municipales, no tienen el Poder; son simples auxiliares de más o menos alta categoría, son los que se hallan en la segunda trinchera, como diría Alfonso Reyes, o los consejeros áulicos a que se ha referido José Gaos; y, según entiendo, no se discute que tales Secretarios puedan muy bien ser al mismo tiempo intelectuales. Los ejemplos son numerosos en América lo mismo que en Europa y en los demás continentes.

Ahora bien, el auténtico intelectual, es ante todo un fervoroso amante de la verdad. En consecuencia, en muchas ocasiones estará en desacuerdo con la opinión dominante y luchará heroicamente en con-

tra de ella. Ejemplos: Sócrates, Galileo y tal vez Carlos Marx. Eso, no lo puede hacer el político; sería suicidarse como hombre de gobierno.

El Poder, en una sociedad dividida en clases, en sociedades como las que han existido desde Egipto, Persia y Atenas hasta la época contemporánea, tiene que hallarse en quien representa los intereses de la clase dominante, en un lacayo de esa clase. En la Edad Media gobernaba quien se había puesto al servicio de los señores feudales, y quienes han gobernado en la época moderna y contemporánea, sobre todo en el siglo XIX y en lo que va corriendo del XX, con excepción de la URSS, han tenido que estar subordinados a la gran burguesía. En tales condiciones, el intelectual que de veras lo sea, no debe ni siquiera aspirar al Poder, porque entonces, en lugar de ser vasallo de la verdad y servidor de la justicia y del bien, tendría que ser vasallo de la mentira y servidor de la injusticia y la maldad. El intelectual debe, ante todo ser hombre y desempeñar con esmero su papel; debe luchar por adquirir el Poder, sin dejar de ser intelectual, lo que sólo puede lograrse en una sociedad sin clases, en una cierta comunidad o comunión de que habla Gaos, o en cierto socialismo en que parece soñar Juan Larrea. Entonces, y sólo entonces, será posible que el intelectual, sin mengua de serlo íntegramente, sea al mismo tiempo el hombre del Poder, de un Poder por supuesto enteramente distinto al que se ejerce en una sociedad dividida en clases; entonces las hermosas utopías del Renacimiento dejarán de ser utopías.

Y de conformidad con un concepto de tiempo histórico, no de vida humana, me inclino a pensar que se halla próxima esa sociedad sin clases, esa cierta comunidad o comunión, ese cierto socialismo.

Aquí, al fin, la Mesa deja de rodar y punto final.

Presencia del Pasado

AGUILA QUE DESCIEENDE

Por Héctor PEREZ MARTINEZ

*“¿A dónde iremos que no haya muerte? ¡Ah,
va a llorar mi corazón!
¡Ea, esforzáos! Nadie vivirá para siempre”.*

“CANTO DE COSAS CHICHIMECAS”

CUANDO los primeros emisarios de Pax Bolón dejaron a Cortés en Teutiarcas y volvieron a Acalán, iban con ellos los caudillos enviados por Cuauhtémoc. Llevaban la dolorida palabra del señor. Dijeron, pues, a los nobles de Acalán:

—“Es así que ya nos vamos a Castilla. Que se compadezcan de nosotros porque nosotros debemos prestar homenaje al gran señor que es el soberano de Castilla”.

Y después de haber escuchado las palabras del tlacatecuhtli, las gentes de Acalán respondieron unánimemente:

—“Que venga el señor nuestro, amo y soberano, que nos haremos dignos de esta merced. Que nos traten sin clemencia sus súbditos. Porque si él nos impone algo, ya se encontrará dónde lo tomará”.

Volvieron los caudillos ante Cuauhtémoc. Era de madrugada cuando se postraron ante el dueño de la casa de los escudos y los dardos.

—“Señor —dijeron. La palabra de la gente de Acalán es que venga nuestro soberano. Que visite a sus súbditos. Que nos haremos dignos de esta merced”.

Y él habló:

—“¡Oh, que así sea! Partamos en buena hora”.

Cuando comenzó el día y Malinche dió la orden de salir para Tuxakhá, Cuauhtemoctzin llamó a sus caudillos:

—“Vámonos —exclamó— a visitar a los nobles de Acalán”.

Detrás de la columna partieron los tres soberanos, Cuauhtemotzin, Coanacoch, señor de Texcoco y Tetlepanquetzin, señor de Tlacopan. Iban también los caudillos.

EL caserío de Tuxakhá cobra de improviso inusitada animación. Sus gentes se adornan y van al encuentro de Malinche y Cuauhtemotzin con sus abanicos de plumas de quetzal, decorados con oro. Formaron un dosel con plumas y mantas azules. Traen sandalias reales y joyas, y chalchihuites. Brillan las plumas, relucen las joyas. Y al entrar el cortejo las gentes de Acalán gritan llenas de júbilo. Bajo el dosel se sientan el capitán, Malinche y sus teules, Cuauhtémoc y sus caudillos, Pax Bolón con sus guerreros mactunes. En frescas jícaras les trajeron atole. Doncellas y nobles sirven el banquete, y mientras comen, unos a otros se hacen regalos.

Don Hernando dice a Pax Bolón:

—“Rey Pax Bolón: aquí he venido a tus tierras, que soy enviado por el señor del mundo, el emperador, que está en su trono en Castilla, que me envía a ver la tierra y de qué gente está poblada, que no vengo a guerras. Sólo te pido que me despaches a Hibueras, la tierra do se coge la plata y la plumería y el cacao, que eso quiero ir a ver”.

Pax Bolón respondió somero:

—“Enhorabuena, te daré el paso”.

Los pechos de Malinche y el señor de Acalán se unieron amistosamente. El jefe de los hombres, los ojos entrecerrados, presenciaria la escena. Las sombreadas ceibas de la plaza dan una sensación de intimidad grata y solemne.

MIENTRAS Cortés y sus capitanes hablan con Pax Bolón, los señores aztecas, apartados, burlan solazándose en la conversación. Ponen en la sentencia los acentos de la ironía o el pesar melancólico. Así, Coanacoch, el chichimeca, dice al jefe de los hombres:

—“Señor, la provincia que vamos a conquistar será para mí, pues como sabes, la ciudad de Texcoco y mis reinos son siempre los preferidos en todo según las leyes concertadas entre mi abuelo Netzahualcoyotl y el tlacatecuhtli Itzcóatl, tu antepasado”.

Respondió con risa el jefe de los guerreros:

—“En aquellos tiempos, señor, nuestros ejércitos iban solos, y bien era que fuesen primero para ti, pues la ciudad de Texcoco es nuestra antigua patria y de ella procede nuestra stirpe y linaje. Mas ahora que nos ayudan los hijos de Tonatiuh, por lo mucho que a mí me quieren, esa provincia será para mí”.

Tetlepanquetzin despegó sus finos labios:

—“No, señor —dijo. Ya que todo va al revés, sea para mí la tierra que se conquiste, pues Tlacopan y el reino de los tecpanecas, que era el último en las reparticiones, será ahora el primero”.

Habló a su turno Temilotzin, el tlacatecatl de sangre tenochca:

—“¡Ah, señores! ¡Cómo os burláis sobre la gallina que lleva el codicioso lobo y que no hay cazador que se la quite, o como el pequeño pollo que se lo arrebató el engañoso halcón cuando no está allí su pastor por más que lo defiende la madre, como lo ha hecho mi señor Cuauhtémoc, que como buen padre defendió a su patria! Pero el imperio chichimeca careció de la paz y concordia, que es buen pastor en los reinos, y nuestra soberbia y discordia nos entregaron en manos de estos extranjeros para padecer por largos y ásperos caminos las hambres y los fríos y otras mil calamidades que padecemos, desposeídos de nuestros reinos y señoríos y olvidados de nuestra regalada patria, como si fuera nuestra enemiga. ¡Oh sapientísimos señores Netzahualcoyotl y Netzahualpilli! ¡Cómo fuera para vosotros este tiempo dichoso tan alabado y ensalzado, pues tanto lo deseasteis ver y contradijisteis nuestros errores! ¡Consoláos, señores!”

Otros caudillos que escucharon las pláticas rieron y holgaron también cantando viejos romances de la raza, especialmente aquellos que se referían a las cosas que veían

y padecían, compuestos por pasados poetas. Uno de ellos diría así:

"Soy cual un ebrio, lloro, sufro,
si sé, digo y tengo presente:
¡Ojalá nunca muera, ojalá nunca perezca yo!
Allá donde no hay muerte, allá donde se triunfa, allá voy yo:
¡Ojalá nunca muera, ojalá nunca perezca yo!"

Otro, reflejando en los versos su propia angustia, recordaría este cantar:

"En vano nací, en vano vine a brotar en la tierra:
soy un desdichado, aunque nací y broté en la tierra;
digo: ¿Qué harán los hijos que han de sobrevivir?"...

ENTONCES

Entonces vinieron los señores de Acalán. Se acercaron a Cuauhtémoc, humildes, a escuchar su palabra:

—“Esforzáos lo más que podáis—dijo. Estad contentos. No vayáis a lugares extraños. Sed felices aquí, para que no ocasionéis dolor a la gente del pueblo, a los viejos, a los ancianos, a los niños que todavía están en sus cunas y a aquéllos que empiezan apenas a andar, a aquéllos que están jugando. Tened cuidado con ellos y compadeceos de ellos. Que no se vayan a un lugar extraño. Amadlos. No los abandonéis. Yo se los recomiendo, porque nosotros seremos enviados a Castilla. ¡Qué sé yo si volveré algún día, o si pereceré allá! ¡Quizá no vuelva a veros! Haced todo lo que podáis con vuestros esfuerzos. Amad a vuestros hijos tranquilamente y en paz. No les inflijáis ningún disgusto. Y sólo digo esto: ¡Ayudadme en forma alguna para que yo pueda dar la bienvenida al gran señor, que es el soberano de Castilla!”

Los señores de Acalán, acaso Pax Bolón entre ellos, respondieron al discurso de Cuauhtémoc:

—“¡Oh, señor y amo! ¿Acaso eres tú nuestro súbdito humillándote? No te intranquilies porque he aquí tu dominio. He aquí tu tributo. Que salgan ocho canastas de caña con oro amarillo, con joyas provistas de colgantes y esmeraldas y collares de turquesas. ¡Que salgan, porque es tu propiedad, tu tributo!”

—“Me habéis hecho bien con lo que vuestro corazón me cede”—dijo Cuauhtémoc.

Y entonces los de Acalán colocaron sus teponaxtles, sacaron sus pelotas de plumas de quetzal, extendieron las manos y bailaron. Bailaban cantando. A ellos se unieron los caudillos, los guerreros que también tocaban sus tambores y sus flautas. Las plumas recuperaron su jocundia, y los tres mil indios sentían renacer en su sangre los perdidos vigores; brotaba otra vez la tradición y el orgullo de la tribu.

LA bulla de la fiesta llegó hasta Malinche. Él recordó Tenochtitlán: los azarosos minutos de la noche tenebrosa, las agonías del sitio en que al par que la muerte recorrían el aire esos mismos alaridos del mitote. Entonces imaginó mal “y como dice el proverbio, piensa el ladrón que todos son de su condición”. Mandó llamar a los señores y por boca de intérpretes les dijo que le parecía mal que entre nobles y príncipes burlaran unos con los otros. Malinche les pedía que no lo hiciesen más. La respuesta vino digna y sutil: no hacían las bromas, ni recitaban versos, entonaban cantares o bailaban por dar pesadumbre a don Hernando, sino por holgarse y olvidar los sufrimientos. Los señores, en ocasiones como la que vivían, debían mostrarse contentos para que sus vasallos recuperaran el ánimo y pudieran resistir mejor los duros trabajos, mirando a sus caudillos como si estuvieran en sus cortes y palacios. Pero si Malinche no gustaba de tales fiestas, no burlarían más.

Para entonces Cuauhtémoc sufriría la más grande de todas sus torturas. Al través de la marcha una idea encendió la frente de todos los señores y caudillos dándoles fuerzas para resistir allí donde los otros caían de hambre y cansancio. Tras la burla y reclamar para sí la provincia que los españoles iban a conquistar con la ayuda de sus guerreros, se expresaba el pensamiento siempre alerta de la tribu. Esa sumisión habría de terminar. Serían, a la postre, más fuertes los dioses de piedra y la tribu ardorosa que los teules desfallecientes. Allí también, en la selva, podría levantarse el polvo de la pelea, repetir el com-

bate contra los teules y regresar vencedores a Tenochtitlán a extinguir el dominio de Malinche. Reuniendo las piedras desgajadas se alzarían de nueva cuenta las pirámides gloriosas; volvería a enrojecer el ara de Huitzilopochtli. Tlaltelolco, la cuna del tlacatecuhtli, habría de resucitar entre sus ruinas; erguirían sus frentes los guerreros esclavizados y marcados con el fierro de los teules, y los caudillos irían a recomenzar la divina tarea de la guerra para alimentar y vigorizar a los dioses tutelares.

Ya habían hablado de ello en el camino como de una posibilidad; como la manera de infundir nueva esperanza al pueblo. En Tuxakhá, puede ser, en medio de la fiesta con los señores de Acalán, recordarían aquellas pláticas. Y Pax Bolón quedó sobrecogido. El cacique de la provincia también había pensado, primitivamente, dar muerte a Malinche cuando los teules venían por el seno de los bosques hasta sus dominios y los mactunes temblaron de miedo. Pero él fué pequeño para tan alto designio y entonces urdió el desvío de los españoles fuera de su tierras. Pax Bolón había dado vueltas al proyecto en su mente calculadora de mercader; pesaría los bienes de una empresa arriesgada y los males de un fracaso. Malinche traía un misterioso objeto, la aguja de marear, que le sacó indemne de los peligros y adivinaba el asiento de las poblaciones. Ese amuleto podría desnudar a Pax Bolón. Malinche, además, tiraba al suelo los ídolos y el mundo seguía su vida imperturbable. Malinche miraba a los ojos, fijamente, metiéndose en el alma de los indios; era severo y dadivoso. ¡Qué podía hacer él, pobre señor de gentes dispersas, si el propio Cuauhtémoc, la gran nación azteca, los de Texcoco y Tlaxcala cayeron a los pies de Malinche? Ellos, los teules, mandarían. Sólo tocaba a Pax Bolón someterse, congraciarse y sacar provecho de ese sometimiento.

Además Pax Bolón recordaba sus contactos con los aztecas de Xicalango. Ellos se metían, invencibles, en terrenos de Acalán. A veces exigían tributos. Eran, en cierto modo, enemigos. Las naciones indígenas, disgregadas, conservaban un espíritu de independencia unas de las otras, tradicional y orgulloso. A veces reconocían troncos comunes, que invocaban en cantares y rememo-



Cop. et. V. R. et rey Huecte
motin. Se cop. et q. parte el Rey
et. S. Fran. Fr. Car. Diego. y San
do.

M. DXX. XX III.

Cuauhtémoc.



Tormento de Cuauhtémoc.

(Del monumento elevado en su honor en la ciudad de México).

raciones; pero también en versos y crónicas, estimulaban celosamente su soberanía sobre el territorio y el derecho a entregarse a su propio destino.

Enterado quizá del malestar de don Hernando por la fiesta en que sus nobles participaron, Pax Bolón corrió a Malinche. Contó que Cuauhtémoc le había dicho:

—“Señor, estos españoles vendrá tiempo que nos den mucho trabajo y nos hagan mucho mal y que matarán nuestros pueblos. Yo soy de parecer que los matemos, que yo traigo mucha gente y vosotros sois muchos”.

A lo que él había respondido:

—“Veréme en ello. Dejarlo agora que luego hablabamos”.

Lo que Pax Bolón no dijo a Cortés fué que se había dispuesto a observar más de cerca a los españoles y a medir las posibilidades de buen éxito en un ataque por sorpresa. Si las palabras de Cuauhtémoc, según el testimonio de que se han desprendido fueron ciertas, Pax Bolón no debió ser ajeno al deseo de consumarlas. Pero cada día era mayor su impotencia. Detrás de las galanas maneras de Cortés no se recataba el tono autoritario, y él, Pax Bolón, obedecía ciegamente. Al imperio de Malinche respondía la sumisión del cacique. La delación, en cierto modo, fué para exonerarse de una culpa compartida idealmente. Y para hacerla más odiosa, la acompañó con el halago. ¡Cómo mentía Cuauhtémoc acusando de malas acciones a los teules! Pax Bolón siempre miró que los españoles no daban malos tratamientos a sus indios, ni les habían soltado los perros, ni les exigían la entrega de tesoros. Pedían, sí, gallinas, maíz y frutas que los mac-tunes entregaban cada día llenos de contento. Por ello, y considerando que “pues no le hacían mal, no podía tener dos rostros con ellos, ni enseñarles dos corazones, y como Cuauhtémoc le estaba siempre importunando en ello, porque quisiera matar a todos los españoles”, ponía sobre alerta a Malinche, Pax Bolón terminó:

—“Señor capitán, este principal y señor de los mexicanos que traes, anda con cuidado con él, no te haga alguna traición, porque tres o cuatro veces me ha tratado que os matemos”.

CON el jefe de los hombres venía también desde Tenochtitlán, Mexicatl, “un enanito únicamente, cuyas pantorri-llas eran en forma de bolas”. El miró y oyó claramente el llanto de los teponaxtles la noche de la fiesta; escuchó el canto, advirtió las pelotas de plumas de quetzal volar por el aire. Estaba solitario en su cabaña porque nadie le invitó al mitote. Sólo en su choza echaba lamentos al aire. Y cuando la fiesta creció y los señores bailaron, y salieron a la danza Tetzlepanquetzin y Coanacoch, Mexicatl fué y dijo a doña Marina:

—“¡Ay!”

—“¿Qué tienes, mi tío Mexicatl?”

—“¡Ay! ¡Vente, hija mía! porque veo que Cuauhtémoc aparece completamente encantado con la revista de tropas. Míralo. Así pereceremos aquí, y él, el capitán, y tú, mi hija Malintzin”.

—“¿Es realmente verdad lo que tú dices? Quizá no sea del todo verdad lo que tú afirmas, o sea que Cuauhtémoc encabece una conspiración”.

Mexicatl contestó:

—“Es absolutamente verdad lo que digo porque los he escuchado consultarse en la noche. Dijeron que iban a quitarnos los extranjeros, los otomíes. “¿Cuánto tiempo se necesitaría hasta que los aniquilemos?”—dijeron. “¡Qué se les asalte!” De este modo los he escuchado consultarse en la noche. Yo sólo me lamento porque el capitán y tú pereceréis aquí”.

—“Está bien, Mexicatl, lo que manifestaste”.

Y Doña Marina informó al capitán tal como ella lo oyó decir a Mexicatl.

Entonces los soldados españoles se clavaron sobre los señores así como los perros en el cuello de sus víctimas.

MALINCHE hizo comparecer a los príncipes interrogándolos por lengua de doña Marina. Otra vez esta mujer tuvo en sus manos el destino de su raza, y fué implacable. Ella decía las preguntas de Malinche; se insinuaba sagaz llevando la plática hacia motivos ajenos para caer de im-

provisio en la interrogación de la conjura. Los señores desmentían.

Temilotzin, el tlacatecatl, dijo que había hablado muchas veces lamentándose del despojo de sus tierras y vasallos, y de que los españoles les mandasen. Decían, además, que era bueno buscar un remedio para volver a señorear y restaurar de este modo cada linaje en su silla de mando. Uno sería matar a Malinche y a los que con él iban, y luego, levantando a la gente, seguir hasta Hibueras, terminar con Cristóbal de Olid y sus españoles y enviar mensajeros a Tenochtitlán para que matasen a los que en la sagrada ciudad habían quedado.

Cuauhtémoc, con aquella su palabra concisa, dijo a Malinche que "como miraban ir a los españoles descuidados por los caminos, y descontentos, y que muchos soldados padecían, y faltaba la comida, y habían muerto de hambre los músicos, el volteador y varios soldados, y otros querían más morir que ir adelante, que sería bien que cuando pasasen algún río o ciénega se diese sobre ellos porque eran los aztecas sobre tres mil y traían armas y lanzas".

Empero el jefe de los hombres agregó que "no salió de él aquel concierto, y que no sabe si todos fueron en ello, o se efectuara, y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo".

Tetlepanquetzin aceptó que entre él y Cuauhtémoc habían "dicho que más valía morir de una vez que morir cada día en el camino, viendo la gran hambre que pasaban esclavos y familiares".

Y sin más probanzas que las delaciones de Pax Bolón y Mexicatl, el enano, todas ellas vertidas a través del rencor de doña Marina, don Hernando condenó a muerte a Cuauhtémoc y al señor de Tlacopan. Muy por dentro de sí, Cortés se lanzó a esta decisión por miedo. Temía que las palabras rodasen hasta el oído de los guerreros, pudiesen alentar a cualquier señor de los que por delante habría de encontrar en su camino. Y él no podía resistir un combate en plena selva, en un medio hostil y desconocido, donde sus personales prestigios venían a menos a cada paso que daba sobre la ruta de Hibueras. No era ya

el Quetzalcóatl inmortal, y estaba rodeado de asechanzas y misterios.

EN la plaza de Tuxakhá, frente al templo de las idolatrías y el demonio —levísima pirámide coronada por una estancia de piedra, negra de la sangre humana derramada— florece la ceiba, el árbol totémico de los mayas. Extiende sobre la oscura tierra del pueblo sus recias ramas, de las que se desprenden, al viento mañanero, copos de una seda impalpable. Por la tarde, a la hora en que la luz se torna espesa, de esas mismas ramas salen, en torpes vuelos, los murciélagos. En torno de su añoso tronco venerable la comunidad hace sus consejos, se deciden los castigos y los negocios, reúne el tributo y se traban las danzas que preceden al sacrificio de las doncellas en honor de las deidades del clan.

Aquella mañana, cuando todavía las hojas de la ceiba goteaban la húmeda presencia de la madrugada, los soldados españoles formaron bajo su ancha copa. Del campamento cercano trajeron a los indios. Cortés presidía, allá cerca, un grupo de sombras. Pax Bolón vino también con sus guerreros mactunes. Un ballestero desenrolló las cuerdas y otro llevó hasta la guardia una orden de Malinche.

El ruido de las cadenas atadas a los pies de los príncipes delató sus pasos antes de que las figuras morenas se abrieron campo en la neblina. Junto a Cuauhtémoc y Tetelepanquetzin venía fray Juan Varillas y doña Marina. El religioso decía la terrible oración de la hora de la muerte, y luego las palabras caían en el idioma indígena, armoniosas y graves, sobre los oídos de los señores. El grupo, escoltado por inútiles picas y fusiles, venía lentamente.

Ni Cuauhtémoc ni Tetelepanquetzin flaquearon al descubrir, pendientes de las ramas de la ceiba, las cuerdas abiertas por el nudo infamante. Llegándose a Cortés el hijo de Ahuizotl, el Aguila que Desciende, sin ademanes, los ojos melancólicos, clara y calma la voz, dijo este apóstrofe:

—“¡Oh, Malinche! Días había que yo tenía entendido que esta muerte me habías de dar, y había conocido

tus falsas palabras, porque me matas sin justicia. Dios te la demande pues yo no me la dí cuando me entregaba en Tenochtitlán”.

El señor de Tlacopan, viejo compañero de infortunios y sacrificios, insistió en su destino feliz:

—“Muerdo contento porque muerdo con mi señor”.

Y sus ojos miraban a Cuauhtémoc.

Los nudos fueron cerrados sobre los cuellos inocentes. A una imperceptible señal varios soldados tomaron el cabo de las cuerdas y dieron un tirón vigoroso. El ruido de las cadenas en los pies de los príncipes se hizo más sonoro. Los cuerpos se agitaron brevemente.

Lloraban los indios al romper sus trompetas y sus lanzas. Lloraban las mujeres. Bernal Díaz del Castillo cerró los ojos inconformes. Los frailes decían impenetrables oraciones.

Cortés dió la orden de partir, y todos, pesarosos, detrás de Pax Bolón, cacique de Acalán Tixchel que mostraba el camino, salieron para Itzamkanac.

HA terminado la pelea sobre la tierra; pero el conflicto entre Cuauhtémoc y Hernán Cortés vive en nuestra sangre sin que alguno de los dos haya podido vencer. De repente el grito de nuestras raíces indígenas se levanta con su misma misteriosa fuerza de hace cinco siglos, y resuena profundo y no extraño despertando ecos adormecidos en nuestro espíritu. Por nuestras sangres aborigen y española —¡cuántas similitudes entre ellas!— miramos nuestro devenir con una actitud religiosa en que se reproducen las angustias de Séneca o de Santa Teresa de Jesús y la dramática entrega a la divinidad de un sacerdote azteca. Ello no impide que sepamos descubrir también el perfil macizo de las cosas. Y esta doble capacidad para desentrañar la vida nos hace paradójicos; es decir, nos lega un destino conturbado y patético.

Es así como se recrea en nosotros, en nuestra actualidad, la vieja pugna entre lo que cabe en nuestras manos y el ensueño, que caracterizó a lo indígena y a lo español, dando más ricos e imprevistos contenidos a nuestras concepciones y a nuestros actos.

En la supervivencia de Cuauhtémoc y Cortés descansa al mismo tiempo que nuestra capacidad de abstracción y nuestro estoicismo, nuestra disidencia frente a todo lo establecido; las alegrías exageradas y las hoscas y negras soledades a que de pronto nos damos. Frente a un templo católico bailan todavía nuestros indios sus danzas paganas. Si los mexicanos somos discretos y sobrios, tenemos también una irresistible debilidad por lo grandioso y lo suntuario. Hemos hecho de nuestra vida una devoción por lo barroco —en la forma y en la idea. Una inteligencia y un extraordinario poder de creación, plástico y regido por el color, coexiste en nosotros con una conducta señera que, a veces, es irreconciliable con los maravillosos impulsos que nos mueven. Nuestro desprecio por la vida es la forma en que mejor se expresa nuestro amor por ella. El culto que rendimos a nuestros muertos no tiene un sentido cristiano: ellos viven aún, están presentes, se mezclan y alientan con nosotros como alentaron y vivieron antaño nutriendo la conmovida aventura de los dioses de piedra.

Hasta en nuestras negaciones afirmamos el valor de las fuerzas que presiden el mestizaje mexicano. Escuchad a uno de los nuestros negando a los indios. Esa negación es propiamente el grito confirmatorio de lo ancestral. Así se pretende reprimir y censurar la eternidad de lo indígena. Y cuando más lo negamos, cuando más se dice que México no puede esperar nuevos signos del indio, es porque lo indio nos late con fuerza mayor en la carne y el espíritu.

Tal contradicción no debe tomarse por sus aspectos de impotencia. Valga por lo que de afirmaciones generosas contiene. La norma espectral del indígena modela también al conquistador. Si éste subyuga el cuerpo de los hombres de la tribu, sucumbe en cambio a su espíritu. Cuando en nosotros las ideas entran en conflicto es porque más se afirma la claridad de ese destino; es porque Cortés y Cuauhtémoc se animan y reanudan su batalla secular.

El cuerpo de Cortés, caído en sedas y desgracias; Cuauhtémoc, vuelto cenizas en la selva, forman nuestra etopeya.

Ambos fueron hombres de dos mundos que en nosotros se concilian y luchan. Tal es nuestra estirpe. Y a tal linaje, tal escudo.

NOTAS Y EXPLICACIONES

1.—La reconstrucción de la muerte de Cuauhtémoc ha sido hecha sobre los datos de Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Ixtlixóchtli, los "Papeles Pax-Bolón-Maldonado" y los "Annales Históricas de la Nación Mexicana", estos dos últimos documentos inéditos en castellano.

Los "Papeles Pax-Bolón-Maldonado" (Archivo de Indias de Sevilla, México, 138), fueron descubiertos por el ilustre historiador norteamericano France V. Scholes, quien me informó de ellos el año de 1939, así como de una larga expedición hecha por él dentro del territorio del cacicazgo de Acalán-Tixchel, tratando de localizar Itzamkanac. Scholes me mostró unas copias fotostáticas de esos importantísimos documentos y los originales de un libro escrito sobre la expedición. Este libro no ha sido publicado.

Posteriormente el arqueólogo Silvano G. Morley me proporcionó copia de los documentos, posiblemente la misma que aprovechó para sus referencias a la "entrada" de Cortés por el cacicazgo de Acalán, hechas en el prólogo de "Las Inscripciones en Petén".

Los "Papeles Pax-Bolón-Maldonado" fueron, primitivamente, seis cuadernos. El número 1, perdido y escrito en náhuatl, en Santa María Tixchel, Campeche, el 10 de enero de 1567, relata la ascendencia de Pablo Pax Bolón, nieto de Pax Bolón Acha, cacique de Acalán cuando Cortés estuvo allí en 1525; el número 2, es una traducción al chontal del número 1, hecha también en Santa María Tixchel el 21 de julio de 1612; el número 3, perdido, en idioma y con fecha ignorados, contenía una lista de las poblaciones sometidas a Pax Bolón Acha; el número 4 es una copia del 3, escrito en chontal, en Santa María Tixchel, el 5 de julio de 1612; el número 4b, es una relación escrita en chontal, en Santa María Tixchel, después de 1604, probablemente el 5 de julio de 1612, con la historia del cacicazgo y los servicios de la familia Pax Bolón a partir de 1525; los números 5 y 6 son traducciones al español de los números 2 y 4, hechas en Campeche el 22 de diciembre de 1612.

Después de narrar la llegada de Cortés a los términos del cacicazgo, los "Papeles" refieren así la intervención de Pax Bolón en la muerte de Cuauhtémoc: "... y estaba allí Quatemuc rey de Nueva

España que venía con el capitán de México el cual habló con Pax Bolón Acha rey señor rey estos españoles vendrá tiempo que nos den mucho trabajo y nos hagan mucho mal y que matarán nuestros pueblos yo soy de parecer que los matemos que yo traigo mucha gente y vosotros sois muchos y esto dijo Quatemuc a Pax Bolón Acha rey de los indios de magtunes chontales”.

“Oído por él esta razón respondió vereme en ello dejarlo agora que trataremos dello y pensando sobre el caso vido que los españoles no hacían malos tratamientos ni a ningún indio habían muerto ni aperreado y que no les pedían sino gallinas y maíz y demás frutas que les daban cada día y considerando que pues no le hacían mal no podía tener dos rostros con ellos ni enseñarles dos corazones con los españoles y Quatemuc le estaba siempre importunando en ello porque los quisiera matar a todos los españoles y visto y importunado Pax Bolón Acha se fue al capitán del Valle y le dijo señor capitán del Valle, este principal y capitán de los mexicanos que traes anda con cuidado con él no te haga alguna traición porque tres o cuatro veces me ha tratado que os matemos y oído esto por el capitán del Valle prendió a Quatemuc y le echó en prisiones y al tercer día que estuvo preso lo sacaron y le bautizaron no se certifican si se puso por nombre don Juan u don Fernando y acabado de bautizarle le cortaron la cabeza y fue clavada en una ceiba delante de la casa que había de la idolatría en el pueblo de Yaxzam y luego partió el capitán del Valle y con él toda su gente y el rey Pax Bolón Acha con toda su gente y llegaron a la ciudad de Yzamcanac”.

Para escribir el capítulo de la muerte de Cuauhtémoc con las intervenciones de Pax Bolón, se han utilizado aquellos datos que confrontados con las noticias procedentes de otros testimonios, se encontraron ajustados a las circunstancias.

2.—Los “Annales Históricos de la Nación Mexicana”, que se conservaban en la Biblioteca Nacional de París, proceden de la colección Boturini. De ellos hizo Ernesto Mengin una versión del náhuatl al alemán. Fueron publicados en la “Baessler-Archiv”, Berlín, 1939; con texto bilingüe. El arqueólogo Heinrich Berlin tradujo al castellano la publicación de Mengin, y gracias a una gentileza suya he podido consultar ese extraordinario documento. De él se han recogido los párrafos relativos a la fiesta celebrada por los caudillos mactunes y aztecas, y a la denuncia de Mexicatli.

3.—En un libro recientemente publicado por la editorial “Xochitl”, titulado “Doña Marina, la Dama de la Conquista”, sostiene don

Federico Gómez de Orozco que Cuauhtémoc murió decapitado colgándose después el cuerpo de las ramas de una ceiba.

Inconforme con esta versión —que es la misma de los "Papeles Pax-Bolón-Maldonado"— supliqué al señor Gómez de Orozco me informase sobre sus fuentes. En la extensa conversación que tuvimos se sirvió comunicarme los datos en que se basó la conclusión de que Cuauhtémoc había sido decapitado. Son los que siguen: 1.—El espíritu legalista de Cortés. Como Cuauhtémoc era un noble le correspondía morir como tal, y el ahorcamiento sólo se daba a gente plebeya. 2.—El jeroglífico que sobre la muerte de Cuauhtémoc consigna el "Mapa de Tepechpan", en que aparece una ceiba y colgado de ella un cuerpo sin cabeza. 3.—Una noticia que procede de Morley respecto del testimonio de los "Papeles Pax-Bolón-Maldonado".

Personalmente deseche el primer supuesto del señor Gómez de Orozco. Si tiene razón cuando afirma que Cortés era un legalista —todo el aparato de actas, notarios, escribanos, declaraciones, etc., levantado durante la Conquista así lo demuestra— no la tiene en cuanto a que Cortés aplicó ese legalismo a Cuauhtémoc. Si la costumbre mandaba que a los nobles no se les ahorcara, también era corriente que no se les diese tormento; y Cuauhtémoc, rey de México, fue atormentado.

El "Mapa de Tepechpan" es un documento muy posterior a la muerte de Cuauhtémoc, ya que los últimos acontecimientos a que se refiere son del año de 1584, es decir, 59 años después del ajusticiamiento de Cuauhtémoc. Además, trae un dato equivocado: dar el año de 1524 como el de esa muerte, cuando se sabe perfectamente que aconteció en 1525.

Por lo que mira a los "Papeles Pax-Bolón-Maldonado", que no conoce el señor Gómez de Orozco, asientan que la visita de Cortés al cacicazgo de Acalán-Tichel fué el año de 1527, que Cortés se llamaba don Martín, y otra serie de inexactitudes que hacen desconfiar de ellos. Fueron redactados 87 años después de la muerte de Cuauhtémoc, con noticias de segunda o tercera mano.

No siendo posible consultar el texto en chontal ni sus traducciones al náhuatl, tampoco es posible fiar completamente de la versión castellana, ya que bien puede haber un error de interpretación y provenza de él la especie de que Cuauhtémoc fué decapitado.

En síntesis: a pesar de la representación gráfica del "Mapa de Tepechpan", y de las palabras relativas de los "Papeles Pax-Bolón-Maldonado", no he podido aceptar como buena la versión de la muer-

te que ambos documentos ofrecen, porque están en contradicción abierta con otros testimonios de mano primerísima.

Por ejemplo: Cortés asegura a Carlos Quinto: "... y desta manera fueron *aborcados estos dos*" (Cuauhtémoc y Tetlepanketzin).

Bernal cuenta: "... Y sin haber más probanzas, Cortés mandó *aborcar* a Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo. Y antes que los *aborcasen*, los frailes franciscanos los fueron esforzando y encomendando a Dios con la lengua Doña Marina. Y cuando le *aborcaban*", etc. Tres veces insiste en el ahorcamiento.

Gómara, a quien se tiene por voz de Cortés, dice: "... les hizo proceso y dentro de breve tiempo se *aborcaron* por justicia Don Hernando Quauhtimoc"... etc.

Ixtlilxóchitl, en su "Relación Décimotercia", expone: "Algunos autores escriben que la muerte de Cuauhtémoc fué en Izancanac; pero los naturales y las pinturas, cantos e historias de estas tierras, a quien yo sigo, lo dicen según está referido atrás; y sea como fuere ellos murieron en tierra de la provincia de Acalán". Lo que más atrás cuenta es que Cortés "... los fué *aborcando* uno a uno".

En la continuación de la "Relación Undécima", el mismo autor sostiene: "... Cuauhtémoc, undécimo rey de México. Fué el que defendió la ciudad y la perdió, y murió en Acalán (durante la expedición a Hibueras), habiendo sido *aborcado* por orden de Cortés, con otros príncipes. Esta es la verdadera historia, porque todo lo demás es falso y compuesto".

Juan Cano, compañero de Cortés y Bernal, último marido de Doña Isabel de Moctezuma, antigua esposa de Cuauhtémoc, en un diálogo que recoge Oviedo ("Historia de Indias", MS., libro xxxiii, Cap. XLIV), dice: "... E llevo (Cortés) consigo aquellos tres principales ya dichos, y después los *aborcó* en el camino; e así envidió Doña Isabel".

Los "Annales Históricas de la Nación Mexicana", ya citados, escritos en 1528, es decir, tres años después del suceso, sostienen que Cuauhtémoc fué *aborcado*.

Chimalpahin, según la versión de Rémi Simeón, es más explícito: Alors aussi on partit de Mexico —dice— et l'on rendit a Hueymollan; tous les seigneurs de Mexico y allerent... C'est alors que mourut le noble Don Hernando de Alvarado Quauhtemotztzin, Souverain de Tenochtitlán, qui avait gouverné durant quatre ans; le général en chef Fernand Cortés donna l'ordre de le prendre, et les espagnols le *pendirent* a un fromager; il mourut en quelque sort chrétiennement, on

lui mit dans les mains un croix, des chaines de fer lui liaient les pieds et le tenaient attaché a l'arbre". Le colgaron, le ahorcaron.

Torquemada (Libro iv, T. I., pp. 575 y 576) hace dos referencias que dicen a la letra: "... Se *aborcaron* por justicia"... y "... así cuando le prendieron como cuando le *aborcaron*".

El padre Durán, por su parte, sostiene: "... y parece que a pocas jornadas que salió de México le acumularon que quería cometer traición a los españoles y procuraba hacerlos matar y levantándose contra él algunos testigos le mandó *aborcar* y así feneció el gran Cuauhtémoc *aborcado*".

Modernamente, Prescott, Orozco y Berra, Pereyra, etc., dan por confirmada esta versión. Y en tanto no haya un testimonio más fehaciente que el "Mapa de Tepechpan" o los papeles "Pax-Bolón-Maldonado", no puedo aceptar la de don Federico Gómez Orozco, y por eso el texto adopta la de que fué ahorcado.

4.—Ixtlilxóchitl, a propósito de la muerte de Cuauhtémoc, hace una novela. Sostiene que también Coanacoch, señor de Texcoco, iba a ser ahorcado, pero que entonces su hermano, del mismo nombre que el autor que citamos, aliado de Cortés, intervino con energía y amenazó con levantar a sus guerreros oponiéndose por la fuerza a la ejecución del compañero de Cuauhtémoc. Y aunque Orozco y Berra diga que todo pudo haber sido cierto, debe tomarse con cautela la afirmación del cronista indígena.

Muchos historiadores afirman que Coanacoch murió con el último señor de Tenochtitlán. El testimonio de Cortés al respecto lo excluye, y Bernal tampoco lo menciona entre quienes murieron.

5.—Cortés, hablando de la denuncia de la conjura que dice tramó Cuauhtémoc, informa que el delator fué un indígena llamado Mexicalcingo. Bernal apoya este dicho. Hay la circunstancia de que los "Annales Históricos de la Nación Mexicana" nombran "Mexicatli" al que fué con la denuncia a doña Marina; y agregan que era enano. ¿No pudo esto hacer que se le aplicara el diminutivo azteca "tzinco", un poco despectivo, y salir de allí el "Mexicalcingo" de Cortés?

6.—Don Federico Gómez de Orozco—libro citado—asegura que doña Marina supo de la improbable conjura de Cuauhtémoc y los otros señores indígenas para matar a Hernán Cortés, por un principal que habiéndose enamorado de ella le propuso la fuga para salvarla. Funda su dicho en un memorial que presentó en Valladolid, España, el año de 1605, don Hernando Cortés, nieto del conquistador y de doña Marina. No he podido consultar ese documento. Parece más verídico el relato de los "Annales Históricos de la Nación Mexicana".

INFLUENCIA DE LA CULTURA FRANCESA EN MEXICO

Por *Samuel RAMOS*

LA sensibilidad de nuestros pueblos americanos a ciertas influencias europeas, no directamente conectadas con las que les dieron origen, sería inexplicable si su espíritu y su cultura fueran totalmente extraños a Europa. Pero es que las bases fundamentales de nuestra cultura, la lengua, el pensamiento, la religión, el derecho, el arte, las costumbres eran españolas y España al fin y al cabo tenía mucho de común con otros países del viejo Continente. No es Francia un país remoto, sino en vecindad geográfica con España y no es extraño entonces que las primeras influencias del espíritu francés hayan llegado por conductos hispánicos. La influencia de Francia en México no es un hecho casual, sino derivado de circunstancias históricas que marcaron la forma y el momento en que debía hacerse sentir. A mi juicio, esa influencia es una de las más profundas y formadoras del espíritu nacional, que registra la historia de nuestra cultura. Y esta acción de Francia es puramente espiritual si se tiene en cuenta que hasta antes de la Independencia la población de la Nueva España no tenía relaciones directas ni políticas, ni comerciales, de ninguna especie con los franceses. La nueva España vivía en el aislamiento colonial como resultado de un designio político de la metrópoli que lo aplicaba rigurosamente a todos sus dominios americanos. Sólo en el siglo XVIII, al suceder en el trono español la corona de Borbón a la de Habsburgo, empezaron a penetrar en la península, a favor de monarcas afrancesados, los primeros ecos de la cultura francesa.

El Aislamiento Español

FRANCIA había alcanzado después de la guerra de 30 años una hegemonía política en Europa, que abría las puertas a la difusión de su cultura, la cual llegaba a un alto grado de perfección, justamente en el "gran siglo", en el siglo de Luis XIV. No sólo el sistema político francés, sino la cultura de Francia, se convertían en un modelo que imitaban los países europeos. El "despotismo ilustrado" hizo escuela, y pronto surgieron en diversas partes del continente réplicas más o menos fieles del modelo francés. Pero al mismo tiempo se imponían al amparo de esas monarquías, la poesía, la literatura, el teatro y aun la lengua francesa. Basta citar los nombres de Federico el grande de Prusia, o Pedro el grande de Rusia, para recordar las resonancias que en torno de estas grandes figuras lograba la cultura francesa en tierras extrañas. España entretanto vivía encerrada dentro de sí misma, a querer o no fiel a sus propias tradiciones, bajo la mirada vigilante de sus reyes y de sus sacerdotes para evitar el contagio de la herejía que se enseñoreaba del resto de Europa. La vigilancia era todavía mayor y más estricta con respecto a las colonias americanas, aun cuando el peligro de contagio era menor, pues había de por medio toda la inmensidad del océano. La Nueva España vivía ignorante de lo que sucedía en todos aquellos países que no fueran la península española. Sólo acaso los hombres de poder y uno que otro espíritu curioso e insumiso, lograba burlar misteriosamente las censuras, para obtener vagas noticias de lo que sucedía más arriba del Pirineo.

Descartes y la Ilustración

FUÉ durante el reinado de Carlos III cuando parece llegar a su término este aislamiento gracias a un cambio de política colonial en un sentido más liberal y generoso. Carlos III establece en España el sistema del "despotismo ilustrado", dicta un acuerdo para hacer libre el comercio y entonces comienzan a llegar toda clase de libros a la

Nueva España. Este espíritu liberal del gobierno de Carlos III favorece también a la educación que, durante el siglo XVIII, se reforma en un sentido más moderno. Durante la segunda mitad del siglo es cuando por primera vez se hace sentir una acción del pensamiento francés que ha de ser decisiva en nuestra historia. Me refiero a la influencia del pensamiento cartesiano. Descartes había fundado en Francia la filosofía moderna, reivindicando la soberanía de la razón frente a la servidumbre en que la había mantenido, durante siglos, la tradición escolástica. Esta idea fué de incalculable trascendencia porque marcó una nueva dirección a la cultura y a la historia. Sin ella no hubiera podido desarrollarse ese amplio movimiento ideológico que se caracterizó por una crítica a todos los valores vigentes en la vida y la cultura, pero que después de demolerlos construyó una nueva concepción del hombre y del mundo. El período de la cultura moderna que se ha llamado la "ilustración" tiene como contenido fundamental ese movimiento de crítica y de construcción de nuevos sistemas, cuya unidad proviene del racionalismo cartesiano que constituye la inspiración fundamental de la época.

Racionalismo en la Nueva España

EN la Nueva España el racionalismo cartesiano determina una reforma en la educación implantada por primera vez en el Colegio de San Francisco de Sales, en San Miguel el Grande, por iniciativa de Benito Díaz de Gamarra. Tuvieron parte también en esta obra de reforma los jesuitas criollos como Abad, Alegre, Guevara, Clavijero y otros más. En esta escuela se inicia la formación del espíritu científico en México, exhortando a los jóvenes a cultivar las ciencias naturales y matemáticas. Díaz de Gamarra enseña allí una filosofía de un sabor marcadamente cartesiano y prepara la mente de sus discípulos para entender las doctrinas de los enciclopedistas franceses que más tarde habían de conducir a la idea de la independencia política de México. Era preciso proclamar

primero la independencia de la razón, para llegar después a la proclamación de la autonomía política respecto al dominio español. Las doctrinas de Gamarra, inspiradas en Descartes, despertaron el pensamiento de los mexicanos del sueño dogmático en que había vivido dos siglos y medio y lo preparó para entender las doctrinas de los enciclopedistas, sin las cuales no se hubiera sentido justificado en sus ideales políticos para lanzarse a la revolución. Mucho debe el florecimiento brillante de la cultura en la Nueva España a las influencias filosóficas, científicas y literarias de Francia. Es en el siglo XVIII cuando el pueblo mexicano llega a una mayoría de edad y revela por primera vez su propia capacidad, realizando un esfuerzo de cultura cuyo impulso no parte ya de España, sino de los mexicanos mismos, en un acto espontáneo de su voluntad. Una manifestación de espontaneidad era ya apartarse de España para seguir las sollicitaciones que venían del ejemplo de Francia. A Francia debemos sin duda la enseñanza que nos permitió pensar con libertad, y sólo en virtud de esta libertad pudimos darnos cuenta de lo que éramos y a lo que teníamos derecho como hombres y como pueblo.

La Revolución Francesa

CLARO que en estos influjos no cuentan solamente las ideas, sino también, de modo preponderante, los hechos. La conmoción producida en América por la Revolución francesa tiene una parte de extraordinaria importancia como impulso generador de nuestros ideales de emancipación política. Pero no hay que desconocer el hecho de que los caudillos de nuestra independencia no eran hombres ignorantes, sino letrados, grandes lectores de los enciclopedistas franceses, como Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert, etc. Antes de la Revolución de Independencia el gobierno y la Iglesia se daban bien cuenta del peligro que entrañaban estas lecturas. Varios procesos de la inquisición fueron hechos a personas por la sola razón de que leían a esos escritores y se mostraban partidarias de sus ideas.

El Siglo XIX y la Ilustración

NO sólo en la Revolución de Independencia tiene una parte considerable la influencia de las ideas francesas y el ejemplo de la historia de Francia. Puede decirse que las direcciones fundamentales de la política y la cultura hasta más allá de la mitad del siglo XIX provienen de la Ilustración francesa. Por lo demás, esta actitud de los mexicanos respecto a Francia no es insólita, ya no digo en América, sino en el Mundo. Es que Francia está colocada en una posición de vanguardia y conserva el prestigio mundial, como país ejemplar, en la vida política y en la cultura. La afinidad latina en el temperamento y en el idioma favorecen nuestro contacto espiritual con ella. A raíz de la Independencia, la vida mexicana se pone bajo el signo de la política y la apasionada admiración del ejemplo francés nos predispone a acoger con la misma pasión todo lo que viene de Francia, no sólo su política, sino también su obra espiritual, el arte, la literatura, el pensamiento, etc.

Esta pasión con que se recibían todas las cosas de Francia explica que su influencia no haya sido superficial, sino que penetre hondamente en el espíritu. Acaso esta acción ininterrumpida de Francia durante nuestra vida independiente explique ciertas diferencias de matiz entre el español de América y el español peninsular. Por ejemplo, ese refinamiento en la obra intelectual de América que a veces sorprende a los europeos por el contraste con nuestra naturaleza primitiva.

El Materialismo, los estudios médicos

APENAS consumada la Independencia, despuntan en México ciertas ideas materialistas, tal vez como reacción al espiritualismo religioso de la colonia. Estas ideas tienen también su fuente en las tendencias francesas nacidas de la anatomía y fisiología del cerebro que entre un grupo de médicos franceses conduce a la famosa teoría de las localizaciones cerebrales en la que se basa la concepción de los hechos psíquicos como secreciones del sistema ner-

vioso. Estas ideas se matizan en México con el sensualismo de Condillac y con la Ideología de Destutt de Tracy y constituye una corriente materialista que en diversos momentos del siglo pasado polemiza con la religión. Al fundarse en 1833 una escuela de Medicina, sus estudios se orientaron bajo la dirección de la escuela francesa. Puede decirse que los estudios médicos, desde entonces hasta nuestros días, han sido uno de los vehículos más eficaces para hacer penetrar entre nosotros no sólo la medicina, sino en general la ciencia francesa.

El Positivismo

EL jacobinismo francés fué un fermento poderoso en los políticos mexicanos que encabezaron el movimiento de la Reforma, como Altamirano, Ignacio Ramírez, Riva Palacio, Lerdo de Tejada y Martínez de Castro. La intervención lamentable de Napoleón III en los asuntos de México para sostener el imperio de Maximiliano, puso a los franceses y a los mexicanos en un contacto poco propicio para la transmisión espiritual. Al menos este incidente transitorio no destruyó la simpatía del pueblo mexicano culto, por la obra intelectual francesa. Un médico mexicano, don Gabino Barreda, que estudiaba en París, fué a oír las lecciones que sobre filosofía positiva daba Augusto Comte en una casa de la Rue M. le Prince. Al regresar a México, Barreda era un fervoroso adepto del positivismo y fué llamado por Juárez para realizar una reforma educativa que se imponía como correlativa a la reforma política. Fundada la escuela Preparatoria con un plan de estudios positivista, se convirtió en el *alma mater* de la nación mexicana y formó las generaciones que dirigieron la vida nacional hasta la caída de Porfirio Díaz.

La imitación

Es cierto que muchas ideas francesas, o tendencias literarias fueron objeto en México durante el siglo pasado de una imitación, que el sociólogo Gabriel Tarde llamaría

extralógica, es decir, una imitación sin sentido, por mero vicio de mimetismo. Yo he tratado alguna vez de descubrir las raíces psicológicas profundas de este vicio, que ha aparecido como un síntoma del sentimiento de inferioridad, el cual trata de obtener una fácil compensación por medio de aquel expediente primario. Pero es cierto también, por otra parte, que muchas influencias francesas no han sido simplemente imitadas sino asimiladas por el espíritu mexicano, entre las cuales debe citarse como caso ejemplar la implantación del positivismo.

Unas y otras contribuyen a formar el espíritu de la clase culta mexicana, pues las actividades que al principio son puramente artificiales, como producto de la imitación, acaban por convertirse en una segunda naturaleza.

El afrancesamiento del porfirismo

EL apogeo de la influencia francesa llega a su culminación durante el régimen de Porfirio Díaz, al que cabe muy bien calificar por esto de un régimen afrancesado. La educación superior se inunda de textos franceses para el estudio de las ciencias, la historia, las letras universales, etc. Es indispensable, para poder seguir los estudios, el conocimiento de la lengua francesa, sin lo cual es imposible auxiliarse de los libros de texto. La literatura y la poesía siguen ávidamente las inestables modas de París, exactamente como la más alta sociedad tiene a orgullo estar al día en los modelos de la urbe francesa. El ideal de todo estudiante, médico u hombre de letras es visitar París y absorber directamente las mejores esencias de la cultura francesa. Aun la arquitectura en los barrios residenciales trata de imitar el estilo parisiense y surgen edificios que se coronan con los techos inclinados, típicos de la *mansarde* francesa. Abundan los médicos, los poetas, pintores, literatos que van a perfeccionar sus estudios a París y que luego al regresar a México ocupan lugares prominentes en el mundo político o intelectual, en la Universidad, etc. Esto dará una idea de la intensidad que alcanza la influencia francesa en México.

Esta influencia, a decir verdad, no es única e indisputada en el desarrollo de la vida mexicana, pues a lo largo del siglo se van infiltrando los valores del espíritu sajón. Precisamente en la época porfiriana están en creciente también estas influencias, no sólo en el orden de la vida material, sino también en el intelectual. A partir de entonces, es evidente que esta última influencia ha superado a la francesa, como lo denuncia la sustitución del cultivo de la lengua francesa por la inglesa. Hasta antes de la Revolución mexicana de 1910 conserva su validez una observación de André Sigfrid, en su libro sobre la América Latina. "El sello ibérico, español o portugués—dice Sigfrid—ha determinado sobre todo el carácter de los hombres en la América Latina y la atmósfera de su vida. Las *élites* han buscado en Francia, al menos hasta ahora, su cultura intelectual. En fin, de la América del Norte parece venir más y más la organización material de la existencia con su utilería técnica, cada día más complicada".

La Filosofía de Bergson. El periodo escolar

SIN embargo, todavía en este siglo los movimientos de la vida intelectual se han apoyado en el pensamiento francés, si no de un modo exclusivo, al menos manteniendo su preeminencia en medio de otras influencias. Es notable la influencia de la filosofía de Bergson en la campaña antipositivista realizada por Antonio Caso y que forma también la piedra angular de la doctrina profesada y enseñada por este distinguido maestro a varias generaciones que han pasado por sus cátedras en la Universidad de México. Quiero que no se interprete esta exposición en el sentido de que la vida espiritual de México, según mi pensamiento, es exclusivamente una colonia de aportaciones extranjeras sin originalidad propia. Esto era cierto en el siglo pasado porque éramos un pueblo en la infancia que tenía que asistir a la escuela para aprender de sus mayores, como los niños y los jóvenes se limitan a aprender y a repetir lo que les enseñan sus maestros. Para México el maestro eran las viejas civilizaciones europeas, a las que

acudimos, en este período que podemos llamar escolar. Como nacionalidad hija de un país europeo teníamos que acudir a Europa para aprender su cultura y esta actitud de aprendizaje es irreprochable. Lo que no lo sería es que hubiéramos dado las espaldas a Europa, pretendiendo nosotros inventar la cultura, o que en el futuro siguiéramos en la actitud de escolares que se limitan a repetir la lección aprendida de memoria. La actitud nacionalista que se desarrolla en México con extensión creciente, durante este siglo, no es una vana pretensión; es la conciencia de una mayoría de edad que impulsa al país a buscarse a sí mismo, con el mismo derecho que el joven, sin olvidar las enseñanzas fundamentales de sus padres y sus maestros aspira a hacer su propia vida, a formarse una personalidad propia. Todavía nos falta mucho que aprender de otras culturas más completas y maduras, pero hoy tenemos ya la conciencia clara de que estas enseñanzas deben asimilarse, de integrarse dentro de la personalidad que nos vamos formando. Conservamos memoria y gratitud por estas naciones que han sido nuestras maestras, nos han dado las bases de nuestra vida civilizada y los instrumentos para descubrirnos a nosotros mismos.

Resumen de las influencias francesas

No he querido hacer aquí un análisis erudito sobre las influencias de la cultura francesa en México, enumerando uno por uno los casos en que tales influencias se han manifestado, en todos los campos de la vida mexicana. Para tal propósito no bastaría uno sino una serie de estudios en que se tratara separadamente la política, el derecho, la literatura, el pensamiento, el arte, la vida social, etc. Mi propósito ha sido trazar en sus grandes lineamientos la marcha de este proceso, eligiendo sus direcciones más generales y más profundas, aquellas que han tenido una acción formadora en la historia política y espiritual de México. Es indudable que el pensamiento y la historia de Francia en el siglo XVIII tienen una parte considerable en nuestra Independencia, y que los princi-

pios fundamentales de la Constitución de la República Mexicana tienen sus orígenes en las teorías políticas francesas. El liberalismo y el jacobinismo, que son la columna dorsal de las direcciones políticas mexicanas en el siglo pasado, se inspiran en ideas y ejemplos franceses. La simpatía por las teorías políticas francesas desde antes de la Independencia fué, a mi parecer, lo que incitó la curiosidad y el interés de los mexicanos por conocer los otros aspectos del espíritu francés. Así fué como empezó a descubrirse la literatura, el arte, la ciencia, la filosofía francesa. Con la implantación del positivismo de Comte por Barreda, en la educación mexicana la influencia francesa llegó a su climax y se hizo omnipotente en todos los ámbitos de nuestra existencia. El caso de México no es único en la América Latina, sino que esta misma historia se repite en cada uno de los países del continente.

La arquitectura

SE observa que los hombres al crecer se van pareciendo a sus padres. En su fisonomía se muestran sucesivamente rasgos físicos de sus progenitores y antepasados, hasta que el individuo llega a adquirir una fisonomía que le es peculiar. En la ciudad de México puede observarse un fenómeno semejante. Es una ciudad que se ha ido pareciendo a sus padres espirituales. En la época colonial, la ciudad de México ostenta una arquitectura exclusivamente española, que le imprime ese sello hispánico inconfundible que hoy todavía se conserva en los barrios viejos de la capital. Una arquitectura nueva surge en la segunda mitad del siglo pasado, que se propaga hasta fines del régimen porfiriano. Así, en ciertos lugares, la urbe presenta aires de una ciudad francesa. Y finalmente en nuestros días la ciudad cambia de aspecto con otro estilo arquitectónico que le da el aspecto de una gran ciudad moderna, de estilo norteamericano. Habrá que esperar en un futuro a que la capital, en su edad madura, adquiera los rasgos fisonómicos que han de darle su perfil propio e inconfundible.

Los factores negativos

PERO sería necesario, para terminar nuestro examen, preguntarnos si existe algún motivo especial que explique la receptividad mexicana a las influencias francesas o si se trata solamente de relaciones espirituales establecidas por casualidad. Es cierto que en el establecimiento de estas relaciones hubo razones negativas, quiero decir que en el momento de la ruptura con España lo que importaba a muchos mexicanos era buscar otros caminos, y encontraba bueno todo aquello que no fuera español. Tal vez en algunos casos de insurgentes con fobia hispánica, lo francés era preferible por la única razón de que no era español. Pero es indudable que la penetración espiritual francesa a tierras mexicanas no obedece exclusivamente a factores negativos, sino a causas psicológicas más profundas y, desde luego, positivas, a una comprensión y afinidad por los valores de la cultura francesa, que los mexicanos consideraban como el ápice de los valores mundiales. En esto, como ya hemos dicho anteriormente, tenía que ver la situación real de Francia en la historia europea y el papel prominente que desempeñaba mostrando con su espíritu y su ejemplo las rutas del progreso humano.

El Progreso

LA idea del progreso que alienta la fe en el porvenir de todo mexicano durante el siglo pasado y aun en el presente, es de origen francés. Aparece en Turgot y desde luego se incorpora al cuerpo de doctrina que constituye el pensamiento de la ilustración. Por este conducto pasa a las teorías políticas y a las concepciones filosóficas e históricas. La ley de los tres estados de Comte contiene necesariamente la idea del progreso. No es pues extraño que los mexicanos educados en estas doctrinas hayan tenido como ideales directores de su existencia las nociones de libertad y progreso.

Los historiadores, artistas y poetas

EL programa de la Reforma, trazado por José Luis Mora, nació en el seno de un grupo político formado por éste y al que designó con el nombre de "Grupo progresista". Los historiadores mexicanos del bando liberal fundaron sus interpretaciones de nuestra historia en las ideas de libertad y progreso. Todavía en este siglo la gran figura de Justo Sierra, acaso el más científico de los historiadores mexicanos, al escribir la Evolución Política del pueblo mexicano, se funda en Guizot, autor de la interpretación liberal de la historia, para hacer una cosa semejante con la nuestra. En el campo de las letras, en el teatro, la novela, la poesía, se reflejan sucesivamente todas las direcciones francesas, como el romanticismo, el naturalismo, etc. Gutiérrez Nájera, el gran poeta mexicano, introduce la versificación francesa en la poesía española. En la pintura se podrían citar también ejemplos de influencias del impresionismo y el postimpresionismo, como también en el caso de la música la influencia de Debussy. Todos los grandes escritores franceses de este siglo han sido muy leídos en México. Nuestros literatos están al tanto de todo lo ocurrido en el mundo de las letras de la capital francesa. De modo semejante los hombres de ciencia y los filósofos no ignoran nada de lo que se ha producido en la capital francesa hasta antes de esta guerra.

La universalidad de la cultura francesa

LA cultura francesa representa en los tiempos modernos el tipo de una cultura en que se expresa en formas nuevas un espíritu clásico. Ella ha absorbido las esencias más sutiles de Grecia, de Roma y el Renacimiento europeo. Francia adquirió su fisonomía latina en el tiempo que media entre César y Carlo Magno. Se produjo entonces un proceso de romanización del espíritu galo. Cuando los francos invadieron la Galia bajo Clovis fueron conquistados por la cultura galorromana, a la que se adaptaron y se asimilaron. La historia posterior de la cultura francesa

no hace sino proseguir en el mismo sentido el proceso de asimilación del espíritu latino. Los atributos que constituyen la esencia de la cultura francesa adquieren sus contornos definitivos en el "gran siglo", durante el reinado de Luis XIV. De entonces data el clasicismo francés.¹

En el arte, la arquitectura, la poesía, el arte de los jardines, se manifiesta la misma tendencia estética de dominar los desbordamientos de la fantasía dentro de normas racionales. El rasgo característico de la cultura francesa consiste, según Robert Curtius, en hacer obra universal en medio de las realidades nacionales y a través de ellas. Es la tradición latina la que ha impreso en aquella cultura su racionalismo, su precisión formal, su ordenamiento lógico, su universalidad. "Lo que distingue a esta cultura, no es ni la altura de una inspiración constantemente mantenida en las cimas ni la profundidad del sentimiento cósmico. Es el equilibrio armonioso que sabe establecer entre las regiones templadas del espíritu". Contiene un tipo de valores que todo francés puede considerar como suyos y participar de ellos. Solamente que el francés no concibe su cultura como francesa, sino como una cultura universal, destinada a todos los hombres. En efecto, la cultura francesa se destaca entre otras culturas modernas como una cultura de ciertas virtudes humanas, que la predestinan a una difusión universal. Este contenido humanístico se revela en su literatura, que a decir de Curtius, es un "discurso continuo sobre el hombre". Del sentido humanista de la cultura francesa se deriva un cierto valor de aplicación a las realidades del hombre. Esta es una de las virtudes que le han abierto la puerta del espíritu hispanoamericano que, urgido por la necesidad de organizar su existencia nacional, acoge de preferencia los valores que puede aplicar a la vida política y social.

La mentalidad mexicana, por su parte, se formó durante varios siglos en la educación latina de su Universidad y sus colegios. La filosofía, las ciencias, el derecho y aun la poesía en ciertos momentos, se enseñaban en latín. De aquí que nuestro espíritu haya conservado huellas indelebles del espíritu latino y se encontrara en mu-

¹ Véase mi libro *El perfil del hombre y la Cultura en México*.

chos puntos coincidente con la mentalidad francesa. El mexicano de la altiplanicie es de un carácter crítico, reflexivo, amante de la precisión y la claridad lógica como un francés. La parte que tiene en la sensibilidad francesa, la influencia de la luminosidad y el color del mediodía, la tenemos también nosotros originada en nuestro ambiente tropical. Hay pues una comunidad de rasgos en el temperamento y en el carácter, que explica nuestra afinidad con el espíritu francés.

Nuestras relaciones con Europa han llegado, a causa de los trágicos acontecimientos que vivimos ahora, a una situación muy diversa a la anterior. Y digo esto porque la emigración provocada por la guerra nos ha dado la ocasión de albergar entre nosotros a hombres eminentes de Europa, permitiéndonos ponernos en contacto con la cultura europea, ya no solamente a través de los libros, sino de un modo directo y personal. Nos sentimos muy satisfechos si estos hombres han encontrado entre nosotros el ambiente y los medios necesarios para continuar aquí su labor, tan dramáticamente interrumpida por los sucesos europeos. No desconocemos nosotros que esta presencia personal será de incalculable valor para el futuro de nuestra cultura. Consideramos también que al terminar la guerra, cuando estos hombres regresen a sus países, cambiará el punto de vista de Europa para juzgar las cosas de México. Hay que confesar que antes éramos subestimados por los europeos, debido sobre todo a un desconocimiento completo de lo que es nuestro país. Por lo pronto, ahora las circunstancias nos han permitido estrechar nuestros vínculos con Europa por medio de un contacto personal, que una comunidad de ideas e intereses vitales, ante el peligro actual, hace más efectivo y benéfico. Sabemos muy bien que nuestro deber en el momento presente es unirnos estrechamente en un verdadero esfuerzo de cooperación intelectual, para contribuir con nuestras modestas capacidades a la edificación de un mundo mejor para la humanidad futura.

LOS TRES MAS GRANDES PROSISTAS DEL BRASIL

JOSE DE ALENCAR, MACHADO DE ASSIS
Y EUCLIDES DA CUNHA

Por Renato de MENDONÇA

I

EN 1857 José de Alencar publicó su famosa novela O GUARANÍ. Tenía tan sólo 27 años, y de repente se colocaba entre los grandes escritores de su tiempo.

Hecho de veras notable, pero no único: comenzó con su obra maestra. En realidad, todo lo que escribió después, si por un lado le acreció nombre y fama, haciendo de él el más popular y el más brasileño de todos nuestros novelistas, no fué la base para situarlo en su puesto dentro de la literatura brasileña.

La serie de novelas que, con O GUARANÍ, integran el ciclo de su obra sobre temas indios—los cuales todavía hoy parecen los más originales y vivos de su producción literaria—, tiene cierto aspecto de fragmento y discontinuidad en el tiempo. Después, IRACEMA, la segunda novela y poema a la vez, sale a luz en 1865. UBIRAJARA, la última de esa trinidad, leyenda de los indios tupís, brota como un fruto que cae maduro del árbol en 1875. Dos años después se apagaba para siempre aquel magnífico ingenio.

Casi sería lícito decir que toda la producción intermedia entre esas novelas básicas—a excepción, tal vez, de AS MINAS DE PRATA— dan idea de uno de esos entre actos en los cuales personajes secundarios buscan entretener al público impaciente durante el cambio de los escenarios. . .

En la tradición literaria del Brasil, en la tradición viva que el pueblo guarda y cultiva en repetidas e inago-

tables ediciones, el José de Alencar conocido y amado, el que encanta to los niños y seduce a los hombres, es el José de Alencar de O GUARANÍ, de IRACEMA, de UBIRAJARA.

Hay por cierto quienes piensan, aseguran y aun pretenden probar lo contrario. Pero no se trata de discutir inclinaciones o gustos personales por esa o aquella obra del escritor *cearense*, sino más bien, de traducir el sentimiento general de los lectores.

Y sobran razones para comprender tal sentimiento. Ya en la *Prosopopeia*, de Bento Teixeira Pinto —poema ingenuo del siglo XVI—, el gran Silvio Romero apuntaba la doble tendencia de nuestra literatura: “la descripción de la naturaleza y la del indio”.

Ningún otro escritor reunió en más alto grado que Alencar esas dos cualidades. Sintió al indio y auscultó sus pulsaciones dentro de la selva, que pintó luego con la exaltación y el amor de un verdadero panteísta. Euclides da Cunha, quien, después, afirma esa inclinación, sigue la misma vereda en el *sertão* y en el *cangaceiro*, episodios actualizados del mismo dístico romántico.

Estilo y temperamento son factores que han hecho a los críticos aproximar a Euclides con la figura lejana de Alencar. A ese respecto observa Ronald de Carvalho: “Alencar es un precursor del estilo nervioso, tumultuoso, cortado de accidentes, vario, cambiante, apacible y violento de Euclides. Es menester acentuar esa semejanza, pues hay en ambos una constante exaltación por la tierra; en ambos el medio domina al hombre. . .”

Sin embargo, la equivalencia y la similitud de los temas deben prevalecer más que el paralelismo del estilo y de la lengua, la cual ambos trataron de escribir con las tonalidades peculiares brasileñas, realizando el vocabulario y las inflexiones particulares del Brasil.

Pery y Cecy, los dos protagonistas de O GUARANÍ, luchan contra la inundación, suspensos en lo alto de una palmera. En la escena final de la novela, los sertaneros caminan arrastrándose, sedientos, hacia la tierra empapada de una “cacimba”. Es este uno de los cuadros más impresionantes del remate de la Campaña de Canudos.

Eterna lucha del hombre contra la naturaleza, lucha que se llama civilización en caso de victoria y se llama desierto, Amazonia, tierras árticas, cuando sobreviene la derrota. Allí reside la razón de la universalidad de la obra de Alencar y de Euclides. Sus voces son profundamente humanas, dentro del molde regionalista que asumen sus personajes.

Se ha considerado como cosa obligatoria comparar a Alencar con el Chateaubriand de *Atala* o el Fenimore Cooper de *The last Mohican*. Stefan Zweig acercó a Euclides con Lawrence, el autor de la magistral descripción de la lucha en el desierto (*Los siete pilares de la sabiduría*).

En verdad, Alencar es tan brasileño como el sol y las secas del Ceará. Su estilo lo hizo tipo *sui generis* dentro de la literatura nacional, a la manera como Eça de Queiroz lo fué en la portuguesa o Lope de Vega en la comedia española. Casos singulares, que no se han repetido.

Para cerrar el triángulo, en su base, viene Machado de Assis, mulato, expresión notable de lo que puede alcanzar el mestizo culto. Espíritu lleno de equilibrio, que se inició con la poesía y dió brillo a su lenguaje en las crónicas del periodista, Machado adquiere poco a poco, hasta llegar a ella con la floración de su prosa en las novelas definitivas, como DON CASMURRO Y BRAZ CUBAS, la posición de un maestro del gusto literario en la República, como Alencar lo fué en el Imperio.

Con Machado, la literatura brasileña acaba de conquistar su lugar, modesto pero innegable, dentro de la literatura universal.

II

JOSE DE ALENCAR

(1829-1877)

SU estilo fué realmente una de las grandes causas de su éxito. Generaciones y generaciones de brasileños recitaron páginas de prosa, que se pueden escandir en versos. Esa

inspiración y nobleza del estilo tenía además simplicidad y naturalidad de forma, como las piedras pulidas por las corrientes de agua. Allí reside precisamente el sabor grandilocuente de los períodos que abren IRACEMA. Las palabras, los giros, vienen como las olas en la playa, llenas de ritmo, sonoras, luminosas.

Alencar buscó siempre una forma sencilla y accesible al pueblo. Fué un escritor tallado para el pueblo, a pesar de haber sido un introvertido y un tímido. "Delante de otros, escondíase pulidamente", escribió Ronald. Su pluma era exuberante y fecunda. Dejó numerosas novelas y no pocos dramas.

Bajo la influencia del éxito de Manuel de Macedo —la *Moreninha* y el *Moço Loiro* representaron el catecismo de una época— el joven *cearense* se dedicó a la lectura de todas las obras del famoso clínico bonachón y alegre, a la manera de quien busca la llave de un secreto de caja fuerte.

Y en parte lo encontró. Manos ansiosas también se tendieron para recorrer las historias del escritor norteño, con tanta dedicación como se había hecho con los ingenuos episodios de la narración del doctor fluminense.

Sin embargo, Alencar procedió en forma nada nueva, atacando a los escritores ya consagrados para atraer sobre sí la atención. El elegido para esta campaña resultó ser Gonçalves de Magalhães, a la sazón en plena gloria y protegido del Emperador Pedro II, quien muchas veces costeaba la impresión de sus obras.

Alencar dirigió, así, críticas severas al poeta que había sido el introductor del romanticismo en el Brasil (*Suspiros poéticos e saudades*, 1836); críticas que habían revestido la forma de cartas, en 1856, alrededor del poema de Magalhães intitulado *A Confederação dos Tamoyos*.

Pedro II, admirador del poema —hasta lo había leído a sus íntimos en el Palacio—, inició tal vez entonces su aversión a Alencar. Pasaron los años, y el muchacho irreverente cambiose en estadista y jurisconsulto austero, primer nombre de las letras de su país. Mas el Emperador nunca olvida; y cuando le presentan el nombre de Alen-

car en una lista para Senadores del Imperio, concede su preferencia a otro nombre.

Después de aquel pequeño pecado de juventud, el novelista se entrega a hercúlea empresa, siendo el primer escritor que rompe las tradiciones y los vínculos literarios con la vieja Metrópoli.

O GUARANÍ, por su lenguaje brasileño, con sus temas de choques o reajustes entre portugueses e indios brasileños, lo mismo que por sus escenarios grandiosos de selva, no encuentra espacio ni tono entre los cuadros rígidos y esquemáticos del romanticismo portugués. Acabó, así, para siempre la continuidad de la literatura portuguesa en el Brasil. Los lazos que quedaron tuvieron desde entonces carácter de intercambio e influencia académica.

Graça Aranha, moderno crítico y filósofo brasileño, señaló mejor que nadie las virtudes de esa obra, que él consideró el "grito del Ipiranga de la inteligencia brasileña".

Innegablemente se concentran allí, y desfilan todas las grandes cualidades y los defectos del *indianismo* entre nosotros. Desposeídos de una Edad Media, en donde espigar narraciones emotivas, como Walter Scott en *Ivanhoe*, *Quentin Dward* y tantas otras obras de arte, o como Alexandre Herculano en *O Monge de Cister*, la tonalidad señaladamente brasileña de la escuela romántica fué la exaltación del indio selvático, antiguo señor del Pindorama, la tierra de las palmeras, según era llamada antes del descubrimiento. . .

Al hacer el análisis de los rasgos fundamentales y definitivos del romanticismo brasileño, José Veríssimo, crítico e historiador literario de los más serios y perspicaces, apuntó los siguientes:

"Principalmente caracterizarán nuestro romanticismo: la simpatía por el indígena; la intención de rehabilitarlo del juicio de los conquistadores y de nuestros mismos coterráneos coloniales; la equivocada suposición de que fué nuestro antepasado histórico, el amor de la naturaleza y de la historia del país, considerados los dos como sentimientos e intenciones estrictamente nativos, el concepto sentimental de la vida, el propósito declarado de hacer una literatura nacional y hasta una cultura brasileña".

Tal deseo de rehabilitar al indio, y el propósito de crear una literatura nacional, sobresalen más que en ninguna otra en la obra de José de Alencar.

El amor de la naturaleza y de la historia del país repártense entre numerosos poetas, en primer lugar Gonçalves Dias, y entre historiadores de la proyección de Francisco Adolfo Varhagen, autor de la monumental *Historia Geral do Brasil*.

Es cierto que la crítica ha señalado después, en las novelas con temas indios de Alencar, un aire de exotismo y una pronunciada artificialidad de los personajes. Afranio Peixoto, eminente hombre de letras y distinguido historiador literario, llamó la atención hacia ese vicio de los héroes románticos brasileños, no sólo de Alencar, sino también de Gonçalves Dias.

Ese mismo vicio padeció la resurrección histórica de Scott, Chateaubriand y Víctor Hugo, y aun menos visible en nuestros autores.

"Todo en Y-Juca Pirama (héroe del poema de Gonçalves Dias) respira nobleza hidalga; el Pery, de José de Alencar, es un *gentleman*, noble y apasionado hasta el misticismo amoroso. IRACEMA es un divino amor de mujer, capaz de suscitar la envidia de cualquier tierno y sacrificado corazón de cristiana y civilizada" (A. Peixoto).

De todos modos, O GUARANÍ constituyó un estreno ruidoso y triunfal, algo nuevo, sensacional, notablemente brasileño, por lo menos en su presentación.

Otras cualidades debía aportar a la novela brasileña, principalmente la fuerza de su imaginación y la extraordinaria capacidad de evocación de su narrativa.

Espíritu creador, con él la trama y la ficción novelescas alcanzaron un punto nunca después sobrepasado por sus sucesores. En la novela AS MINAS DE PRATA, basada en la leyenda del famoso derrotero de Roberio Dias, la invención dramática del enredo se desarrolla en tres gruesos volúmenes, sin que la atención del lector se pueda apartar de ellos. Por lo demás, ésta es la novela que Alencar consideraba como su obra maestra.

Publicó, además, numerosos dramas y comedias, que obtuvieron éxito en el teatro brasileño: O DEMONIO FA-

MILIAR, VERSO E REVERSO, O CREDITO, AS ASAS DE UM ANJO, A NOITE DE S. JOAO, MAE, A EXPIACAO, O JESUITA.

Pero la novela era su forma predominante, la que lo absorbía. Cultiva, así, la novela de tipo familiar, con la cual Macedo se hiciera conocido y estimado; y son de tal índole algunas de las novelas de Alencar más divulgadas: SONHOS DE OURO, TIL, O TRONCO DE IPÉ, en cuyas páginas descuella cierta intimidad de la vida patriarcal brasileña, enamoramientos y costumbres en las haciendas del Estado de Rio de Janeiro.

De allí se traslada a la novela propiamente carioca —“novela social urbana a lo Dumas, hijo”, según dice Prudente de Moraes Neto—, género que lo seduce y lo hace trabajar febrilmente en toda una galería de personajes femeninos, DIVA, LUCIOLA, SENHORA, PERFIL DE MULHER, A PATA DA GAZELA.

Es en LUCIOLA, interpretación de la vida de una meretriz que provee al sustento de la hija ausente, donde suscita a la vez discusión e indignación entre la burguesía hipócrita de Rio. Su realismo crudo tiene algo ya de Flaubert o de Zola, a no existir todavía el velo romántico sobre los secretos de la verdad. . .

Otro tema no menos interesante es lo que nos presenta ENCARNAÇÃO. Tenemos ante los ojos el problema de la segunda esposa, quien, para complacer al marido, imita la personalidad de la primera mujer ya fallecida.

La misma tesis fué adoptada de nuevo, en la literatura moderna, por la escritora brasileña Carolina Nabuco, en *La Sucesora* (traducida al español y publicada en Chile recientemente), apasionante narración, en la que se inspiró la escritora inglesa Daphne du Maurier para su más afortunada *Rebecca*.

Era imposible para Alencar permanecer extraño a las tendencias del regionalismo dentro de nuestra literatura; y pertenecen a ese ciclo dos de sus mejores novelas, llenas de descripciones magníficas, O SERTANEJO y O GAÚCHO. La primera nos muestra la vida atribulada de los hombres del *binterland* brasileño (sertão), en su lucha contra los elementos naturales, la sequía y el hambre; la segunda re-

trata la vida quijotesca, caballerosa de los centauros de Rio Grande do Sul.

José de Alencar cumplió un papel histórico en la evolución del portugués hablado en el Brasil. Ha sido el primero en plantear la cuestión de las diferencias que presenta la lengua entre nosotros, usando el vocabulario y las construcciones sintácticas exclusivamente empleadas en el Brasil.

Ha sido él el más grande defensor de la lengua viva del pueblo contra la lengua estereotipada de los doctos: la primera, natural, espontánea, sencilla; la segunda, artificial, con las afectaciones de los clásicos portugueses, sin mayor significación para los brasileños.

Muchos escritores conservadores, principalmente el gran clásico brasileño, jurisperito afamado, Ruy Barbosa, no han mostrado el merecido aprecio para la obra de Alencar, bajo este prisma. Aun se han expresado con cierto desprecio, diciendo que había *inventado* la cuestión del dialecto brasileño, olvidándose de que la lengua es un producto cultural, y por ello vivo, no insensible a las transformaciones de las ideas y a las inflexiones de la voz humana. . .

Alencar venció. Los escritores buscan cada vez más la expresión propia dentro de un idioma nacional, hablado y sentido por el pueblo. No solamente en eso Alencar ha sido incomprendido en su tiempo. Vanidoso en extremo —“la vanidad fué la gran enfermedad de José de Alencar”, escribió el crítico Olivio Montenegro— era profundamente susceptible, y no pocas veces daba al público sus novelas con el seudónimo de *Senio*.

Los críticos que han negado sus cualidades, como Franklin Doria o Tobias Barreto, y los que han sido sus apologetas, como Araripe Junior, Artur Mota, José Veríssimo, todos han estado de acuerdo en reconocer ese incurable mal de la vanidad en el eminente escritor.

A pesar de una vida retraída, del amargor de las decepciones en su carrera política, en la que llegó al puesto de Ministro de Justicia del Imperio, ejerció enorme influencia en la literatura posterior; influencia hoy poco reconocida, pero no menos verdadera y eficaz.

Innegablemente Alencar fué el más brasileño de nuestros escritores y el más grande hombre de letras del Brasil, en el siglo pasado.

O GUARANI ha sido traducido a varias lenguas europeas, e inspiró la ópera del mismo nombre, del famoso compositor brasileño Carlos Gomes (Il Guarany), quien conoció la novela a través de una traducción italiana. TIL mereció los honores de una traducción alemana, lo mismo que IRACEMA, también vertida al inglés dos veces, según informa el crítico portugués Henrique Perdigão.

Si algún trazo mereciera ser destacado finalmente en la obra de Alencar, ese debiera ser el lírico. "En todas sus novelas—dice Olivio Montenegro—permaneció siempre el lírico. Lírico no tanto por la sensibilidad, cuanto por la imaginación".

Tal vez resida en esto el secreto de haber sido tan amado por el pueblo brasileño.

III

MACHADO DE ASSIS

(1839-1908)

MACHADO de Assis, que habría de constituirse, en el más grande de los novelistas brasileños, dió muestras, a tiempo, de ser un buen crítico literario. Mas su sensibilidad no le permitió quedar al margen de la obra propiamente de creación.

Pertenece a la primera fase, la de la crítica, este comentario, destinado a una publicación de Nueva York: "La novela brasileña sobresa especialmente por los toques del sentimiento, por los cuadros de la naturaleza y de las costumbres, por cierta vivacidad del estilo, muy adecuada al espíritu de nuestro pueblo".

Y sobre la novela de análisis, decía más adelante, en el mismo escrito, fechado en 1873: "De la novela puramente de análisis, tenemos poquísimas muestras, ya porque nues-

tra índole no nos llame por allí, ya porque esta especie de obras sea todavía incompatible con nuestra adolescencia literaria”.

Tal vez en lo íntimo preveía que el futuro le reservaba sitio destacado, quizá central, dentro de la novela de análisis en el Brasil.

Machado de Assis escribió al principio para el teatro, y con la comedia *QUASI MINISTRO* (1864) alcanzó renombre de fino observador y humorista. En seguida publicó *CHRYSÁLIDAS*, selección de poesías que hasta cierto punto representan su verdadera iniciación en la literatura. Debemos agregar que Machado dispensó a los poetas, siempre, particular estimación.

Alencar le escribió una carta presentándole al joven poeta, después genio precozmente fallecido, Castro Alves. En febrero de 1868, Machado contéstale, manifestándose doblemente grato, por la carta y por el portador: “¡Es buena y gran fortuna conocer a un poeta!”, empezaba la contestación. No adivinaba que acababa de conocer al más eminente de todos los poetas brasileños, el futuro cantor del negro esclavo, y quien con su poesía, de fondo social, hizo en el Brasil lo mismo que Beecher Stowe en los Estados Unidos con su *Uncle Tom's Cabin*. El poeta, a su vez, no se hubiera dado cuenta de que estrechaba la mano de alguien que se tornaría en el estilista más notable de la lengua portuguesa en este siglo, en tierras de América.

Pero antes de ello, otras poesías, *PHALENAS* (1870), seguidas cinco años más tarde por *AMERICANAS*, van aumentando la fama poética de nuestro prosista máximo. Sus cualidades extraordinarias de versificador, burilando sus versos como un joyero sus diamantes—tal el caso de *A mosca azul*, digna de figurar en cualquier antología de literatura comparada—no hacen, sin embargo, elevarse su estro hasta las regiones más altas de la inspiración.

El prosista primoroso que en él se escondía brotaba lentamente en las páginas de *A Semana*, acreciendo su personalidad con el trabajo pertinaz.

Es digna de mención la tarea preparatoria para la novela, bocetada en numerosos cuentos e historias. Bajo la influencia de autores ingleses, Machado revela vocación

para *stories* y *tales*, que nos hacen recordar, un poco lejanamente, a Charles Dickens.

De esa fase de preparación son CANTOS FLUMINENSES, seguidos después por HISTORIAS DA MEIA NOITE (1872), hasta alcanzar la madurez de HISTORIAS SEM DATA y de VARIAS HISTORIAS (1895), en donde se encuentran algunos de los mejores cuentos de la lengua portuguesa.

El Machado insigne, el que quedaría como un caso único, sin repetición de la historia de la cultura brasileña, fué el autor de novelas maestras como BRAZ CUBAS y DOM CASMURRO.

Algunos cuentos, como el de "teoria do Medalhão", manifiestan uno de los pensamientos centrales del raciocinio de Braz Cubas, bajo la forma de un consejo de padre a hijo: "Cualquiera que sea la profesión de tu elección, mi deseo es que te hagas grande e ilustre, o por lo menos notable; que te levantes arriba de la obscuridad común".

La misma filosofía irónica de la vida transcurre por las páginas de BRAZ CUBAS, en el cual muchos críticos han visto a Machado reproducido como en retrato:

—"Teme la obscuridad, Braz; huye de lo que es ínfimo".

Sin embargo, en Machado, como dos personalidades completamente distintas, se sobreponen, nítidas, la del hombre y la del novelista.

El novelista, lleno de esa audacia disfrazada que es el "humour", encontrábase en la vida con el hombre, víctima de una enorme timidez. Si la enfermedad de Alencar ha sido la vanidad, vanidad de niño de colegio que tuvo siempre el primer premio, como observa el crítico Olivio Montenegro, la enfermedad de Machado fué la timidez. Timidez originada por tres grandes males: la epilepsia, la pobreza y el color, porque Machado era mulato y de ascendencia oscura. Subió del anonimato de un padre humilde, a la eminencia de príncipe de las letras de su tiempo.

El hombre lleno de pudor y de recelos, de vida tranquila, burócrata ejemplar, tenía en el novelista su *ego* diabólico e inquieto, errando por los cuatro cantos del mundo.

Cuéntase, a propósito de Machado, quien pasó toda su vida en Rio de Janeiro, que un día se decidió a ir a Petrópolis, ciudad veraniega, a dos horas de la capital. Apenas llegado, recibe un cable de sus amigos, entre nerviosos y pérfidos, auspiciano: "Dios proteja al audaz viajero!". . .

Esa existencia apacible del hombre, contrasta con las actividades diversas del escritor. Autor teatral, poeta, crítico literario, periodista y, finalmente, novelista, ha sido comparado a Dickens y a Anatole France.

Hay la costumbre, entre ciertos críticos —entre otros Artur Mota— de dividir las novelas de Machado en dos grupos. El primero constituido por novelas de la fase inicial: *RESSURREIÇÃO* (1872), *HELENA*, *YAYÁ GARCIA* (1878) y *A MAO E A LUVA*. El segundo estaba representado por las novelas de la madurez: *MEMORIAS POSTUMAS DE BRAZ CUBAS* (1881), *QUINCAS BORBA*, *DOM CASMURRO*, *ESAÚ E JACOB* y *MEMORIAL DE AYRES*.

El novelista nos ha dado ya en sus primeras novelas personajes curiosos de mujer, así Helena y Yayá Garcia, bien representativos de la burguesía pacata de la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo es en las obras de la madurez donde vemos aparecer al gran retratista.

Sofía, la mujer llena de ambición que empuja al marido, domina toda la trama de *QUINCAS BORBA*, donde Machado, desplegando sus dotes de humorista revela su filosofía de las patatas. La historia es sencilla: dos tribus pelean por la misma plantación de patatas, bastante apenas para la nutrición de una. Hay la lucha y el exterminio del vencido. La vencedora quédase con las patatas. Esa es la razón del lema: "al vencedor las patatas". En *QUINCAS BORBA*, álzase también la esencia del pensamiento filosófico de Machado con su teoría de "humanitas", nuevo sistema que propone a los hombres. . . Algunas páginas de la misma novela traducen el amor a la naturaleza, como en el caso de la estimación por el perro. . . De paso debemos decir que la naturaleza, a excepción de los días de sol, ocupa muy poco o casi ningún espacio dentro de la obra de Machado de Assis. Todo ahí transcurre entre cuatro paredes. Es verdad que esas paredes son elásticas y en su distensión abarcan el mundo del alma humana. . .

Otro personaje de Machado, que ganó vida y salió del libro para hacerse popular, es Capitú, la heroína de DOM CASMURRO. Fué una mujer tremenda, con los vicios y perfidias del alma femenina. Tenía en los ojos un canto siempre rojo: "ojos de resaca". Tuvo éxito en engañar al marido hasta el fin, haciéndole creer que uno de los hijos era del matrimonio. . .

ESAÚ E JACOB resume el episodio admirable de dos hermanos gemelos, que poseían pensamientos y gustos iguales, inclusive en el amor por la misma mujer. . .

El MEMORIAL DE AYRES es innegable que ofrece un carácter autobiográfico. Es la novela de la nostalgia del escritor ya viudo, sin más compañía que la memoria de la esposa, Carolina. Bajo el monóculo del Consejero Ayres, diplomático retirado, escóndese el propio Machado, escéptico e indulgente ante la existencia.

Sin duda, la obra maestra de Machado es BRAZ CUBAS, tanto por la originalidad de la concepción como por la finura de los estudios y apuntes psicológicos. Artur Mota la consideraba como la novela más grande de la lengua portuguesa. En lo que se refiere al análisis, puede ser que así sea. El enredo comienza al revés, son memorias *póstumas* y el autor dedica su volumen a los gusanos que van a roer sus huesos. De hecho, asistimos al desfile de la vida burguesa de Rio, desde los comienzos de la metrópoli, todavía bajo el reino del bondadoso Don Juan, hasta la muerte de Braz Cubas, a mediados del siglo XIX.

Numerosos cuadros denotan el conocimiento extraordinario que poseía del corazón humano. La escena del almocrebe, que salvó la vida a un estudiante, y las dudas de éste al darle la recompensa, pensando primero, en la hora del peligro, en una moneda de oro, luego, pasado ese instante delicado, en una moneda de plata, para al final regalar un puro y simple níquel, retrata bien la sordidez escondida dentro de cada hombre. . .

Los amores de Braz y Virgilia, cuya personalidad de adúltera no sobresale con la misma fuerza que la de Capitú, alivian al libro de las muchas reflexiones y conceptos morales que presenta.

Sin vacilación, Machado de Assis ha sido un poderoso creador de personajes, que crecieron y ganaron renombre sin hacer caso del autor de sus días. Una anécdota comprueba bien la afirmación. Cierta día, el novelista esperaba tranquilo su tranvía de Aguas Férreas, colonia en donde vivía. Ve en eso a un señor bien puesto, que le miraba con insistencia. En la duda, Machado no le saluda. El hombre al fin, toma el tranvía y, llegado a su destino, se apea. Machado, hombre muy fino, queda decepcionado, pensando en si lo conocería. Al día siguiente despertó feliz. Efectivamente, había caído en la cuenta de que seguramente lo conocía... Era un personaje de una de sus primeras novelas.

Nada se puede agregar cuando se trata del novelista.

En los últimos tiempos Machado de Assis ha ejercido una influencia enorme en el Brasil. La familia *machadiana* se ha multiplicado con las nuevas generaciones.

Patrono de la Academia Brasileña de Letras, de la cual fué Presidente durante muchos años, su ejemplo fué modelo singular en las tierras de América como trabajador infatigable de las letras.

Machado de Assis y Eça de Queiroz, su contemporáneo y admirador, fueron, ambos, dos novelistas universales de la lengua portuguesa.

IV

EUCLIDES DA CUNHA

(1866-1909)

ESTAMOS ahora ante la obra de más fuerza y originalidad de la literatura brasileña: OS SERTÕES.

Una traducción reciente del libro, publicada en Buenos Aires (LOS SERTONES, trad. de Benjamín de Garay, Edt. Claridad, 1942), colocó un subtítulo a la obra, de los más expresivos y concretos: "La tragedia del hombre derrotado por el medio".

Ese aspecto de tragedia que la versión española subrayó en el libro, podría ser trasladado a la vida de Euclides da Cunha.

Alumno de la Escuela Militar, de donde salió por haber roto su espada delante del Ministro de la Guerra, en señal de protesta, Euclides tuvo la vida accidentada y ardua del ingeniero, que se ve obligado a ganarse el pan de cada día.

Con pocos ocios para escribir, Euclides fué un escritor por accidente, y genial. Su existencia transcurrió bajo la consigna de lucha y de tragedia, acabando asesinado por el amante de su esposa.

Os SERTOES fueron escritos casi en un abrir y cerrar de ojos, si se tiene en cuenta la magnitud de la empresa. Mientras se levantaba un puente, el ingeniero pergeñaba sus apuntes sobre la Campaña de Canudos, dentro de un jacal humilde, bajo la sombra de un árbol amigo.

Transcurridos los años, el interés nacional por Canudos, que había representado un despertar amargo para el país, bajó rápidamente. Euclides hubo de engrosar su magro diario de guerra.

No sabía él que con esto componía una obra maestra, predestinada, según Stefan Zweig, "a sobrevivir a un sinnúmero de libros famosos actualmente, gracias a la magnificencia dramática de su exposición, a la riqueza de sus reconocimientos espirituales y al maravilloso humanismo que lo distingue desde el principio al fin".

"Epopéa nacional", la clasifica todavía el insigne biógrafo. De hecho, si el Brasil hubiese tenido una epopeya nacional, no sería al estilo homérico ni virgiliano, la modulada relación clásica del mundo euro-asiático.

Tierra del nuevo mundo, su sinfonía tendría que vibrar con nuevos acordes; quizás, con nuevos ritmos de formas y lenguaje.

Euclides fué capaz de todo eso, sin recurrir a retorcimientos ni artificios.

Con motivo de las dificultades que encontró en su traducción, comenta Benjamín del Garay:

"Os SERTOES es intraducible, rebeldemente intraducible. El idioma portugués, sonoro con retumbos de cam-

pana, grave o musicalizado en tintineos de carillón, no podía responder al medio americano. Buscó el autor, entonces, en el lenguaje popular, en los términos locales, el léxico que le era imprescindible para abarcar la inmensidad del paisaje y la energía del ambiente que el portugués académico no le proporcionaba. Y dejó de lado cánones sintácticos, que le estorbaban, para crear otros nuevos, con sabor de la tierra virgen en que la vida es la suprema ley. Con lo que se hizo la versión brasileña del idioma portugués”.

Tal era, efectivamente, uno de los motivos de orgullo de Euclides da Cunha, que sintetizó su pensamiento del modo más positivo:

—“Nuestro orgullo máximo debiera consistir en que el portugués le costara traducirnos, leyéndonos en la misma lengua”.

Por ese lado, él reafirma la tradición de independencia de la lengua brasileña, iniciada por José de Alencar, que la influenció directamente. Bajo el mismo ángulo, Euclides distínguese profundamente de Machado de Assis, que fué un escritor académico, cultor eximio de la lengua portuguesa.

Por otro lado, Euclides se defiende de las acusaciones lanzadas a su lenguaje, con citas de Antonio Feliciano de Castilho, epígono del romanticismo lusitano. Pero el vocabulario de *Os Sertões* es en su totalidad brasileño, impregnado de la savia de la tierra del Brasil.

Mientras Machado es la perfección académica, la pureza del lenguaje, Euclides no apura; apenas sugiere, como lo hace notar Benjamín del Garay.

Su estilo fué siempre el sello más visible de su personalidad. Nervioso, flúido, lleno de contrastes, emplea lo mismo localismos que términos científicos ultra recientes; y rescuita arcaísmos para en seguida crear vocablos desconocidos del lexicon.

Joaquín Nabuco, que era otro académico imbuído de la expresión clásica, como Machado, decía que Euclides era dueño de un “estilo de cipó” (cipó es una liana de las florestas brasileñas).

Un crítico literario, maestro de varias generaciones, dijo muy a propósito: "Este *cipó*, con que Euclides escribió Os SERTOES, arrastró los sertones hasta nosotros".

El Brasil vivía en el litoral. Tal como Fray Vicente del Salvador, el primer cronista nacido en la colonia, anotaba con ironía: "los lusos viven como los cangrejos, rasgando la orilla de las playas".

Después de Os SERTOES, el país sintió que su verdadera vía era la expansión hacia el interior. La después famosa Marcha hacia el Oeste. Pero un Oeste nacional, dentro de las propias fronteras.

En síntesis, la obra se reduce a la narración de la expedición militar contra Canudos, pequeña ciudad del noroeste de Bahía, donde anidaba una secta de fanáticos, los *jagunços*, bajo la jefatura de un falso profeta, Antonio Conselheiro. Euclides acompañó a la expedición como representante de "O Estado de São Paulo", órgano de los más serios del periodismo brasileño.

El libro presenta tres fases: la tierra, el hombre y la lucha. En esa trilogía se desarrolla la gama literaria más completa: descripciones, narraciones, dramatizaciones.

En las descripciones de la tierra, el ingeniero revela sus conocimientos de geólogo; pero no consigue eliminar al poeta, que se apasiona por su tema. El panorama pone al lector en suspenso, como si hubiera entrado a un reino encantado, nuevo y desconocido. Trae a la memoria las escenas de la selva, de Rudyard Kipling.

Un poco más adelante aparece un antropólogo amable, que, sin terminologías complicadas, desvenda los misterios de la mezcla de razas, constituyendo un tipo brasileño:

—"O sertanejo é antes de tudo um forte".

Páginas y más páginas dignas de antología se suceden en esa retrospectiva del crisol étnico. Y sigue como una sinfonía heroica, en un *crescendum* épico, contando luchas feroces y desiguales. Aquellas luchas del *jagunço*, combatiente invisible, *mimetizado* con el desfiladero, diezmado la tropa armada de cañones. . . Victorias imposibles, de rifles obsoletos contra la artillería Krupp del enemigo.

El libro déjase devorar, y finaliza con una impresión de amargura, casi de angustia.

Después de *Os SERTÕES* (1902), su obra maestra y una de las más representativas de la cultura brasileña, Euclides no produce nada que se le acerque en calidad.

Conságrase al ensayo y a las letras históricas, en los que manifiesta puntos de vista originales, sugestivos: *PERÚ VERSUS BOLIVIA* (1907); tomando a pecho la defensa de Bolivia, tal vez por ser la parte femenina y delicada. . .

Las cuestiones de geografía política siguen interesándole, como lo prueba *MARTIM GARCIA* (1908) —una encrucijada fluvial en las fronteras del Brasil y de la Argentina—, y lo mismo atestiguan los ensayos reunidos en *CONTRASTES E CONFRONTOS*.

Euclides debatió sobre muchos aspectos de la evolución histórica brasileña, principalmente del Imperio y de la República, en *A' MARGEM DA HISTORIA*, en el que sus dotes de pensador y sociólogo se patentizan, siendo hasta cierto punto un precursor del actual movimiento científico.

Su amor a los poetas vence todo y trasciende luminoso en el estudio *CASTRO ALVES E SEU TEMPO* (1908).

El asesinato de que fué víctima, cuando defendía su honor, no le permitió ir más lejos.

Estaba escrito que su nombre quedaría grabado en la memoria de los contemporáneos, con la misma sangre calcinada que le sirvió para trazar la tierra abrasada y el hombre sacrificado a su destino cósmico. . .

DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLOGICOS EN EL PERU

Está en circulación el volumen 3 de las publicaciones antropológicas que, bajo los auspicios de la Viking Fund, está editando el profesor Cornelius Osgood. Se intitula "Archeological Explorations in the Cordillera Vilcabamba, Southeastern Peru" y lleva la firma del doctor Paul Fejos. Con una magnífica presentación gráfica y ceñida a las más modernas reglas de toda investigación del pasado, la obra recién aparecida ofrece una detallada y clarísima exposición de los importantes descubrimientos realizados en el departamento del Cuzco (República del Perú) el año de 1941 por la "Wenner Gren Scientific Expedition to Hispanic America", dirigida por el propio doctor Fejos e integrada por técnicos y estudiosos norteamericanos y peruanos, en fecunda y armoniosa cooperación.

Todos los gastos fueron costeados por el Dr. Axel Leonard Wenner Gren, fundador de The Viking Fund, quien visitó personalmente y en compañía de su señora esposa la región en que se verificaban los trabajos arqueológicos. El Dr. Wenner Gren hizo un donativo de cien mil soles a la Universidad del Cuzco, para ser invertido en el sostenimiento de la Sección Arqueológica que funciona en dicho centro de enseñanza superior. El pueblo y el gobierno del Perú apreciaron debidamente la actitud del Dr. Wenner Gren y le hicieron objeto de especiales homenajes, como la designación de la zona descubierta con el nombre de "Parque Nacional Wenner Gren".

La Sección Arqueológica se encuentra en pleno funcionamiento, primero a cargo del joven antropólogo de Harvard, Mr. John E. Rowe, y hoy bajo la dirección del señor Jorge C. Muelle, conocido investigador, que desempeña un alto puesto técnico en el Museo Nacional de Lima, Perú.

La campaña de exploración de 1941 fué proseguida durante unos meses del año de 1943 por el doctor Julio C. Tello, director del Museo Antropológico, cuyo informe seguramente será publicado pronto. También la Viking Fund atendió este trabajo con su apoyo económico.

El doctor Paul Fejos, cuya competencia como organizador se ha comprobado en esta y otras expediciones, verificó una exploración

de todo punto interesante, como se puede apreciar por los numerosos datos expuestos en tan impecable forma, que complace al más exigente. Mapas, planos, dibujos y magníficas fotografías dan una idea completa de lo descubierto y proporcionan una muy valiosa documentación para los especialistas que, justificadamente, exigen de todo explorador arqueológico no sólo las conclusiones e hipótesis, sino el conocimiento del material mismo sobre el cual éstas y aquéllas se basan. El deber primordial consiste, pues, en publicar, como lo ha hecho el Dr. Fejos, un detallado informe de los trabajos efectuados, con la salvedad muy encomiable, por su modestia, de que él, según expresa, "*is not an archeologist*". De todos modos, el Dr. Fejos, en el volumen que tenemos a la vista, procede como un verdadero arqueólogo, inclusive con la prudencia de todo investigador disciplinado.

El Perú ha sido objeto desde hace casi medio siglo de muchas importantísimas exploraciones por hombres de ciencia de Europa y América, que dieron por resultado la revelación de su invaluable riqueza arqueológica. Llegan a centenares los libros y folletos publicados que ponen de manifiesto la no agotada variedad de elementos de cultura que aparecen en las distintas áreas y horizontes, ya formando complejos locales o ya difundándose y mezclándose en interminable serie de combinaciones. Ha sido y sigue siendo bastante difícil poner en orden el sinnúmero de testimonios, y es posible establecer ya algunos hitos y líneas de referencia. A medida que avanzan los análisis estratigráficos, habrá mayores esperanzas de acercarnos a una cronología precolombina de la cultura del Perú.

Los descubrimientos verificados por la "Wenner Gren Scientific Expedition" corresponden a monumentos de la última época, o sea monumentos incaicos. Como se sabe, el Imperio de los Incas fué la postrer estructura político-social del Perú, precisamente la que hallaron y destruyeron los conquistadores españoles del siglo xvi. Dicho Imperio comenzó a formarse, según las mayores probabilidades, a comienzos del siglo xi y fué creciendo y adquiriendo mayor importancia en los siglos siguientes hasta principios del xvi, en que sus dominios llegaron por el norte hasta la actual República de Colombia, y por el sur hasta Chile y Argentina, comprendiendo el Perú de hoy, Bolivia y el Ecuador.

Virtualmente una mitad de la América del Sur, todo el Occidente hacia el Pacífico, fué el ecumene de la cultura peruana de los Incas. El centro de tan vasta organización, su núcleo gobernador era

la ciudad del Cuzco y sus contornos, donde residían los componentes de la clase directora: el rey y la nobleza.

Todos los valles próximos al Cuzco estaban directamente controlados por la organización incaica dentro de una admirable red de fortificaciones y de vías de comunicación, que aseguraban, en todo momento, la esencial vinculación entre la capital y todos los centros productores de esta rica y variada comarca que hoy corresponde a los departamentos del Cuzco y Apurímac.

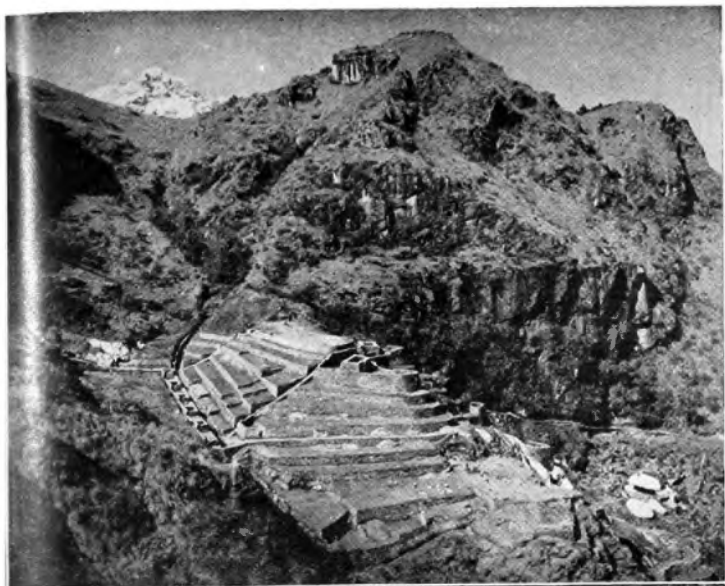
La especial conformación geográfica que impone la cordillera de los Andes se resuelve en esta zona, como en otras del Perú, en un escalonamiento de climas y producciones, desde el extremo inferior, tropical, hasta el extremo superior, polar, con sus correspondientes frutos: yuca, maíz, papa, quinua, etc. Una activísima agricultura había conquistado la tierra, utilizándola no sólo en el sentido horizontal, sino también verticalmente, con la construcción de grandiosos sistemas de terrazas (o "andenes") que permitían el cultivo en el talud de las montañas, no sólo ganando espacio, sino previniendo la erosión del terreno.

Inmensas extensiones de campos sobrepuestos, en gradería, han permitido que la feracidad de los valles andinos se conserve y que la tierra produjera alimentos para una densa población.

La zona descubierta por Fejos es un típico ejemplo de "andenerías" o plataformas agrícolas, como se puede ver en los muchos grabados de su libro y en las descripciones que de ellas hace repetidas veces. Su estilo es el mismo que se conocía ya desde las publicaciones de la expedición que dirigió el profesor Hiran Bingham, en 1911 y en 1915. Se ha popularizado su conocimiento por "The National Geographic Magazine", de Washington, y muy pocos ignoran ya esta maravilla de agricultura vertical que aparece también en Asia y Europa, pero nunca en la forma grandiosa y perfecta como se presenta en el Perú.

Comparando la arquitectura de Machu Pijchu y Huayna Pijchu, los dos conjuntos arqueológicos que reveló Bingham al mundo, con los descubiertos por la expedición Wenner Gren, no se puede dudar de que se trata de una misma cosa: son unos solos los autores de todos estos monumentos. Si hay un estilo inconfundible es el estilo incaico o cuzqueño.

La ubicación de estas construcciones—inclusive casas—en lugares altos y al flanco de las montañas o en su propia cumbre, se debe al sentido constante del inca de buscar las fajas climáticas análogas



Phuyu-Pata-Marka. La ciudad encima de las nubes.
Al fondo el pico del Salcantay (6264 m.)



Phuyu-Pata-Marka. Escalera y nichos.



Intipata. Situación y andenes.



Sayac-Marka. La ciudad inaccesible.
Edificio culminante.

a las de su procedencia: el inca era un hombre de clima templado y casi frío, de modo que siempre se inclina a vivir y trabajar en tierras templadas o casi frías: le es hostil, intolerable, el calor. Por eso los poblados incaicos, hacia la costa o hacia la selva, se erigen siempre, en lo alto del valle, no en el fondo. Sus propios caminos buscan la altura y esquivan las orillas de los ríos profundos. En la región explorada por Fejos tenemos una emocionante comprobación de estas modalidades de la vialidad incaica que prefiere siempre la cumbre y la recta, como directivas del camino.

Si el descubrimiento que comentamos tiene un interés indudable por haber ampliado las áreas conocidas de la arqueología incaica, ese interés sube de punto hasta hacerse trascendental, cuando se comprueba que el sector revelado al mundo científico pertenece a la preciadísima región de Vilcabamba, último reducto de los Reyes Incas, donde se refugió el Imperio ante el dominador avance de Pizarro y los suyos. Cerca de cuarenta años el gobierno indio sobrevivía en aquellos riscos infranqueables.

Trátase, pues, de un área de inmenso valor histórico, porque lo tuvo muy particular, bajo los Incas, tanto para la política como para la economía y la religión. En estas alturas cuajadas de terrazas agrícolas y por las que cruzan los caminos cardinales, fortalezas y adoratorios se alzaban a la par, en su doble intento de defensa material y espiritual. Aquí, como un gigantesco hito, el monte Sallkantay con sus 6,264 metros de altitud sobre el nivel del mar, parece presidir el grandioso panorama: de sus neveras descienden los ríos hacia el Apurímac y hacia el Urubamba, los dos grandes afluentes del Amazonas o por mejor decir sus caudales originarios. Y es desde estas cresterías que descienden los caminos, pavimentados y seguros, que conducen hacia las cuatro direcciones: o al Antisuyu selvático o al Collasuyu estepario o al Chinchaysuyu de múltiples accidentes geográficos o al Contisuyu, ruta del mar. Desde aquí, como desde puntos estratégicos bien defendidos, irradiaban los mensajes y las órdenes que brevemente, pasando de una torre de señales a otra, ganaban el Imperio por los cuatro puntos cardinales. Es desde la zona comenzada a explorar por Bingham y ahora por Fejos, mejor aún que desde el Cuzco, que la autoridad suprema del Inca controlaba las comunicaciones. De ahí la inmensa importancia que tiene proseguir la exploración de los caminos, ella nos revelaría todo el maravilloso sistema vial de los antiguos emperadores del Cuzco.

Los conjuntos descritos tan minuciosa y exactamente en la obra que comentamos carecerían de significación si no fueran relacionados con otros muchos similares repartidos por las cuencas de los ríos orientales y siempre en sitios dominantes conectados en forma ostensible: desde cada pico o prominencia, donde se encendía una fogata, en la noche o en el día, eran comunicadas las señales y transmitidas con asombrosa rapidez. Obraban tan eficazmente los indios, ya en el siglo XVI, cuando su rey actuaba en su refugio, que tenían como en jaque a los españoles que se dirigían de Lima al Cuzco o viceversa, y hubo de esforzarse el Virrey Toledo para acabar con tal peligro.

Consideramos de suma importancia el trabajo realizado y muy deseable que, pasada la guerra, puedan continuar exploraciones de tan alto interés para la historia de nuestro continente. Debemos renovar nuestra expresión de gratitud al Dr. Wenner Gren por su magnífico apoyo y al señor Paul Fejos el aplauso y enhorabuena que merece su espléndido trabajo.

Luis E. VALCARCEL.

Dimensión Imaginaria

POETAS ESPAÑOLES EN AMERICA

EN AMÉRICA se encuentra hoy día la plana mayor de la lírica española. Cinco años llevan entre nosotros, diseminados de norte a sur, Juan Ramón Jiménez, León-Felipe, José Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Juan Larrea, Pedro Garfias, Rafael Alberti, Juan José Domenchina, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre... Junto a ellos canta o se desespera otro valioso grupo de poetas más jóvenes, todavía no consagrados en la península. Con todos estaría Antonio Machado si, en su prisa por eternizarla, no hubiera muerto en el lindero mismo de su España. Y estaría Federico García Lorca de no haber padecido suerte idéntica a la alemana que ultrajó a su pueblo. Como estaría Miguel de Unamuno, que hubo de pagar su quijotesco error inicial cuando empezaba ya a desatarse en improprios contra la tiranía vergonzosa. Como estarían, si vida y libertad tuvieran, Vicente Aleixandre y Miguel Hernández... Como está, aunque elocuentemente callado para siempre, con el terruño de América en los labios, Enrique Díez-Canedo. Hombres todos ellos de paz.

Nunca que sepamos, se ha dado en las naciones unanimidad tan insólita y tan cargada de significación precisa. Porque si los poetas representan el genio del lenguaje y éste es el alma viva de los pueblos, claro es que en nuestra América, fuera de su solar de origen, se encuentra, universalizándose, el espíritu de España.

Ahora bien: como aun resuenan en las cancillerías, renovando el oprobio de la No-Intervención, algunas palabras que por decoro hubiéramos preferido nunca oír; como cierta conjura internacional está urdiendo sus redes de Londres a Roma y de aquí a New York para proteger en esta hora de derrumbes la impunidad de quienes perpetraron en España el nefando crimen, hemos querido levantar, frente a tales posibles atentados contra lo que la libertad tiene en nuestro idioma de matriz, la inerme y pura

confabulación de los poetas españoles. El clamor de su presencia nos afirma que, si actualmente existe un mundo que "cada vez lucha menos por un ideal", existe en cambio otro mundo que se sacrifica y desvive por un ideal cada vez más enhiesto. Y para quienes creemos profunda, radicalmente, en la substantividad de los valores del espíritu, la congregación en estas páginas de los poetas españoles constituye el mejor modo a nuestro alcance de definir nuestra fe en los destinos de la democracia. Porque estamos seguros de que los valores humanos que representa este puñado de hombres identificados con la libertad, la justicia y el ansia de superación de su pueblo, prevalecerán, frente a ciertos imperios mercantiles o eclesiásticos heridos ya de desmoronación y muerte, hasta convertirse en la gloria de la humanidad futura.

Todos los poemas que publicamos han sido escritos en América, mas no expofeso para esta ocasión. Pertenecen a la producción espontánea de sus autores y reflejan el orden de sentimientos en que cada uno de ellos abunda. Comparando el timbre de sus voces con el de sus obras precedentes, podrá tal vez percibirse el cambio que en esas voces se ha operado, en parte por el esfuerzo que la ejecución de la tragedia ha exigido a sus gargantas, sobre todo quizá a influjo del aire americano que hoy respiran.

Asociándose a sus hermanos los poetas, algunos pintores españoles, desterrados también y actualmente en México, nos han ofrecido sus obras recientes para acompañarlos.

Desgraciadamente, aun habiendo retrasado diez días con este solo objeto la salida del presente número de CUADERNOS AMERICANOS, no hemos recibido los poemas que por dos veces y en pliego aéreo nos ha enviado desde Buenos Aires Rafael Alberti, la última, según su cable, hace un mes; la primera casi dos. Tanto como nosotros lo lamentarán, sin duda, nuestros lectores.

ESPACIO

(Fragmento 1º de la segunda ESTROFA)

Por *Juan Ramón JIMENEZ*

CANTADA

PARA acordarme de porqué he vivido,
vengo a ti, río Hudson de mi mar.
Dulce como esta luz era el amor. . .
Y por debajo de Washington Bridge
(el puente más con más de esta New York)
pasa el campo amarillo de mi infancia.
Infancia, niño vuelvo a ser y soy,
perdido, tan mayor, en lo más grande.
Leyenda inesperada:
dulce como la luz es el amor,
y esta New York es igual que Moguer,
es igual que Sevilla y que Madrid.
Puede el viento, en la esquina de Broadway,
como en la Esquina de las Pulmonias
de mi calle Rascón, conmigo, y tengo
la puerta donde vivo, con sol dentro.
Dulce como este sol era el amor.
Me encontré al instalado, le reí,
y me subí al rincón provisional,
otra vez, de mi soledad y mi silencio,
tan igual en mi piso 9 y sol,
al cuarto bajo de mi calle y cielo.
Dulce como este sol es el amor.

Me miraron ventanas conocidas
con cuadros de Murillo. En el alambre
de lo azul, el gorrión universal cantaba,
el gorrión y yo cantábamos, hablábamos,
y lo oía la voz de la mujer
en el viento del mundo. ¡Qué rincón
ya para suceder mi fantasía!
El sol quemaba el sur del rincón mío,
y en el lunar menguante de la estera,
crecía dulcemente mi ilusión,
queriendo huir de la dorada mengua.
Y por debajo de Washington Bridge,
el puente más amigo de New York
corre el campo dorado de mi infancia . . .
Bajé lleno a la calle, me abrió el viento
la ropa, el corazón, vi caras buenas.
En el jardín de St. John the Devine,
los chopos verdes eran de Madrid, hablé
con un perro y un gato en español,
y los niños del coro, lengua eterna,
igual del paraíso y de la luna,
cantaban, con campanas de San Juan,
en el rayo de sol derecho, vivo,
donde el cielo flotaba hecho armonía
violeta y oro, iris ideal
que bajaba y subía, que bajaba . . .
Dulce como este sol era el amor.
Salí por Amsterdam, estaba allí la luna
(por Morningside) el aire ¡era tan puro!
frío no, fresco, fresco; en él venía
vida de primavera nocturna, y el sol, dentro
de la luna y mi cuerpo, el sol presente,
el sol que nunca más me dejaría
los huesos solos, sol en sangre y él.
Y entré, cantando ausente, en la arboleda

de la noche y el río que se iba
bajo Washington Bridge con sol aún,
hacia mi España por mi Oriente,
a mi oriente de mayo de Madrid;
un sol ya muerto, pero vivo,
un sol presente, pero ausente,
un sol rescoldo de vital carmín,
un sol carmín vital en el verdor,
un sol vital en el verdor ya negro,
un sol en el negror ya luna,
un sol en la gran luna de carmín,
un sol de gloria nueva, nueva en otro Este,
un sol de amor y de trabajo hermoso,
un sol como el amor . . .
Dulce como este sol era el amor.

(1941)

ODA ROTA

Por LEON-FELIPE

¡QUÉ creíais?
¿Que la frente de los poetas era una bóveda blindada
como las criptas imperiales de Inglaterra
y los refugios subterráneos de la City?

¿Qué creíais?
¿Que la canción estaba defendida
por un cerco volante de *petreos* cardenales engrapados
como la tiara de los Papas?

Londres es invencible
y Roma es inmortal.
Pero ¡ay!
El poema es más frágil que el manto de las hadas.
¡Se ha salvado el Vaticano! . . . ¡Aleluya!
El Vaticano y lo que entregasteis a los topos. . .
lo que escondisteis con astucia
entre algodones y espesas telarañas
en las cuevas recónditas del Támesis:
la corona imperial,
las insignias del lord,
la peluca barroca del juez,
la vara de medir
y los troqueles esterlinos.

Con las carlangas y los lorigones
que os ciñeron después de férreas púas erizadas



PRIETO. La divina tragedia.



PRIETO. Pueblo en llamas.

defendisteis feroces
 todo lo que custodian los *bull-dogs*:
 El palacio,
 la lonja,
 el parlamento
 y los altares llenos de bellotas y de estiércol
 donde siguen haciendo trasacciones
 los mismos mercaderes que sobornaron a Caifás.

Todo lo que se pesa, todo lo que se compra,
 todo lo que se mide y que se cuenta
 lo habéis defendido como perros
 y todo se ha salvado. . . ¡todo! . . .
 Pero habéis asesinado los sueños
 ¿oísteis?
¡Habéis asesinado los sueños!

Negociaréis la paz,
 mañana *negociaréis* la paz.
 Con esa pluma larga de los abogados y de los estadistas,
 de los nuncios y de los cancilleres,
 de los agiotistas y de los banqueros;
 con esa pluma ubicua — garrocha y pértiga
 de los chalanes, de los cuervos y de los coyotes
 con esa pluma negra que hunde su hocico de oro
 en un pozo de sangre, y en otro de betún. . .
 mañana se firmará la paz.
 Pero los poetas están locos. . . ¡locos!
 y no habrá quien componga la canción de la Victoria.
 ¿Oísteis?
No habrá quien componga la canción de la Victoria.

Yo he perdido el ritmo,
 la música. . . y el juicio. ¡He perdido el juicio!
 Tomadme el pulso,

sonad mis huesos,
 auscultadme la frente. . . Todo está roto aquí.
 Que canten vuestras glorias los barberos que tienen
 aún templada la bandurria.
 ¡Llamad a los barberos razonables!
 Los poetas están locos.
 Y ¿qué otra cosa puede hacer el hombre más que enloquecer?

¿Puede hacer otra cosa?

¿Hay otra escalera?

Si por lo menos se le hubiesen reventado los oídos
 y no pudiese escuchar hacia dónde disparan los cañones. . .
 O si le hubiesen vaciado los ojos
 y no pudiese decir quién es el verdadero asesino de la justicia. .

o si le hubiesen cortado los brazos
 y no pudiese tocar el cadáver agarrotado del mundo. . .
 ¡Ah! ¡Si yo estuviese ciego y sordo
 y con las mangas de la camisa vacías,
 movidas por el viento,
 clavado en medio de una viña, asustando a los pájaros. . . !
 Pero estoy loco. . .
 Hay balas silenciosas que apuntan al cerebro.

Presentaré la dimisión. Aquí está mi renuncia.
 Os entrego mi silla,
 mis honores y. . . mis honorarios.
 O mejor, degradadme vosotros,
 honradme, degradándome vosotros,
 quitadme los galones de un habitante de la Tierra,
 rasgadme el uniforme de los seres humanos. . .
 arrancadme la piel porque soy un traidor a vuestras leyes,
 a vuestra política
 y a vuestra religión.
 Y si hay una bala en vuestros códigos para esta traición,

me la tragaré como un garbanzo;
y si podéis encender una llama todavía en este mundo yerto
para quemar a los herejes,
encendedla,
avivadla,
acercadla a mis huesos. . .
y honradme con ella porque será el último fuego glorioso
que quede ya sobre la Tierra.

Entre tanto. . .
dejadme aquí desnudo en la montaña,
dejadme lamentar aquí, desnudo,
entre las ruinas de mi anatomía.

¡Yo soy el loco de la pista!
¡Si fuera el empresario
o el elegante caballero que camina en el alambre,
con un puro encendido en la boca
y un paraguas en la mano para guardar el equilibrio
y asombrar a la concurrencia! . . .
Pero yo soy el loco despistado de la pista. . .
Tengo dos heridas purulentas en los sesos.
¡Ah! ¡Si yo hubiese inventado la manera de dominar el
mar. . .

la amargura del mar!
O si le hubiese amputado el pico al pájaro del pecho
para que no perturbase la blanca impavidez de las pecheras
almidonadas. . .
¡Ah! ¡Si yo hubiese sabido que una tela impermeable,
sobre unas varillas de metal, podía detener las lágrimas
del cielo,
y unas botas de hule silencioso, apagar la voz de los muertos
que gritan bajo tierra. . . !
¡Ah! ¡Si yo hubiese sabido que todo el fuego del mundo
puede llevarse en la punta de un cigarro. . . !

¡Que toda la pasión de Inglaterra, por ejemplo, cabe en el
puro encendido de su Primer Ministro!

¡Ah! ¡Si yo hubiese aprendido a cavar las trincheras
y a levantar las vallas cerca de mi granero
y, al acercarse la Victoria,
hubiese grabado estas palabras sobre la puerta de mi casa:
"El Hombre ya no lucha por un ideal. . .!"

¡Ah! ¡Si yo hubiese inventado la astucia, el balancín,
la caña de pescar, la elegancia
y los grandes trucos de los circos!

Tal vez no me viese aquí ahora con la cabeza rota
y gritando desafortadamente en el vacío:

¡Eh, detened a ese gentleman!

¿Quién ha cortado el frac a la medida del pirata?

¡Ah! ¡Si yo no creyese que la campana de la Iglesia está
rota para siempre

como la basquiña de una virgen violada,
que la onda ecuménica de bronce es un pájaro muerto!

¡Ah! ¡Si yo pudiese orar,
si pudiese subir como el incienso todavía
y caer humildemente de rodillas como la cera hirviente
de los cirios. . . !

¡Ah! ¡Si los que asesinan al Cordero
y viven de la sangre y de la carne del cordero,
no me hubiesen arrebatado la fe. . . !

¡Ah! ¡Si yo tuviese fe.
si yo tuviese fe y creyese que el Gran Conserje Pedro
había encontrado las llaves y la gorra que se le
perdieron en Guernica,

y que tenía poderes todavía
para abrir puertas y postigos,
para enfilar la barca de los muertos
y firmar los pasaportes
de la gloria,

del purgatorio
y del infierno. . . !
¡Ah! ¡Si yo no tuviese estas heridas imantadas en los sesos,
estas heridas ocultas y reumáticas que se me enconan con
los cambios atmosféricos. . . !
tal vez no me viese aquí ahora. . . loco. . .
haciendo el horóscopo grotesco de los calendarios
y escribiendo estas palabras sin compás y sin sentido:

Con los tubos sobrantes de vuestros fusiles y cañones
construiréis los órganos de la futuras catedrales. . .
y el mundo dormirá tranquilo en los bancos de la parroquia.
Pero ya no habrá cañas para flautas,
el tamboril no llevará el ritmo de la sangre
y el caramillo no prolongará los sueños de la espiga.
La gran poesía del mañana nacerá para engordar las pesa-
dillas.

Y es inútil que compongáis el viejo clavecín,
que volváis a castrar a los acólitos
y que digáis en los concilios:
Cebaremos tiplones
para suplir a los poetas. . .
¡Porque lo que se ha roto es la canción!
¿Oísteis?
¡Lo que se ha roto es la canción!

Y esto dicen también mis huesos, mi sangre y mi cerebro
roto:

Pasad, sepultureros. . .
pasad con vuestros muertos
y vuestros azadones.
No enterréis el cadáver del Hombre junto al río. . .
Llevadlo al arenal,
escondedlo en la tierra seca y machorra del desierto.
Que no lo encuentre el agua,

ni la luz,
ni la caricia picante del estiércol. . .
¡Que no germine más!
¿Para qué prolongar esta semilla
si no da más que un árbol
con diezmos para el mago,
frutos para el magnate
y un recio pergamino
para los tambores de la guerra
y los infolios vergonzosos de la Historia. . . ?

México, 1944.

DOS POEMAS

Por José MORENO VILLA

NOS TRAJERON LAS ONDAS

I

No vinimos acá, nos trajeron las ondas.
Confusa marejada, con un sentido arcano,
impuso el derrotero a nuestros pies sumisos.

Nos trajeron las ondas que viven en misterio,
las fuerzas ondulantes que animan el destino,
los poderes ocultos en el manto celeste.

Teníamos que hacer algo fuera de casa,
fuera del gabinete y del rincón amado,
en medio de las cumbres solas, altas y ajenas.

El corazón estaba aferrado a lo suyo,
alimentándose de sus memorias dormidas,
emborrachándose de sus eternos latidos.

Era dulce vivir en lo amoldado y cierto,
con su vino seguro y su manjar caliente;
con su sábana fresca y su baño templado.

El libro iba saliendo; el cuadro iba pintándose;
el intercambio entre nosotros y el ambiente
verificábase como función del organismo.

Era normal la vida: el panadero, al horno;
el guardián, en su puesto; en su hato el pastor;
en su barca el marino y el pintor en su estudio.

¿Por qué fué roto aquello? ¿Quién hizo capitán
al mozo tabernero y juez al hortelano?
¿Quién hizo embajador al pobre analfabeto
y conductor de almas a quien no se conduce?

Fué la borrasca humana, sin duda, pero tú,
que buscas lo más hondo, sabes que por debajo
mandaban esas fuerzas ondulantes y oscuras
que te piden un hijo donde no lo soñabas,
que es pedirte los huesos para futuros hombres.

II

No pensamos venir, nos trajeron las ondas.
Acaso aquellas mismas que empujaron un día
el germen errabundo de nuestro nacimiento.

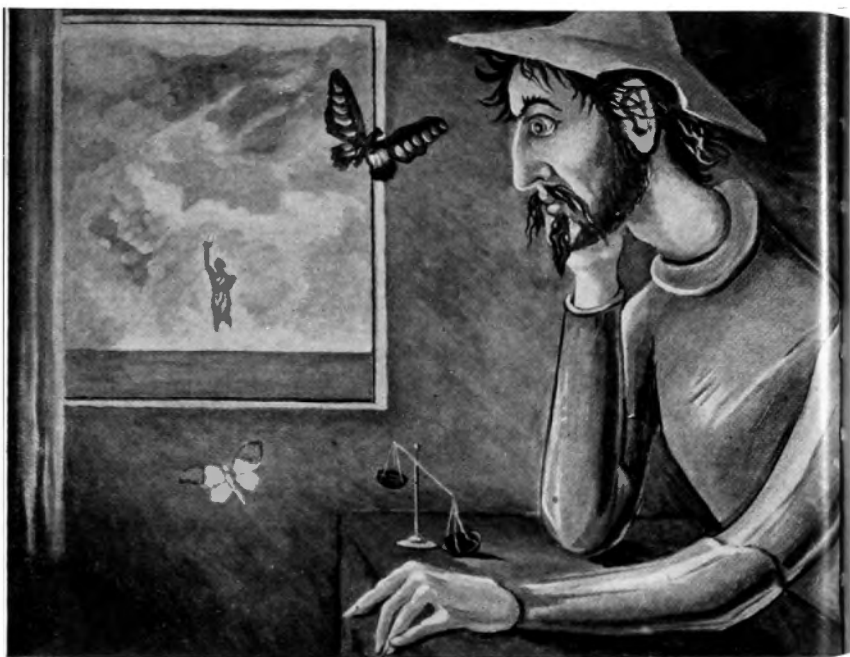
Ya estamos en la playa nueva. La misma arena;
el mismo rizo acompasado de la dulce orilla;
los mismos vagorosos pájaros que en la otra.

Pisamos tierra adentro y hallamos en las casas
semblantes, palabras, utensilios y afanes
casi gemelos a los del mundo dejado.

¿Un espejismo? El viento arrastra madreSelva,
jara, clavel y rosa, pino, laurel y espliego.
Todo lo que flotaba en los campos remotos.



MORENO VILLA. *Oleo.*



MORENO VILLA. *Oleo.*

Es verdad que en el cielo nocturno nos miran
otros ojos de luz con sus nuevos y arcanos signos.
Pero la verdad de estos y aquellos es la misma.

Son cuerpos en espera de algo, de la hora
del aflojamiento total, de la hora cero, cero,
del segundo parado en la garganta de la muerte.

Mi tumba sé cuál es, pero ¿y la tumba de la estrella?
La carne va a la tierra, pero la Tierra ¿a dónde?
La tierra se la traga la carne día y noche.

Pan de volcán, pan de ceniza, pan de lava
suspense en aire alto, electrizado y persistente,
busca nuestras entrañas para hacernos de piedra.

El destino es ser piedra. El águila de Juan
después de enormes giros será piedra del monte.
Y el toro de San Lucas y el león de San Marcos.

Pero ser carne es también nuestro destino.
Y volverá la piedra a sentirse con alas,
con mugido de toro y manos de león.

Nos trajeron las ondas, nos llevarán las mismas.
Y quien se muera aquí será llevado en alma
a dormir en el gran Escorial de su cuna
hasta que, piedra o polvo, pase a cuerpos hispanos.

III

Nos trajeron las ondas y el Escorial perdido
se quedó allá reinando, en la heredad del Papa,
como un dosel de sombra en la historia de un pueblo.

¡Claro Escorial, hoy símbolo de lo muerto sin gloria,
Babel tendida, restirada cuanto la piel del toro,
qué día el día en que tu desnudez, rota la sombra,

emerja ante los ojos extasiados, llenos de mar,
de tanto peregrino, de tanto vagabundo fiel,
de tanto lacerado cuerpo, futura piedra!

IV

Nos llevarán las ondas. Nos llevarán las ondas . . .
Nos llevarán las ondas no con bolsas repletas,
no con sacos de oro, ni tanques, ni aviones;

nos llevarán con lo que siempre llevamos:
un morral, un cayado y unas tablas de amor.
Para cantar, para vivir en páramos y limonares.

Y también unas tablas de trabajo moral
que digan cómo y cuándo y cuánto nos atañe.
Unas tablas de grandes y pequeños deberes.
Porque es hora de esfuerzo la hora del arribo.

V

Y aquí, sobre las ondas de dos mares colosos
seguirán engrosando, subiendo las ciudades.
México es ya robusta, como lo manda Dios.

Dejaremos la tierra del azteca y del inca
después de dar la sangre, el sudor y los huesos;
después de haber sembrado en medio de volcanes
lo mejor de nosotros, el beso y la palabra.

VI

Nos llevarán las ondas sin querer o queriendo.
El destino es más fuerte que nuestra voluntad
y a cada quien señala su tarea en el mundo,

su majuelo y su hora. A veces, esta hora
es tardía, y el hombre vive años y años
en el desasosiego de no saber qué hacer.

No tiemble; espere alerta. La hora viene.
No la arredran las canas. Las canas también sirven.
Ellas están más cerca del secreto del mundo.
De las barbas canosas bajó el verbo a la cruz.

SECÓ TODAS LAS LÁGRIMAS

A LA playa fué,
porque los seres del mar no lloran,
la estrella marina está fósil
y los erizos secos no convidan al llanto.

A la selva fué,
donde las ánimas reptantes no lloran,
donde la hiena se agazapa
y los leones destilan sangre de los bigotes.

Siempre huía del hombre aquel hombre sencillo.
Decía que los bancos y los hoteles lloran,
que lloran histéricamente los cabaretes
y los tranvías y los taxis.

Subió al volcán,
donde ya no hay retamas ni romeros.
Donde no llora nada,
si no es el humo llanto seco de algún titán.

A la playa fué.
A la selva fué.
Al volcán subió.
No se quedó en la playa, en la selva ni en el volcán.

Erró por los caminos desviados
que tanto gustan a los dormidos.
Se sentó en los peñascos predilectos de los suicidas;
reposó en los mesones donde blasfeman los arrieros.

Vió negro el sol y caoba la luna,
regadas de llanto las veredas
y morado de angustia el horizonte.

Se fué de todo, pero volvió impreciso,
besó el martillo de la herrería
y el martillo que le aplanaba el alma.

Besó el arroyo que le arrancaba la existencia.
Besó su propio llanto.
Y huyó de nuevo, aterrado de sí,
como pájaro incierto,
como perro perseguido,
como rico tramposo.

“No soy perro —gritaba—, ni pájaro ni rico.
Me faltan colmillos, alas, dinero.
Soy pobre y no me aguanto”.

Entró por las callejas y se sentó en el bar.
Pidió llanto de playa con gotas de osadía,
lágrimas de volcán y congoja de selva.

Bebió, bebió como beben los pantanos.
Se le inflaron los ojos,
Se le hinchó el corazón.

Arrancó de una silla la pata torneada
y huyó a la calle atónita
gritando: "Nadie llora,
nadie llora, no lloro,
he secado la mar,
he secado la selva,
he secado con mi pañuelo de rabia
el pozo de lágrimas del volcán".

México, 1944.

C E R O

Por *Pedro SALINAS*

I

INVITACIÓN al llanto. Esto es un llanto,
ojos, sin fin, llorando,
escombrera adelante, por las ruinas
de innumerables días.
Ruinas que esparce un cero —autor de nadas,
obra del hombre—, un cero, cuando estalla.

Cayó ciega. La soltó,
la soltaron, a seis mil
metros de altura, a las cuatro.
¿Hay ojos que le distinguan
a la tierra sus primores
desde tan alto?
¿Mundo feliz? Tramas, vidas,
que se tejen, se destejen,
mariposas, hombres, tigres,
amándose y desamándose?
No. Geometría. Abstractos
colores sin habitantes,
embuste liso de atlas.
Cientos de dedos del viento
una tras otra pasaban
las hojas
—márgenes de nubes blancas—
de las tierras de la tierra,
vuelta cuaderno de mapas.

Y a un mapa distante ¿quién
le tiene lástima? Lástima
da una pompa de jabón
irisada, que se quiebra;
o en la arena de la playa
un crujido, un caracol
roto
sin querer, con la pisada.
Pero esa altura tan alta
que ya no la quieren pájaros,
le ciega al querer su causa
con mil aires transparentes.
Invisibles se le vuelven
al mundo delgadas gracias:
la azucena y sus estambres,
colibríes y sus alas,
las venas que van y vienen,
en tierno azul dibujadas,
por un pecho de doncella.
¿Quién va a quererlas
si no se las ve de cerca?

El hizo su obligación:
lo que desde veinte esferas
instrumentos ordenaban,
exactamente: soltarla
al momento justo.

Nada.

Al principio
no vió casi nada. Una
mancha, creciendo despacio,
blanca, más blanca, ya cándida.
¿Arrebañados corderos?
¿Vedijas, copos de lana?

Eso sería. . .
¡Qué peso se le quitaba!
Eso sería: una imagen
que regresa.
Veinte años, atrás, un niño.

El era un niño —allá atrás—
que en estíos campesinos
con los corderos jugaba
por el pastizal. Carreras,
topadas, risas, caídas
de bruces sobre la grama;
tan reciente de rocío
que la alegría del mundo
al verse otra vez tan claro,
le refrescaba la cara.
Sí; esas blancuras de ahora,
allá abajo
en vellones dilatadas,
no pueden ser nada malo:
rebaños y más rebaños
serenísimos que pastan
en ancho mapa de tréboles.
Nada malo. Ecos redondos
de aquella inocencia doble
veinte años atrás: infancia
triscando con el cordero
y retozos celestiales,
del sol niño con las nubes
que empuja, pastora, el alba.
Mientras
detrás de tanta blancura
en la tierra —no era mapa—
en donde el cero cayó,
el gran desastre empezaba.

II

MUERTO inicial y víctima primera:
lo que va a ser y expira en los umbrales
del ser. ¡Ahogado coro de inminencias!
Heráldicas palabras voladoras
—“¡pronto!”, “¡enseguida!”, “¡ya!”— nuncios de dichas
colman el aire, lo vuelven promesa.
Pero la anunciación jamás se cumple:
la que aguardaba el éxtasis, doncella,
se quedará en su orilla, para siempre
entre su cuerpo y Dios alma suspensa.
¡Qué de esparcidas ruinas de futuro
por todo alrededor, sin que se vean!

Primer beso de amantes incipientes.
¡Asombro! ¿Es obra humana tanto gozo?
¿Podrán los labios repetirlo? Vuelan
hacia el segundo beso; más que beso,
claridad quieren, buscan la certeza
alegre de su don de hacer milagros
donde las bocas férvidas se encuentran.
¿Por qué si ya los hálitos se juntan
los labios a posarse nunca llegan?
Tan al borde del beso, no se besan.

Obediente al ardor de un mediodía
la moza muerde ya la fruta nueva.
La boca anhela el más celado jugo;
del anhelo no pasa. Se le niega
cuando el labio presente su dulzura
la condensada dentro, primavera,
pulpas de mayo, azúcares de junio,
día a día sumados a la almendra.

Consumación feliz de tanta ruta,
último paso, amante, pie en el aire,
que trae amor adonde amor espera.
Tiembla Julieta de Romeos próximos,
ya abre el alma a Calixto, Melibea.
Pero el paso final no encuentra suelo.
¿Dónde, si se hunde el mundo en la tiniebla,
si ya es nada Verona, y si no hay huerto?
De imposibles se vuelve la pareja.

¿Y esa mano —¿de quién?—, la mano trunca
blanca, en el suelo, sin su brazo, huérfana,
que busca en el rosal la única abierta,
y cuando ya la alcanza por el tallo
se desprende, dejándose a la rosa,
sin conocer los ojos de su dueña?

¡Cimeras alegrías tremolantes,
gozo inmediato, pasmo que se acerca:
la frase más difícil, la penúltima,
la que lleva, derecho, hasta el acierto,
perfección vislumbrada, nunca nuestra!
¡Imágenes que inclinan su hermosura
sobre espejos que nunca las reflejan!

¡Qué cadáver ingrávito: un mañana
que muere al filo de su aurora cierta!
Vísperas son capullos. Sí, de dichas;
sí, de tiempo, futuros en capullos.
¡Tan hermosas, las vísperas!

¡Y muertas!

III

¿SE puede hacer más daño, allí en la tierra?
Polvo que se levanta de la ruina,
humo del sacrificio, vaho de escombros
dice que sí se puede. Que hay más pena.
Vasto ayer que se queda sin presente,
vida inmolada en aparentes piedras.

¡Tanto afinar la gracia de los fustes
contra la selva tenebrosa alzados
de donde el miedo viene al alma, pánico.
Junto a un altar de azul, de ola y espuma
el pensar y la piedra se desposan;
el mármol, que era blanco, es ya blancura.
Alborean columnas por el mundo,
ofreciéndole un orden a la aurora.
No terror, calma pura, da este bosque
de noble savia, pórtico.
Vientos y vientos de dos mil otoños
con hojas de esta selva inmarcesible
quisieran aumentar sus hojarascas.
Rectos embisten, curvas les engañan,
Sin botín huyen. ¿Dónde está su fronda?
No pájaros, sus copas, procesiones
de doncellas mantienen en lo alto,
que atraviesan la vida, sin moverse.

Este espacio que no era más que espacio
a nadie dedicado, aire en vacío,
la lenta cantería lo redime
piedras poniendo, de oro, sobre piedras,
de aquella indiferencia sin plegaria.
Fiera luz, la del sumo mediodía,

claridad, toda hueca, de tan clara
va aprendiendo, ceñida entre altos muros
masedumbres, dulzúras; ya es misterio.
Cantan coral callado las ogivas.
Flechas del alba cruzan por los santos
incorpóreos; no hieren, les traen vida
de colores. La noche se la quita.
La bóveda, al cerrarse abre más cielo.
Y la hermosura vasta de estos límites
siente el alma que nada la termina.

Tierra sin forma, pobre arcilla; ahora
el torno la conduce hasta su auge;
suave concavidad, nido de dioses.
Poseidón, Venus, Iris, sus siluetas
en su seno se posan. A esta crátera
ojos, siempre sedientos, a abrevarse
vienen de agua de mito, inagotable.
Guarda la copa en este fondo oscuro
callado resplandor, eco de Olimpo.
Frágil materia es, mas se acomodan
los dioses, los eternos, en su círculo.

Y así, con lentitud que no descansa,
por las obras del hombre se hace el tiempo
profusión fabulosa. Cuando rueda
el mundo, tesorero, va sumando
—en cada vuelta gana una hermosura—
a belleza de ayer, belleza inédita.
Sobre sus hombros gráciles las horas
dádivas imprevistas acarrear.
¿Vida? Invención, hallazgo, lo que es
hoy a las cuatro, y a las tres no era.
Gozo de ver que si se marchan unas
trasponiendo la ceja de la tarde,

por el nocturno alcor otras se acercan.
Tiempo, fila de gracias que no cesa.
¡Qué alegría, saber que en cada hora
algo que está viniendo nos espera!
Ninguna ociosa, cada cual su don;
ninguna avara, todo nos lo entregan.
Por las manos que abren somos ricos
y en el regazo, tierra, de este mundo
dejando van sin pausa
novísimos presentes: diferencias.
¿Flor? Flores. ¡Qué sin fin de flores, flor!
Todo, en lo igual, distinto: primavera.
Cuando se ve la tierra amanecerse
se siente más feliz. La luz que llega
a estrenarle las obras de este día
la acrece su plural. ¡Es más diversa!

IV

EL cero cae sobre ellas.
Ya no las veo, a las muchas,
las bellísimas, deshechas,
en esa desgarradora
unidad que las confunde,
en la nada, en la escombrera.

Por el escombros busco yo a mis muertos;
más me duele su ser tan invisibles.
Nadie los ve; lo que se ve son formas
truncas; prodigios eran, singulares,
que retornan, vencidos, a su piedra.
Muertos añosos, muertos a lo lejos,
cadáveres perdidos,
en ignorado osario perfecciona

la tierra, lentamente, su esqueleto.
Su muerte fué hace mucho. Esperanzada
en no morir, su muerte. Anima dieron
a masas que yacían en canteras.
Muchas piedras llenaron de temblores.
Mineral que camina hacia la imagen,
misteriosa tibieza, ya corriendo
por las vetas del mármol,
cuando, curva tras curva, se le empuja
hacia su más, a ser redondo pecho.
Piedra que late así con un latido
de carne que no es suya, entra en el juego:
—ruleta son las horas y los días—
el jugarse a la nada, o a lo eterno
el caudal a sus formas confiado:
alma de sus autores, ya sin cuerpos.
Si se fué una materia otra se queda
detrás, bulto heredero
sacado por sus manos de lo informe,
que acepta con marmóreo silencio
augusto compromiso: eternizarlos.
Menos morir, morir así: transbordo
de una carne terrena a bajel pétreo
que zarpa, sin más aire que le impulse
que un soplo, al expirar, último aliento.
Travesía que empieza, rumbo a siempre;
la brújula no sirve, hay otro norte
que no confía a mapas su secreto;
misteriosos pilotos invisibles,
desde tumbas los guían, mareantes
por aguja de fe, según luceros.
Balsa de dioses, ánfora.
Naves de salvación con un policromo
velamen de vidrieras, y sus cuentos.
Mármol, que flota porque viste a Venus.

Naos prodigiosas, sin cesar hendiendo
inmóviles, con proas tajadoras
auroras y crepúsculos, espumas
del tumbo de los años; años, olas
por los siglos alzándose y rompiendo.
Peripecia suprema día y noche,
navegar tesonero
empujado por racha que no atregua:
negación del morir, ansia de vida,
dando sus velas, piedras, a los vientos.
Armadas extrañísimas de afanes,
galeras, no de vivos, no de muertos,
tripulaciones de querencias puras,
incansables remeros,
cada cual con su remo, lo que hizo,
soñando en recalar en la celeste
ensenada segura, la que está
detrás, salva, del tiempo.

V

¡Y TODOS, ahora, todos,
qué naufragio total, en este escombros!
No tibios, no despedazados miembros
me piden compasión, desde la ruina:
de carne antigua voz antigua, oigo.

Desgarrada blancura, torso abierto,
aquí, a mis pies, informe.
Fué ninfa geométrica, columna.
El corazón que acaban de matarle,
Leuquipo, pitagórico,
calculador de sueños, arquitecto,
de su pecho lo fué pasando a mármoles.

Y así, edad tras edad, en estas cándidas
hijas de su diseño
su vivir se salvó. Todo invisible,
su pálpito y su fuego.
Y ellas abstractos bultos se fingían,
pura piedra, columnas sin misterio.

Más duelo, más allá: serafín trunco
ángel a trozos, roto mensajero.
Quebrada en seis pedazos
sonrisa, que anunciaba, por el suelo.
Entre el polvo guedejas
de rubia piedra, pelo tan sedño
que el sol se lo atusaba a cada aurora
con sus dedos primeros.
Alas yacen usadas a lo altísimo,
en barro acaba su plumaje célico.
(A estas plumas del ángel desalado
encomendó su vuelo
sobre los siglos el hermano Pablo,
dulce monje cantero).

Sigo escombros adelante, solo, solo.
Hollando voy los restos
de tantas perfecciones abolidas.
Años, siglos, por siglos acudieron
aquí, a posarse en ellas; rezumaban
arcillas o granitos,
linajes de humedad, frescor edénico.
No piso la materia; en su pedriza
piso el mayor dolor, tiempo deshecho.
Tiempo divino que llegó a ser tiempo
poco a poco, mañana tras su aurora,
mediodía camino de su véspero,
estío que se junta con otoño,



LUNA. Disparate español.



LUNA. Fragmento.

primaveras sumadas al invierno.
Años que nada saben de sus números,
llegándose, marchándose sin prisa,
sol que sale, sol puesto,
artificio diario, lenta rueda
que va subiendo al hombre hasta su cielo.
Piso añicos de tiempo.
Camino sobre anhelos hechos trizas
sobre los días lentos
que le costó al cincel llegar al ángel;
sobre ardorosas noches,
con el ardor ardidas del desvelo
que en la alta madrugada da, por fin,
con el contorno exacto de su empeño. . .
Hollando voy las horas jubilares:
triunfo, toque final, remate, término
cuando ya, por constancia o por milagro,
obra se acaba que empezó proyecto.
Lo que era suma en un instante es polvo.
¡Qué derroche de siglos, un momento!
No se derrumban piedras, no, ni imágenes;
lo que se viene abajo es esa hueste
de tercios defensores de sus sueños.
Tropa que dió batalla a las milicias
mudas, sin rostro, de la nada; ejército
que matando a un olvido cada día
conquistó lentamente los milenios.

Se abre por fin la tumba a que escaparon;
les llega aquí la muerte de que huyeron.
Ya encontré mi cadáver, el que lloro.
Cadáver de los muertos que vivían
salvados de sus cuerpos pasajeros.
Un gran silencio en el vacío oscuro,
un gran polvo de obras, triste incienso,

canto inaudito, funeral sin nadie.
Yo sólo le recuerdo, al impalpable,
al NO dicho a la muerte, sostenido
contra tiempo y marea: ese es el muerto.

Soy la sombra que busca en la escombrera.
Con sus siete dolores cada una
mil soledades vienen a mi encuentro.
Hay un crucificado que agoniza
en desolado Gólgota de escombros,
de su cruz separado, cara al cielo.
Como no tiene cruz parece un hombre.
Pero aulla un perro, un infinito perro
—inmenso aullar nocturno ¿desde dónde?—
voz clamante entre ruinas por su Dueño.

Baltimore, Bread Loaf, San Juan de Puerto Rico. 1943.

C A R A A C A R A

Por *Jorge GUILLEN*

I

*Lo demás es lo otro: viento triste,
Mientras las hojas buyen en bandadas.*

FEDERICO GARCIA LORCA

VERDE oscuro amarillento,
Deslumbra un tigre. Fosfórico,
El círculo de agresión
General cierra su coso.

Aun los cielos se barajan
—Múltiples, bárbaros, lóbregos—
Para formar una sola
Sombra de dominio a plomo.

Nublado. Las nubes sitian
A las torres y cimborrios
De la ciudad, de improviso
Campestre. Se aguza un chopo
Bajo un retumbo, que lejos

Se extingue: derrumbe sordo.
En el aire cruelmente
Blando se ahuman los troncos,
Y un crepúsculo a deshora
Derrama en el día golfos

De una oscuridad que pide
Luz urgente de socorro.

Se encienden lámparas íntimas
Que recogen en sus conos
De resplandor esos ámbitos
Amigos de los coloquios.

Hay una desolación
A contra luz, algo anónimo
Que zumba hostil, un difuso
Conflicto de tarde y lodo
—Con su tedio, que no deja
De escarbar. Y de sus hoyos
Emergen desparramándose,
Asfixiando, los enojos
Escondidos, la más fosca
Pululación del bochorno,
El hervidero enemigo
De cuantos dioses invoco.

En relámpagos se rasgan
Los cielos hasta esos fondos
Tan vacíos que iluminan
Los cárdenos dolorosos.

El agresor general
Va rodeándolo todo.
—Pues . . . aquí estoy. Yo no cedo.
Nada cederé al demonio.

II

¡OH doliente muchedumbre
De errores con sus agobios
Innúmeros! Ved: se asoman,
Míos también, a mi rostro.

Equivalencia final
De los unos y los otros:
Esos cómplices enlaces
De las víctimas y el ogro,

Mientras con su pesadumbre
De masa pesan los lomos
Reunidos del país
Polvoriento, populoso. . .

Las farsas, las violencias,
Las políticas, los morros
Húmedos del animal
Cínicamente veloso,

Y la confabulación
Que envuelve en el mismo rojo
De una iracundia común
Al paladín con el monstruo. . .

Esa congoja del alba
Que blanquea el calabozo,
Extenuación de la cal
Sobre los muros monótonos,

A la vista siempre el aire
Tan ancho tras los cerrojos,
Y en la boca —siempre seca—
Tan amargo el soliloquio. . .

Ese instante de fatiga
Que sueña con el reposo
Que ha de mantener yacentes,
Más allá de bulla y corro,

A los cansados, sin fin
Vacación en los remotos

Jardines favorecidos
Por aquel interno otoño. . .

¡Imperen mal y dolor!
En mi semblante un sonrojo
De inaptitud se colore.
No cedo, no me abandono.

III

Si las furias de un amor,
Si un paraíso de apóstol
¡Ay! me conducen —en nombre
De algún dios— hasta algún foso,

Si el combate, si el disturbio
Me desmenuzan en trozos
El planeta y se me clavan
Los añicos entre escombros,

Desde el centro del escándalo
Yo sufriré con los rotos.
Y cuando llegue la noche,
Astros habrá tan notorios

Que no fallará a mis plantas
El suelo. Yo me compongo

Para mi soberanía
La paz de un islote propio.

¿Quién podría arrebatarme
Tal libertad? No hay estorbo
Que al fin me anule este goce
Del más salvado tesoro.

IV

SI, cuando me duele el mundo,
En el corazón un pozo
Se me hundiera hacia el abismo
De esa Nada que yo ignoro,

Si los años me tornasen
Crepúsculo de rastrojo,
Si al huir las alegrías
Revolvieran su decoro,

Si los grises de los cerros
Me enfriasen los insomnios
Con sus cenizas de lunas
En horizontes de polvo,

¿Se sentiría vencido,
Apagado aquel rescoldo
De mi afán por las esencias
Y su resplandor en torno?

Heme ante la realidad
Cara a cara. No me escondo,
Sigo en mis trece. Ni cedo
Ni cederé, siempre atónito.

V

Lo sé: horas volverán
Con su cabeza de toro
Negro asomándose, brusco,
Al camino sin recodo.

Vendrán hasta mi descanso,
Entre tantos repertorios
De melodías, las ondas
En tropeles inarmónicos.

¡Que se quiebre en discordancias
El azar! Creo en un coro
Más sutil, en esa música
Tácita bajo el embrollo.

El acorde —tan mordido,
Intermitente, recóndito—
Sobrevive y suena más.
Yo también a él respondo.

En su etereza constante
Palpo el concierto que, sólido,
Permanece frente a mí
Con el arco sin adorno.

¿Perdura el desbarajuste?
Algo se calla más hondo.
¿Siempre chirría la Historia?
De los silencios dispongo.

¿Y el inmediato prodigio
Que se me ofrece en su colmo
De evidencia? Yo me dejo
Seducir.—Ten ya mi elogio.

Entre tantos accidentes
Las esencias reconozco,
Profundas hasta su fábula.
Nada más real que el oro.

Así sueño: frente a un sol
Que nunca me hallará absorto

Por dentro de algún celaje
Con reservas de biombos.

¿Marfil? Cristal. A ningún
Rico refugio me acojo.
Mi defensa es el cristal
De una ventana que adoro.

VI

¡Oh, sí! Yo quiero. ¡Amor, amor! Dejadme.

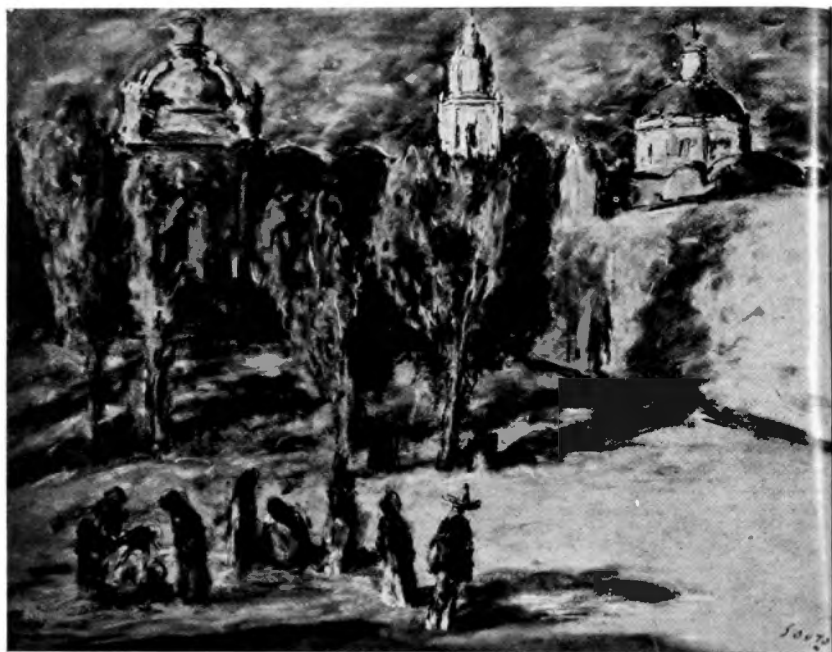
FEDERICO GARCIA LORCA

MIENTRAS, el Mal? Fatalmente.
Desordenando los modos
Guarde en su puño la cólera,
Contraiga el visaje torvo,
Palpite con los reflejos
Cárdenos de los horóscopos,
Lleve la dicha hasta el ímpetu
Con que yo también acoso...
Necesito que una angustia
Posible cerque mis gozos
Y los mantenga en el día
Realísimo que yo afronto.
Rompa así la realidad
En mis rompientes y escollos,
Circúndeme un oleaje
De veras contradictorio,
Y en el centro me sitúe
De la verdad. ¿Alboroto?
El me procura mi bien.
Difícil, sí, lo ambiciono,

¡Gracias! Continua tensión
Va acercándome a un emporio
De formas que ya diviso:
Con ellas avanzo, próspero.
¿Lo demás? No importa. Siga
Mi libertad al arroyo
Revuelto y dure mi pacto
—A través de los más broncos
Accidentes— con la esencia:
Virtud radiante, negocio
De afirmación, realidad
Inmortal y su alborozo.
Para el hombre es la hermosura.
Con la luz me perfecciono.
Yo soy merced a la hermosa
Revelación: este Globo.
Se redondea una gana
Sin ocasos, y me arrojó
Con mi avidez hacia el orbe.
¡Lo mucho para lo poco!
Es el orbe quien convoca.
¡Tanta invitación le oigo!
El alma quiere acallar
Su potencia de sollozo.
No soy nadie, no soy nada
Pero soy —con unos hombros
Que resisten y sostienen
Mientras se agrandan los ojos
Admirando cómo el mundo
Se tiende fresco al asombro.



SOUTO. Figura.



SOUTO. Paisaje mexicano.

CUATRO POEMAS

Por *Pedro GARFIAS*

POEMA

POR el aroma roto de un recuerdo,
como por un incienso mutilado,
brotas de la memoria en que me pierdo
cristal sin luz, metal acongojado.

Contigo traes el llanto de la encina
y la cinta sin mácula del hielo.
Contigo el ronco viento de la esquina
y el tierno y largo jaderar del suelo.

Contigo traes, a tu costado atado,
el mar de ancho pulmón y duro acento,
y a la húmeda sombra del costado
el río soñador y soñoliento.

La brisa que fué ala sollozante,
el cielo que fué verde praderío,
el trabajado lirio de diamante
y la oliva, viajera por el río;

el toro inmóvil, la veloz espiga
contigo traes, de mi memoria brotan
y en un dulce atropello sin fatiga
por la corriente de mis hombros flotan.

Dejadme a mí, dejadme a la ventura
andar, llorar sin voz, mirar en vano
hasta caer sobre la tierra oscura
con la frente en el cuenco de mi mano.

CANCION

GUADALQUIVIR:
el espejo de tus aguas
sabe del rodar suave
de las tardes sevillanas.

Ay, río que se me va.
Ay, tarde que se me escapa.

A cada paso del río
va adelgazando la noche
y las estrellas menudas
ya nos parecen enormes.

Capitán, pronto, la brújula.
Que este río no va al mar.
Que va a la luna.

SONETO

POR el costado de la tarde aquella,
curvo y suave como tu mejilla,
fui resbalando hasta la pura estrella
que hoy en el pecho de mi noche brilla.

Fuí pájaro, fuí viento, fuí centella.
Surqué las horas con ligera quilla
y contemplé la huella de mi huella
como un álamo roto de la orilla.

Remonté la corriente decidido.
Luché furioso con sus sordas olas.
Vencí. No más seré de lo que he sido.

Hincada mi raíz en su costado
quiero quedarme con mi noche a solas
como en un caserón abandonado.

ESP A Ñ A

Tus cordilleras de salvaje aliento,
tus íntimas, profundas, dulces vegas;
tus eriales rutilando al sol
como medallas a tu pecho presas
y tus altos castillos, apoyando
en su bastón, una vejez sincera,
contemplo eternamente, España mía,
sobre la palma de mi mano abierta.

México, 1944.

SELECCION

Por *Juan José DOMENCHINA*

5 APOSTILLAS DE SOMBRA

1

• • • **Y** LA vida futura, que no tiene
fin, ¿vale acaso más que el infinito
presente, ya concluso, ya marchito,
ya pasado en el tiempo cuando viene?

Sólo lo insostenible me sostiene.
A perpetua mudanza circunscrito,
el tiempo, intemporal, donde repito
mi vida, en tarde ayer me sobreviene.

Ayer fué el paso que no dí, el acaso
que me dió, con mi cierta incertidumbre
de mortal precedido, su fracaso.

Hoy, es el eco de la pesadumbre
pasada, lo que vuelve, con mi paso
sin dar, a repetirme su costumbre.

2

Y NO es acedo el vino; no es del mosto
sazonado la hiel que paladeas

cuando en su puro espíritu recreas
con tu agraz la vendimia de tu agosto.

Para el ancho beber, tienes angosto
el gazzate, de cortas melopeas;
y, cuanto menos bebes, más deseas
pagarte una embriaguez a bajo costo.

Confundes, mala cepa, la amargura
dionisiaca —magnífica— y la agrura
—baja, vil— de tu boca repelida.

E imaginas, en fin, que ves dos veces
cuando ves doble y, en vaivén, te meces
dos veces con tu vida repetida.

3

Tus galerías de incomunicado
dan al mar . . . Y a ese mar, que es insondable,
bajas, buzo dormido, por el cable
del sueño que te tiene desvelado.

En tu insomnio te deja descontado
lo que quieres contar, que es incontable
—por numeroso no, por inefable—
y que te suma cifras de restado.

La noche —densa y fiel, como tú— viste
de luto por las cosas que tú viste
disiparse en la vida que tuviste.

Pero tu sueño es vida, y recupera
lo que fuera tu vida verdadera
en su pasión de adentro siempre fuera.

4

*Corren mi silencio galgos
agudos: noble jauría...*

J. J. D.

SE palpa en vuestra sobria anatomía
el sesgo de una fuga descarnada,
galgos escuetos, en la desalada
urgencia de correr que tiene el día

cuando despunta por la lejanía
—en desperezos, escalofriada
y por su mordedura atarazada—,
la luz de un sol en sombra todavía.

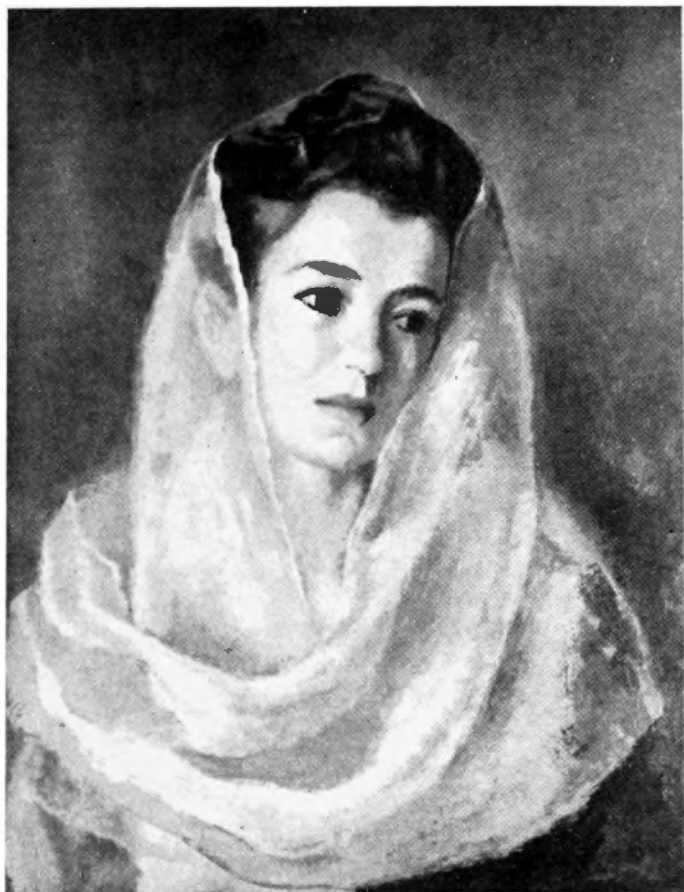
Atónitos ejemplos de porfía
veloz y de premura inmotivada,
como dardos de carne en agonía,

tras una meta errante y desbocada,
os afiláis, escuálida jauría,
en el pasmo que os corta la llegada.

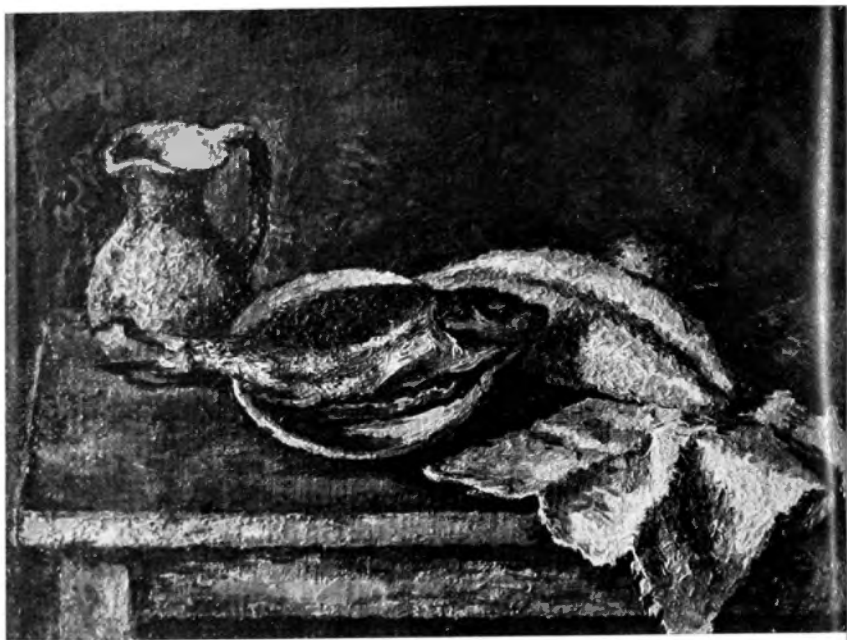
5

HUYENDO, al filo de mi vida ardiendo,
del toro de la sangre y la locura,
yo me quité, en un quite de cordura
falaz, del sitio que gané viviendo.

Y en este sitio que encontré, perdiendo
mi sitio a la deriva, a la ventura,



CLIMENT. *Retrato.*



CLIMENT. Bodegón.

desventurado, voy, con mi amargura,
siempre de vuelta, y sin volver, muriendo.

Sólo comprendo lo que no comprendo,
lo que no abarco ya. Y en la postura
que me han puesto me voy desvaneciendo,

sin vanidad: borrando mi figura
desfigurada, mientras voy poniendo
el sol caduco de mi noche oscura.

2 CANCIONES

1

PERO ya tu puerta, abierta
sólo a la noche cerrada,
no se da por franqueada
cuando la traspones . . .

¡Puerta

de tu ayer, que no recibe
la vida que te postvive
dentro de la carne muerta!

2

QUE no diga el corazón
jamás su corazonada.
Súbita y equivocada

voz de sangre extravasada
en un vuelco de pasión . . .
Que no diga el corazón
jamás su corazonada.

Y UN EPITAFIO

Y tú, hombre veleidoso, y firme consecuente
—que no es contrasentido ni paradoja—, estás,
junto al placer humano del yacer, adyacente:
buscándote en lo rígido de tu cuerpo presente
la vida, tan movida, que te dejaste atrás.

México, 1944.

NOSTALGIAS

Por *Emilio PRADOS*

I

¡Luz!—¿Tanta luz y tan lenta
y tan dulce y constante
y tan fiel en la tierra?

¡Sol!—¿Tanto sol y no ciega
y no reduce al viento
y no agosta la hierba?

¡Flor!—¿Tanto aroma y se entrega,
tan generosamente,
sin premio, a la belleza? . . .

¿De algo el tiempo se olvida
o de nada se entera,
o, cauteloso y hábil,
bajo este engaño acecha? . .

(Prudentemente el agua
se oculta en la alameda
y corre y corre y corre
desconfiada y tierna,
avisando a la rosa
despertando a la arena,
abrazándose al tronco
desmelenada, inquieta;

bajando a lo profundo
de la raíz, secreta,
para subir, de nuevo
rápida mensajera,
a decir entre el musgo
y contar en las piedras
y desmayar su angustia
sobre el remanso abierta
y gemir corre y corre,
avizora y señera,
los ojos sobre el cielo
y la lengua en la tierra,
sin saber dónde corre
ni por qué su carrera. . .
Mas corre, corre y dice:
—¿Tanta luz y tan tierna
y tan dulce y constante
en esta primavera? . . .
¿Tanta flor, tanto aroma,
tanto amor en la tierra?
¿Tanto beso en el aire?
¿Tanta flecha en espera? . . .
De algo el tiempo se olvida
o de nada se entera
o cauteloso y hábil
bajo un engaño acecha).

Está en el cielo el alba
como una herida abierta. . .
Cruza el monte lejano
una nube sangrienta.

Sobre sus altas hojas,
ya en temblor, la alameda

hacia la luz que avanza
su batalla presenta.

Y el agua, corre y corre
oculta en la alameda,
dejando en todo el campo
su temblor de culebra.

Como el agua, mi sangre,
corriendo por mis venas,
por despertar mis sueños
mis temores despierta.

Y un doloroso anillo
mi corazón aprieta. . .
¡Algo mi cuerpo olvida
o cauteloso acecha!

II

LA luna arriba entre nubes
igual que un pétalo errante.

Sobre la tierra callada,
mayo nace.

—¿Mayo nace?

¡Nació la rosa!

—Al nacer

nadie la vió.

¿Nadie?

—Nadie.

¿Quién la vió vivir?

—El viento
escondido entre los árboles.

¿Quién la vió morir?

—El viento
ya medio hundido en la tarde.

Está la Tierra parada.

Mayo nace. . .

—¿Mayo nace?. . .

(Yo sueño con un camino.

Nadie lo ve, nadie, nadie). . .

III

CAMPO, campo y más campo. . .

¿Y el olivar?

(Mi corazón, soñando).

Campo, campo y más campo.

(¿Qué me persigue, Dios,
qué me persigue?)

Campo, campo y más campo.

Y ¿dónde el mar?

(Mi corazón, llorando).

Campo, campo y más campo. . .

IV

AY rosa, calla, calla:
ocultémonos juntos
bajo los pies del agua.

Ay, calla, calla viento:
bajo los' pies del monte
dejemos nuestros cuerpos.

—¿Qué ocurre?

El sol naciente

—joya de primavera—,
luce sobre lo verde.

—¿Y el amor?...

En olvido.

(Como un rumor de sueños
rueda el agua en el río).

V

CAUDA del sueño,
lluvia del estío:
¿Adónde va
la nube en que has nacido?

Eco del bosque,
corazón del viento:
¿dónde la voz
que te dejó en el cielo?

Rumor del agua
entre los tallos débiles:
¿adónde va el frescor
de tu corriente?

Cuerpo fugaz del hombre,
esbelto junco:
¿dónde olvidó tu sombra
su desnudo?

(La voz de Dios
resuena contra el tiempo:
¿Dónde el amor
oculta su misterio?)

México, 1944.

TRES POEMAS

Por Manuel ALTOLAGUIRRE

ANGEL DEL TIEMPO

EN un hombro el ayer,
en el otro el mañana;
su túnica infinita
una eternidad blanca.
El ángel del presente
tiende sus grises alas,
plumaje de recuerdos,
espuma de esperanzas.
El pasado, el futuro,
se agitan y no avanzan:
son dos cielos perdidos
en el sueño, en la nada.

ROMANCE

NUBE a nube hasta muy hondo
haciéndome un alma estoy
dentro de mí, donde gozo
tristezas que se hacen luces
o música, donde lloro
deleites que se hacen humo,
humo negro y silencioso.
El amor rompe esas nubes

y apaga tristezas, sólo
quisiera sacarme el alma
para quererte del todo
o que tu vida, amor mío,
que fué torre se haga pozo,
que en mí se clave, se pierda
como un reflejo sonoro
de mi sueño, de ese sueño
que se me va de los ojos.

ROCA DE AMOR

TANTO mundo que he visto, todo el cielo,
ahora cuando estoy solo no me basta
para mi vida ni para mi sueño.
Y sin embargo, cuando estoy contigo,
a flor de esa imprecisa superficie
que es el tiempo pasado sin gozarte,
un anhelo cortándome las alas
reduce los lejanos horizontes
a un pequeño cristal pronto a perderse
como la sal en el profundo olvido.
Junto a ti, frente al mar, nada recuerdo
y dan la luz y el aire molde cóncavo
a mi presente, a la inmutable y firme
roca de amor. Que nadie nunca diga:
“ayer la vi” o “la veré mañana”.

México, 1944.



FRANCÉS. *Oleo.*



FRANCÉS. *Oleo.*

EL SURREALISMO ENTRE VIEJO Y NUEVO MUNDO *

Por Juan LARREA

IV

*El mundo se convierte en sueño,
el sueño se convierte en mundo.*

NOVALIS.

A JUZGAR por el resultado obtenido en las páginas anteriores, el surrealismo parece añadir una prueba de calidad a las que ya militan en pro de una posible identificación histórica entre el llamado mundo nuevo, a que aspiran por múltiples derroteros subjetivos los hombres de hoy, y el objetivo Nuevo Mundo de América. Quiere ello decir que se vislumbra aquí una copulación inminente entre dos series de términos disociados: objetivo y subjetivo; intuición y razón, realidad geográfica concreta y representación ideológica abstracta; . . . y hasta en cierto modo, entre los dos pretendidos sexos complementarios sueño y realidad.

Más aún; si al descubrirse América *soñó* el mundo occidental que sobre el futuro del hombre gravitaba un terrestre mundo nuevo llegando a ubicar en ella sus proyecciones utópicas y a conocerla —en apariencia injustamente, en realidad reveladoramente— con el nombre de quien primero dió a conocer su cualidad de Nuevo Mundo, la tesis surrealista de identificación de realidad y sueño exige, para resultar exacta, que tales supuestos respondan a una verdad efectiva, único modo de que se resuelva en forma humanamente valedera la tan decantada antinomia

* Véanse los dos números anteriores de CUADERNOS AMERICANOS.

constituída por el fenómeno subjetivo del sueño y el objetivo de la realidad histórica.

No es este el momento de volver sobre una tesis ya defendida por quien esto escribe en otras ocasiones.²⁷ Más bien procede advertir cómo dicha tesis concuerda en sustancia con el credo surrealista, al tiempo que se ve corroborada por el hecho de que en el actual sombrío naufragio de Occidente, las corrientes históricas hayan empujado a varios de los miembros más representativos del grupo a estas riberas y amaneceres americanos. Presentan, sin embargo, ambas tesis diferencias que cabe no desconocer. Porque cuando Nerval, inconsciente promotor del surrealismo, pretende conciliar sueño y realidad, lo hace en el seno de un sistema individualista y, conforme a su fenomenología, bajo especie individual. Planteado en este terreno el problema no ofrece solución. Mientras que aquí, traspuesta incluso la zona antitética que ha dado origen al grupo u organismo embrionario, esa conciliación se afirma en pleno orbe histórico, en el despertar del gran sueño del mundo. Cosa que dista de constituir una desventaja puesto que atañe a lo universal y, por tanto, al Nuevo Mundo que, para serlo de veras, requiere una conciencia de este orden específico.

Desde tiempo inmemorial función del poeta ha sido meterse en ulterioridades. Su facultad vaticinante y creadora de metáforas y mitos transferidores le distingue de los demás mortales que pasan por la vida precintados en estrechos compartimentos históricos. En particular parece hallarse conexo a la realidad dinámica de la Historia por cuanto su aptitud responde a la necesidad de inventar aquellos espejismos que instan a hombres y a pueblos a ponerse material o espiritualmente en marcha hacia nuevas abras y confines. La ciencia que prevalece en su situación de vigía es una panorámica, esto es, un grado orgáni-

²⁷ Ve. *Hacia una definición de América* en "Cuadernos Americanos", vol. VI, N° 6, noviembre-diciembre de 1942, y *Rendición de Espíritu*. En esta última obra se registran varios ejemplos de sueños milenarios que vienen en América a confundirse con la realidad. En términos generales puede sustentarse que el subjetivo de Occidente, a partir de la escena proverbial del Paraíso, constituye un sueño inmenso llamado a ponerse metafóricamente por obra.

co de conciencia. Dicha facultad providente —postergada tan pronto como la poesía se convierte en literatura al servicio de cualquier contrato social— constituye la bandera y el postulado básico del surrealismo cuyas flechas indicadoras apuntan, según se ha circunstanciado, hacia el nuevo hemisferio. Mas he aquí que alguno por lo menos de sus modos de pensar y sentir concuerdan, congruentemente, con ciertos puntos de vista que, mantenidos por quien los mantuvo, parecen consustanciales al Nuevo Mundo de América. Verdad es que Rubén Darío, aludido en la frase anterior, bebió gran parte de sus conocimientos en Francia donde frecuentó las obras de los poetas malditos y respiró la atmósfera que ellos respiraron. Mas también es cierto que ningún otro poeta hispánico, aun los más familiarizados con la literatura francesa del siglo XIX, ha sido capaz como él de preterir los tonos gustosos para los que tan asombrosas dotes poseía, a fin de cargar el acento poético en la Videncia. Afirma así en su famoso prefacio al *Canto Errante* que “el poeta tiene la visión directa e introspectiva de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento”. (Adviértase al pasar cómo el sentido de esta proposición es el mismo que desprende la figura de Brauner). Esa “supervisión” y ese “más allá” son característicos de su persona lírica. Ellos cimentan el criterio que legitima técnicamente la enunciación de sus sentencias capitales: “América es el porvenir del mundo”, y “aquí está el foco de una cultura nueva”. . . . Todo lo cual coincide en sustancia con los dogmas y la trascendencia surrealistas. Como coincide otra de sus proposiciones mayores: “La actividad humana no se ejercita por medio de la ciencia y de los conocimientos actuales, sino en el vencimiento del tiempo y del espacio. Yo he dicho: es el Arte el que vence el espacio y el tiempo”. ¿No traducen estas máximas una posición superadora de las cavernas del sueño? La misión poética renovadora que Darío legó deliberadamente a los poetas hispánicos se endereza por estos rieles, paralelos a los que traza intencionalmente el surrealismo. Parentesco no desdeñable como haremos sobre ello hincapié después.

Ahora bien, la posición del gran poeta hispanoamericano difiere de la del surrealismo en cuanto que éste enfoca su objeto de abajo para arriba, en un escorzo de perspectiva correspondiente a un cambio de nivel, mientras que la "supervisión" de Rubén Darío se encuentra ya encarada con la Realidad, de suerte que su actitud es la propia de un Realismo "avant la lettre" con su relativa exención del tiempo y del espacio. Fenómeno lógico por cuanto la personalidad inspirada de Rubén es proyección poética del Nuevo Mundo, solar ya no de Occidente sino del Universo.

Infiérese de aquí que, también por este camino, el destino americano se acusa con nitidez. Puede decirse en principio que éste es el mundo donde sueño y realidad están llamados a resolver su antinomia, donde ha de realizarse la Videncia o supervisión necesaria para alcanzar un nuevo conocimiento. Aquí, en el cenit de la esfera, es donde tiene lugar la encumbración conjunta de las dos vertientes, Asia y Europa; Oriente y Occidente. Aquí el individuo y su término antagónico, el aglomerado plurindividual, son figuras de proyección o metamorfosis, signos o trasuntos simbólicos, mas no corresponden al complejo constitucional característico del Nuevo Mundo.

Más exactamente: lo que en la individualista Europa se producía bajo forma solitaria de individuo y problema particular —germen o semilla— y luego, antinómicamente, en la de enjambre apretado —concreción intermedia— ha de darse aquí en forma de área o expansión universal que es síntesis pues que abarca a uno y a todos. No puede *un* hombre despertar de *su* sueño, porque *su* sueño no es sino una nimia parcela del gran sueño terráqueo. Su verdadero despertar lleva aparejado el de los demás hombres en cuya *universalidad* desemboca su problema individual, lo que hay en él de *uno*. Y esta creación de un ámbito redimido por la luz, como resultado de la conciliación de la antinomia histórica dentro del juego orgánico del universo, constituye el requisito indispensable para que el género humano, identificado por fin con la necesidad creadora, pueda en algún sitio para empezar tener conciencia viva de la Libertad sin más dictados que los de la conciencia

universal resuelta en cada individuo por la libre función del pensamiento.

Desde este punto de vista cabe decir de modo en apariencia metafórico que el destino universal de América ha contribuido a causar y modelar, como la atracción de nuestro satélite galvaniza las mareas, algunos de esos pos-trimeros epifenómenos occidentales. Se diría por lo pronto que ha condicionado el desarrollo de la poesía francesa y en especial la formulación del surrealismo, el cual, como quedó implicado en párrafos anteriores, confirma aquí también su posición de antítesis entre la tesis individualista —europea— de Nerval y la esencia universal americana con su geográfica e histórica realidad de síntesis. Mas este modo de decir es sólo en apariencia metafórico, pues que se ciñe a la gestión viva de la Historia. Recuérdese que desde mediados del siglo XIX la poesía francesa ha recibido influencias de origen americano. Si Poe contribuyó a promover las pesquisas lúcidas del simbolismo, sobre todo a través de sus mayores eminencias, Baudelaire y Mallarmé, los dos movimientos poéticos que han aspirado últimamente a la conciencia colectiva —uno por el anverso, otro por el reverso— el unanimismo y el surrealismo, se hallan en parte suscitados por dos poetas oriundos de América que injertan su "glaive nu" en el flanco de la poesía gala: Walt Whitman e Isidore Ducasse,²⁸ ambos defensores, cada cual por su estilo, de una conciencia poética generalizada. Por lo que se refiere al surrealismo, es evidente que aunque su semilla y algunos de sus principales métodos sean nativos de Europa, la presencia del poeta francés-americano Lautréamont, a juzgar por el culto máximo de que este movimiento le hace objeto, ha intervenido no sólo en el desarrollo del estilo surrealista sino en el moldeo de sus propensiones. Para atestiguarlo siempre estará ahí su tan citada frase: "La poésie doit être faite par tous. Non par

²⁸ Parece difícil no retener hasta prueba en contrario la hipótesis de que el pseudónimo de Isidore Ducasse proviene: en cuanto "Conde", del Duque proposicional de su apellido; y en cuanto Lautréamont, como proyección apenas disfrazada y eufonizada de "L'autre amont", "la otra vertiente" emparentada con "L'autre monde" que parece conciliar para él una especie de sombrío ultratumba con el mundo americano en que había nacido.

un", en cuyo "uno" puede reconocerse a Nerval y en el "todos" a la nueva y universal "ciudad" de América.²⁹

Más: el gran renovador de la lírica española, Rubén Darío, personifica asimismo la ingerencia del Nuevo Mundo en el destino poético de España. Es el genio que hace profesión de vida intuitiva declarándose investido de una misión creadora que, si no acertó a definir directamente, legó a la posteridad asociada a ciertas sugerencias y a algunos enunciados teóricos. E incluso aquel conato de aspiración superadora que años después levantó el paso por Madrid del poeta chileno Vicente Huidobro,³⁰ por más que muchos de sus ingredientes fueran franceses, responde al mismo proceso de catálisis. Movimiento inconcreto y efímero que nunca llegó a cuajar en grupo coherente porque el destino colectivo de España iba, según se vió luego, por otros rumbos. . . En su nombre mismo de ultraísmo, alusivo a la divisa del escudo español —nombre anterior al surrealismo y tan dentro como él en un orden de intenciones exorbitantes, metafóricas—, no dejaba este

²⁹ Este fenómeno reproduce en escala diferente el ocurrido en la escena política: la Revolución francesa fué precedida y en algún modo estimulada por la independencia norteamericana. Recuérdese que la llave de la Bastilla se envió a Washington, después de su toma, "porque gracias a América se habían abierto sus puertas". En cambio, la independencia de las colonias españolas procede inmediatamente de la Revolución francesa.

³⁰ Existen en la obra de Vicente Huidobro, poeta que en ocasiones no anduvo lejos del surrealismo, los mismos presagios de fin de mundo que registramos antes en las actividades poéticas de André Bretón. Véase su poema *Temblo de cielo* (París, 1932) —en el sentido de terremoto, aludiendo a su derrumbe como los sacos de carbón de la exposición surrealista— cuya última frase, con la que concluye un obsesivo leimotivo final, dice así: "¿No oyes clavar el ataúd del cielo?". En otro poema de tono apocalíptico, *Ecuatorial*, del tiempo de la primera guerra (Madrid, 1918), anterior por consiguiente al surrealismo, Huidobro vaticinó en cierto modo los sucesos actuales: "Las ciudades de Europa se apagan una a una"; el fin de Roma: "Ayer vi muerta entre las rosas la amatista de Roma"; y "el fin del Universo", frase última del poema, que parece referirse al fin de nuestra civilización occidental. Coincide en este aspecto con Rubén Darío que, con alusiones al Apocalipsis, vaticinó asimismo el fin del mundo. (Ve. *Vaticinio de Rubén Darío*, en "Cuadernos Americanos", vol. IV, N° 4, Julio-Agosto de 1942 y *Rendición de Espíritu*, vol. II, págs. 263 y sigs.).

movimiento de presentar indicios de una prerreminiscencia americana. Por ser, ¡ay!, otro el destino de la península, el andalucismo íntimo o popular de los epígonos de Juan Ramón Jiménez, en los que la oración poética tendía a volverse por pasiva, se sobrepuso en seguida a aquel fuego indeciso que agitando apenas las inquietudes superficiales, sirvió más que nada para dejar una huella autenticadora.³¹ Lo que no quita para que el ultraísmo fuera contestación genuina al llamamiento de Rubén Darío. A posteriori resulta evidente que el "más allá" de su nombre se relacionaba con el "más allá" propuesto a los poetas hispánicos por Rubén en su *Canto Errante*, el cual no era ni podía ser otro que el "más allá" propio del Nuevo Mundo.

Este cuerpo de indicios sirve para orientar la comprensión, en un acto de sindéresis, a través del revoltísimo maremagnum en que zozobran los presentes días. No puede olvidarse que la poesía en su ejercicio auténtico, es manifestación del genio de los pueblos a través de la intuición de ciertas individualidades. Encontrar el vértice en que esa intuición se coyunta con la razón histórica, es ascender al conocimiento de la Realidad desvirtuando una de las antinomias irreductibles. De su éxito depende en buena parte el tan apetecido despertar, ya que sin ese aprovechamiento de la intuición no hay despertar ni mundo nuevo ni superrealidad que valga. Siguiendo el atajo trillado por esta serie de presunciones se llega a la conclusión de que el surrealismo, dentro del automatismo histórico, ha sido como es en virtud de la inminencia americana, pudiendo comprenderse como una transacción entre los polos extremos, individual y universal, este último representado por América. El método automático de exploración surrealista no pasa de ser un reflejo del automatismo universal, cargado sobre todo de valor simbólico y por tanto con función de rito. Sueño y realidad se resuelven aquí, no en

³¹ La mejor muestra del modo entrañablemente local como actuó en este sector la poesía la dió Federico García Lorca, víctima calificadora del cataclismo español. (Ve. *Asesinado por el cielo*, en "España Peregrina", N° 6, Julio de 1940). Es notable cómo por la línea de Bécquer esta rama de poesía andaluza se entronca con el romanticismo alemán.

el ámbito ni en la vida del individuo, ni en los del grupo, sino en los de los continentes o grandes entidades históricas. El "azar objetivo" es trasunto de la Voluntad creadora que preside al trenzado de los sucesos y que se compone de las dos voluntades subalternas: objetiva y subjetiva. Los mitos a cuya captura y domesticación tiende el surrealismo, son resonancias intuitivas de la estructura de la Realidad en su plenitud significativa. Etc. Todos estos segundos términos, desarrollados a su tamaño natural, son propios de la Realidad, mientras que los principios surrealistas se contraen estrictamente al plano sub-Real de donde proceden. Merecerían tales conceptos ser ampliados, mas no se podría intentarlos aquí sin descarrío.

Más vale por el momento agotar en lo posible el examen de los indicios que ayudan a la comprensión. Y en este orden de fenómenos, América posee hoy día un exponente sintomático que convendría entender, con sus más y sus menos, como acaba de intentarse con el surrealismo. Me refiero al fenómeno significado por la personalidad y las actividades de Pablo Neruda. Su voz es la que mejor parece responder al hálito del actual clima hispanoamericano ya que ha ido adquiriendo, con un prestigio un poco misterioso y general de que ningún otro poeta dispone y bajo su favor, un desarrollo pleno. De otra parte, en lo externo, su personalidad guarda no pocas afinidades con el surrealismo. Por lo pronto, la ascendencia nerudiana, como la de éste, es notoriamente romántica.³² Si sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de la cepa más romántica y declamatoria, levantaron eco en la juventud de América se debe sin duda a que este continente, en gran parte todavía a remolque de Europa, vive en alguno de sus estratos subconscientes una hora retrospectiva donde fermenta a oscuras, en estado de emoción,

³² Nótese ilustrativamente la curiosa afinidad manifiesta entre Ner-val y Ner-uda en la elección de pseudónimos, refrendada por algunos otros detalles. Mas optando por el apellido de un escritor checo, Neftalí Reyes reveló indirectamente otra de sus inclinaciones polares: la India a cuya eufonía responde plenamente dicho apellido y a donde dirigirá sus pasos después.

cierto explosivo légamo romántico.³³ Equivale en alguna medida al estrato y hora que en Europa ha dado origen al surrealismo aunque el tono del fenómeno americano, por sus carencias y por sus excesos, sea frente al europeo visiblemente infantil. Todos los ismos que conocían a la sazón boga en Hispanoamérica han ido siendo poco a poco desbancados por esa ululación angustiosa de lo informe, que se resuelve en una espesa elocuencia desordenada y monótona como la de las inundaciones. Como ellas, su corriente arrastra un sin fin de objetos arrancados a su coherencia natural, dejando a su paso una impresión de arbitrariedad, desesperación y catástrofe. El caudal imaginativo es ciertamente americano y propio de la personalidad de Neruda. Mas la desarticulación tanto verbal como conceptual fueron tomadas —directa o indirectamente— por éste, a partir de su *Tentativa del hombre infinito*, de las vanguardias francesas, aunque sin el afán de integrar palabras y nociones en una coherencia distinta. Puede llegar a decirse que la personalidad del poeta chileno es el primer dominio establecido por el surrealismo en América así como la contraprueba de la efectiva correlación que existe entre este continente y aquel movimiento artístico.

Ahora bien, la poesía de Neruda carece de la fuerza medular que vertebraba al Romanticismo en su crecimiento hacia la Luz y en la que el surrealismo estriba su razón de verticalidad. No hay rastro en ella de la dimensión orgánica, en punta de diamante, que pugna por horadar camino a la conciencia. Al contrario. La voz de Neruda, opaca y purulenta, como de negro engrudo, gusta de redundar en oscuridades de cripta que ahueca cuanto puede para que giman lenta y lúgubrementemente, al modo como en las soledades andinas gusta la angustia de oír retumbar la quena en tinaja. La presencia poética se acusa en la sus-

³³ Para apreciar en su justo valor el significado del fenómeno procede recordar que Hispanoamérica nació a la libertad —a su personalidad— bajo el signo del Romanticismo y de la Revolución francesa y que muchos de los problemas de este su primer siglo de vida permanecen sin resolver. Mejor: se acerca la hora en que para saltar de un período a otro período ha de cerrarse el círculo: de Romanticismo a Romanticismo, de Revolución a Revolución. Entiéndase esta última palabra en sus dos sentidos.

tancia imaginaria de sus poemas, intensamente enjundiosa y fértil, como queriendo suplir la referida carencia mediante una sobresaturación de materia fosfórica. Puede decirse grosso modo que la poesía de Neruda, si inorgánica, dragonea de ser —verdadera olla podrida— una de las más sustanciosas y más románticamente truculentas que se hayan visto. Mas también que no acierta a encumbrarse al plano de lo significante, propio del Mundo Nuevo. Su postura es aquí contraria en orientación a la del surrealismo, cosa que nos permite comprenderla como una poesía sub-Realista, por bajo de la luz de flotación de la Realidad. Mientras el surrealismo mira de abajo para arriba tendiendo al despertar, la segunda se dirige de arriba hacia abajo sumiéndose en las fosas ilíacas del sueño.³⁴ Son pues, más que antípodas, anticéfalas. La ubicación de la poesía de Neruda en la sub-Realidad se ve clarísimamente confirmada por el hecho de que, desatendiendo sus problemas específicos y para compensar la suma dimensión poética de que carece, se ha subordinado, en abrazo parasitario, a la dimensión política, la cual se halla a su vez subordinada a la Realidad creadora de la Poesía. Sólo lo verdaderamente poético no necesita apoyos para sostenerse en el aire.

La poesía de Neruda es eminentemente sustantiva, he afirmado, e idéntica calidad ostentan los atributos de su persona. Porque si América, según se expuso, representa la coyuntura síntesis en que se articulan universalmente Asia y Europa, la vida de Neruda atestigua con admirable precisión su autenticidad americana mediante el puente que ha tendido hacia los dos antiguos territorios, viviendo en ellos y tomando de ambos importantes elementos poéticos, tanto del tagorismo como del surrealismo—sin olvidar el lorquismo—. Su mismo pseudónimo, conforme se explicó en nota anterior, es proyección verbal de dicho

³⁴ Él mismo, cuando se "cansa de ser hombre" y aspira a ser algo más, denuncia al vivo la posición humana a que corresponde:

No quiero seguir siendo raíz en las tinieblas,
vacilante, extendido, tiritando de sueño,
hacia abajo, en las tripas mojadas de la tierra. . .

RESIDENCIA EN LA TIERRA. *Walking around.*

puente traduciendo una concentración simbólica de Europa y de Asia. Esta su precisa ubicación corresponde con exactitud al esquema americano significado por Walt Whitman cuyos brazos insaciables se abalanzaron a los dos mundos oriental y occidental y cuya influencia se percibe también en la obra del poeta chileno. La sustantividad de éste adquiere su definitivo esplendor con la pasión oscura y elemental pero hondísima que ha despertado en su ser la tragedia de España, pasión conmovedora—como los sismos—hasta cambiar el curso de su vida poética. Su sensibilidad, redimida en parte de aquel estado de gangrena gaseosa en que por entonces se encontraba, se sitúa así en la estrella formada por la intersección de los poetas mutacionalmente perentorios: Nerval, Walt Whitman, Rubén Darío, el surrealismo, Vallejo. . . todos los cuales han escrito o actuado proféticamente y sobre España, y con el consorcio de los poetas españoles e hispanoamericanos de valor y signo positivos.³⁵

He sustentado que la poesía de Neruda, por más que eche a volar las campanas neumáticas del sueño, se modula en el plano poético de lo no-significante y sub-Realista por bajo la línea demarcatoria de la Realidad. Y que como consecuencia se ha subordinado a la dimensión política. Nada más revelador, ya que si la persona de Neruda afirma sus plantas en América, su espíritu no reside en el Nuevo Mundo. Vuelta su cabeza hacia abajo como algunos condenados del infierno del Dante, tiene la conciencia supeditada, cosida a las raíces, pretendiendo resolver la dualidad propuesta en la Historia y en su propia vida entre Oriente y Occidente, no por el Mundo Nuevo, por la exaltación de la esfera y de su síntesis mutativa, sino por su dimensión plana y su fórmula transaccional, representada en la actual circunstancia histórica por la estructuración política, entre Europa y Asia, de la U. R. S. S. Compruébase al deta-

³⁵ Para César Vallejo, véase: *Profecía de América*, en "Nuestra España", número extraordinario dedicado a su memoria (París 1938), y reproducido como prólogo a su *España, aparta de mí este cáliz*, (México 1940). Para los poetas españoles, véase: *Como un solo poeta*, en "La Voz de Madrid", (París, 13 de agosto de 1938) y en "España Peregrina", (Nº 2, Febrero de 1940) y *Nuestra Alba de Oro*, en "Cuadernos Americanos", (vol. I, Nº 1, Enero-Febrero de 1942).

lle la situación anticéfala: el surrealismo con el pie en el viejo mundo, en virtud de la dimensión poética que le subleva, tiende hacia América, mientras que el sub-Realismo de Neruda, con los pies en América, señala, según corresponde a su falta de suprema dimensión, hacia el continente antiguo. De aquí que no defienda las doctrinas revolucionarias con argumentos capaces de mover la humana conciencia lúcida, sino que esgrima la oscura gama de sentimientos románticoides para ganar la simpatía hacia una iglesia política extraterritorial, reclamando una subordinación a lo antípoda en vez de defender la Libertad consustancial a América; un determinado internacionalismo en vez de la Universalidad. Su pensamiento, aferrado al principio de autoridad característico del viejo mundo —de la autoridad que en su sentir le confiere su calidad personal de símbolo—, es utópico, fuera de lugar, posición típica del sub-Realismo de Occidente.

(Entiéndase: no hay poeta verdadero que en el actual conflicto no ansíe y esté dispuesto a laborar por el triunfo soviético, puesto que representa un paso adelante en la liberación del hombre así como en el curso de la Historia hacia su expresión suprema. Es además necesario técnicamente para la construcción de nuestro Nuevo Mundo. Mas ello no quiere decir que, para conseguir esa victoria, sea preciso olvidar el problema sustancial de América ni someterlo a las conveniencias de la propaganda de aquel Estado, ya que, mientras tal suceda, América se encontrará fuera de sí misma, hundida en la sub-Realidad, esto es, aspirando a la Realidad no directamente como le corresponde, sino reflejamente por medio de un símbolo interpuesto. O sea, en situación onírica. Ni mucho menos quiere decir que para lograr dicha victoria se requiera dejar de resolver los problemas específicamente poéticos imprescindibles para la creación de la ciudad universal o Mundo Nuevo. Difícil es creer, por otra parte, que un grito, mil gritos, puedan contribuir lo más mínimo al triunfo de una causa tan alejada en el espacio y tan segura de sí misma como lo es la de la U. R. S. S. Al contrario, la desafortada exasperación vociferante favorece aquí además de a algunas situaciones individuales que con la asis-

tencia de lo cuantitativo se benefician, el crecimiento de la reacción. Sin duda el espíritu de propaganda, *típicamente mágico* y tarado por sus terribles inherencias de lesa verdad, representa con su supeditación de la calidad a la cantidad, una de las mayores calamidades del siglo).

Si algo significa en el campo de la fenomenología poética el vasto prestigio continental alcanzado por Neruda, su relativa grandeza y las circunstancias que en su personalidad concurren, puede pensarse —a mi juicio rectamente— que nos hallamos ante un índice auténtico del subconsciente o alma americana. Lo que querría decir que ésta se encuentra *boy* en el nivel del mundo antiguo, esto es, en la situación del adolescente que modelado por la mentalidad anticuada de sus progenitores, no asume todavía su personalidad ni su estatura propias. De un modo definido: tomando como punto de referencia las tesis entusiastas y gloriosas de Rubén Darío —así como las de Walt Withman—, América, mecida por los vaivenes de la dialéctica histórica, se encuentra actualmente en situación de antítesis. Tan así es esto que la personalidad de Neruda se nos define como antítesis de la de Rubén Darío en todos los órdenes, de manera que si al uno se le concibiese, en presencia de la esfera, como algo convexo, al otro habría que comprenderlo como cóncavo. Véase, si no, la siguiente lista que fácilmente podría enriquecerse con otros muchos términos:

<i>Darío</i>	<i>Neruda</i>
entusiasmo	desanimación
exaltación	abatimiento
esperanza	desesperación
aurora	crepúsculo
luz	tinieblas
belleza	fealdad
vida	muerte
acento en lo noble	complacencia en lo inmundado
supervisión	soterramiento
Realismo	sub-Realismo
superpolítica	subpolítica
Nuevo continente	antiguo continente
"yo" sublimado	"yo" degradado

Darío
paz
profecía
etc.

Neruda
guerra
propaganda
etc.

Como corolario: la situación de la poesía de Neruda y del mundo o medio a que corresponde, es una situación sub-Poética, contraria al *alba de oro* que el Poeta, a través de Darío, reclamaba para sí —y que no es otra que la futura Edad de Oro sobre que tanto insistiera Novalis—, impropia de la plenitud del Nuevo Mundo. Más aún, por su patente identidad con lo mortecino, disgregado y corrupto, por su indiscriminación consciente, por su carácter inorgánico y carencia de dimensión específica, la poesía de Neruda, en quien ha hecho presa la descomposición avanzada del siglo, corresponde a la crisis apocalíptica anunciada por Rubén, o, si se prefiere, al complejo histórico que en América se desvencija y sucumbe como proyección de un viejo mundo en ruinas. La presencia obsesiva de la muerte —en lo que coincide aunque en grado escatológicamente superlativo con la poesía hispanoamericana en general y por consiguiente con la europea de estos últimos tiempos y de los anteriores—, de una muerte venida a menos y a penas pródiga en terrores de pacotilla, confiere indirectamente a su testimonio un patetismo profético que trasciende por sobre su romanticismo grandirretórico, el patetismo miserable de un verdadero fin de mundo.³⁶ El cual es, negativamente, testimonio de la inminencia del Mundo Nuevo: lugar de cita de todos los poetas.

Si se compulsa su testimonio, para precipitar su sustancia, con el de los demás fenómenos poéticos reseñados, brota de su multiplicidad, sincréticamente, una razón cualitativa: la trascendencia hacia la meta americana de los

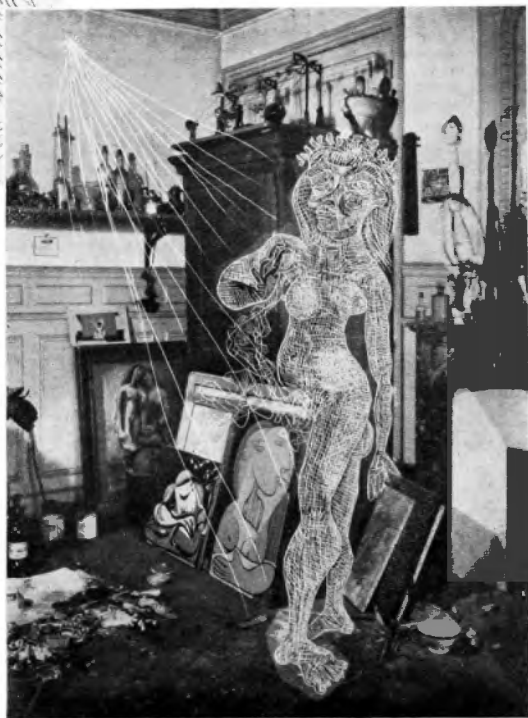
³⁶ He aquí la paladina confesión del poeta mismo que intuía tempranamente su destino:

La soledad me lleva
hacia el fin de la tierra
... y la muerte del mundo cae sobre mi vida.

CREPUSCULARIO (1919). Poema: *Mi alma es un carrousel vacío en el crepúsculo.*



PICASSO. Dibujo a pluma.
13 junio 1938.



PICASSO.
Rincón
de su
taller.
Grabado
sobre
fotograbado.
1937.

LIPCHITZ. Bronces.
Arriba: Hoja de álbum.
Abajo: Eclósión.



sucesos españoles. Por otra parte, tomando la afirmación de Darío como tesis y la posición de Neruda como antítesis, el resultado de su confrontación deslumbra por su evidencia. La síntesis en que se reúnen la materialidad del autor de *Tres cantos materiales* y la espiritualidad cósmica del de *Cantos de Vida y de Esperanza* supone la creación en América de una cultura nueva y universal basada en la utilización técnica de los valores socialistas, al modo como se han de dominar las máquinas, para alcanzar el esplendor sin restricciones en lo individual y en lo comunal de lo humano, la consecuencia de cuanto los hombres han creado hasta hoy y padecido: de cuanto se ha gestado a través de la complejísima experiencia genérica. Por algo la actividad humana se ejercita, según Rubén, en el vencimiento del tiempo y del espacio. Supone abrir el broche o florón de la universalidad que abarca tanto a Europa como a Asia con la erección de la divina, de la cósmica ciudad del Hombre en la que encuentren cabida todos los hombres.³⁷ He aquí un resultado al que se llega por unanimidad: por el alma única de la Tierra —el cielo o cosmos— que llama al postigo de la conciencia a través de los poetas que poseen esa supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento. Por el tumulto del Amor. Dicho con las palabras de otro de los poetas claves:

¡Oh unidad excelsa! ¡Oh, lo que es uno
para todos!
¡Amor contra el espacio y contra el tiempo!³⁸

Pónese así el dedo en la verdadera llaga y en su mecanismo de desenlace. El Mundo Nuevo, entidad poética,

³⁷ Confirmado el esquema que, a mi juicio, la Historia nos propone en América y que ya otras veces he señalado: Bolívar-Martí-Darío, —el político, el político-poeta y el poeta—, como representativo de la dinámica americana, la personalidad de Neruda se sitúa entre los dos términos primeros, entre Bolívar y Martí, allí donde la poesía se encuentra subordinada aún, en el camino de la evolución, a la política. Mas difiere de todos, siendo antítesis de su conjunto. Los tres vivieron deslumbrados por el destino de América, cosa que, por lo menos todavía, no reza con Neruda.

³⁸ CÉSAR VALLEJO, *Los Heraldos Negros*: Absoluta. También Vallejo desde la publicación de *Trilce* (1922) fué motejado de "daísta" y "surrealista".

figurada intrínsecamente por personas poéticas y requiriendo para establecerse un fundamental conocimiento poético, se dispone a alborear en nuestra vida. La actual situación de América está llamada a ser vencida prontamente. Pronta está a superarse la etapa representada por la poesía sub-Realista y antimítica de Neruda, en cuyo fértil limo sobresaturado y descompuesto sepulta ya sus raíces el rosal luminoso de la Conciencia. Esto es, traspuesto el actual diluvio de cieno y podredumbre ha de entrar en vigor el concepto inmarcesible de Realidad.

Una vez más parecería desmesurado este fundamental hincapié que se hace aquí en la geografía si no se tuviera presente que el pensamiento está moviéndose en el destino profundo y universal de la Tierra dentro del cual la distribución geográfica juega papel tan señero como en el hombre la configuración corpórea. También la antinomia constituida por la materialidad geográfica y la abstracción metafísica tiene que resolverse si el ser humano ha de izarse desde su individualizado nivel ínfimo hasta la presencia síntesis de la Realidad, allí donde necesidad y libertad se confunden. Esto es, a la conciencia del Cosmos.

He aquí la clave del firmamento americano. La actitud específica del Nuevo Mundo—el contenido que justifica su plenaria calidad de continente verdadero—ha de ser, por primera vez en la Historia de la humanidad y como consecuencia de esa Historia, un Realismo con mayúscula en cuyo seno se convezan orgánicamente las antinomias polares. Rubén Darío y el surrealismo entran aquí en conjunción. La Videncia simbolizada por la figura de Brauner y preconizada ante los nuevos poetas hispánicos por Rubén, se convierte en función propia de aquellas individualidades que forman parte del aparato periscópico que la humanidad emerge hacia el reino de la Luz desde sus abismos oscuros. Único modo de que la Poesía—la Creación—, dimensión de Realidad, pueda, según pretendían el Romanticismo y Gérard de Nerval, ser vida.

Evidentemente, éste es el punto donde el surrealismo, pasando de lo particular a lo general, se funde con su objeto. No en balde estaba animado por una levadura mística

análoga a la de las individualidades religiosas que, en las mazmorras de un individualismo hecho sistema, anhelaban su unión, a través de las potencias superiores, con Dios o espíritu de universalidad. Realizar esta operación unitiva en las esferas genérica y planetaria creando en diversas etapas plurisculares la materia y el ámbito precisos para construir la ciudad universal, ha sido el designio constante que ha determinado y determina la progresión histórica del hombre sobre la Tierra. A esta luz revelan su significado y razón de ser los más remotos sueños o mitos, tales como los registrados en el Génesis, y entre todos, por la exactitud de su representación, el sueño de Jacob con su escala mística, que realiza la unión del hombre y de Dios, del individuo y de la universalidad. Una vez más puede comprobarse en este punto cómo la Historia se comporta como un sueño, lo que permite definirla como la realización de los deseos subconscientes de la Humanidad —deseos emitidos a través de aquel individuo que, dormido, fuera de sí y de su inmediato mundo, entra en contacto con la realidad genérico-cósmica—. Corrobórase, por consiguiente, aquí, en el umbral de la síntesis, la sentencia que el Romanticismo pronunció por boca de Novalis: “el mundo se convierte en sueño, el sueño se convierte en mundo”.

El llamamiento de Rubén Darío a los poetas hispánicos viene así a confundirse con la propensión que despliega el surrealismo hacia los francos confines donde reina, como un nuevo elemento psíquico, la dimensión poética. Se abre aquí un campo inmenso para la actividad de los hombres que identifican su vida con el florecimiento de esa dimensión. El “caso Brauner” da la tónica de las posibilidades maravillosas con que en adelante la humanidad se encara. Tan pronto como, psicoanalíticamente, gracias a su paulatina comprensión, vayan desapareciendo las represiones que hoy modalizan en forma rudimentaria la vida del espíritu, y en particular las nociones absolutas de “yo”, de tiempo y de espacio, la Realidad suprema podrá abrirse paso maravillosamente a través de cada individuo, hacer acto de presencia, siguiendo su línea creadora, en nuestras vidas. La poesía debe ser hecha por todos, a tra-

vés de todos construída automáticamente la apetecida Ciudad del Ser humano.

Se dijo antes que la Voluntad de la naturaleza creadora se constituía por la suma acoplada de las voluntades objetiva y subjetiva, esto es, por la conexión de la resultante dinámica en que se conciertan polarmente las complejas circunstancias exteriores al sujeto agente (voluntad objetiva) con la resultante transaccional fraguada en el interior de ese mismo sujeto (voluntad subjetiva). La copulación de ambas tensiones con su intercambio de sustancias ocasiona los hechos históricos voluntarios o involuntarios, con su tanto por ciento de frustración de deseos y el de "casualidades" o "azares objetivos" en los que, entrando en imaginaria conjunción los sistemas mediato e inmediato, se filtra como en sueños la naturaleza profunda. Ahora bien, esta operación puede efectuarse, por lo que al aspecto subjetivo se refiere, en los oscuros sótanos de la individualidad, al influjo de pasiones e intereses más o menos rastreros o levantados, o puede tener lugar en la zona elucidada con el conocimiento de la índole, personalidad y alcance de los valores que intervienen en el proceso. En este último caso puede ya decirse que la descarga creadora se efectúa en alguno de los escalones de la conciencia en cuya cúspide, llevada a cabo la desintegración del ojo que percibe y del mecanismo que opera, o sea la desintegración del yo, acaba por hacerse visible la integración de sueño y realidad en la sinfonía dinámica inherente a la Realidad en sí.

Mas para que la operación decisiva que dé lugar al Mundo Nuevo se realice, requiérese técnicamente, siendo como es este Mundo Nuevo esencialmente consciente, que la tensión de la voluntad subjetiva solicitada por el Amor salga en busca del complejo complementario, el cual, cargado de energía vital diferenciada, espera en el exterior la copulación que haga saltar la chispa o corriente creadora. En la práctica es necesario que, bajo la claridad nueva, las voluntades subjetivas de los poetas que lo son a fondo, de aquellos que no buscan poder ni bienes ni honores ni ninguna especie de supervivencias, los místicos de la universalidad que aspiran únicamente a fun-

dirse con ella, se pongan en movimiento. Con este fin, predicando con el ejemplo, con un ejemplo todavía rudimentario, pero ya preciso, tocó Rubén Darío la trompeta de su juicio final. A los poetas incumbe efundir aquella libre claridad que ponga en evidencia los valores universales de manera que, establecida una conciencia genérico-cósmica, las actividades eficientes se deslicen por las laderas del automatismo creador que nos convierten a la construcción de la Ciudad Humana. El llamado de Rubén a los poetas hispánicos se completa, esclarece y perfecciona merced al tácito requerimiento que a través del surrealismo hace la Poesía a sus elegidos en Occidente. Con una puntualización específica y sumamente reveladora. Porque *siendo como es tanto heredero del Romanticismo como de la Revolución francesa, las promesas que hoy enciende el surrealismo son las mismas que irizó ante los ojos humanos aquel intensísimo instante de enajenación y ruptura, aquel orgasmo violento que sacudió física y psíquicamente al mundo occidental en las postrimerías del siglo XVIII. En tan vivísimo entonces, concibióse en la Tierra la plenitud que engloba unívocamente la revolución material ofrecida por el fenómeno objetivo francés y la revolución espiritual significada por el fenómeno subjetivo alemán.*³⁹ *La suprema esperanza de mutación psíquica, de deificación o universalización sustantiva del hombre con su ascesis a la Videncia—ver y ser visto—, intuida por el Romanticismo al tiempo que realizaba su exaltación de la Poesía, se asocia a la decisión de gestar un cuerpo social nuevo donde los derechos humanos, tanto los del individuo como los de la especie, lo mismo los materiales que los espirituales, sean no sólo salvaguardados sino multiplicados entre sí, mediante una fórmula dinámica que equilibre en transacción justa el presente y el futuro. Bajo esta estrella doble, esclarecedora de su destino, nació a la libertad del Universo América. He aquí por qué el surrealismo, portador inconsciente del*

³⁹ "El aparejamiento de la revolución espiritual de Alemania con la revolución política de Francia engendró el ideal de un crecimiento incommensurable de fuerza, libertad y dignidad". Wilhelm Dilthey, *Hegel y el idealismo*. México, Fondo de Cultura Económica, pág. 219.

*mensaje europeo, se acerca a este Nuevo Mundo en el actual momento crítico allegándole los medios para comprender realmente incluso los fenómenos poéticos de última hora como es el caracterizado por la persona de Pablo Neruda. La transformación humana en su íntegro esplendor, individual y social, viene a reconocer y a abogar por lo suyo. Porque así como la Unión Soviética representa la proyección histórica del solo término racional y materialista de aquel potencial revolucionario franco-alemán, según la subversión operada totalitariamente en él por Hegel, cuyo racionalismo avasalló a la poesía, y continuada dialécticamente por Marx respondiendo a las necesidades inmediatas de una porción limitada del planeta y a las mediatas y generales de éste, América, considerada no en su estado presente sino en la plenitud de su destino, potencializa el desarrollo de aquel preludio formidable en su doble designio material y espiritual, sirviendo de síntesis a los dos fenómenos históricos representados por la Revolución occidental —franco-alemana— y su antítesis necesaria, la revolución soviética.*⁴⁰ El último período de Occidente en su tendencia a la universalidad, iniciado en 1789, lanza al estallar su mundo un fogonazo de alumbramiento. Así se explica que André Breton polarizara en torno del surrealismo aquellos brotes proféticos semejantes a los que rodearon antaño a la Revolución francesa; que él mismo se muestre sensible a cuanto atañe a dicha Revolución;⁴¹ y que cuando oscuramente se

⁴⁰ El Romanticismo por su parte, mejor, el enunciado revolucionario franco-alemán, representa el punto de partida para la traducción a Realidad del sueño religioso bajo cuyo determinante significativo fué conquistada y colonizada América. La letra metafórica de ese sueño creador, materializada en la cultura occidental, debe quebrantarse y desaparecer para que, superadoramente, triunfe su espíritu. Entre una y otro existe la misma oposición dialéctica que entre occidentalismo y universalidad.

De este modo, a través de la revolución antedicha, la personalidad y el destino americanos se encuentran comprendidos en todos sus aspectos.

⁴¹ Algunos episodios de *Nadja* bastarían por sí solos para acreditar este aserto. Por añadidura, la heroína de *L'Amour fou*, la esposa de Breton, era conocida con el nombre de "Quatorze Juillet" (Ib. pág. 86). En puridad poética, figurada, cabe pues decir que la hijita

trató en su cacumen de formular una profecía se eligiera automáticamente la fecha de 1939, esto es, aquella que suma 150 años sobre la de la toma de la Bastilla, fecha que coincidió con el sacrificio de la República española, con la guerra de Alemania y con el desplome de Occidente, como debe coincidir, sin duda, con alguna fecha suya personal.

IMPORTANTES y muchas son las consecuencias teórico-prácticas que parecen deducirse del conjunto de ideas a que el análisis del surrealismo nos ha conducido. Sueño y realidad en los planos universal y particular, nos han ilustrado acerca del modo como verifican sus intrincaciones. Por sobre su floresta enmarañada sobresalen los mitos antiguos con su poder de orientación, especies de paradigmas gigantes necesarios para organizar y revelar el sentido de las gestas creadoras. A este propósito vale destacar antes de dar por conclusas estas páginas que muchas cosas en la actualidad se conjuran para dar vigencia no a un nuevo mito, estrictamente hablando, sino a la Conciencia poética de la Realidad, literalmente cosmogónica y de distinto género a lo conocido hasta el presente, pues que se perfila más allá de la mente mágico-religiosa, en el recinto lúcido y neodimensional donde —mito y antimito— sueño y realidad se integran. De ella depende la creación del Nuevo Mundo por superación y transfiguración del antiguo. Quiere decirse que el teorema enunciado por Novalis y Nerval es demostrado, verificado y puesto en vigor, en lo colectivo, o aun mejor, en lo universal o supracolectivo, por la Historia. Por otra parte, la voluntad de intervención mítica que, en su deseo de empuñar las palancas del automatismo creador, manifiesta cada vez más imperiosamente el surrealismo, si está, como las pretensiones de Simón Mago, predestinada a fracasar, cons-

en que se encarna el más allá de Breton, identificada según se expuso en la nota 24 con la trascendencia de los sucesos españoles o sea con el Nuevo Mundo, la materialización de su *Alba*, es hija del Romanticismo y de la Revolución francesa. Broche que cierra todos los círculos significantes con exactitud maravillosa.

tituye un testimonio indirecto pero preciso de la necesidad y, por tanto, de la inminencia de esa Realidad poética universal a que, sin advertirlo, dicho movimiento se amolda y subordina. Cree saber quien esto escribe que, como proyección significativa de los sucesos históricos contemporáneos, de los ya acontecidos y de los a punto de acontecer, ese supermito o sistema poético de creación del Mundo Nuevo ha empezado a devanar su maravilloso ovillo.

Vivimos bajo el filo ensangrentado que traza las grandes cesuras creadoras, que divide las eras y los períodos, las muertes y los nacimientos. Viejo Mundo —ayer— hacia una parte; Nuevo Mundo —mañana— hacia la otra. . . Sin embargo, el hecho de que haya sido hacedero analizar objetivamente, desde arriba, un fenómeno psichistórico como lo es el surrealismo, el hecho de que, como en la figura de Brauner, su ver haya podido ser visto y su conocer conocido, ¿no demuestra auténticamente, mejor que cualquier otro género de consideraciones, que aquí en América tenemos *ya hoy día* siquiera un pie en el mundo poético de la Realidad?

México, Enero-Marzo de 1944.

Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz.* . . . , por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, Vol. I.
- 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, Vol. II.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK. (7 pesos).
- 7.—*El hombre del bubo*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

Precio por cada volumen (excepto el N° 6):

MEXICO	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.20 dólares

APARECERÁN A CONTINUACIÓN

Breve historia de la sociedad capitalista, por JESÚS SILVA HERZOG. (1° de diciembre).

Crisis humana, por JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA.

Los nuevos argonautas, por ALFONSO REYES.

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1944:

(6 números)

MEXICO	20.00 pesos
OTROS PAISES.	5.00 dólares

Precio del ejemplar:

México	4 pesos
Otros países	0.90 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

<i>Jules Romains</i>	París liberado.
<i>Alfonso Reyes</i>	Liberación de París.
<i>Jesús Silva Herzog</i>	Crisis humana y post-guerra.
<i>Vicente Sáenz</i>	Pasado, presente y porvenir de Centroamérica.
<i>Bruno Frei</i>	Montañas y guerrillas.

Nota, por Andrés Iduarte.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

<i>Newton Freitas</i>	Los ríos del Brasil.
<i>José Ferrater Mora</i>	Del intelectual y de su relación con el político.

MESA RODANTE: *¿Independencia? ¿Comunidad social?*

Intervienen: José Gaos, Juan Larrea, Mariano Picón-Salas,
Alfonso Reyes, José Medina Echavarría y Jesús Silva Herzog.

PRESENCIA DEL PASADO

<i>Héctor Pérez Martínez</i>	Aguila que descende.
<i>Samuel Ramos</i>	La cultura francesa en México.
<i>Renato Mendonça</i>	Tres prosistas del Brasil.

Nota, por Luis E. Valcárcel.

DIMENSION IMAGINARIA

POETAS ESPAÑOLES EN AMERICA:

Juan Ramón Jiménez,
León-Felipe, José Moreno Villa,
Pedro Salinas, Jorge Guillén,
Pedro Garfias, Juan José Domenchina,
Emilio Prados, Manuel Altolaguirre,

POEMAS.

<i>Juan Larrea</i>	El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo (III).
--------------------	--